
LAURA MAQUEDA
Una estrella solo para mí
Phoebe


LAURA MAQUEDA
Una estrella solo para mí
Phoebe

Para todos aquellos que tienen un sueño.

Para mi madre. Siempre.

NOTA DE LA AUTORA

Esta historia se ambienta en Berlin (no confundir con Berlín, capital alemana), un pueblecito norteamericano del condado de Maryland, escenario que el director de cine Garry Marshall eligió para rodar en 1999 su película *Novia a la fuga,* protagonizada por Julia Roberts y Richard Gere.

1

1 – EXT. TERRAZA APARTAMENTO DE LESLIE (LOS ÁNGELES, CALIFORNIA)– NOCHE.

LESLIE, con desánimo, sopla las velas de su último año como veinteañera. Se dice a sí misma que es afortunada después de todo, pues no está sola.

—Y… ¡ahí va mi último año de juventud!

Con un resoplido —que sonó más como un profundo suspiro lleno de resignación—

Leslie apagó la solitaria vela de cumpleaños que coronaba el *muffin* de chocolate que sujetaba entre los dedos.

—¡Por el amor de Dios, Leslie! —le reprochó Jenny, su vecina y mejor amiga, mientras le quitaba el *muffin* de la mano—. ¡No seas melodramática! Cumples veintinueve años, no ochenta.

Leslie acabó por poner los ojos en blanco al escucharla. Le daba exactamente igual lo que opinara su amiga: para ella entrar en el último año de la veintena era como firmar su sentencia de muerte. Todo el mundo sabe que, a los veintinueve, la juventud termina y a partir de ese momento la vida empieza a ir cuesta abajo. ¿Tan difícil era de entender? De no haber sido por sus amigos, que incluso la obligaron a pedir un deseo cuando apagó la vela, habría pasado aquel día como otro cualquiera. Y tan feliz de no celebrar una fecha tan fatídica para ella.

—Pues me siento como si estuviera a un paso de pertenecer al selecto club de la tercera edad —le hizo ver, notando cómo el cansancio del

día se iba apoderando cada vez más de su cuerpo—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? —Jenny se recogió su larguísima melena oscura en un moño improvisado y continuó con lo que tenía entre manos—. Estoy sirviendo tus margaritas de cumpleaños.

Leslie se la quedó mirando con una ceja levantada y después echó un vistazo al reloj de pulsera que siempre llevaba. Las manecillas le indicaron que faltaban pocos minutos para la una de la madrugada.

—¿Te parece que son horas de tomar alcohol?

Jenny ni siquiera se molestó en mirarla, concentrada como estaba en verter el contenido de la jarra en tres tazas desiguales de las que usaban para desayunar.

—Oh, cariño. Siempre es buen momento para tomar alcohol, y más si estamos celebrando tu cumpleaños. ¡Bruno! —gritó hacia la cocina—. ¿Se puede saber por qué tardas tanto en traer el azúcar?

Una cabeza repleta de frondosos rizos negros apareció tras las puertas de la terraza, y, a juzgar por su expresión, había encontrado de todo menos el dichoso azúcar.

Ambas mujeres lo interrogaron con la mirada.

—¿Y bien?

—Tienes una alarmante cantidad de café instantáneo almacenado en la cocina, ¿lo sabías?

Leslie se encogió de hombros y consideró que, a esas alturas, sus amigos ya debían conocer la respuesta. Sin café, su cuerpo se negaba a funcionar, sobre todo por las mañanas, cuando solo le había robado unas pocas horas de sueño a la vigilia. Tenía que mantenerse activa de alguna manera durante el día, y la cafeína era la única droga legal a la que recurría y que, además, estaba al alcance de su bolsillo.

Bruno se dejó caer a su lado, sobre los montones de cojines que habían acumulado en el suelo de la terraza, aunque, en honor a la verdad, habría sido más correcto llamarla

«balcón», puesto que sus dimensiones eran demasiado pequeñas como para considerarla de una categoría superior. El apartamento de Leslie tenía un tamaño minúsculo. Diminuto. Enano. Ni siquiera se le podía

considerar un apartamento. Era más bien un… estudio. Un *loft,* como estaba de moda llamarlo, pero sin el lujo ni las comodidades de los que salen en las revistas de decoración. Tal y como estaban los precios de alquiler en Los Ángeles y dado lo justo que era su salario, le resultaba imposible aspirar a nada más. Así que su pequeño pero cuco refugio en la avenida Garland, en el culo de la ciudad, resultaba más que suficiente para ella.

Debido a la falta de metros cuadrados de la vivienda, ella, Bruno y Jenny siempre terminaban ocupando el espacio disponible en el balcón de Leslie, o en el de cualquiera de ellos, en realidad: era la suerte de compartir edificio con sus mejores amigos, puesto que también eran sus vecinos, y, además, la economía de ellos dos resultaba tan irrisoria como la de la propia Leslie.

Haciéndose sitio entre la mullida pila de cojines, Jenny se sentó al lado de Leslie que quedaba libre, y dejaba así a la cumpleañera en mitad de aquel peculiar trío.

—Bueno, ¿qué? ¿Y el azúcar?

Bruno se puso una mano en la cabeza de un modo tan teatral que a Leslie le recordó a las telenovelas de la Colombia natal de él que Bruno siempre las obligaba a ver. Y ellas accedían, claro, pues sabían que de aquella manera su amigo se sentía más anclado a sus raíces.

—¿Para qué demonios quieres el azúcar si ya has servido los margaritas? —Bruno resopló, mascullando entre dientes, y a Leslie le pareció oírle decir algo que sonó muy similar a *«culicagada»,* pero que ella no tenía ni la menor idea de qué significaba.

Después de un día tan complicado como el que había tenido, Leslie daba gracias a los hados del destino por poner a sus amigos en su camino. Había algo familiar en regresar a casa y presenciar el continuo tira y afloja que se traían Jenny y Bruno. Era divertido ver cómo la chica de raíces coreanas y el muchacho latino se picaban el uno al otro.

Aparentemente, no tenían nada que ver: mientras que la familia de Jenny llevaba décadas en Estados Unidos, la de Bruno todavía tenía que lidiar con los prejuicios del color de la piel, el idioma y las dificultades para hallar un empleo decente. Sin embargo, a los dos los unía el sentimiento de saberse unos incomprendidos, como si fueran unos bichos raros solo por el hecho de ser latinoamericano uno o tener los ojos ligeramente más rasgados otra. ¡Qué injusto era el ser

humano! Lo bonito de la vida es que cada uno resulta diferente al resto. Como las distintas piezas de un puzle que, al final, siempre acaban encajando.

—La respuesta es no, pesada —contestó Bruno al cabo de un segundo —. Pero he encontrado esto. —Bruno hizo agitar un botecito de plástico cuyo interior resonó como el de unas maracas caribeñas. Leslie abrió mucho los ojos al ver de qué se trataba y se lo arrebató de las manos.

—¡Uf, no! Ni se os ocurra comeros esto.

—¿Qué narices es?

Leslie arrugó la nariz e hizo cuanto pudo por esconder el frasco de la mirada curiosa de Jenny, pero su amiga hizo gala de las artes para el taekwondo heredadas de su padre y, en un abrir y cerrar de ojos, la chica alzaba triunfante un botecito de…

—¿Virutas de chocolate de colores?

Leslie resopló e intentó esconder el rostro tras la espalda de Bruno. Cuando habló, su voz apenas fue un suave murmullo.

—¿Recuerdas la tarta que prometí que te haría para tu cumpleaños?

—La tarta que… —Los ojos rasgados de Jenny se abrieron todo lo posible cuando comprendió a qué se refería—. ¿Me estás diciendo que eso está en tu cocina desde hace más de dos años?

Leslie se encogió de hombros como respuesta. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Inventarse una excusa? No era buena mintiendo, y Jenny tenía el don de descubrir siempre la verdad.

—¿Culpable?

A su lado, Bruno estalló en carcajadas.

—Es asqueroso incluso para ti, Leslie. ¡Ay!

—Cállate, Bruno. —Jenny se disponía a lanzar un nuevo cojín a la cabeza de su amigo, pero se lo pensó mejor y decidió compadecerse de él—. Te perdono, ¿vale? Pero solo porque no nos hemos comido esa porquería rancia y porque de verdad tenías la intención de cocinar para mí.

—Iba a hacerlo. ¡Te lo juro! —sollozó Leslie—. Pero es que…

Bruno la rodeó con un brazo e hizo que su amiga descansara la cabeza sobre su hombro.

—Lo sabemos, pequeña.

Tras compartir una mirada cómplice con Jenny, los dos dijeron al unísono:

—¡Barbara!

Exacto. Barbara.

Barbara Williams, también conocida como «la Hija del Mal», como ella y sus amigos solían llamarla. Leslie llevaba trabajando para Barbara los últimos dos años, cuatro meses, tres días y dieciocho horas de su vida, pero tenía la sensación de que había estado atada a su lado desde que el *big bang* estalló y se formó el universo. Al principio no era tan malo, pero la ilusión de trabajar bajo las órdenes de la nueva estrella de

Hollywood fue solo eso, una ilusión. Al cabo de pocas semanas, Barbara comenzó a mostrar el auténtico ser que era: un basilisco. Y no uno cualquiera, ¡qué va! Uno del tamaño del que aparecía en la película de Harry Potter. La dulce chica dorada del cine no era más que una tirana sin sentimientos que exigía más de lo que daba, y en varias ocasiones Leslie estuvo a punto de tirar la toalla y abandonar, pero necesitaba aquel trabajo para pagar las facturas y lograr hacer realidad su sueño de convertirse en una prestigiosa guionista.

Su paciencia infinita era lo que la mantenía aún en su puesto de trabajo. Se suponía que la habían contratado como asistente de la actriz, pero esta relacionaba el significado de la palabra «asistente» con el de «secretaria», «personal de limpieza», «recadera» y, su último favorito, «esclava». Si por Barbara hubiera sido, Leslie no comería ni dormiría: el día tenía veinticuatro horas para que Leslie la atendiera en exclusiva. Por fortuna para Leslie, Barbara a menudo se cansaba de escuchar sus propias órdenes, por lo que acababa por mandar a Leslie a casa. Eso sí, nunca antes de que diera la medianoche.

En la lista de Spotify que habían creado sonaba *Ain't your mama,* de JLo, y Leslie se sintió identificada con la letra de la canción. Lo único que le faltaba era cocinarle y hacerle la colada a Barbara.

—Pobrecita —se compadeció de ella Bruno—. ¿Qué te ha hecho esta vez para que llegues tan tarde a casa el día de tu cumpleaños?

Los labios de Leslie se fruncieron en un puchero antes de erguir la cabeza y mirar hacia el horizonte, hacia la iluminada ciudad de Los Ángeles.

—Me ha tenido dos horas tratando de hacerle la manicura francesa. ¡Dos horas! Se ha empeñado en que vuelve a estar de moda y quería probar cómo le quedaban las franjas blancas en las uñas.

—¿Y por qué no ha ido al salón de belleza?

Leslie miró a su amigo con una ceja levantada.

—¿A las once de la noche?

—¡Tía! —protestó Jenny, dándole un golpe en el brazo—. ¿Tengo que recordarte que mi familia es dueña de un salón de belleza en Koreatown y que yo trabajo allí? La próxima vez llámame. Estoy segura de que podría sacarle unos cuantos de los grandes a esa put…

Bruno se apresuró a interrumpirla antes de que pudiera continuar. Una vez que Jenny destapaba la caja de las palabrotas no había quien la detuviera.

—¿Y qué le ha parecido el resultado? ¿Te ha dado las gracias y una palmadita en la espalda, al menos?

Leslie se desplomó de nuevo contra los cojines, exhausta. La melodía de la reina del Bronx dio paso a *All too well,* de Taylor Swift, y el mustio estado de ánimo de Leslie bajó un par de puntos más.

—No he ido más allá del dedo índice —farfulló—. ¿Qué culpa tengo yo por no tener pulso? Cuando se ha dado cuenta de mi ineptitud, se ha enfadado y me ha enviado a casa.

—No eres inepta, cariño —le aseguró Jenny, y se apresuró a abrazarla —. Pero no vuelvas a meterte con mi oficio, ¿de acuerdo?

—Pero sí que soy patética —continuó ella, y esta vez sonrió un poquito cuando Bruno se unió al abrazo—. Es mi cumpleaños y aquí me tenéis, tirada sin fuerzas entre un montón de cojines y quejándome de mi jefa. —Resopló—. ¿Por qué mi vida no puede ser como una canción de Taylor Swift? O mejor aún, ¡de Adele!

Oyó que Bruno rompía a reír a su lado.

—¿No crees que para eso deberías tener vida amorosa? ¡Ay! Vosotras

dos, ¿queréis dejar de lanzarme cosas hoy?

—Bruno tiene razón —apostilló Jenny, mientras contenía la risa al contemplar cómo el chico se pasaba los dedos por la zona rojiza de la frente, justo donde Leslie lo había golpeado con el tarro de virutas—. A ver, si tu vida fuera una canción entonces sería…

—¡ *Matilda,* de Harry Styles!

—¡Eso es, hermano!

Últimamente, Jenny había tomado la costumbre de llamar «hermano» a Bruno y, por alguna razón, a los dos les encantaba.

Satisfecha, Jenny levantó la mano por encima de su cabeza, y Leslie fue testigo de cómo sus amigos chocaban los cinco debido a su inexistente relación con el género masculino.

Matilda era una canción preciosa, pero tan triste que, cada vez que la escuchaba, le entraban unas repentinas ganas de llorar.

—Yo no tengo problemas familiares —se defendió ella a media voz.

—Es verdad —convino Jenny—. Tu familia es maravillosa, comprensiva y paciente. Y

tú, una mala hija por no ir a verlos más a menudo.

—Habló la que se ha independizado a solo diez minutos de la casa de sus padres.

Las dos chicas se lanzaron una mirada retadora que hubiera dejado en pañales a los láseres de Superman.

—Haya paz, señoritas. A ver, Leslie, estoy seguro de que lo que Jenny intenta decirte es que…

—Que dejes ya de lamerte las heridas y esconderte del mundo y que tengas una puñetera cita. Eso es lo que quiero decir.

De entre todos los días del año, sus amigos habían tenido que escoger precisamente ese para sacar a relucir su mala suerte en el amor. Ella simplemente no estaba preparada para volver al mercado de las flores y los corazones, y, además, tampoco disponía de tiempo para sí misma. ¿Cómo iba a dedicárselo a una hipotética pareja si apenas le quedaban horas en el día para ella?

—No hace tanto tiempo desde lo que… Y yo…

—Seis años, Leslie —la interrumpió Bruno—. Han pasado seis años desde lo de John.

¿No crees que es momento de volver a empezar?

—¡Además! —exclamó Jenny sin darle tiempo a responder—. Trabajas en la meca del cine. ¡Lo tienes facilísimo! ¿Y si un actor macizo se enamora de ti un día de estos?

—¿O qué te parece si de repente uno de los estudios a los que has enviado tus guiones te contrata, compartes interminables horas de trabajo con el reparto de actores y, en pleno rodaje, el chico de la claqueta…?

—¡No digas idioteces, Bruno! Estamos fantaseando con actores buenorros que se enamoren de nuestra chica. No te cargues la fantasía.

El humor de Leslie había mejorado de forma considerable desde que sus amigos se habían puesto a hacer el idiota solo para ella. Sin embargo, en cuanto Jenny terminó de hablar se dio cuenta de que acababa de firmar su sentencia de muerte y supo que no la iban a dejar en paz aquella noche.

Bruno alzó las cejas varias veces seguidas en un gesto travieso.

—Así que el destino de nuestra chica está ligado irremediablemente al de un actor macizo, ¿eh?

—Ya te he dicho que… ¡Oh! Ya veo por dónde vas.

En un abrir y cerrar de ojos Leslie se vio rodeada por sus amigos, que la miraban como si fueran miembros de la Inquisición española.

—¿Cómo se llamaba aquel amiguito tuyo del instituto, Leslie?

Ella desvió la mirada, incapaz de hablar. No tenía secretos para Bruno y Jenny; los dos sabían de dónde venía, lo que había ocurrido, qué la atormentaba y también cuáles eran sus ilusiones. Estaba claro que solo querían chincharla, pero Leslie no pudo evitar que apareciera en su estómago el cosquilleo habitual que se apoderaba de ella cada vez que evocaba su pasado adolescente.

—¿No se llamaba Rhys?

—¡Qué casualidad! —exclamó Jenny, jugueteando con las puntas de su pelo—. Igualito que el actor que ganó un óscar en la última edición.

—¿Y no compartían apellido? ¿Cómo era? ¿Hurley? ¿Humphrey?

Al ver que sus amigos no tenían intención de detenerse, Leslie dio un profundo suspiro y claudicó.

—Hudson —musitó, incapaz de mirarlos a la cara—. Se llama Rhys Hudson.

Ya estaba hecho. Había pronunciado en voz alta su nombre una vez más y ocurrió lo que siempre le sucedía cada vez que pensaba en él. Un calor repentino se apoderó de su cuerpo y sintió que las mejillas se le caldeaban y se le teñían de rojo, y los nervios hicieron que incluso le temblaran las rodillas y se le agarrotaran los dedos. Habían transcurrido casi quince años desde la última vez que se habían visto, si bien el

recuerdo de Rhys permanecía muy vivo en su memoria. Pero no era culpa suya, por supuesto que no. ¿Quién era capaz de olvidar a su primer amor?

Aún más: ¿quién era capaz de olvidar al chico por el que un día juró delante de todo el instituto que se casaría con él?

Los recuerdos comenzaron a agolparse en la cabeza de Leslie, flotando como si fueran peces en un mar, y entonces supo que era hora de dejarlos volver a salir a la superficie.

2

2 – INT. GRADAS DEL PABELLÓN DE NATACIÓN DEL INSTITUTO PÚBLICO STEPHEN DECATUR (BERLIN, MARYLAND) – DÍA.

LESLIE se esfuerza por intentar ver al chico que le gusta entre un mar de cabezas congregadas para ver la competición de natación.

QUINCE AÑOS ANTES

En el pabellón de natación Susan Wheeler no cabía ni un alfiler aquel sábado por la mañana. Llamado así en honor a la esposa del heroico oficial naval estadounidense Stephen Decatur, que a su vez daba nombre a la escuela, pocos sabían que, tras enviudar, Susan se convirtió al catolicismo y realizó una generosa donación a la Universidad de Georgetown a cambio de poder residir en el campus

durante lo que le quedara de vida. La señora Wheeler fue una mujer devota que dedicó su tiempo a ayudar a los demás, y, por ello, Leslie siempre la había admirado. Le gustaba contemplar su retrato e imaginar cómo fue el transcurrir de sus días en el Washington del siglo XIX y, tal vez, escribir sobre ello en un futuro. Esa mañana, en cambio, Leslie era incapaz de mantener su atención en nada que no fuera la entrada al pabellón desde los vestuarios, esperando a que los chicos del equipo de natación aparecieran. Aunque la verdad era que solo le interesaba uno de ellos en particular.

Rhys Hudson.

La mera mención de su nombre la hacía suspirar de anhelo y puro amor adolescente.

Como capitán del equipo de natación del último curso, Rhys era la estrella del instituto, y todo el mundo lo admiraba. Su popularidad despertaba envidias entre sus compañeros y su físico, acompañado de esa intensa mirada azul celeste y esa cabellera dorada que siempre estaba ondulada a consecuencia del agua de la piscina, aceleraba los corazones de chicas y chicos por igual. Leslie estaba segura de que no había nadie en el planeta Tierra que no se muriera por besar a Rhys. Tenía unos labios carnosos y bien definidos, y el hoyuelo que se le formaba en la mejilla derecha cuando sonreía resultaba tan hipnótico que Leslie no podía pensar en otra cosa que no fuera acariciárselo con la punta de los dedos. Aunque la verdad era que Rhys no sonreía muy a menudo.

Desde que Rhys aterrizó en el pueblecito de Berlin, en Maryland, cinco años atrás, Leslie lo había visto sonreír un total de cuatro veces. La primera fue cuando Leslie tenía nueve años y su madre la llevó a la ferretería del señor Carpenter para comprar una

pantalla para la lámpara que ella acababa de romper mientras bailaba en el salón la última canción de Britney Spears. La nueva esposa del señor Carpenter las atendió con amabilidad y simpatía; además, tenía un acento tan marcado que Leslie tuvo que contenerse para no soltar una risita. Según les dijo, ella y su hijo, Rhys, habían volado directos desde Gales —donde fuera que estuviese ese lugar— hacía pocas semanas para instalarse en el pueblo, pero el muchacho parecía no encajar bien en su nuevo hogar.

Así fue como, animada por ambas mujeres, Leslie acudió a la trastienda para encontrarse con los ojos más grandes y azules que había visto en su vida. No podía creer que un muchacho de apenas

doce años fuera más guapo que el mismísimo Justin Timberlake. Sin embargo, Rhys no pronunció palabra alguna, simplemente se limitó a observarla, como si ella fuese alguna criatura extraña de la que desconfiaba. Para romper el hielo, Leslie le ofreció la chocolatina que tenía en el bolsillo y, para su sorpresa, el muchacho la aceptó y le sonrió tímidamente.

La segunda sonrisa ocurrió un par de años más tarde, durante la celebración del Día de la Independencia. Leslie y su familia habían acudido al parque Heron para disfrutar de un agradable día festivo y organizar un pícnic al aire libre, al igual que el resto de los vecinos del pueblo. La madre y el padrastro de Rhys también estaban allí, pero no había ni rastro del esquivo chico galés. Hasta que la noche cayó, Leslie no tuvo ocasión de ver a Rhys. Estaba tumbado sobre la hierba cerca del lago, con los brazos colocados bajo la cabeza, mientras contemplaba el cielo nocturno. Una sonrisa curvó hacia arriba los labios de Rhys justo cuando comenzaron los fuegos artificiales del 4 de julio, y fue en ese momento, a la tierna edad de once años, cuando Leslie se dio cuenta de que Rhys era el amor de su vida.

Las sonrisas tres y cuatro habían tenido lugar bajo el agua; la tercera fue durante la celebración de una carrera de relevos en la que Rhys compitió en su primera temporada como miembro del equipo de natación y la cuarta, tras ganar el campeonato de natación del condado. De eso hacía ya casi dos años.

A pesar de su carácter serio y retraído, a lo largo de los años Rhys había conseguido convertirse en el chico más guapo, popular y admirado de todo el instituto. No era como el resto de los que conformaban la élite del Stephen Decatur: apenas se mezclaba con el resto de compañeros, medía sus palabras antes de hablar y se limitaba a ir simplemente a su aire. Precisamente era eso lo que lo hacía tan especial, porque Rhys no era como los demás, y Leslie no podía evitar que un enjambre de mariposas se instalara en su estómago cada vez que se lo cruzaba en los pasillos. Era tan alto que, a su lado, Leslie era como una marioneta. Y tan fuerte… Leslie estaba segura de que, si Rhys la abrazaba alguna vez, sus cortos brazos serían incapaces de rodear la ancha espalda de él. Y ella se moría por que Rhys la abrazase tal y como hacía en sus sueños.

A ella no le cabía ninguna duda de que Rhys estaba destinado a ser su «chico para siempre». Él todavía no lo sabía, pero encontraría el modo de llegar hasta ella, como en la película *Crepúsculo*. ¿Quién le iba a decir a Bella, una chica sin sustancia, que el guaperas de color mortecino del instituto terminaría por enamorarse de ella? La historia

se repetía una y otra vez, y Leslie tenía la certeza de que algún día Rhys se fijaría en ella.

—No me estás escuchando nada, Les —oyó que la acusaba Nora. Y probablemente no fuera la primera vez que lo hacía desde que estaban ahí.

Leslie se obligó a parpadear y a girar la cabeza hacia su amiga. Había arrastrado a Nora hacia el pabellón de natación un sábado por la mañana; lo mínimo que podía hacer era prestarle un poco de atención.

—Perdona —se disculpó Leslie—. La música está muy alta. ¿Qué decías?

Nora resopló tan fuerte que su flequillo oscuro —que acababa de cortarse ella misma en el baño con las tijeras de la cocina de su casa— danzó sobre sus ojos. Estaban sentadas en la última fila de asientos de la grada, justo al lado del chico de megafonía. Por los altavoces se escuchaba *Don't Stop the Music,* el nuevo tema de Rihanna, a toda pastilla.

—Estaba contándote que anoche casi me cargo al estúpido de mi hermano cuando lo pillé en mi habitación leyendo mi diario.

Al ver que su amiga volvía a centrar la atención en la salida de los vestuarios, Nora decidió cambiar de táctica. Iba a resultar imposible hablar con ella mientras durara la dichosa carrerita de los hombres pez.

—Y entonces, de repente, Katy Perry apareció en mi puerta y me pidió una cita. ¿No te parece increíble?

—Totalmente increíble, sí —reconoció Leslie.

—Incluso me ha dedicado una canción. ¿Has escuchado *I Kissed a Girl*? Pues esa va por mí.

—Es un gesto muy bonito por parte de Kat… —De repente, Leslie se volvió hacia Nora, mirándola con los ojos marrones muy abiertos—. ¡Te lo estás inventando todo, mentirosa!

Nora la golpeó en el hombro con el puño, lo suficientemente fuerte como para hacer que Leslie se balanceara ligeramente, pero no como para hacerle daño.

—¡Es tu culpa! Desde que hemos puesto un pie en el pabellón no has

hecho otra cosa más que otear el horizonte en busca de Rhys Musculitos Hudson.

Leslie frunció el ceño bajo el gorro de lana que llevaba.

—Rhys es mucho más que solo músculos. —Cada vez que Nora se metía con Rhys, Leslie sentía la imperiosa necesidad de defenderlo, como si el chico fuese algo suyo—.

Además, ¿quién usa hoy en día la expresión «otear el horizonte»?

—Resulta que yo… y la autora de la novela que terminé de leer anoche… ¡Pero eso no tiene nada que ver! Les, estás obsesionada con ese tío.

Leslie admitía que tal vez se le hubiera ido un poquito de las manos el tema de su enamoramiento de Rhys. No era una acosadora ni mucho menos, pero sí que estaba al día de todas las novedades que giraban en torno a Rhys. Sabía que necesitaba mejorar sus notas para acceder a una buena universidad en el caso de que no obtuviera una beca deportiva y también que acababa de romper con Sally, la capitana de las animadoras del instituto. Era consciente de que Rhys no tenía una buena relación con su padrastro y que los fines de semana trabajaba en la gasolinera de las afueras porque quería demostrar que era un chico independiente. Leslie odiaba no tener carné de conducir para llevar el coche de su madre a repostar todos los días durante el horario de Rhys.

—Tú no lo entiendes. Él es especial.

A su lado, Nora puso los ojos en blanco.

—Admito que está bueno y todo eso. Pero ni siquiera te mira, Les. Y, además, debe de tener algún problema o algo, porque casi nunca le he escuchado hablar y, cuando lo hace, se limita a gruñir.

—Es que es tímido —suspiró Leslie.

—¡Qué va a ser tímido! Lo que yo creo es que es un capullo que se cree por encima de los demás solo por el hecho de ser alto, guapo y europeo. Ahí está la clave, amiga mía.

A las tías os pone Rhys Hudson porque *es* extranjero. Escocés o algo así.

—Galés —la corrigió Leslie—. Rhys es galés.

Nora hizo un gesto con la mano como si ambas nacionalidades fueran la misma.

—Ni siquiera sé dónde está Galicia.

Leslie decidió no seguirle la corriente. No estaba segura de si ese lugar existía en realidad o no, pero no era ahí donde Rhys había nacido.

—No a todas las tías nos pone Rhys. Tú eres una chica y él no te gusta.

Su amiga chascó la lengua como respuesta. Era mujer, sí, pero no heterosexual. Nora no tenía reparos en admitir que encontraba atractivos a ciertos hombres, a pesar de que a ella no le atraía en absoluto el género masculino. Hacía poco tiempo que Nora había salido oficialmente del armario, y, a pesar de que su padre parecía estar haciéndose todavía a la idea de tener una hija lesbiana, le iba bastante bien mezclándose con los demás en el instituto. Seguía siendo tan invisible como lo había sido toda su vida.

—Mira, lo que trato de decir es que, si tanto te gusta ese tío, ¿por qué simplemente no vas y se lo dices? No sé, chica, ¿qué puedes perder?

Leslie la miró como si se hubiera vuelto loca de remate. ¿Hablar con Rhys? ¿Ella?

Definitivamente, a Nora le faltaba un tornillo y se había olvidado por completo de la norma no escrita que dice que las chicas normales y corrientes no se mezclan ni hablan con la élite del instituto. Lo único que les está permitido es admirar a los populares, pillarse por ellos y votarlos como reyes y reinas en el baile de fin de curso.

Jugueteando con las puntas de una de sus trenzas, Leslie negó enérgicamente con la cabeza mientras pensaba una respuesta. No tenía valor suficiente como para acercarse a Rhys y hablarle de… ¿De qué? ¿Del tiempo? ¿O de aquella única vez en la que *casi* hablaron en la trastienda de la ferretería de su padrastro tantos años atrás? Ni de coña se iba a humillar de aquella manera. Tenía catorce años, pero no era idiota. Había cosas que simplemente no pasaban en la vida real.

—No puedo aproximarme a él y decírselo sin más, Nora. Además, probablemente Rhys ni siquiera sabe cómo me llamo. No hay ninguna razón por la que deba contarle nada.

Se supone que tienes que estar de mi parte, no animarme a cometer una estupidez.

El chico de tercer curso encargado de la megafonía amenizó la espera con más música y provocó expectación anunciando uno a uno a los miembros del equipo. La grada se vino abajo cuando mencionó el nombre del capitán.

A su alrededor, la gente gritaba más y más. La llegada de los nadadores debía de ser inminente, a juzgar por la cantidad de chicas que se habían congregado junto a la piscina. Todas gritaban y daban saltitos, ansiosas por colgarse del cuello del grupo de tipos musculosos y casi desnudos que estaban a punto de aparecer ante sus ojos. La idea de volver a ver el cuerpo mojado de Rhys, cubierto únicamente por el trocito de tela azul con el logo del instituto serigrafiado a un lado a la altura de la cadera, provocaba que la piel se le pusiera de gallina. Tan alto, tan fuerte, tan…

—Sé valiente, Les —exclamó Nora por encima de los gritos y de la música—. ¡Lánzate a la piscina!

—¡No puedo! —vociferó Leslie. Se moría por ver de nuevo a Rhys, y la impaciencia le hacía mover las piernas de manera incontrolada—. Y tampoco quiero ser el hazmerreír del instituto. Creo que Rhys todavía no está preparado para conocer su destino.

—¡¿Qué?!

El clamor del público era ensordecedor, y Leslie decidió ponerse en pie para hacerse oír mejor.

—¡Digo que no quiero que todo el mundo sepa que Rhys Hudson va a ser mi futuro marido!

El silencio que se hizo a continuación cayó como una pesada manta sobre todo el pabellón de deportes, y el frío se apoderó de la estancia hasta congelar todos los huesos del cuerpo de Leslie, como si los dementores de Harry Potter hubieran entrado en la sala.

No se oía nada, absolutamente nada después de su confesión hecha a gritos. Justo cuando comenzó a hablar, el equipo de natación hizo por fin su ansiada aparición; la música cesó, el *speaker* calló y Leslie, que estaba justo al lado del micrófono, lanzó su alegato final, haciendo público entre gritos su amor por Rhys Hudson.

Todo el mundo la miraba fijamente, mientras que ella era incapaz de moverse. No podía creer que hubiera hecho el ridículo de aquella manera; quería que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragase,

sentir el calor abrasador de su interior y no volver nunca, jamás, a la superficie. ¿Cómo había podido ser tan idiota? Las risas empezaron a surgir a su alrededor, sus compañeros y los padres de los alumnos la señalaban con el dedo y cuchicheaban sin disimulo.

—Vaya, parece que alguien acaba de declararse —se mofó el chico de megafonía—.

¿Algo que decir al respecto, Hudson?

Más risas, más gritos, más murmullos preguntando quién era la pardilla de las trenzas.

Leslie quería llorar, pero ni siquiera era capaz de moverse. Estaba petrificada de vergüenza.

—Por favor… —logró susurrar.

Nora no tardó en cogerla de la mano, infundiéndole ánimo. Tiró de ella suavemente y consiguió que volviera a sentarse a su lado.

—Tranquila —musitó—. Respira por la nariz y expulsa el aire por la boca. No vayas a vomitar.

A pesar de todo, de la vergüenza, la deshonra y la humillación, Leslie logró lanzarle una mirada acusadora.

—No voy a vomitar, es solo que… ¡Ay, Nora!

Abochornada, Leslie se tapó la cara con las manos mientras permitía que Nora la abrazara y le diera palmaditas en la espalda. Estaba mortificada, y no creía que pudiera volver al instituto. Su vida estaba acabada; tendría que tomar clases en casa, y las oportunidades de entrar en una buena universidad habían quedado reducidas a la nada. No tendría amigos, la gente en el pueblo le retiraría el saludo y cuchichearían a su espalda. Viviría sola en una casa abandonada porque nadie querría darle trabajo, y la única compañía que tendría sería la de los gatos callejeros de los que cuidaría.

—Deja de hacer eso —oyó que decía Nora por encima de su hombro.

—No estoy haciendo nada —sollozó.

—Te estás boicoteando a ti misma, lo sé.

Leslie soltó un quejido lastimero y se aferró aún más a su amiga.

—¿Está mirando?

—¿Quién? Quiero decir, aparte de todo el mundo. ¡Au!

Nora se llevó una mano a la cabeza, allí donde sentía un dolor punzante por el tirón de pelo que le había dado su amiga. Pero al ver que la boca de Leslie amenazaba con sonreír, se dijo que había merecido la pena.

—¿Nos está mirando Rhys?

No era un secreto que a Nora no le gustaba el capitán del equipo de natación. Rhys representaba el típico tópico de guaperas de instituto; era el *quarterback,* solo que bajo el agua. Se ligaba a la capitana de las animadoras y siempre conseguía ser el rey de todas las fiestas. Ese aire taciturno que se gastaba no engañaba a Nora, que estaba segura de que bajo esa aura mística que tenía, el tío escondía algo chungo. Pero, a pesar de todo, Nora era una buena amiga, y por ese motivo claudicó y se puso a buscar a Rhys con la mirada.

Lo encontró junto a la piscina, quitándose el albornoz, listo para entrar en el agua.

Algunos de sus compañeros se le acercaban para darle palmaditas en la espalda y lanzarle bromitas jocosas acerca de la declaración pública de Leslie. Sin embargo, y para sorpresa de Nora, Rhys parecía no tener interés en alimentar sus burlas, e incluso se le veía visiblemente incómodo. Se dio cuenta de que trataba de no mirar hacia Leslie, pero de vez en cuando sus ojos apuntaban directamente hacia la zona en la que estaban ellas.

—Sí y no.

Limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano, Leslie lanzó un nuevo sollozo.

—¿Qué significa eso?

—Pues que al chico se le ve tan incómodo como a ti. Eh, Les. No dejes que esto te afecte más de lo debido.

—¡Acabo de hacer el ridículo delante de todo el instituto y parte del pueblo! Un poco tarde para decirme eso, ¿no crees?

Poniendo los ojos en blanco, Nora decidió que ya habían tenido suficiente sesión de natación por ese día y comenzó a recoger sus

cosas. Era sábado por la mañana, tenían catorce años y no le apetecía malgastar el fin de semana viendo cómo una panda de tíos del último curso remojaban sus cuerpos por diversión.

—Espera, ¿qué estás haciendo?

—¿Qué piensas que estoy haciendo? Nos estamos yendo. ¿Vamos al Burley a tomar un chocolate caliente y unas tortitas?

Nora iba tan rápido que Leslie tuvo que pedir disculpas a varios padres cabreados cuando bajó las gradas para tratar de alcanzarla. Para su alivio, la gente estaba tan

concentrada en la competición que apenas se giraron para mirarla. Cuando llegó a su altura, Nora le rodeó los hombros con el brazo.

—Ya lo dice Fergie en su canción: *Big Girls Don't Cry*. Anímate, anda.

Leslie lanzó un profundo suspiro y apoyó la cabeza en su amiga.

—No entiendo cómo puedo animarme después de lo que ha pasado ahí arriba.

—Tienes que ver el lado positivo de todo esto.

—Que es…

—Al menos ahora Rhys sabe que estás por él.

3

3 – INT. SALÓN DE ACTOS DEL INSTITUTO PÚBLICO STEPHEN DECATUR (BERLIN – MARYLAND) – DÍA.

EL GRUPO DE TEATRO está en crisis y Leslie no encuentra una salida al problema que se les presenta. Necesitan encontrar a un nuevo Romeo para la obra final del trimestre.

Era una catástrofe. Un cataclismo de dimensiones que solo igualaba el *big bang*. Si Leslie hubiera tenido que ponerle una canción al desastre que tenía entre manos, no tenía ninguna duda de que habría sido *Tragedy,* de los Bee Gees. Quizá aquella manía suya de relacionar cualquier situación con una canción en concreto resultase un tanto molesta para su familia y amigos, pero ella no podía evitarlo. Para Leslie, la vida se resumía en música y en letras, y por ese motivo siempre la acompañaban una libreta, un bolígrafo y su reproductor de música.

Sin embargo, en aquel preciso momento Leslie no estaba para escuchar música ni para ponerse a escribir el guion de su vida. Acababa de suceder una hecatombe de proporciones descomunales y ella estaba bloqueada. Lo único que quería era tirarse al suelo del escenario, taparse con la cortina del telón y llorar sin descanso hasta la próxima glaciación.

—¡Es un total y absoluto desastre! —se quejó alzando los brazos hacia arriba. Al hacerlo, los papeles que llevaba en las manos salieron volando hasta caer sobre el suelo entarimado.

A su alrededor, el resto de sus compañeros y miembros del grupo de teatro la veían pasearse de un lado a otro por la sala, como si fuese un león enjaulado. Su larga melena castaña lucía suelta sobre su espalda, y estaba tan despeinada que se encontraba a dos tirones de pelo de ser un doble de Beetlejuice.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Malcolm, el encargado de apuntar las líneas que se les olvidaban a los actores.

—Tendremos que buscar a un nuevo Romeo, ¿no? —terció Hannah, que encarnaba a la señora Capuleto. Sus cabellos rojos estaban tan ensortijados que parecían sacados directamente del Renacimiento italiano.

Algunos de sus compañeros, como era el caso de Hannah, estaban tan metidos en el papel, tan involucrados con la obra de Shakespeare, que se mimetizaban al cien por cien con el personaje al que interpretaban. El problema residía en que, como encargada del guion que era, Leslie había decidido adaptarla al tiempo actual. Así, Romeo y Julieta eran unos adolescentes como ellos, cuyo amor resultaba imposible debido a la incompatibilidad del escalafón social al que pertenecían. Algo así como una mezcla entre las películas *West Side Story* y *Clueless*. Y tal vez fuera un poco osado por su parte profanar así el texto del maestro inglés, pero la intención de Leslie siempre había sido atraer el interés de sus compañeros por los clásicos de la literatura universal, y, por ello, había peleado hasta conseguir el visto bueno del señor Campbell, el responsable del grupo de teatro del instituto.

Llevaban más de dos meses planeando la representación de la obra, realizando ensayos, trabajando en los decorados y en el vestuario e incluso eligiendo las canciones más acordes que acompañarían de fondo a cada escena. Leslie quería que todo saliera perfecto, *necesitaba*

que todo saliera perfecto. Estaba decidida a ingresar en una buena universidad en unos años y hacer realidad su sueño de dedicarse a escribir guiones de cine. Quería ser quien ideara las historias que luego encandilarían al público, de las que hablaría el mundo entero. Y para ello pensaba darse en cuerpo y alma al grupo de teatro; se entregó tanto que el propio señor Campbell decidió que no había nadie mejor que ella para meterse en la piel de Julieta. Al principio Leslie protestó, porque nunca tuvo interés en ser actriz, pero después comprendió que su pasión, dedicación y compromiso con la obra ayudarían a que el éxito del grupo estuviera asegurado, y con ello se apuntaría un tanto en su currículum académico.

Sin embargo, ahora todo su esfuerzo y sus expectativas de futuro estaban a punto de esfumarse ante sus ojos por culpa del maldito Jeremy Sanders. ¿A quién demonios se le ocurría patinar sobre hielo justo a cuatro días del estreno? Leslie esperaba que él y su pierna rota pasaran unas aburridas vacaciones de navidad sin salir de casa. Estaba convencida de que no debía de dolerle tanto como decía. ¡Peor estaban ellos! Faltaban noventa y seis horas para el estreno y se habían quedado sin Romeo. ¡Un problemón de los gordos!

—Yo puedo aprenderme su papel, si queréis —propuso John, dando un paso al frente mientras se llevaba una mano a la nuca.

John Miller era un encanto, y no solo por ofrecerse. Iba dos cursos por delante de Leslie y jugaba como defensa en el equipo de *lacrosse* del instituto, pero el pobre era tan inocente y servicial que, más que defender a sus compañeros, le dejaba la puerta abierta al rival. Era alto y espigado como una palmera y tenía la mirada más tierna de todos sus compañeros. John era una buena persona y Leslie sentía por él verdadero afecto. A veces se hacían compañía al volver a casa, pues John vivía dos calles más allá de ella.

Era un buen chico, pero no se caracterizaba por tener buena memoria.

Intentando no herir sus sentimientos, Leslie midió con cuidado sus palabras. Le agradecía el ofrecimiento, pero si ya tenía problemas para aprenderse su papel, no quería ni imaginar lo que sufriría para retener las frases de Romeo.

—Eres muy amable, John, pero tú interpretas a Mercucio y no puedes desdoblarte en las escenas en las que hablas con Romeo.

Las mejillas de John se tiñeron súbitamente de un intenso rojo al escucharla. No destacaba por ser el chico más inteligente de clase,

pero en aquel momento se sentía estúpido por no haberse dado cuenta de aquel detalle. Sin embargo, cuando Leslie le dio unas palmaditas cariñosas en el hombro, su bochorno se apaciguó un poco y le sonrió como agradecimiento.

—Entonces ¿qué? —volvió a preguntar Hannah, mordiéndose las uñas.

—Pues que estamos bien jodidos —dijo Malcolm.

—¡No digas eso, Mal! —protestó la chica pelirroja—. Seguro que a Leslie se le ocurre alguna idea. ¿Verdad, Leslie?

La interpelada se sentó sobre el suelo del escenario y enterró la cabeza entre las rodillas.

Quería gritar de frustración, pero sabía que hacerlo no era buena idea si lo que quería era mostrar seguridad y confianza al resto de sus compañeros. Malcolm tenía razón.

Estaban bien jodidos, y la única solución que se le vino a la mente fue la de posponer el estreno hasta las vacaciones de primavera. Solo con pensar en ello le entraron unas tremendas ganas de llorar.

De repente, las puertas dobles del salón de actos se abrieron con un eco ensordecedor en mitad del silencio que se había instalado en la sala. Sobresaltada, Leslie levantó la cabeza y se quedó sin palabras cuando vio caminar hacia ella a la última persona que esperaba en aquel momento.

—Tiene que ser una broma… —masculló.

Pero no lo era. Con un andar despreocupado, casi desganado, Rhys Hudson se acercaba hasta ella mientras se recolocaba la mochila en el hombro izquierdo. Llevaba el pelo todavía húmedo después de haberse pasado la tarde entrenando con el equipo de natación, y Leslie tuvo que obligarse a cerrar la boca para no parecer un pez a punto de ahogarse cuando el chico se detuvo frente a ella.

—¿Qué hay? —saludó con un carraspeo, aunque más bien sonó como si se hubiera atragantado.

Ningún miembro del grupo de teatro dijo nada, pues, por lo visto, todos estaban tan flipados como Leslie de ver al tío más popular del instituto delante del grupito de frikis del teatro. Y en su caso era peor, pues hacía pocas semanas que todo el mundo había escuchado cómo decía por megafonía que pensaba casarse con Rhys Hudson. *«¡Tierra,*

trágame!» fue el único pensamiento que cruzó la mente de Leslie. Quería coger su melena y echársela hacia delante para taparse el rostro y evitar que Rhys la viera. Sin embargo, cuando tuvo el valor suficiente para mirarlo de soslayo, descubrió cierto rubor cubriendo las mejillas de Rhys. El pobre debía de estar abochornado por tener que hablarle después del numerito que ella había organizado públicamente.

—¿Te has perdido, Hudson? —preguntó John, aproximándose hasta ellos. A su lado, Leslie lo miró, agradeciéndole en silencio que acudiera a socorrerla—. ¿Necesitas que te ayudemos a dar con la salida?

Leslie se sintió diminuta, liliputiense, entre aquellos dos armarios empotrados. Rhys era alto, de espaldas anchas por la natación y de músculos bien marcados, mientras que John era un tirillas de casi un metro noventa. Los dos se retaban con la mirada, aunque no daba la impresión de que fuese John quien saliera vencedor de la batalla visual, todo lo contrario. Como respuesta, Rhys sonrió de medio lado, y a tan corta distancia Leslie casi se desmayó a sus pies al ver aparecer el hoyuelo en su mejilla derecha. El tío era perfecto; inalcanzable, pero fastidiosamente perfecto.

—Relájate un poco, Miller —masculló Rhys, y su voz profunda envió un enjambre de mariposas directo al estómago de Leslie—. Me envía el señor Campbell.

Leslie reaccionó a su respuesta como si acabasen de despertarla bruscamente de un sueño profundo en el que Rhys y ella se prometían amor eterno en una playa del Mediterráneo. Lo miró con una ceja arqueada, como si él hubiera hablado en un idioma que no entendía. Sin embargo, seguía tan embelesada por su presencia y también tan avergonzada por los últimos acontecimientos que le resultaba imposible encontrar su propia voz.

A su lado, la carcajada de John le recordó que Rhys y ella no estaban a solas.

—Sí, claro —masculló entre risas—. Como si supieras quién es él. ¿Qué quieres, Hudson?

Leslie se preguntó qué manía tenían los tíos con llamarse por el apellido cuando se ponían en modo gallitos, pero se guardó sus palabras para otra ocasión. Le intrigaba más saber qué hacía Rhys con el grupo de teatro.

Le vio dejar la mochila en el suelo, a los pies del escenario, y para cuando alzó la vista, Leslie se fijó en la expresión irritada que reflejaba su rostro. Sus ojos azules se volvieron fríos como el hielo, y se dio cuenta de que aquel era el último sitio en el que a él le habría gustado estar.

—Al parecer, os falta alguien más para la obra de teatro que vais a representar —se limitó a decir, con esa voz grave y sexy que tenía. Leslie se cuestionó si una voz podía ser catalogada como sexy, pero también notó los esfuerzos que hacía Rhys por disimular su acento—. Y según el director, si quiero impresionar a alguna universidad, necesito añadir un extra a mi currículum académico además de ganar competiciones.

Lo dijo como si para él fuese un incordio verse obligado a mezclarse con el grupo de teatro, como si tuviera montones de cosas más interesantes que hacer que pasar el tiempo con ellos, como si lo estuvieran obligando. Cuando Leslie se atrevió a volver a mirar aquellos ojos de hielo, comprendió que eso era justo lo que sucedía. Rhys tenía que formar parte del grupo de interpretación lo quisiera o no.

—Ya, pues aquí no tienes nada que hacer —prosiguió John—. Puedes irte por donde has venido. No te necesitamos.

—A decir verdad…

Leslie no fue consciente de que al fin había hablado en voz alta hasta que se dio cuenta de que aquellos tipos tan altos la miraban con atención. Si era posible morirse de vergüenza, ese habría sido el momento perfecto para hacerlo.

Carraspeó un par de veces para aclararse la garganta y ordenar sus ideas. Sí que necesitaban un suplente para Jeremy, pero ni en sus sueños más locos se imaginó que sería Rhys quien ocupara su lugar. Y nada más y nada menos que en el papel de Romeo.

Al adivinar lo que Leslie estaba a punto de decir, John se llevó las manos a la cabeza, incrédulo.

—Estarás de coña, ¿verdad, Les?

La aludida se mordió el labio inferior tímidamente. Una parte de ella se moría de ganas por admitir a Rhys en el grupo de teatro y ser su Julieta, aunque solo fuera sobre el escenario. Pero la otra mitad le decía a gritos que era una idea horrorosa y que no saldría bien.

Armándose de valor, se obligó a mirar a Rhys directamente a la cara.

—¿Serías capaz de aprenderte el guion en cuatro días?

A su lado, John soltó una carcajada.

—¿En serio se lo estás preguntando? Salta a la vista que Hudson solo se esfuerza cuando está debajo del agua, ¿verdad, capitán?

Leslie vio que los ojos de Rhys lanzaban chispas de furia y que hacía verdaderos esfuerzos por controlarse y no partirle la nariz al chico de *lacrosse*. No entendía qué mosca le había picado a John, que siempre era amable y servicial con todo el mundo, pero parecía que la idea de aceptar a Rhys en el grupo no le hacía para nada feliz. Y eso que podría suponer la salvación de la obra.

—A diferencia de otros, Miller, creo que tengo más potencial de lo que muchos pueden llegar siquiera a soñar.

—Serás capullo… Espera y verás…

Antes de que John tuviera tiempo siquiera de dar un paso hacia delante, Leslie se apresuró a ponerle una mano en el pecho mientras miraba directamente a Rhys a los ojos. Y entonces se acordó de su melena revuelta y de la imagen alocada que debía de tener, por lo que, una vez más, deseó que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragara.

—¿Puedes? —insistió ella.

Rhys no dijo nada, tan solo asintió de manera leve, y eso fue suficiente.

—Bienvenido al grupo de teatro. —Leslie lo recibió con la sonrisa más nerviosa que sus labios habían formado en su vida—. Estábamos a punto de empezar el ensayo. Si quieres, puedes unirte a nosotros. —Y se apresuró a añadir—: Leyendo el libreto, por supuesto.

Con manos temblorosas, Leslie le tendió a Rhys una copia del guion mientras le explicaba el significado de cada acotación y el argumento de la trama. Aquella estaba

siendo la conversación más larga que había mantenido con Rhys desde… En honor a la verdad, debía admitir que nunca había llegado a cruzar con él más de dos palabras seguidas. Además, para su sorpresa, Rhys se mostró muy interesado en todo momento, e incluso

habría dicho que sus labios amagaron con curvarse en una sonrisa cuando supo que interpretaría a Romeo.

—¿Y quién será mi Julieta? ¿Tú? —preguntó Rhys, dirigiéndose a Hannah.

Las mejillas de la pelirroja se tiñeron de un profundo tono rosado, y la chica fue incapaz de mantenerle la mirada al capitán de natación. Algo parecido le sucedió a Leslie, que sentía cómo le temblaban las rodillas cuando se atrevió a hablar:

—En realidad… *Yo* interpreto a Julieta.

Durante los segundos que siguieron, Rhys la contempló como si nunca la hubiera visto.

Para él Leslie no era más que una cría que vivía obsesionada con él y que incluso se había puesto en ridículo delante de todo el instituto a consecuencia de ese amor irracional que, por supuesto, no era correspondido. Sabía que formando parte de esa estúpida representación sería la comidilla de todos sus compañeros y que alimentaría las fantasías de esa chiquilla, pero que lo condenaran si perdía la oportunidad de mejorar sus perspectivas de futuro. Haría de tripas corazón y se esforzaría al máximo por dar lo mejor de sí. Solo esperaba no tener que besar a Leslie. Lo último que haría en su vida sería ponerlos a los dos en ese compromiso.

—Bien —se limitó a decir Rhys, evitando mirarla—. No perdamos el tiempo entonces.

¿Qué tengo que hacer?

Durante los días que siguieron, Rhys hizo que trabajar con él resultase muy fácil.

Obedecía las órdenes del señor Campbell sin rechistar, demostró ser un hombre de palabra al aprenderse el guion en un tiempo récord y al tomarse muy en serio su papel dentro de la obra. Sin embargo, evitaba el contacto con Leslie, y se limitaba a interactuar con ella únicamente sobre las tablas en cada uno de los ensayos. Tampoco se relacionaba con el resto de los compañeros, mucho menos con John, a pesar de que el papel que interpretaba este último era el de amigo y confidente de Romeo. Pero con Leslie era peor, porque ni siquiera la miraba. A ella su indiferencia le dolía, claro; sin embargo, comprendía las razones de él para no querer relacionarse con la chica que se había puesto en ridículo. De todas maneras, compartir tiempo con Rhys,

aunque fuera solo sobre el escenario, era más de lo que ella hubiera esperado jamás.

Ese fin de semana, en la noche del estreno, Leslie tenía los nervios de punta. Al fin había llegado el día, y ella tenía serias dudas de que fuera a salir bien. No había pegado ojo en toda la noche pensando en todas las cosas que podían ir mal: que a Rhys se le olvidara el texto, que John tropezara con sus propios pies y echara a perder la escena o que su propio afán de perfeccionismo se cargara la representación. La música estaba preparada, el vestuario listo y el público comenzaba a ocupar sus asientos en el salón de actos. No solo acudían los padres de todos los miembros del grupo de teatro, sino también profesores, amigos e incluso los miembros del equipo de natación de Rhys.

Todo el mundo estaba allí, y Leslie sintió unas repentinas ganas de vomitar al ver la sala repleta de gente.

Puedes hacerlo, se repetía una y otra vez. Lo único que tenía que hacer era olvidarse de que el mundo exterior existía, decir sus frases y, por el amor de Dios, evitar mirar a Rhys directamente a los ojos e ignorar ese pequeño e insignificante detalle de que estaba colada por él desde que tenía nueve años.

Le enorgullecía poder decir que se estaba comportando como una actriz profesional.

Ponía sentimiento en cada una de sus líneas, se movía por el escenario con elegancia y, a medida que iba pasando el tiempo, ganaba confianza. Pero nada de eso era comparable a la extraordinaria actuación que estaba brindando Rhys. Era como si llevara la interpretación en las venas, mucho más que la natación. Era fascinante verlo, oírlo, *vivirlo*. Conseguía que el espectador se metiera de lleno en la historia y que los jóvenes del público sintieran como actual un relato que tenía más de cuatrocientos años.

Era maravilloso poder ver en vivo y en directo cómo Rhys Hudson florecía encima del escenario.

Para cuando llegó la esperada escena del beso, Leslie no se encontraba bien. Estaba acalorada, las luces de los focos la cegaban y el cuerpo parecía no responderle. Sentía las piernas como si fueran mantequilla y la bilis amenazaba con subirle por la garganta. Lo último que quería era vomitarle a Rhys en los pies y manchar sus flamantes Converse nuevas. Leslie daba gracias a que había tenido la brillante idea de transformar la tragicomedia de Shakespeare en una historia

contemporánea. Al menos en su versión ninguno de los protagonistas moría de forma dramática, sino que se veían obligados a separar sus caminos debido a la presión social de pertenecer a mundos diferentes.

El guion decía que Romeo, mortificado y apenado por no poder tener a la chica de sus sueños, la besaba como despedida, ocultos de las miradas de los curiosos. Y estaba pasando de verdad, iba a suceder. Rhys se había colocado muy cerca de ella, casi pegado a su cuerpo. Le rodeó la cadera con un brazo mientras que con la mano libre le acariciaba el contorno de la mandíbula.

—Llámame sólo «amor mío» y seré nuevamente bautizado —le estaba diciendo Rhys, con voz profunda, todo emoción y sentimiento—. ¡Desde ahora mismo dejaré de ser Romeo!

Y antes de que pudiera pensar, de que pudiera siquiera respirar, Rhys inclinó la cabeza y tomó sus labios entre los suyos, en el beso más perfecto que Leslie hubiera podido imaginar jamás. Y era su primer beso, su primer beso de verdad, aunque en el fondo fuese todo una mentira. Rhys Hudson, su amor platónico desde que tenía uso de razón, por fin la estaba besando. Y delante de todo el instituto nada menos. Las rodillas amenazaban con no sostenerla, la cabeza le daba vueltas y el corazón estaba a punto de estallarle dentro del pecho. Simplemente era más de lo que podía soportar.

Se olvidó de todo, de la réplica que Julieta tenía que darle a Romeo, del público y de los compañeros de teatro. Allí, delante de todo el instituto, Leslie lanzó un profundo gemido satisfecho y se desmayó en los brazos de Rhys Hudson justo cuando la música procedente de los altavoces reproducía cada vez más alto la canción *Bleeding Love,* de Leona Lewis. Así era justo como quedó el corazón de Leslie después de aquella noche, lleno de heridas sangrantes que con el paso del tiempo acabarían convirtiéndose en cicatrices que la acompañarían a lo largo de su vida. Daba igual que Rhys estuviera a punto de graduarse o de que ella tuviera solo catorce años: pasaría a la historia del instituto público Stephen Decatur como la chica que no solo se declaró al capitán del equipo de natación, sino que también perdió el conocimiento entre sus brazos cuando recibió su primer beso.

No importaba lo que hiciera a partir de ese momento: aquella vergüenza la acompañaría durante el resto de su vida y haría imposible que se olvidara jamás de Rhys Hudson y del amor que una vez sintió por él.

Algún día, cuando fuera adulta, sabía que cada vez que pensara en

Rhys lo haría mortificándose por el recuerdo bochornoso de su pasado junto a él y con la sensación de que, a pesar de ser una pardilla, había conseguido que el chico más popular de Berlin la besara delante de todo el mundo.

4

4 – EXT. JARDÍN DELANTERO DE LA RESIDENCIA DE BARBARA WILLIAMS EN BEVERLY HILLS (LOS

ÁNGELES) – DÍA.

LESLIE respira hondo para tranquilizarse antes de enfrentarse a su peor pesadilla: su jefa.

EN LA ACTUALIDAD

Ahí estaba Leslie, cargando con un montón de carpetas, su bolso y el horrible té *matcha* de Barbara cruzando el jardín de la actriz a las ocho y media de la mañana; solo esperaba que la nueva celebridad de Hollywood todavía estuviera en brazos de Morfeo.

No quiero ir a trabajar. Ese fue el primer pensamiento que cruzó la mente de Leslie en cuanto abrió los ojos por la mañana, cuando su estridente alarma sonó desde la mesilla de noche justo a las seis y media. De eso hacía ya más de dos horas. El sol brillaba con fuerza sobre su cabeza, prometiendo una calurosa jornada más propia del verano que del mes de octubre, y Leslie se lamentó por no poder disfrutar del estupendo tiempo.

Una de las peores cosas de vivir en Los Ángeles y trabajar para una estrella de cine era no tener tiempo para nada, ni siquiera para broncearse.

El día había comenzado como cualquier otro para Leslie, con un café bien cargado y una rápida ducha templada mientras fuera amanecía. Habría dicho incluso que estaba de suerte, pues el autobús que cogía cada mañana para ir al trabajo casi no hizo ninguna parada hasta dejarla en su destino. El problema era que Leslie apenas había dormido unas cuantas horas, pues para cuando Bruno y Jenny se marcharon a sus respectivas casas después de celebrar su cumpleaños, eran ya pasadas las dos de la madrugada. Y

Leslie se caía de sueño. Si no hubiera sido porque el vaso que sujetaba en una mano contenía el té *matcha* de Barbara, le habría dado un buen sorbo para ver si se espabilaba.

Odiaba ese mejunje verde, y solo el olor le daba ganas de vomitar.

Desde que empezó a trabajar para Barbara, la actriz había cambiado de bebida al menos hasta en seis ocasiones. Al principio quería simplemente café, y Leslie pensó que sería fácil contentarla, pues no le especificó ningún local en concreto en el que debiera comprárselo. A lo largo de los meses, el café se convirtió en un *smoothie* de frutas, después en un asqueroso brebaje de proteínas, *kombucha* de diferentes sabores y ahora su último capricho era el dichoso té *matcha* por el que Leslie tenía que desviarse todas las mañanas antes de llegar a casa de Barbara. Lo odiaba; odiaba el té, a Barbara y a su trabajo con todas

sus fuerzas. Sin embargo, sabía que, si quería cumplir sus sueños, debía seguir aguantando un poco más.

La noche anterior, Jenny y Bruno le habían hecho prometer que trataría de volver a entregarle a Barbara su portfolio, o al menos el último guion que había escrito. Leslie sentía cierto reparo en utilizar a Barbara para hacer contactos en la industria del cine, pero tal y como le habían recordado sus amigos, Barbara se aprovechaba de ella constantemente y la trataba más como a una esclava que como a una empleada. El sueño de Leslie era convertirse en una reputada guionista de cine, tal y como en su día fueron Anita Loos o Nora Ephron, y escribir historias que perduraran en el tiempo como *Los caballeros las prefieren rubias* o *Cuando Harry encontró a Sally*. Aunque todavía le quedaba un largo camino por recorrer.

—No pierdes nada por intentarlo, ¿verdad que no? —le había preguntado Jenny justo antes de despedirse.

Indecisa, Leslie se mordió los labios mientras trataba de decidir qué hacer.

—Sé valiente, Les —murmuró Bruno, dándole un reconfortante abrazo.

—Además, lo peor que te puede pasar es que te despida, y los tres sabemos que estás deseando que llegue ese momento.

No era ningún secreto que Leslie estaba cansada de ser una esclava para Barbara, pero su trabajo le permitía ahorrar para, más adelante, tomarse un año sabático y dedicarse en cuerpo y alma a la escritura. Ya les había echado el ojo a algunos cursos de la Escuela de Cine de Los Ángeles a los que quería asistir, pero para ello debía asegurarse de que su cartera pudiera permitírselo.

—¡¿Lily?! ¡¿Eres tú, Lily?!

Lily era ella, por supuesto. Y la voz que la llamaba a gritos desde el piso de arriba pertenecía a Barbara Williams, la odiosa actriz. La llamaba por el nombre equivocado prácticamente desde que empezó a trabajar para ella porque, según palabras de la propia Barbara, tenía un nombre demasiado complicado y le resultaría difícil de recordar. De modo que Leslie llevaba siendo Lily dos largos años, y cada vez le resultaba más molesta la estridente voz de su jefa.

Leslie lanzó un ronco quejido al tiempo que soltaba las llaves y los papeles sobre la mesita del recibidor y hacía malabares con el té

mientras se calzaba los zapatos de trabajo, un par de bailarinas con un ligero tacón. Barbara exigía que su apariencia fuera impoluta durante las horas que pasase trabajando para ella, pero Leslie era incapaz de estarse el día entero en tacones si quería sobrevivir a las duras jornadas a su lado. Por

ese motivo siempre combinaba su atuendo con un par de cómodas Converse que se cambiaba una vez que estaba en la mansión de Beverly Hills.

—¡Estoy abajo, Barbara! —exclamó lo suficientemente alto como para hacerse oír entre aquellas paredes de altísimos techos—. ¡Enseguida subo!

—¡No te olvides de mi té! —respondió la aguda voz—. ¡Y llama a Debra antes de que me haga vieja!

Leslie puso los ojos en blanco mientras contaba mentalmente hasta diez. Barbara era agotadora, y Leslie no llevaba en la casa ni dos minutos. Se miró al espejo de la entrada y maldijo entre dientes al reparar en las marcadas ojeras que tenía, y eso que se había puesto corrector antes de salir de casa. Aprovechó para arreglarse su cabello castaño, que ahora apenas le llegaba hasta los hombros. Barbara odiaba cada vez que veía cómo se tocaba el pelo. Antes solía lucir su larga melena, pero el trabajo no le dejaba tiempo para arreglárselo, de modo que Jenny lo había solucionado una noche con una improvisada sesión de peluquería en casa.

Antes de subir por la elegante escalera de peldaños oscuros, Leslie se aseguró de que tenía todo lo que necesitaba, incluidos los últimos informes de Debra Jones, la *manager* de Barbara. Podía decirse que ella trabajaba para las dos, puesto que Barbara nunca acudía a la oficina de Debra y esta casi nunca se ponía en contacto directo con la actriz.

Leslie no sabía a cuál de ellas odiaba más.

Barbara vivía cerca de Sunset Boulevard, en una mansión de cinco habitaciones que anteriormente había pertenecido a famosas como Jennifer Lawrence o Ellen DeGeneres, y entre sus actuales vecinos se encontraban actores como Ashton Kutcher o cantantes como Adele. La británica era la favorita de Leslie, y siempre tenía que hacer grandes esfuerzos para no ponerse a gritar cada vez que la veía paseando con su hijo por el vecindario. Para Leslie, Adele era una diosa que sin duda sabía crear letras en las que ella se veía completamente reflejada y que

la acompañaban el escaso tiempo que pasaba en su diminuto apartamento.

A diferencia del resto de la casa, decorada con sumo gusto siguiendo el tan de moda estilo mediterráneo, la habitación principal era… pomposa. Ostentosa. Extravagante. La verdad es que era bastante hortera. Las paredes estaban cubiertas por pesados cortinajes de seda que iban desde el techo hasta la moqueta del suelo, y había tantos espejos que cuando la luz del sol de California incidía sobre ellos amenazaban con cegar a cualquiera que se atreviese a poner un pie en la estancia. A Leslie la habitación de Barbara le recordaba al escenario del videoclip de la canción *Lucky,* de Britney Spears,

con ese estilo tan popular en la primera década del año 2000. *Tanto dinero y tan poco gusto,* pensó Leslie cuando entró en el abarrotado dormitorio.

Su jefa estaba sentada en el centro de la cama, con su larga melena dorada perfectamente peinada y brillo en los labios. En su interior, Leslie puso los ojos en blanco mientras se preguntaba quién demonios dormía maquillada. Aunque no le extrañaba; en el tiempo que llevaba trabajando para Barbara había descubierto que la actriz programaba una alarma en el teléfono móvil para despertarse antes de que lo hiciera su asistente y poder ponerse algo de *lip gloss* y colorete. Nadie, absolutamente nadie, había visto a Barbara al natural desde su época adolescente, cuando saltó al estrellato gracias a una serie juvenil.

—Buenos días, Barbara —saludó a la diva fingiendo una sonrisa perfecta mientras tomaba un mando a distancia para subir un poco más las persianas—. ¿Has descansado? Tienes buen aspecto esta mañana.

Leslie pudo oírle chascar la lengua desde el otro lado del cuarto. Al parecer *miss Daisy* no estaba de buen humor aquella mañana.

—Guárdate los halagos, Lily. Hoy tenemos mucho que hacer. ¿Has hablado con Debra?

Leslie no se molestó en corregirla. Daba igual las veces que le dijera cuál era su nombre, que Barbara nunca la escuchaba a menos que fuera ella misma el tema de conversación.

Al acercarse a la cama, Leslie se dio cuenta de que la actriz ni siquiera había levantado la vista de su móvil para mirarla, algo típico en ella. Y entonces Leslie reparó en la perfecta manicura que lucía esa mañana, con las uñas pintadas de un elegante tono rosado y un

sorprendente brillantito incrustado en cada una de ellas.

—No me ha hecho falta llamar a Debra esta mañana —le comunicó, pasándole el vaso de cartón con su té cuando Barbara extendió la mano hacia ella—. He recibido por correo las propuestas que tiene para ti y… ¿Cuándo te has hecho la manicura?

—Anoche, cuando te fuiste —comentó Barbara, todavía sin levantar la mirada—. Una chica de *Sparkle* se pasó por aquí para arreglar el desastre que me hiciste.

Leslie frunció el entrecejo al escucharla. No solo insultaba sus esfuerzos por complacerla haciéndole una manicura exprés casi a medianoche, sino que se había comportado como una tirana al pedirle al salón de belleza de las *celebrities* que enviaran a una manicurista para que satisficiera sus deseos. En opinión de Leslie, el mundo se iba a pique de manera irremediable.

—¡Por Dios, Lily! —exclamó Barbara casi arrojándole el vaso de té encima—. ¡Está helado! ¿Tanto te cuesta hacer las cosas bien?

Cuenta hasta diez, Leslie. Cuenta…

No debían sorprenderle los arrebatos de ira de Barbara, pero, en su interior, una parte pequeñita de su corazón todavía sufría por su desprecio. Sabía que no era culpa suya; el té estaba ardiendo cuando lo recogió en la cafetería, pero la caminata por Beverly Hills era larga y ella no tenía coche. De todas maneras, Barbara apenas se alimentaba —al menos en público—, y el té o cualquier cosa que ella le sirviera siempre terminaba en la basura.

—Perdona —se disculpó Leslie aun sabiendo que no era culpa suya—. Te prepararé unos huevos revueltos en la cocina.

La actriz se apresuró a negar con la cabeza, mirándola por primera vez.

—Déjalo, ¿quieres? Ya comeré más tarde. ¿Qué decía Debra?

Leslie se apresuró a ordenar los papeles que le había enviado la *manager* de Barbara. Su labor como su asistente era organizar su agenda y cuadrar en ella cada *casting* para que Barbara no se perdiera ninguno, a la vez que concertaba citas para sesiones fotográficas y *photocalls* publicitarios. En una profesión como la suya, la imagen lo era todo, y Barbara lo sabía. Por ese motivo hacía verdaderas locuras para mantenerse joven, guapa y delgada. Tenía tan solo veintitrés

años, pero parecía mucho mayor, pues se había sometido a tantas cirugías y procedimientos estéticos que Leslie ya no seguía la cuenta.

A los doce años se convirtió en la estrella de una conocida serie de televisión infantil y, a partir de ahí, su fama no hizo más que crecer. Ahora quería que Hollywood la considerase una actriz adulta y buscaba con ansias un papel que la llevase al estrellato.

—Tienes una audición para un episodio piloto el… miércoles. —Mientras rebuscaba entre las páginas de la agenda, vio por el rabillo del ojo que Barbara volvía a centrar toda su atención en la pantalla de su iPhone—. ¡Oh! Y Debra insiste en que deberías reconsiderar participar en aquel musical del que hablasteis. Ya sabes, esa historia coral en la que…

—Nada de historias corales —la interrumpió Barbara. Apartó las sábanas a un lado y se colocó de rodillas en la cama, poniéndole la pantalla del móvil en la cara. Leslie se preguntó cómo alguien podía dormir con un pijama de raso de manga larga en

California—. Lo último que busco es que mi interpretación quede eclipsada por un montón de viejas glorias. Esto es lo que yo necesito.

Leslie tuvo que parpadear varias veces para poder enfocar la noticia que Barbara le mostraba. Por lo visto, el oscarizado director Miles Fletcher se encontraba inmerso en el rodaje de un *biopic* de la icónica Elizabeth Taylor. La historia iba a ser contada por capítulos, uno por cada marido que tuvo la diva de Hollywood, y buscaban a una actriz y un actor diferentes para todos ellos. Leslie coincidía con Barbara en que tal vez fuera un proyecto que considerar, habida cuenta de la popularidad que habían ganado las películas biográficas en los últimos tiempos, pero el problema principal residía en que Barbara no se parecía en nada a Elizabeth Taylor. Mientras que esta última era menuda, delgada, con unos profundos y enigmáticos ojos violeta y el cabello corto de color azabache, Barbara le sacaba al menos una cabeza de altura, tenía el pelo largo hasta la cintura y tal cantidad de bótox en los labios y pómulos que a Leslie le recordaba a las facciones de un pato. Sería imposible que el equipo de maquillaje y caracterización lograra que ambas actrices se asemejasen, aunque solo fuera un poco.

—No te quedes ahí parada —la acusó Barbara, recuperando su teléfono—. ¿A que es la mejor idea del mundo?

Leslie se humedeció los labios con la lengua, de repente resecos por la

sorpresa. No tenía ni idea de que Barbara supiera quién era Elizabeth Taylor.

—Creo que estaré genial caracterizada como ella —continuó la rubia, paseándose por la habitación—. Espero que la película recoja esa escena en la que la atacan un montón de pájaros. ¡O mejor! Aquella en la que ese actor tan alto compartía pijama con ella. ¿Cómo se llamaba? Ese que era gay…

—¿Te refieres a Rock Hudson?

—¡Ese! Era guapísimo a pesar de la época.

Mientras Barbara continuaba con su perorata, Leslie se dio de cabezazos mentalmente al comprobar que, en efecto, su jefa no tenía ni idea de quién era Elizabeth Taylor, pues acababa de confundirla con Tippi Hedren y Doris Day, dos rubias que en nada se parecían a la Taylor. Al menos sí que había trabajado con su amigo Rock Hudson, solo que en la película *Gigante* y no en *Pijama para dos*.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —se atrevió a preguntar al fin—. No quiero desilusionarte, pero en la noticia ponía que el reparto ya está completo.

Barbara saltó de la cama y volvió a tenderle el móvil a Leslie.

— *Casi* completo —matizó la actriz—. Todavía buscan a una Elizabeth para su tercer marido.

Leslie leyó por encima el artículo hasta reparar en que Barbara tenía razón. Al parecer, habían tenido algún tipo de dificultad con la anterior actriz que iba a interpretar el papel, quien se había caído finalmente del proyecto para dejar huérfano al personaje.

Las grabaciones ya habían comenzado y el equipo se encontraba rodando en Grecia, lugar donde, por lo visto, el matrimonio pasó unas vacaciones. Sin embargo, todavía no terminaba de ver a Barbara encarnando a la diva del cine.

—¿Estás completamente convencida de que esta película es lo que buscas? Si Debra te consigue la audición, tal vez tengas que viajar hasta Grecia y… —insistió Leslie una vez más.

—¡Pues claro que lo estoy! —explotó Barbara, mirándola como un auténtico basilisco—.

Este papel puede suponer el comienzo de mi carrera hasta el óscar, ¿es que no lo entiendes?

—Claro, yo…

—No pongas más excusas y mueve el culo, Lily —la interrumpió una vez más—. ¿Vas a llamar a Debra o también tengo que hacer tu trabajo? Y haz la maleta, ¿quieres? Estoy convencida de que ese papel está destinado a ser mío.

Llevaba el suficiente tiempo siendo su asistente como para saber cuándo Barbara se cerraba en banda, y esa era una de esas veces. Mordiéndose la lengua para no decir nada más, Leslie recogió el olvidado té *matcha* y sus carpetas antes de abandonar la habitación. Lo último que le apetecía era llamar a la altiva *manager* y decirle que hiciera un trabajo que se suponía que ya tenía que haber hecho ella. A pesar de lo estirada que era, por lo visto Debra tenía criterio después de todo, pues no había incluido el *biopic* entre los proyectos seleccionados para Barbara. Ni siquiera su representante consideraba que la actriz fuera la adecuada para ese rol.

Mientras esperaba a que la secretaria de Debra le pasara la llamada, Leslie se entretuvo en buscar información acerca de la película. Elizabeth Taylor era sinónimo de clase, de cine del de verdad, de belleza, y dudaba que esas cualidades estuvieran entre las de Barbara. Esperaba que la cinta hiciera justicia a la vida de la actriz y los actores elegidos estuvieran a su altura. Según diversas fuentes, el reparto ya había sido confirmado, y

entre sus filas destacaban conocidos nombres de la interpretación, sobre todo para interpretar la etapa adulta de la actriz. Pero fue un nombre en concreto el que le puso la piel de gallina y la hizo palidecer.

Rhys Hudson.

El puñetero y perfectamente perfecto Rhys Hudson. Su amor platónico en el instituto y nuevo chico dorado de Hollywood.

Según el artículo, la amistad del director y el prometedor actor venía de lejos, y dado que ambos habían trabajado en varias ocasiones en el pasado, Fletcher lo había elegido para dar vida a Mike Todd, el productor de cine estadounidense que fue el tercer marido de Liz Taylor.

«Todavía buscan a una Elizabeth para su tercer marido». Las palabras de

Barbara resonaban una y otra vez en el interior de su cabeza. ¡No podía ser! Era imposible que el papel que Barbara quería interpretar fuera el de la esposa del mismo Rhys por el que ella suspiraba cuando era una adolescente. Tenía que estar soñando, pues era una locura pensar que todo aquello estuviera sucediéndole. En todos los años que llevaba trabajando para la actriz se las había ingeniado para no coincidir con Rhys en ningún evento o alfombra roja, y, por suerte para ella, Barbara no era tan buena actriz como para frecuentar el ambiente de su amor de juventud. Por eso se negaba a aceptar que el destino volviera a ponerla en el camino de Rhys. Él había triunfado, trabajaba en la meca del cine y era conocido en todo el mundo, y en cambio ella… Ella trabajaba como fregona, secretaria, cocinera y recadera de una aspirante a estrella de Hollywood.

No podía permitir que Barbara consiguiera el papel. Tenía que boicotearla, y pensaba salir vencedora en aquella batalla. De todas maneras, era improbable que escogieran a su jefa para interpretar a la Taylor. No se parecían en nada, y tampoco tenía el talento necesario como para meterse en su piel. Estaba casi convencida de que todo quedaría en un susto y que no tendría que ver a Rhys en otro sitio que no fuera dentro de sus sueños.

O eso esperaba.

5

5 – INT. APARTAMENTO DE LESLIE – DÍA.

LESLIE, en cuya cama se amontona toda su ropa en un amasijo a la espera de ser guardada en la maleta abierta a un lado, está nerviosa, pues está punto de reencontrarse con su amor de juventud.

—¡Para y rebobina! —exigió Jenny, recolocándose las enormes gafas de pasta de color verde sobre su menuda nariz—. ¿Adónde has dicho que te vas?

Leslie se mordió los labios para no gritarle a su amiga. Les había contado a Jenny y a Bruno la historia del viaje a Grecia en cuanto puso un pie en el edificio en el que vivían los tres, pero su amiga insistía en que se lo repitiera una y otra vez, y Leslie estaba a punto de perder la cabeza. Intentaba recordar qué pasos seguía Marie Kondo para doblar unos vaqueros de forma que ocuparan poco espacio en la maleta, pero ni siquiera podía oír sus propios pensamientos.

—A Grecia —contestó Bruno por ella—. Te ha dicho mil quinientos millones de veces que se va a Grecia con la Hija del Mal. ¿En qué

idioma quieres que te lo repita ahora?

Bruno acababa de entrar en su habitación —la única que tenía el apartamento— con una tarrina de helado en la mano mientras lamía la cuchara de forma ruidosa. Llevaba sin parar de comer desde que habían cruzado la puerta de su piso los tres juntos. Leslie se preguntaba cómo era posible que estuviera tan delgado. ¡Qué cruel era la genética! Ella se comía un dónut y lo lamentaba durante todo un mes. Menos mal que nunca había sido una chica obsesionada con su físico, y, desde que trabajaba para Barbara, se preocupaba mucho menos. Ya lo hacía Barbara sobradamente por las dos.

—¿Te importaría dejar de saquear mi cocina?

Su amigo le dedicó una sonrisa traviesa antes de tirarse en la cama. Por una milésima de segundo, Leslie temió que toda su ropa acabara manchada de helado, pero, por fortuna, lo único que se movió sobre el colchón fue la frondosa cabellera de su amigo. Le encantaba ver cómo sus rizos tan bien definidos oscilaban con el movimiento, como un montón de muelles ligeros mecidos por el viento.

—En realidad te estoy haciendo un favor —le aseguró él—. Alguien tiene que acabar con toda esa comida si vas a pasarte unas cuantas semanas en el extranjero.

Por Dios, espero que no, pensó Leslie mientras se afanaba por encajar un par de sandalias entre el montón de camisetas que ya había guardado en la maleta. No tenía intención de quedarse en Grecia más tiempo del estrictamente necesario. Es más, nunca pensó realmente que Debra le consiguiera la audición a Barbara para interpretar a Elizabeth Taylor en el cine. ¡Maldita fuera esa mujer! Barbara no se merecía una agente tan buena como la que tenía. Secretamente, Leslie tenía la intención de tramar un plan para que esas dos rompieran relaciones, por su propio bien, al menos. Desde que la actriz le expresó su deseo de hacerse con el papel, Leslie estaba en un sinvivir. Egoístamente esperaba que Barbara no pasara la prueba y que así pudieran regresar a casa cuanto antes. Se sentía un poquito mal por ello, pero si Barbara quería seguir manteniéndola como asistente, más le valía cagarla en la audición. No estaba dispuesta a pasarse semanas en otro país viendo a Rhys cada día y siendo terriblemente consciente no ya de que no fuera a acordarse de ella, sino de que ni siquiera la mirara a la cara. Y ya había cubierto el cupo de estupideces en lo que a Rhys Hudson se refería.

—Es que no lo entiendo —continuó Jenny, ajena, al parecer, al

intercambio de palabras de sus amigos—. Te juro que no lo entiendo. ¿Cómo se te ocurre irte con esa víbora para verte con tu ex?

Leslie la miró con una ceja levantada por encima del vestido que estaba aireando.

—Rhys no es mi ex. Nunca fuimos nada —le recordó—. Él solo es… *fue* —se corrigió—

mi cuelgue del instituto.

—¡Para el caso es lo mismo! —exclamó Jenny, lanzándose de forma dramática sobre la cama al lado de Bruno—. ¿Qué vas a hacer cuando volváis a veros?

Leslie hizo una mueca al morderse internamente la mejilla. La verdad era que ni siquiera entraba entre sus planes estar en la misma estancia con Rhys, así que esa incógnita quedaba fuera de la ecuación.

—No entiendo por qué os obsesiona tanto el tema. No es la primera vez que viajo con Barbara para un trabajo. Este será como cualquier otro, así que parad ya con el melodrama. Ni que mi vida fuera una telenovela turca…

—A lo mejor no, pero sí que es lacrimógena de narices. ¡Venga ya, Les! Estabas loca por ese tío no hace mucho tiempo y después…

—Después crecí y pasé página —la interrumpió Leslie antes de que pudiera seguir hablando. Sabía exactamente lo que iba a decir Jenny, y lo último que ella necesitaba en

ese momento era que le recordase la etapa más triste de su vida—. En serio, Jen, estaré bien.

—Si tú lo dices…

Una repentina tos interrumpió a las dos amigas, que se volvieron al unísono para ver a Bruno incorporándose en el colchón mientras se daba repetidas palmaditas en el pecho.

Las chicas compartieron una mirada cómplice justo antes de romper a reír a la vez.

—¿Tu madre nunca te dijo que no se come tumbado? —se metió Jenny con él—. A lo mejor forma parte de la cultura colombiana y no nos lo has contado.

Las carcajadas de Jenny se hicieron más fuertes y resonaron entre las paredes del diminuto dormitorio. Así eran las cosas entre ellos: podían pasar de hablar de temas trascendentales para el universo y, al minuto siguiente, gastarse bromas. Eso era lo que los hacía tan especiales. Leslie miró a sus amigos con una mezcla de diversión y tristeza.

Sabía que iba a echarlos de menos el tiempo que estuviera fuera y que los necesitaría más que nunca. Quiso poder llevárselos consigo; quizá así podría soportar mejor a su tirana jefa.

—A lo mejor debería dejar de formar parte de la cultura coreana la costumbre de quitarse los zapatos —replicó Bruno, acercándose a ella —. Cada vez que nos invitas a tu casa odio tener pituitaria.

Jenny puso los brazos en jarras, ofendida. Leslie fue testigo, como a cámara lenta, de cómo su amiga abría la boca y se disponía a gritar.

—¡Precisamente lo hacemos por higiene, idiota!

—Higiene es lavarse los pies, pero creo que a tu abuela se le olvida a menudo ese paso.

—¡Serás…!

—¡Chicos! —Aun a riesgo de salir malparada, Leslie decidió intervenir, colocándose entre sus dos amigos para separarlos—. No empecéis otra vez, ¿de acuerdo?

A su lado, Bruno resopló tan fuerte que los rizos que caían sobre su frente danzaron ante sus ojos, y Leslie pudo comprobar cómo sonreía de medio lado. La relación entre Bruno y Jenny siempre era así: él la pinchaba adrede y ella siempre mordía el anzuelo.

Cuando estaban juntos eran una bomba de relojería, y Leslie acababa haciéndoles de árbitro en todas las ocasiones, aunque en el fondo sospechaba que detrás de aquellas

discusiones se escondía mucho más que una simple amistad, pero ninguno de los dos estaba todavía preparado para hablar abiertamente de ello.

—Menos mal que no tenemos hijos —comentó Bruno como si nada—. La combinación entre los dos aún no ha sido vista por la humanidad.

Leslie vio cómo las mejillas de su amiga se tornaban rápidamente de un potente color rojo. Estaba segura de que Jenny acababa de

imaginárselos a los dos desnudos en la cama y haciendo bebés. *Algún día,* se dijo. Pensó que le encantaría hacerles de hada madrina a esos dos, y se prometió a sí misma que empezaría a intentar emparejarlos cuando regresara de Grecia.

—Como si tú pudieras con una mujer como yo… —continuó una provocadora Jenny, y, en esa ocasión, fue Bruno el que terminó sonrojándose—. ¿Has pensado qué ropa vas a llevarte? Como vuelvas a casa bronceada por el sol del mediterráneo, te mato.

Ambas amigas se centraron en el equipaje de Leslie, y Jenny, como buena esteticista, incorporó unas cuantas cremas y productos de maquillaje que estaba segura de que Leslie nunca utilizaría. Sin embargo, ella mantenía la esperanza de que un día su amiga decidiera sacar partido a sus bonitos rasgos y pusiera un toque de color a su rostro.

Leslie era una chica preciosa, de ojos almendrados, nariz perfecta y labios carnosos.

Estaba acostumbrada a ser invisible para el resto de los mortales y se había habituado a aceptar lo que la vida le daba sin pedir nunca nada más. Jenny pensaba que su amiga se merecía algo mejor. Se merecía una historia de amor como las de las películas, y Jenny confiaba en que ese viaje a Grecia en el que se volvería a ver con su amor de adolescencia le brindara la ocasión perfecta para vivir una aventura.

—Creo que ya está todo —anunció Leslie un par de horas más tarde, después de asegurarse de que había empaquetado todo lo que necesitaba—. Mi vuelo sale en unas horas, pero antes tengo que ir a recoger a Barbara —resopló—. Espero que se le haya pasado el berrinche.

Cuando Debra llamó para comunicarles que el director, Miles Fletcher, había accedido a que Barbara hiciera una prueba para el papel de Liz Taylor, la actriz estalló en júbilo.

Sin embargo, el cineasta dejó bastante claro que, si quería la audición, debía viajar directamente hasta Atenas, donde el rodaje estaba a punto de comenzar. Con tan poco margen de actuación, y tratándose de otro continente, era imposible encontrar un vuelo directo hasta la capital del país heleno. Barbara puso el grito en el cielo cuando supo que ni la productora ni tampoco su agente se harían cargo de los gastos de alquiler de un *jet* privado.

—¿Qué se creen que soy? —exclamaba paseándose como una fiera

enjaulada en el salón de su mansión—. ¡Soy Barbara Williams! ¡Actriz de Hollywood! No puedo viajar de cualquier manera. ¡Exijo que se me respete!

Leslie estuvo a punto de decirle que se la consideraba una actriz de Hollywood porque había participado en un par de películas, pero nunca como protagonista. La idea de que fuera la propia Barbara quien corriera con los gastos del alquiler del *jet* quedaba completamente descartada; tenía dinero, por supuesto, pero no podía permitirse derrochar. Así que Leslie se pasó en vela toda una noche buscando la mejor combinación de aviones posible para volar hasta Grecia. Barbara se escandalizó cuando supo que tendría que viajar en un vuelo comercial, pero se aseguró de que al menos Leslie le sacara pasajes de primera clase. Ella, por supuesto, viajaría en turista.

—Lo tienes *casi* todo —matizó Jenny, sacándola de sus propios pensamientos—. ¿Estás segura de que no se te olvida nada?

Leslie trató de hacer memoria. Había guardado la ropa y los artículos de aseo, tenía su pasaporte y un par de libros que leer durante el vuelo. No se le ocurría qué otra cosa más pudiera necesitar. Pero entonces Bruno se le acercó y le dio una pesada carpeta de color marrón que ella conocía bien. Era su portfolio, la cartera en la que guardaba todas las notas que escribía en papel y que le servirían de guía para desarrollar futuros guiones.

—Aprovecha el viaje, anda. Si vas a tener que soportar a la bruja de Barbara y volver a ver a Rhys, al menos asegúrate de sacar tajada de ello.

Leslie le dedicó una sonrisa cariñosa antes de tomar la carpeta entre las manos. Sus amigos eran su mayor apoyo y sus fans más fieles. Querían verla triunfar escribiendo las historias que Hollywood después llevaría a la pantalla. Le habían insistido para que le entregara a Barbara alguno de sus guiones desde que empezó a trabajar para ella, pues tenían la esperanza de que la actriz se lo pasase a su agente o a algún director de cine que hiciera realidad los sueños de Leslie. Sin embargo, ella no creía que fuera una buena idea, y era demasiado humilde como para atreverse a abusar de la confianza de Barbara. Lo último que quería era que la considerase una aprovechada, y, aunque sabía que debía hacer contactos si quería dedicarse al mundo de la escritura cinematográfica, no se veía capaz de hacerlo a través de Barbara. Por ese motivo seguía ahorrando cada dólar que ganaba; su intención era matricularse algún día en alguna escuela de cine, como la Escuela de Cine de Los Ángeles, y formarse

antes de dar el gran salto al mundo de los focos, las cámaras y las estrellas, pero no quería arruinarse ni endeudarse para conseguirlo.

—Y si lo consigues —continuó Jenny mientras le daba un abrazo de despedida—, recuerda buscarme un trabajito como maquilladora en una película. Me encantaría poner todavía más guapo al puñetero Rhys Hudson.

Cuando Jenny y Bruno se marcharon, Leslie sintió el peso de la soledad de su apartamento como una pesada losa que la estuviera aplastando. De repente, se sentía nostálgica. Todo aquel asunto del inminente reencuentro con Rhys estaba despertando en ella recuerdos de un pasado en el que fue feliz sin saberlo, cuando lo tenía todo y no necesitaba más que el amor de su familia y una mirada del chico del que estaba enamorada para sentirse la persona más feliz del mundo. A menudo se preguntaba si volvería atrás de presentársele la oportunidad, si haría las cosas de un modo diferente.

Tal vez su vida fuese distinta; a lo mejor seguiría en Berlin, y hasta puede que se hubiera casado. ¿Seguiría escribiendo? ¿Sería feliz?

Sin darse cuenta, abrió el armario para sacar del fondo de uno de los cajones su antiguo anuario del instituto. Hacía seis años que no lo veía; la última vez que abrió sus páginas fue cuando su corazón se rompió y creyó que su vida se había acabado. Pero allí estaba de nuevo, y, en esa ocasión, experimentó una agradable sensación de calidez en el pecho cuando sus ojos se toparon con las fotografías de sus antiguos compañeros.

Estaban Malcolm y Hannah durante uno de los ensayos de *Romeo y Julieta* y también ella y Nora, justo cuando su amiga acababa de hacerse las mismas mechas que Christina Aguilera. Vio, además, una foto de John vestido con la equipación de *lacrosse* y sonriéndole a la cámara. Sus ojos claros brillaban tras el casco protector, y Leslie se descubrió acariciando las antiguas fotografías en blanco y negro.

Al pasar la página, sin embargo, se detuvo y el corazón amenazó con salírsele del pecho. Ahí estaba Rhys Hudson como estrella del equipo de natación. Él y Leslie no compartían promoción y, sin embargo, el capitán del Stephen Decatur aparecía en su anuario como uno de los mayores logros del instituto. Leslie se preguntó cómo le habría sentado el paso de los años. Ella, al igual que el resto del mundo, había seguido sus pasos a través de sus películas y lo había visto en multitud de reportajes y alfombras rojas, pero Rhys Hudson era un hombre misterioso. Nadie sabía mucho acerca de su vida privada, no

se le conocía ninguna pareja ni era famoso por sus escándalos personales. ¿Se acordaría de ella? ¿Sabría que Barbara y ella estaban a punto de subirse a un avión para encontrarse con él? La idea de volver a verlo le ponía la piel de gallina, pero no podía echarse atrás.

Era hora de que su pasado se topase con su presente.

Leslie odiaba el aeropuerto de Los Ángeles, y nunca jamás en la vida se iba a acostumbrar a las enormes distancias que tenían que recorrer los pasajeros para tomar un avión ni al bullicio que había en cada rincón de los interminables pasillos. Daba igual la hora del día a la que despegasen los vuelos: el aeropuerto LAX estaba siempre a rebosar de viajeros de cualquier parte del mundo. Aquel día Leslie estaba agotada, y no veía la hora de descansar durante unas horas en su asiento del avión.

—¿Estás segura de que lo tienes todo, Lily?

Barbara caminaba unos pasos por delante de ella y ni siquiera se giró para mirarla, mucho menos para ofrecerle su ayuda. La diva iba con unas gafas de sol exageradamente grandes y con un enorme sombrero de estilo panamá para camuflarse de los *paparazzi*. Cuando la recogió en su mansión, unas horas antes, Leslie tuvo que contener una carcajada al verla. Podía contar con los dedos de una mano las veces que Barbara había sido perseguida por la prensa, pero, según ella, a los periodistas les encantaba cazar a los actores cuando iban de viaje, y su *look* haría saltar las alarmas y llamaría su atención. Así se aseguraba salir en las páginas de las revistas. Barbara caminaba con unos tacones imposibles para cualquier circunstancia, mientras que Leslie llevaba sus prácticas Converse y sus vaqueros más gastados. Habría estado cómoda si no hubiera tenido que empujar el pesado carrito que cargaba el descomunal equipaje de Barbara.

—Has traído ropa para un mes, Barbara —le respondió con esfuerzo, haciendo girar el *trolley* para enfilar la cola de facturación.

—¿Solo para un mes? Espero que la productora se encargue de mi vestuario. No sé en qué estabas pensando, Lily.

Leslie decidió dejarlo correr. Se había leído el plan de rodaje, y, en el hipotético caso de que le dieran el papel a Barbara, solo estarían en Grecia unas semanas, el tiempo suficiente para rodar el viaje que Elizabeth Taylor y su tercer marido, Mike Todd, hicieron al país heleno.

—Por cierto, ¿has movido el tema de la estrella?

Al principio, Leslie no sabía de qué le estaba hablando Barbara. Tenía la cabeza a rebosar de ideas, con un montón de cosas pendientes de hacer y citas que concertar cuando aterrizaran en Atenas. Para seguirle el hilo a Barbara tenía que estar metida en su cerebro, eso cuando este funcionaba correctamente. Pero entonces recordó que, unas semanas atrás, la actriz expresó su deseo de tener una estrella en el Paseo de la Fama.

Tan solo era un capricho más de los muchos que tenía Barbara; sin embargo, este no era tan fácil de conseguir. Para hacerse con una estrella, alguien debía presentar su nominación ante la Cámara de Comercio de Hollywood, y, además, el interesado tenía que incluir una carta manifestando su interés por el reconocimiento. Si Barbara quería una estrella, necesitaba un padrino que la avalara y pagar la cuantía exigida de treinta mil dólares en concepto de gastos de creación de la baldosa, ubicación, mantenimiento y conservación de la estrella. Pero, sobre todo, Barbara necesitaba recibir ofertas de trabajo que la mantuvieran activa durante años, algo que todavía no había sucedido.

—Eeeh… Estoy en ello. Ya te advertí que es un proceso lento que…

—¡Oh, deja de poner excusas! Si voy a interpretar a Elizabeth Taylor, necesito mi propia estrella en Hollywood Boulevard.

Y mientras Leslie facturaba el equipaje de ambas, tuvo que escuchar a Barbara parlotear acerca de la diva de los ojos violeta. En más de una ocasión deseó poder gritarle que no tenía ni idea de quién era la actriz del Hollywood dorado, pues no hacía más que confundirla con actrices coetáneas como Grace Kelly, Katharine Hepburn o Ava Gardner. Barbara desconocía quiénes eran esas mujeres, pero aparentaba estar versada en las estrellas del cine de la década de los 50. Iba a ser una injusticia si al final se hacía con el papel. A Leslie no le cabía duda de que existían multitud de actrices muchísimo más preparadas que su jefa para interpretar el personaje, pero Barbara no paraba de hacer castillos en el aire.

Embarcar en el avión fue una auténtica tortura. Barbara montó un numerito frente a todo el pasaje protestando por tener que volar junto a un montón de desconocidos en lugar de hacerlo en un *jet* privado. Por suerte para los oídos de todos los pasajeros, el billete de primera clase de Barbara le posibilitó entrar la primera en la aeronave, y Leslie tuvo que disculparse con la tripulación por el comportamiento de su jefa.

—¿Adónde vas? —le preguntó Barbara una vez que Leslie la hubo ayudado a acomodarse.

—A mi asiento, en la parte trasera del avión. ¿Necesitas algo más?

A pesar de que era Barbara quien pagaba ambos pasajes, el presupuesto era limitado para el billete de Leslie, que debía viajar en clase turista, a diferencia de la actriz. A Leslie no le importaba, pues le daba la ocasión perfecta de permanecer alejada de Barbara el tiempo que durara el vuelo. Por delante tenía once horas para relajarse hasta

aterrizar en Londres, donde harían escala hasta Atenas. Leslie no veía el momento de separarse de Barbara, al menos hasta que llegaran al viejo continente.

—¿Qué voy a hacer tanto tiempo yo sola?

—¿Dormir? He puesto tu antifaz en tu equipaje de mano. Si quieres, puedo…

—¿Qué es eso que llevas ahí?

Leslie siguió la mirada de Barbara. Los ojos claros de la actriz contemplaban con interés los libros y la carpeta marrón que contenía sus notas y algunos esbozos de los guiones en los que estaba trabajando. Leslie los sujetó con fuerza contra su pecho como si así pudiera protegerlos.

—Son solo un par de biografías de Elizabeth Taylor para informarme un poco. He pensado que estaría bien saber un poco más acerca de su vida si te dan el papel. ¿Te gustaría leerlas para…?

—Basta —la interrumpió Barbara, alzando una mano para acallarla—. No quiero que nada se interponga entre mi inspiración y yo. Cuanto más sepa de ella, peor lo haré en la audición. Quiero estar fresca para ese momento.

—Como quieras. Si no te importa, yo haré…

—Pero sí que le echaré un ojo a esto.

Antes de que pudiera impedírselo, Barbara tomó alguno de los papeles que sobresalían del interior de la carpeta. Fue como si le arrancaran un trozo de piel a Leslie, que quiso llorar y gritarle que aquello era suyo, que no tenía ningún derecho a leerlo. Pero entonces Barbara dijo algo que terminó por tranquilizarla.

—Con un poco de suerte será tan malo que me ayudará a dormir sin necesidad de tomar los somníferos. Eso es todo, Lily. Ya puedes irte.

Como si fuera una doncella del siglo XIX, Leslie inclinó la cabeza antes de retirarse. ¡Qué frustrante era! Barbara pensaba que era su dueña y que podía ejercer su poder sobre ella sin que tuviera opción a rechistar. Que se quedara sus notas, si quería. Guardaba copias en el ordenador, y estaba segura de que Barbara se olvidaría de que las tenía antes de que ella pudiera ocupar su sitio con el resto de los pasajeros.

El piloto les estaba dando la bienvenida al vuelo intercontinental cuando una amable auxiliar de vuelo la acompañó a su asiento. Si Leslie albergaba alguna esperanza de que le tocara ventanilla, estas se desvanecieron como humo en el aire cuando tuvo que ocupar el sillón central, entre una chica con un bebé y un orondo señor que a esas alturas ya roncaba a pleno pulmón. Aquel iba a ser un vuelo interesante… ¡e interminable!

Pocos minutos después del despegue, justo cuando Leslie planeaba echar una cabezadita, la misma azafata que la había conducido hasta su butaca le dio un toquecito en el hombro para despertarla.

—De parte de la señorita Williams, señorita.

La mujer le tendió un papel doblado antes de desaparecer. Cuando Leslie leyó la nota, no supo si reír o llorar.

«Asegúrate de que me consigan una peluca rubia cortita para la audición. Quiero probármela en cuanto lleguemos al hotel.

Ese papel va a ser mío.

B.».

—¡Pero si la Taylor no era rubia! ¿De dónde saco yo una peluca a doce mil metros de altura?

A su lado, el desconocido roncó tan fuerte que el bebé a su derecha se puso a llorar, y su cansada mamá la asesinó con la mirada.

Si tú supieras…, pensó Leslie. Aquel viaje prometía ser movidito, y solo acababa de empezar. Al otro lado del océano la esperaba Rhys, y Leslie estaba convencida de que él no tenía ni la menor idea de que estaban a veinticuatro horas de volver a encontrarse.

6 – INT. HALL *DEL HOTEL GRANDE BRETAGNE DE ATENAS – DÍA.*

LESLIE contempla con asombro el majestuoso vestíbulo, digno de la realeza del hotel en el que se hospedará durante los próximos días, y se olvida por un instante de que se encuentra allí por trabajo.

Leslie estaba boquiabierta mientras aguardaban para registrarse en el hotel. Ella y Barbara se hospedaban, como no podía ser de otro modo, en el hotel de las estrellas y de la realeza en Atenas. El Hotel Grande Bretagne era un edificio imponente situado en el corazón de la ciudad y ofrecía a sus huéspedes unas vistas privilegiadas de la histórica urbe. Por sus habitaciones habían pasado altos dignatarios y políticos, miembros de las familias reales más antiguas de Europa, e incluso artistas del calibre de Sophia Loren, Laurence Olivier y, por supuesto, Elizabeth Taylor. La diva de Hollywood se alojó allí junto a su tercer marido, Mike Todd, durante su *tour* europeo mientras él promocionaba

La vuelta al mundo en ochenta días, su última película como productor.

Solo el vestíbulo del hotel cortaba la respiración. Era enorme y luminoso y estaba decorado con sumo gusto, siguiendo la elegancia de la élite perteneciente a décadas pasadas. El brillante suelo de baldosas blancas y negras intercaladas con mosaicos de estilo helénico estaba tan limpio que se habría podido comer en él; el mobiliario clásico daba la impresión de costar una fortuna, y cuando Leslie vio cómo una pareja de caniches se subía encima de uno de los sofás de estilo *boudoir* redondo, sintió deseos de gritar de pura frustración al ver cómo las sucias patitas pisoteaban la tapicería sin que nadie, ni su dueña ni tampoco ningún miembro del personal, hicieran nada por evitarlo.

Ya había realizado numerosos viajes junto a Barbara, pero jamás se habían hospedado en un hotel tan lujoso como ese. ¡Hasta le daba miedo moverse por si rompía algo!

Aquel viaje prometía ser toda una experiencia, y es que Leslie apenas llevaba una hora en la ciudad y ya se había enamorado de Atenas. Desde que el avión aterrizó en el aeropuerto, pudo apreciar el cambio de cultura con respecto a Estados Unidos. La gente caminaba a otro ritmo, tenía la tez tostada por el sol, hablaba en voz alta y gesticulaba mucho más. Era emocionante no entender ni una palabra de lo que decían, y, mientras esperaba para recoger el equipaje en la cinta

transportadora, Leslie se hizo la promesa de que intentaría sacar tiempo en el futuro para aprender idiomas. Sin embargo, el entusiasmo de encontrarse en un país nuevo le duró poco. En cuanto Barbara apareció a su lado quejándose por la tardanza de las maletas, Leslie recordó el motivo por el que estaba en Grecia.

Por suerte para ella, el chófer que había contratado antes de salir de Los Ángeles estaba a la salida del aeropuerto. Barbara se mostró entusiasmada por no tener que perder más tiempo para dirigirse directa hasta el hotel, de modo que de lo único de lo que pudo disfrutar Leslie fue de la fresca brisa griega en cuanto cruzaron las puertas en dirección al exterior. El sol brillaba en el cielo de aquel rinconcito del Mediterráneo, aunque el viento otoñal comenzaba a ser frío y golpeaba como agujitas diminutas en el rostro de Leslie. En su interior deseó poder perderse a solas por la ciudad y visitar sus míticos monumentos, pero sabía que con Barbara al lado sería imposible.

—¿Señorita? Disculpe, señorita.

Girándose hacia el mostrador, Leslie se dio cuenta de que la recepcionista le estaba hablando directamente a ella. Barbara estaba a su lado, pero demasiado ocupada toqueteando su teléfono móvil como para mover un dedo para coger las tarjetas que la chica le tendía.

—Espero que disfruten de su estancia con nosotros. Si necesitan cualquier cosa, por favor, háganoslo saber.

Leslie le dio las gracias antes de indicarle a su jefa que ya podían subir a sus habitaciones.

—Sigo sin entender cómo has podido permitirles que me dieran una habitación como otra cualquiera —protestó Barbara de camino al ascensor—. Voy a interpretar a la mismísima Elizabeth Taylor. Me merezco ocupar la misma habitación que ella cuando estuvo aquí.

No entres en sus provocaciones. No lo hagas…, pensó Leslie. A menudo, Barbara era insufrible, pero cuando viajaba se volvía como la novia de Chucky, el muñeco diabólico.

—Ya te lo he dicho. El equipo de rodaje ha alquilado las *suites* del ático con vistas a la Acrópolis —le explicó Leslie—. Hemos tenido suerte de que todavía quedaran dos habitaciones libres.

Barbara chascó la lengua de una forma bastante desagradable, como si Leslie acabara de decir una estupidez.

—Preferiría tirarme al Atlántico antes que compartir dormitorio contigo, Lily.

Leslie no sabía qué le molestaba más de todas las sandeces que acababan de salir por su boca: su desconocimiento geográfico, el hecho de que continuara sin saber su nombre o el desprecio con el que la trataba.

—Prueba con el mar Egeo —murmuró Leslie mientras se adentraban en el ascensor—, seguro que está más calentito.

—¿Disculpa?

Leslie levantó la cabeza y le dedicó su sonrisa más falsa.

—Decía que si quieres repasar el guion un ratito.

Durante la escala del vuelo en Londres había ayudado a Barbara a memorizar sus líneas. La audición sería una prueba de cámara con el equipo definitivo, de modo que si al final Barbara era la elegida, resultaría todo mucho más rápido y podrían empezar a rodar lo antes posible. El tiempo perdido en el cine significaba dinero, y cada minuto valía su peso en oro.

—Lo que quiero es recoger esa maldita peluca y terminar con esto de una vez por todas

—respondió Barbara sin tan siquiera mirarla—. Ya sabes que cuanto más tiempo pasa, más difícil se me hace recordar los diálogos.

Ese era uno de los puntos débiles de Barbara Williams, su falta de memoria. Era frecuente verla repasar el guion en los descansos de los rodajes, y a menudo tenían que parar en mitad de una escena porque Barbara había olvidado parte de su papel. En cierta medida, a Leslie le recordaba a John. El chico siempre olvidaba el texto en los ensayos del grupo de teatro, y sus compañeros solían gastarle bromas acerca de su poca capacidad de retención a causa de los golpes que recibía en los partidos de *lacrosse*.

Claro, que Barbara no tenía ninguna excusa. Era una actriz perezosa, de ahí sus problemas en los rodajes.

—¿Estás segura de que quieres ponerte la peluca? Nadie espera que vayas caracterizada, y, además, Elizabeth Taylor no era…

—Oh, cierra la boca, Lily. Voy a estar perfecta, y ese papel va a ser

mío.

Barbara debía representar una escena en la que Elizabeth y Mike se encuentran en el balcón de la *suite* que ocupaban tras una de sus famosas y fuertes discusiones. Era un momento íntimo lleno de emoción y sentimiento, y Leslie no estaba segura de si Barbara le haría justicia. Tampoco sabía si Rhys estaría presente durante la audición. A veces, a

los directores les gustaba realizar pruebas de química entre sus actores, pero tal vez Rhys no quisiera prestarse para ello. Leslie confiaba en que no, por su propio bien y salud mental. Era muy probable que su amor platónico se encontrase en el hotel a pocos metros de ella. La mera idea de poder cruzárselo en cualquier momento le ponía la piel de gallina y le alteraba los nervios. *Ojalá pudiera volver a casa, con mi familia, en Berlin.*

Ojalá fuera posible volver atrás en el tiempo. Ojalá tuviera ocasión de hacer las cosas de forma diferente. Ojalá…

—Ya estoy lista —anunció Barbara al abrir de improviso las puertas dobles de su habitación. Leslie olvidó cualquier pensamiento cuando la vio plantada delante de ella luciendo la ridícula peluca rubia—. ¿Dónde nos espera Miles, Lily?

—En… —carraspeó— la *suite* del ático, pero…

Sin escuchar sus palabras, Barbara enfiló nuevamente hacia los ascensores, caminando con la barbilla tan alta que a Leslie no le cupo duda de que se quejaría de tortícolis al final del día.

—¿Vienes o qué?

Las piernas le temblaban como si estuvieran hechas de gelatina, pero Leslie se obligó a seguir a la actriz mientras era dolorosamente consciente de lo rápido que le latía el corazón dentro del pecho. Estaba segura de que le daría una taquicardia o, peor aún, que probablemente terminaría perdiendo el conocimiento delante de Rhys. Otra vez.

Qué injusto era el destino por hacerla coincidir de nuevo con él. Durante el vuelo había tenido tiempo para pensar en diferentes versiones de su reencuentro, y en todas ellas salía mal parada. Los cuentos de hadas no existían al fin y al cabo, y Rhys, sin duda, no formaba parte de la historia futura de su vida.

La *Suite Royal* del último piso del hotel era absolutamente impresionante. Decorada con un estilo clásico que recordaba a la edad dorada de Hollywood, evocaba el legado histórico del hotel. Las molduras blancas del techo y las paredes otorgaban profundidad y claridad a la salita del recibidor, cuyo centro era una elegante chimenea alrededor de la que se situaban refinados muebles de estilo isabelino y hasta un piano de cola. Las paredes de los pasillos estaban embellecidas con un majestuoso papel de brocado y sobre ellas colgaban cuadros de personajes ilustres del pasado. Contaba, además, con un amplio comedor que podía albergar al menos a doce comensales, un baño con una bañera rodeada de mármol en el centro en la que se podían nadar varios largos y una biblioteca extraordinaria que escondía una puerta secreta en una de las estanterías. Pero

la joya de la corona era la habitación principal, cuyas puertas dobles se abrían para dar paso a una estancia elegante, romántica. De ensueño.

Sin embargo, todas las habitaciones de la *suite* estaban repletas de focos, cámaras, cables y un enjambre de personas pertenecientes al equipo de rodaje moviéndose por todas partes. Apenas era posible dar un paso por los cuatrocientos metros cuadrados de la

«modesta» estancia sin tropezar con nada.

A su lado, Barbara permanecía tan callada como ella, las dos deslumbradas por el lujo que las envolvía.

—¿Crees que hay algo de *attrezzo* en todo esto?

Leslie negó con la cabeza, incapaz de decir ni pensar nada que no fuera en la palabra

«lujo», que surgía en su mente en grandes letras de neón.

Una chica, que Leslie supuso que era una de las ayudantes de dirección, se aproximó para indicarles que el director, Miles Fletcher, estaba realizando pruebas de luz en la terraza antes de que el sol del Mediterráneo comenzara a desaparecer en el horizonte y que las aguardaba allí para que Barbara pudiera hacer por fin su anhelada prueba de cámara para la película. A Leslie le sudaban las palmas de las manos, y hasta le costaba respirar.

—Buena suerte, Barbara —le deseó, sintiendo la garganta repentinamente seca—. Te estaré esperando aquí cuando termines.

La actriz, que ya seguía los pasos de la ayudante del director, se giró en redondo para mirarla, y después estiró el brazo para sujetar la mano mojada de Leslie entre la suya.

—¡Por Dios, Lily! —exclamó, asqueada, secándose la mano en la espalda de Leslie—.

Controla esos nervios, ¿quieres? Tú te vienes conmigo. Necesito que me des apunte cuando me quede en blanco.

Los ojos de Leslie se abrieron con desmesura y el corazón amenazó con dejar de latirle.

No podía salir al balcón y toparse de nuevo con su amor de juventud. Ni siquiera sabía si él estaría allí, pero si algo había de cierto en esta vida era que ella no estaba preparada. No quería hacerlo. Y, sin embargo, ahí estaba ella, cruzando las puertas acristaladas que daban al exterior, donde varias personas se arremolinaban alrededor de la oronda figura del señor Fletcher.

La muchacha que las había guiado hacia allí se acercó hasta el director para susurrarle algo al oído y Leslie aprovechó que se había vuelto invisible para Barbara para ocultarse detrás de una enorme pantalla de luz situada junto a un foco. Solo entonces pudo respirar otra vez, sintiéndose a salvo de unos ojos azules que no quería que la vieran.

¿Estaría Rhys ahí? Su corazón le decía que sí, pero… Armándose de valor, Leslie inclinó la cabeza para poder ver entre los dos armatostes que la protegían e identificó al técnico de sonido sujetando la pértiga del micrófono, al responsable de iluminación y a una chica que parecía estar haciendo pruebas de maquillaje a un hombre alto que… Sí, definitivamente era Rhys Hudson.

El pulso corría tan acelerado por sus venas que Leslie estaba segura de que su presión sanguínea se había ido por las nubes. Después de tantos años volvía a ver al chico por el que una vez suspiró cuando eran adolescentes. Resultaba un tanto raro reencontrarse con él en su versión adulta. Ella sabía querer al Rhys de diecisiete años, pero el hombre de treinta y dos años que tenía delante era un desconocido para ella. Después de que Rhys se graduara en el instituto, a Leslie no le quedó otra alternativa que no fuera aprender a desenamorarse de él, pues sabía que era bastante improbable que sus vidas confluyeran de nuevo. Ya no se acordaba de cómo era esa niña que suspiraba por él, pero el solo hecho de mirarlo todavía era capaz de provocarle

palpitaciones.

Rhys Hudson estaba más guapo que nunca, más de lo que ella recordaba. La madurez le sentaba bien. Vestía una camisa blanca de manga corta propia de la moda de los años 50, de modo que era probable que el equipo de vestuario estuviera también haciendo sus pruebas antes de que comenzara el rodaje. La prenda se ajustaba a su cuerpo como un guante, marcando los desarrollados músculos de sus brazos. Seguía manteniendo el porte atlético de su juventud, lo que lo hacía perfecto para interpretar a un galán del pasado. Al desviar la vista hacia su rostro recién afeitado, a Leslie la piel se le puso de gallina al reparar en sus profundos y fríos ojos azules bajo el ceño fruncido que formaba el arco de sus cejas. Rhys seguía teniendo aquel aire tan inaccesible que intimidaba ya en el instituto, solo que ahora esa sensación se había multiplicado por diez. Se mostraba distante, como si estuviera analizando la situación antes de decidir cómo actuar. A Leslie le recordó a un depredador que estudiaba atentamente a su víctima antes de lanzarse a por ella. Tenía la mandíbula tensa y el gesto serio, demasiado serio, a decir verdad. Pero Leslie no lo culpaba: a fin de cuentas, estaba a punto de trabajar junto a Barbara Williams, la pesadilla de todo ser humano. El Rhys que tenía delante era una versión madura y mucho más imponente que la del chico de diecisiete años que ella guardaba en su memoria.

El grito que lanzó Miles Fletcher fue lo único que consiguió que Leslie dejara de admirar a Rhys como si el actor fuera la octava maravilla del mundo.

—¿Qué es esa horrible abominación?

Media docena de pares de ojos se clavaron entonces en la peluca rubio platino que llevaba Barbara y que el director miraba con espanto.

—Esta es Barbara Williams. —En cuanto su ayudante le presentó a la actriz, esta se mostró tan encantada que a Leslie no le habría sorprendido si Barbara le hubiera hecho una reverencia—. Viene por…

Leslie vio cómo el señor Fletcher hacía aspavientos con la mano, como si estuviera espantando moscas, delante de la cara de Barbara.

—¿Cómo se te ocurre presentarte en mi película con semejante porquería? ¡Quítatela, vamos!

Abochornada, Barbara se llevó una mano al falso pelo.

—No pretendía ofenderte, Miles —lo tuteó—. Solo intentaba meterme más en el papel.

El director compartió una mirada cómplice con Rhys, y, por primera vez, a Leslie le pareció apreciar cierto gesto de diversión en las apuestas facciones del hombre al que una vez conoció siendo adolescente.

—¿Es una broma, querida? Porque, te lo advierto, no me gusta que me tomen por idiota.

Leslie tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo por no romper a reír y así delatarse delante de todos. Jamás, en los dos años que había pasado trabajando para Barbara, la había visto tan avergonzada. Miles Fletcher era famoso por ser un director exigente que no toleraba la indisciplina ni la falta de respeto de sus actores, y para él eso era exactamente lo que había hecho Barbara al presentarse a la prueba disfrazada. Tal vez, con un poco de suerte, podrían volver a Los Ángeles ese mismo día.

Malhumorada como estaba, Barbara se quitó la peluca y la lanzó de malos modos a los pies de Leslie, que seguía oculta por el enorme foco de iluminación. Leslie era consciente de que los demás no podían verla, pero también sabía que Barbara iba a culparla por haber hecho el ridículo delante de Miles Fletcher. Pasara lo que pasase, al final del día sería ella quien pagase las consecuencias de la ira de su jefa.

Cuando Barbara se acercó al lugar en el que se encontraba Rhys, resultó más que evidente para todos que la actriz, además de en conseguir el papel, también estaba

interesada en meterse en su cama. *¿Y quién no?,* pensó Leslie. Un hombre alto, guapísimo como un dios griego, de aspecto misterioso e inaccesible… Habría estado loca si no se hubiera sentido atraída hacia él. Sin embargo, en lugar de abrazarla, como era la intención de Barbara, Rhys se apresuró a tenderle la mano para darle un apretón.

Desde su posición como espectadora en las sombras, Leslie tuvo la impresión de que a Rhys no le hacía demasiado feliz la idea de tener a Barbara como coprotagonista.

Miles estaba ansioso por empezar y terminar cuanto antes con la prueba de Barbara, así que, tras darles varias indicaciones sobre dónde debían situarse y los sentimientos que quería reflejar en la escena, les preguntó a los actores si estaban preparados y se apartó a un lado para dar la orden de que empezaran a rodar.

Fue raro ver cómo Rhys se metía en el papel en cuanto el director gritó *«¡Acción!»*. Su coraza impenetrable cayó y la máscara de frialdad que le cubría el rostro se suavizó en cuanto dejó de ser Rhys Hudson para convertirse en Mike Todd, el productor de cine y tercer esposo de Elizabeth Taylor. En la escena que estaban interpretando, el matrimonio acababa de tener una de sus míticas peleas y ahora se disponían a hacer las paces. Los ojos azules de Rhys miraban a Barbara con adoración, y si hubiera habido alguien sobre la faz de la tierra que no hubiera conocido a Rhys Hudson, no habría tenido dudas de que estaba completa y absolutamente enamorado de Barbara Williams.

Esa era la magia del cine. Y por eso Rhys tenía un óscar a los treinta y dos años.

—No quiero que vuelvas a insinuar que no soy más que una niña mimada —estaba diciendo Barbara, y, por su tono de voz, era más como si estuviera amonestando a un niño pequeño que haciendo las paces con su marido—. ¡Soy tu esposa, Rhys!

—¡Corten! —gritó Miles, entrando en escena, fuera de sí—. ¡No, no y no! Muchacha, ¿te has mirado siquiera el guion? Tu marido se llama Mike. ¡Olvídate de «Rhys»! Vamos a empezar otra vez desde el principio. ¡Acción!

Volvieron a repetir la escena tres veces más, todas con idéntico resultado. Barbara estaba cada vez más incómoda y nerviosa, y Leslie se dio cuenta de que empezaba a olvidar las frases que tenía que decir. Tuvo un mal presentimiento, como si una enorme piedra hubiera caído directa en su estómago.

—¿Lily? —la llamó Barbara—. ¿Dónde demonios te has metido? Necesito que vengas aquí inmediatamente y repases el guion conmigo. ¡Lily!

Ahí estaba, el momento que más había temido Leslie, a punto de hacerse realidad.

Debía salir de su escondite y permitir que Rhys la viera. Tenía ganas de vomitar, le

temblaban las manos y el corazón amenazaba con salírsele por la boca. Aunque podía ser que, con un poco de suerte, Rhys ni siquiera reparase en su presencia. O mejor aún: lo más probable era que ni siquiera se acordase de ella.

Despacio, rodeó el foco con cuidado de no enredarse el pie con ningún cable y tropezar hasta caer al suelo delante de todo el mundo. Sentía las mejillas calientes y la garganta tan seca que dudaba que fuera capaz de hablar.

—¡Ahí estás, por fin! —la amonestó Barbara—. No seas estúpida y acércate de una vez.

Estás haciendo esperar al señor Fletcher.

Leslie no era capaz de levantar la cabeza para mirar a Barbara. De repente, le resultaban tremendamente interesante las cenefas de estilo griego que bordeaban las baldosas del suelo. Sabía que todo el mundo estaba pendiente de ella, y lo último que quería era encontrarse con los ojos de Rhys derrochando desprecio e indiferencia hacia ella.

Lentamente, sacó el móvil del bolsillo de sus vaqueros y le mostró a Barbara la copia del guion para que pudiese refrescar la memoria.

—Por todos los dioses del Olimpo… —oyeron murmurar al señor Fletcher—. ¡Es ella!

Todo a su alrededor se detuvo, y tanto actores como miembros del equipo centraron su atención en Miles. No era habitual dejar al director sin palabras, y, por lo general, siempre se comunicaba a gritos con sus trabajadores, por lo que oírlo apenas susurrar los puso en alerta, e incluso Leslie se atrevió a mirarlo sin levantar del todo la cabeza.

—¡Es ella! —repitió el hombre—. ¿Cómo has dicho que se llama?

Barbara los observó con una de sus perfiladas cejas arqueada, como si no entendiera nada.

—¿Quién? ¿Lily? Miles, por favor. La chica es solo mi asistente. No es nadie.

Aquello le dolió a Leslie. Sabía que Barbara era una mujer superficial y egoísta, pero confiaba en que después de todo ese tiempo trabajando para ella le tuviera algo de aprecio. Al parecer, se equivocaba de pleno.

Sin embargo, Miles hizo a Barbara a un lado y se encaminó directo hasta Leslie, que tuvo que cerrar muy fuerte los ojos para intentar convencerse de que aquello no estaba siendo más que otra de sus extravagantes y elaboradas pesadillas. Pero entonces sintió los dedos

de Miles bajo la barbilla, incitándola a que levantara la cabeza para poder mirarla a la cara.

—¡Perfecta! —exclamó.

Leslie se sintió morir. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, aunque algo le decía que no era nada bueno. ¡No podía serlo! Barbara la estaba asesinando con la mirada, y Leslie no se atrevía a dirigir la vista hasta Rhys. Leslie no estaba preparada para enfrentarse también a él.

—Cancelamos la prueba —anunció Miles con su habitual torrente de voz—. Por fin hemos encontrado a nuestra Elizabeth.

—¡¿Qué?!

Exactamente eso era lo que quería gritar Leslie también, pero Barbara se le adelantó. La actriz estaba hecha una furia cuando se acercó hasta ellos, tanto que incluso zarandeó el brazo del director.

—Miles, Miles… Debes de estar bromeando. Lily no es más que una secretaria, ni siquiera es de las buenas. Y yo sé que me necesitas. *Sé* —recalcó— que este papel está hecho para mí.

El hombre giró su rechoncho tronco para hacer frente a Barbara. Sin importarle un comino ser delicado, apartó su mano de él e interpuso distancia entre ambos.

—En esta profesión, señorita Williams, no siempre se consigue lo que se desea. Le sugiero que continúe formándose antes de intentar colarse de nuevo en una de mis películas.

Barbara estaba a punto de explotar, Leslie lo sabía por el modo en que inflaba los carrillos como una niña malcriada en plena rabieta.

—¡No pienso tolerar esta clase de humillación! —gritó, fuera de sí—. ¡Juro que esto no quedará así! Vámonos, Lily.

Y así, de repente, todas las miradas se centraron en Leslie, que permanecía inmóvil en mitad de la batalla. Estaba más nerviosa que nunca, petrificada en el sitio. Esa clase de cosas no les sucedían a las chicas normales y corrientes como ella. El prestigioso Miles Fletcher no podía haberse fijado en ella para darle el papel protagonista de su película, para que trabajara junto a Rhys Hudson durante semanas. ¡Era una locura! Y, sin embargo, estaba pasando.

No supo cómo, pero finalmente dio con la voz que creía haber perdido para siempre minutos atrás.

—En realidad me llamo Leslie.

La sonrisa de Miles se hizo todavía más grande. Leslie sabía qué estaba pensando; tenía el nombre del personaje que interpretaba Liz Taylor en la película *Gigante,* y Miles Fletcher era tan supersticioso que estaba segura de que el director debía de haber interpretado tal coincidencia como una señal de que ella era la elegida.

—¡Embustera! —estalló Barbara, colérica—. ¡Me dijo que se llamaba Lily! ¿Qué clase de traición es esta? ¡Dame eso!

Barbara le arrebató de un tirón el iPhone que sostenía. Era cierto que había pagado por él cuando Leslie comenzó a trabajar para ella, pero, si se lo llevaba, iba a dejarla incomunicada. Aunque Leslie supuso que, después de aquello, podía darse por despedida.

—Esto no termina aquí, ¿me oyes? —la amenazó Barbara, señalándola con el dedo—. Te juro que me las pagarás, Lily. De eso puedes estar segura.

Cuando Barbara se fue, en el balcón de la lujosa *suite* reinó el silencio durante unos largos segundos. *¿Qué acaba de pasar?,* se preguntó Leslie, intentando asimilar que se había quedado sin trabajo y que se encontraba metida en un lío digno de una película de enredos.

—Deja que te vea bien —le pidió Miles Fletcher, sujetándola de la mano y haciéndola girar—. Eres menuda como ella, tienes la piel perfecta, el cabello… No tienes sus ojos, pero nadie en este planeta ha vuelto a tener una mirada como la suya. ¡Eres perfecta!

—No soy actriz —se atrevió a decir Leslie; tenía la voz temblorosa y estaba a punto de romper a llorar—. Señor Fletcher, por favor. Se está equivocando. Barbara ha trabajado mucho para conseguir el papel. Merece que le dé una oportunidad. Si me permite tratar de arreglarlo, quizá podría…

El orondo director alzó una mano para pedirle silencio.

—No he visto una actuación tan desastrosa como la de la señorita Williams en décadas.

Niña, he trabajado los suficientes años en la industria como para saber lo que quiero con solo mirarlo. Y tú tienes potencial. Tú eres lo que

necesita esta película.

Leslie quería decirle que se equivocaba una vez más. No actuaba desde el instituto, y, aunque llevaba trabajando en el mundo del cine algún tiempo y sabía cómo funcionaba, no creía estar a la altura de las expectativas del director. Además, estaba Rhys; todavía no había encontrado el valor suficiente para mirarlo a la cara. Se moría de ganas por saber lo que estaba pensando, pero el actor había permanecido en un segundo plano y guardaba silencio.

—Señor Fletcher…

—Miles —le pidió él—. Somos todos una gran familia, Leslie. Por favor, llámame Miles.

—Miles… Yo… —Los ojos de Leslie le suplicaban que la sacara de aquel lío—. Ni siquiera sé actuar.

—Sí que sabe.

La voz profunda y aterciopelada de Rhys los sorprendió a ambos. Hasta entonces, el actor no había intervenido en la discusión, pero, al escucharla, supo que tenía que mediar entre ambos.

Leslie se quedó sin habla cuando lo vio caminar hacia ellos, con las manos metidas en los bolsillos de su elegante pantalón. La miraba directamente a ella, pero no sonreía. *«Sí que sabe»*. Sus palabras resonaron en el interior de la cabeza de Leslie una y otra vez. Y

entonces supo que él sí la recordaba.

—¿Te sabes el guion, Leslie? —le preguntó Miles.

Ella tan solo acertó a asentir, atrapada como estaba por los ojos claros y profundos de Rhys. Solo fue consciente de que Rhys se le acercaba, tanto que incluso pudo apreciar el suave aroma de su masculino perfume. Era tan alto que tuvo que levantar la cabeza para no romper el contacto visual. Ni siquiera oyó al director gritar *«¡Acción!»* una vez más. No podía pensar. No podía hablar. Tan solo podía sentir el roce de los dedos de Rhys acariciándole la mejilla, su mirada tornándose tierna solo para ella y su voz susurrándole cerca de los labios.

—Si no te amara, no me habría casado contigo ni estaría dispuesto a gastarme una fortuna por verte sonreír. Solo a ti, mi amor.

Aquello fue más de lo que Leslie era capaz de soportar.

Por segunda vez en su vida, cayó desmayada entre los brazos de Rhys Hudson.

7

7 – INT. HABITACIÓN HOTEL LESLIE – NOCHE.

LESLIE, exhausta, trata de hacerse a la idea de su nueva situación. Necesita el consejo de sus amigos para afrontar el rodaje de la película y acostumbrarse a trabajar con Rhys.

Estaba mental y físicamente agotada.

A pesar de que a sus veintinueve años había visto y vivido más de lo que una persona de su edad debería haber experimentado, Leslie jamás imaginó estar preparada para algo como lo que acababa de pasarle en las treinta y seis últimas horas. Todo estaba sucediendo demasiado deprisa, y ella ni siquiera tenía tiempo para procesar con detenimiento las novedades con las que tenía que lidiar. Siempre se había considerado una persona gris, del montón, a la que no le gustaban los cambios y con un carácter indeciso que la acompañaba desde su nacimiento. Ahora, en cambio, debía hacer frente a demasiadas cosas. En cuestión de minutos había perdido su trabajo para, un segundo después, encontrar otro infinitamente mejor; y no solo eso, sino que, además, no le había quedado más remedio que enfrentarse con su pasado, algo para lo que Leslie no se sentía en absoluto preparada.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Negarse? ¿Rechazar un papel que, a pesar de saber que no estaba preparada para él, una vocecita en su interior le decía que debía aceptar?

Ella nunca quiso ser actriz; jamás se imaginó estar delante de las cámaras para dar vida a personajes que otros habían creado. Quería ser ella quien crease esos personajes, la que imaginase historias que un día alguien llevaría a la gran pantalla para disfrute del público. Sin embargo, Leslie también sabía que no era nadie, que no tenía contactos, que resultaba invisible a ojos de los demás y que sin un padrino adecuado sus guiones jamás saldrían del cajón de su escritorio.

Si aceptaba la oferta de Miles Fletcher y se metía en la piel de Elizabeth Taylor, tal vez, con un poco de suerte, pudiese tener la oportunidad con la que tanto tiempo llevaba soñando. Podía fingir ser actriz, aunque solo fuese para esa película. Estaba dispuesta a hacer a un lado sus miedos e inseguridades para así luchar por su sueño. El

problema estaba en que tendría que pasar tiempo con Rhys Hudson, y Leslie no estaba segura de que su corazón, sus nervios y su cerebro pudiesen con todo a la vez.

Sin embargo, a pesar de que de la noche a la mañana se había convertido en actriz de una superproducción de cine, lo que le mortificaba de verdad era haber vuelto a desmayarse delante de Rhys. ¿Cómo había podido perder el control hasta el punto de no sentir el suelo bajo sus pies? Rhys debía de pensar que era una completa idiota o que estaba enferma. Al parecer, su cuerpo no le respondía cuando estaba cerca de Rhys.

Había pasado un día completo desde que había caído inconsciente en brazos del actor y, para su alivio, no había vuelto a encontrarse con él. Después de su bochornoso espectáculo, la ayudante de dirección se apresuró a llamar al médico del equipo para asegurarse de que no corría peligro. El pobre doctor afirmó que no esperaba que necesitaran sus servicios tan pronto, pues el rodaje todavía no había dado comienzo.

Tras confirmar que Leslie se hallaba en perfectas condiciones y que solo debía descansar un poco, la acompañaron hasta la habitación para que pudiera dormir. Entre risas, escuchó cómo Miles Fletcher bromeaba acerca de que se desmayaba igual que las actrices del pasado, y Leslie al menos agradeció que alguien se tomara a risa su bochornoso espectáculo.

Había pasado algo más de un día y todavía no lograba asimilar todo lo que le estaba pasando. Desde que había abierto los ojos por la mañana, Leslie se vio envuelta en una vorágine de reuniones, papeleo y pruebas de maquillaje, vestuario y hasta de iluminación. Había visto a Barbara hacer exactamente lo mismo multitud de veces, pero nunca pensó que pudiera sucederle a ella. La última vez que se había subido al escenario era prácticamente una niña, y nunca pensó en dedicarse a la actuación de manera profesional. Creía sinceramente que Miles Fletcher se había precipitado al elegirla a ella para interpretar el personaje de Elizabeth Taylor; sin embargo, cuando finalmente pudo ponerse delante de la cámara y decir sus líneas —esta vez sin Rhys a su lado, gracias a los dioses del Olimpo—, el director quedó extasiado por su actuación y se reafirmó en su opinión de que era a ella justo a quien buscaban. Leslie no entendía nada. Tan solo se limitaba a repetir unas frases que habían salido no hacía mucho tiempo de la imaginación de los guionistas, pero había leído tanto sobre la diva de los ojos violeta que, a esas alturas, la conocía mejor que a sí misma,

por lo que intentaba poner un poquito de alma en cada uno de los diálogos.

Aquello estaba siendo una locura. Ella no era actriz ni aspiraba a serlo. Ni siquiera había tenido tiempo de ponerse en contacto con su familia para contarles las novedades, aunque tampoco hubiera podido hacerlo. Al despedirla, Barbara se llevó consigo su teléfono móvil y después, envió al botones de recepción para que recogiera también el iPad que le había proporcionado cuando empezó a trabajar para ella. La había dejado incomunicada en un país extranjero y sin tener ni idea de qué hacer a partir de ese instante. Sin embargo, su sentido del honor le decía que se lo merecía; a fin de cuentas, le había robado el papel a Barbara.

Después de darse una larga y relajante ducha en el enorme cuarto de baño repleto de lujo, Leslie se entretuvo en recorrer la amplia estancia. Al aceptar el papel protagonista

también recibía ciertos privilegios, como una habitación más amplia y con mejores vistas, un asistente personal, acceso veinticuatro horas al gimnasio, un camerino para ella sola y generosas dietas que cubrirían sus gastos durante el rodaje y mientras durase la promoción de la serie. ¡Por no hablar del sueldo! Leslie jamás había ganado tanto dinero en toda su vida. Una vez que terminara el rodaje, por fin podría tomarse un año sabático para estudiar en una escuela de cine sin que su economía se viera perjudicada y sin quedarse endeudada hasta que alcanzara la edad de jubilación. Pensó en sus amigos, en Los Ángeles, lejos de ella y ajenos a todas las novedades que le estaban pasando. ¿Debía llamarlos? Dado que Barbara se había llevado su móvil, la única alternativa que le quedaba era utilizar el teléfono de la habitación, a pesar de que sabía que una llamada internacional le costaría una fortuna.

—¡Que le den al dinero! —exclamó, ciñendo a su cintura el cinturón del albornoz blanco que llevaba puesto—. Ahora puedes permitírtelo, idiota.

Decidida, Leslie se dejó caer sobre la mullida y enorme cama y extendió el brazo hacia la mesita de noche para hacerse con el teléfono. Sus cabellos castaños, todavía mojados tras la ducha, se le pegaron a la barbilla. Era lo que más odiaba de tener el pelo corto, que siempre lo tenía en la cara. Sin embargo, por casualidades del destino, era uno de los motivos por los que Miles veía en ella a Elizabeth Taylor. Leslie no creía que existiera un gran parecido entre ambas, pero el equipo de maquillaje la había tranquilizado

asegurándole que la caracterizarían de manera que ni siquiera ella misma se reconocería al mirarse al espejo.

Cuando desde recepción le confirmaron que podrían ponerla en contacto con Los Ángeles en cuestión de minutos, Leslie sintió como si el aire volviera a entrar en sus pulmones después de haber estado conteniendo la respiración durante lo que a ella le resultó una eternidad. Cada tono la acercaba un poquito más a sus amigos y la hacía sentirse menos sola.

—¿Se puede saber por qué me llamas desde el hotel en lugar de hacer una videollamada? —le espetó Jenny nada más descolgar el teléfono. Para su amiga, lo de saludar estaba sobrevalorado.

Por primera vez en día y medio, Leslie se sintió por fin relajada y sonrió.

—Dirás más bien por qué no *nos* llama —escuchó cómo la corregía Bruno—. ¿Te has caído al mar Egeo con la ropa puesta?

—Estás en el manos libres, por cierto.

Leslie soltó una carcajada que le llenó el pecho y alegró su corazón. No necesitaba la aclaración de su amiga para imaginarlos a los dos juntos. Jenny debía de haber subido hasta el piso de Bruno en cuanto la teleoperadora le dijo que tenía una llamada internacional. Los tres, con sus diferencias y particularidades, habían formado una especie de familia en la que Leslie siempre se sentía protegida.

—¿Quieres hablar de una vez?

—A lo mejor se ha cortado la línea, Jen —sugirió Bruno—. Si aquí son las once de la mañana, allí deben de ser…

—Justo estaba pensando si colgaros para pedir la cena al servicio de habitaciones —

apuntó Leslie, sin molestarse tampoco en saludar—. Os echaba de menos.

—Déjate de tonterías y ve al grano. ¿Qué tal te está yendo con *madame* Medusa?

Jenny cambiaba el apodo de Barbara tan a menudo que Leslie se sorprendía de que cada vez fuese más original. Era una pena que ya no pudieran inventar maneras nuevas de castigarla verbalmente ahora

que ya no trabajaba para ella.

—La verdad es que no *me va* —comentó Leslie, jugueteando con la sobrecubierta de la biografía de Elizabeth Taylor que estaba leyendo—. Me despidió ayer.

—¡¿Qué?!

Estaba convencida de que Jenny y Bruno se habían inclinado sobre el teléfono para gritar al unísono. Estaban tan conectados que era como si pudiera verlos a pesar de la distancia.

Como pudo, Leslie sorteó la batería de preguntas que le lanzaron sus amigos y procedió a explicarles todo lo que le había ocurrido desde que había pisado suelo griego, desde la excentricidad de la peluca rubia de Barbara, pasando por la desastrosa audición de esta hasta la posterior oferta para interpretar ella, Leslie, a Liz Taylor; también les contó el motivo por el que no podía usar el móvil. Hasta que llegó a la parte en la que mencionó a Rhys y su desvanecimiento. Después de eso se desató el caos al otro lado de la línea.

—Para el carro y rebobina —le pidió Jenny. Su voz sonaba una octava más alta de lo normal—. ¿Te han dado el papel protagonista? ¿A ti? ¿Has pasado por encima de la víbora albina?

—Yo no le he quitado el trabajo a nadie. Es solo que…

—¡No me puedo creer que te hayas vuelto a desmayar delante de Rhys! —la interrumpió Jenny como si no la hubiera escuchado—. ¿Cómo ha sido volver a verlo?

¿Es tan guapo como se ve en pantalla? ¿A qué huele? ¿Te has declarado ya? ¿Vas a…?

—Ya basta, Jen —la frenó Bruno, y Leslie lo quiso todavía más por ello.

Adoraba a Jenny, pero a veces era demasiado intensa.

—¿Cómo te sientes, Les? —le preguntó finalmente Bruno.

Con tanto alboroto con el equipo de rodaje, ni siquiera había tenido tiempo para sentarse a analizar sus sentimientos. Estaba nerviosa, a veces tenía pequeños ataques de histeria y dudaba acerca de si había tomado la decisión acertada. No sabía cómo explicarlo, pero una vocecita en su interior le decía que debía aceptar aquella oportunidad,

que era lo correcto. No se consideraba una mujer impulsiva, todo lo contrario; lo más arriesgado que había hecho en su vida había sido abandonar su pueblecito natal en Maryland para mudarse a Los Ángeles cuando todo su mundo se desmoronó. Tenía sueños e ilusiones, por supuesto, pero nunca se lanzaba a ciegas sin antes analizar los pros y los contras de cada situación. Protagonizar una película le parecía lo más loco que haría jamás mientras viviera, y, sin embargo, sentía que debía hacerlo. Todavía no había encontrado la manera de contárselo a sus padres, y aún le tenía miedo a Barbara, pero al menos no tendría que volver a trabajar para ella.

Lo que de verdad le inquietaba era Rhys. No sabía cómo reaccionaría él una vez que comenzara el rodaje. Podía ser que se arrepintiera de haber apoyado a Miles para que le diera el papel a ella, o tal vez lo había hecho simplemente para librarse de Barbara. El día anterior tuvo la impresión de que Rhys la recordaba, aunque no había tenido la ocasión de volver a verlo. ¿Qué pasaría a partir de entonces? Solo de pensarlo se le aceleraba el corazón.

—No lo sé —respondió ella al cabo de unos largos segundos—. Quiero decir, ¿y ahora qué? Rhys y yo ni quiera éramos amigos en el instituto. Lo único que tenemos en común son los momentos en los que hice el ridículo.

—Más el de ayer —apostilló Jenny.

Leslie chascó la lengua al otro lado de la línea, pero deseó tener al lado a su amiga para poder darle un abrazo.

—Él es un actor reconocido —continuó Leslie—. ¡Tiene hasta un óscar! Y yo me limitaba a hacerle de escoba a una aspirante a diva de Hollywood. Para él tiene que ser degradante tener que trabajar conmigo.

—¿Te ha dicho él eso?

Como si su amiga pudiera verla, Leslie negó varias veces con la cabeza.

—No nos hemos cruzado desde ayer. Hoy me han tenido ocupada con cientos de cosas y hasta me han tomado medidas para adaptar el vestuario a mi figura.

—¡Cómo te odio! Vas a tener un montón de vestidos preciosos que yo nunca podré ponerme.

—Tú siempre estás bien con cualquier cosa que te pongas —oyó Leslie que decía Bruno, y su corazón dio un saltito dentro de su pecho. En secreto, era una declarada fan de esa futura pareja—. ¿Tendréis que filmar alguna escena de cama?

Leslie se quedó congelada tumbada boca abajo sobre la cama. No había pensado en esa posibilidad, pero dado que Elizabeth y Mike ya eran un matrimonio por el tiempo en el que visitaron Grecia, lo más lógico era que tuvieran alguna escena íntima. ¡Y lo más íntimo que había hecho ella delante del público era caer desplomada a los pies de Rhys cuando tenía catorce años! ¿Cómo iba a quitarse la ropa delante de él? ¿Cómo iba a permitir que la abrazara, que estuvieran piel con piel?

—No… no lo sé —contestó, con la voz temblorosa—. Me han dado una copia completa del guion esta mañana, pero todavía no he tenido tiempo de leerlo. Bruno, creo que voy a vomitar.

No era una mojigata, y tampoco tenía ningún problema con el sexo, pero… había pasado demasiado tiempo sin practicarlo, y si, para empeorar las cosas, tenía que fingir hacerlo con Rhys, la situación se volvía todavía más difícil para ella. ¿Habría pasado por alto alguna cláusula de desnudo en el contrato antes de firmarlo? ¡Por Dios! Ya no había escapatoria. Estaba sentenciada. La adolescente que aún vivía dentro de ella estaba encantada ante la idea de palpar, tocar y besar el cuerpo de Rhys, pero su lado cuerdo y sensato le gritaba que aquello era una locura.

—Yo te aconsejaría que te dejaras llevar —opinó Jenny—. Tu vida es ahora, literalmente, una película. Vive sin pensar. Disfruta sin ningún tipo de arrepentimiento.

Y no te olvides de contarme todo con pelos y señales.

Las palabras de su amiga la hicieron reír al mismo tiempo que unas repentinas lágrimas acudieron a sus ojos. Demasiadas emociones acumuladas en un corto espacio de tiempo. Tenía que desahogarse si pretendía seguir adelante con aquella aventura que podía ser que incluso saliera bien.

Unos nudillos tocando a la puerta interrumpieron la conversación. A Leslie le extrañó, pues estaba completamente sola en Atenas, pero supuso que sería algún miembro del equipo con algún encargo que hacerle para el día siguiente.

—No colguéis. Enseguida vuelvo.

Salió de la cama de un salto, y cuando sus pies desnudos tocaron el suelo, un gritito ahogado salió de su garganta al percibir el frío de las baldosas. Esperaba que quienquiera que estuviera llamando a su puerta no la entretuviese mucho antes de poder volver a meterse en la cama.

Sin embargo, no era ningún miembro del equipo, ni su nuevo ayudante ni tampoco el director quien estaba al otro lado. El rostro de Leslie se tornó pálido cuando vio a Rhys Hudson de pie frente a ella, tan alto que ocupaba todo su campo de visión.

Él la miró con el rostro serio y el ceño fruncido.

—No irás a desmayarte otra vez, ¿verdad?

Ella casi se atragantó con la saliva antes de pensar en una forma ingeniosa de responderle. Se lo tenía bien merecido, habida cuenta de que en las dos últimas veces que habían coincidido ella había terminado inconsciente en sus brazos.

Abochornada, Leslie se sujetó el cuello del albornoz en un gesto protector; no sabía qué decirle, y ni siquiera se atrevía a mirarlo a la cara.

—N-no —titubeó, nerviosa—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Rhys se irguió tan alto como era y Leslie lo escuchó inspirar hondo justo antes de sentir el cálido aire que salía de sus pulmones haciéndole cosquillas en la frente. La piel se le puso de gallina de inmediato, y centró toda su atención en mantenerse despierta.

—En realidad creo que soy yo quien puede hacer algo por ti.

Leslie se fijó en cómo las mangas de la camiseta que llevaba se ceñían a los músculos de sus brazos cuando los sacó de detrás de su espalda y le tendió una cajita blanca. Al

principio ella no reaccionó, debatiéndose entre aceptar el paquete o quedarse embelesada por la belleza de su rostro. Debía ser ilegal que un hombre fuera tan guapo.

Rhys Hudson siempre había sido atractivo de un modo no exuberante. La línea de su mandíbula parecía esculpida en mármol, y, sin embargo, mostraba ese hoyito en la mejilla derecha que lo convertía en humano y otorgaba cierta ternura a sus facciones. Su cuerpo esbelto estaba bien proporcionado, y, aunque se notaba que trabajaba

duramente en el gimnasio, no tenía una exagerada masa de músculos. Era… perfecto.

Siempre lo había sido para ella.

—¿Vas a cogerlo o…?

Las mejillas de Leslie se tornaron de un color escarlata al reparar en que lo había estado mirando durante unos segundos tan largos que Rhys, a buen seguro, se sintió incómodo.

—Sí, claro. Perdona.

Al aceptar la cajita que le tendía, sus dedos rozaron los de él, y Leslie tuvo que esforzarse por ignorar el torbellino de mariposas que se arremolinó en su estómago.

Cuando abrió la tapa del paquete rectangular, se le pusieron los ojos como platos al ver su contenido. Era un iPhone nuevecito, listo para ser usado.

Leslie levantó la cabeza y lo miró con una ceja levantada.

—Vi cómo te trató Barbara el otro día —se limitó a decir él, alzando un hombro para restarle importancia al regalo—. Y he pensado que te gustaría llamar a tu familia para contarles, ya sabes…, todo esto.

Leslie siguió la dirección que marcaba el dedo de Rhys cuando él señaló el teléfono descolgado que descansaba sobre la cama. Se acordó entonces de Jenny y Bruno y rezó para que sus amigos no estuvieran escuchándolos.

—Yo… No sé qué decir —se humedeció los labios, nerviosa—. Deja que al menos te lo pague.

Enseguida, él levantó la mano y negó con la cabeza.

—No hay necesidad. Es solo un teléfono, y tú lo necesitas.

—Pensaba comprar uno, pero han pasado tantas cosas en tan poco tiempo que yo…

—Es una locura, ¿verdad?

Leslie puso los ojos en blanco y resopló.

—¿Cómo lo aguantas? Quiero decir, llevo aquí un día y medio y ya

creo que no estoy a la altura.

—Puedo darte el número de mi terapeuta, si quieres.

Leslie parpadeó, sorprendida. ¿Acaso estaba Rhys bromeando con ella? Nerviosa, se balanceó sobre los talones mientras le veía a él guardarse las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Perdona por lo de ayer —murmuró ella al cabo de un minuto—. Imagino que no fue muy educado por mi parte desmayarme sin antes haberme presentado.

Él la miró con curiosidad, y Leslie casi habría dicho que estaba sonriendo.

—Bueno, tampoco era la primera vez, ¿verdad?

Si hubiera sido posible sonrojarse más, Leslie estaba segura de que su cabeza habría explotado como una patata caliente. ¡La recordaba! Sabía quién era ella y las locuras que había hecho por él en el instituto. Qué caprichosa era la vida a veces. Después de tantos años, sus caminos volvían a cruzarse. ¡Y de qué manera!

—Perdona, yo…

—¿Te apetece cenar conmigo esta noche?

Sorprendida, Leslie levantó la cabeza de golpe para volver a mirarlo. ¿Había oído bien?

No podía ser que Rhys acabara de regalarle un teléfono móvil y que ahora estuviera invitándola a cenar. ¿Estaría soñando? ¿Tendría alucinaciones? Su fantasía más secreta se estaba haciendo realidad, y ella sentía que no tenía ningún tipo de control sobre su vida.

—Deberíamos hablar sobre las próximas semanas y sobre cómo vamos a enfocar el rodaje —continuó Rhys al ver que ella boqueaba como un pez moribundo—. Tráete el guion y… ¿Estás leyendo sobre Elizabeth Taylor?

Ella miró por encima del hombro y vio que la biografía que estaba leyendo descansaba en la cama junto al teléfono. En su cabeza había demasiadas cosas que procesar, de modo que tan solo acertó a asentir.

—Yo también —le aseguró Rhys, y Leslie habría jurado que le guiñó un ojo. ¡El maldito Rhys Hudson acababa de guiñarle un ojo!—.

Hablaremos sobre ello también. ¿Te parece bien si nos vemos en mi habitación en un rato? Así te doy tiempo mientras te vistes.

Los ojos claros de Rhys se fijaron en el punto en el que el albornoz de ella se había abierto a la altura del pecho y se veía la piel que marcaba el inicio de sus senos.

Nerviosa, Leslie se apresuró a cerrar la prenda y agradeció que Rhys diera por concluida la conversación, pues estaba segura de que, si hubiera tenido que hablar, habría tartamudeado de manera irremediable.

—Ah, y… Leslie —él se detuvo en mitad del pasillo y se giró para mirarla—: deja de disculparte por todo. A partir de ahora este es tu mundo. Bienvenida a Hollywood.

Y, sin más, Rhys se perdió entre las puertas del ascensor para dejarla sola, boquiabierta, con las piernas temblándole como gelatina y un enjambre de mariposas en el estómago.

¿Qué le estaba pasando?

A duras penas fue capaz de volver a cerrar la puerta de su habitación, pues ni siquiera se sentía los dedos de las manos. Rhys Hudson acababa de invitarla a cenar. En un universo paralelo, eso era exactamente lo que había sucedido desde que estaban en el instituto. En esa esfera imaginaria, Rhys y ella eran felices y comían perdices desde la adolescencia; ahora la realidad superaba a la fantasía.

Un murmullo molesto similar a un zumbido llegó hasta oídos de Leslie, y entonces recordó que Bruno y Jenny todavía seguían esperando al teléfono. Aquella conferencia iba a costarle una pequeña fortuna.

—¡Vas a cenar con el puñetero Rhys Hudson! —gritó Jenny al otro lado cuando Leslie recuperó el auricular.

—Y te ha regalado un teléfono de los caros —apostilló Bruno.

—Él puede permitírselo. ¡No me puedo creer que se haya plantado delante de tu puerta!

—No tiene una alfombra mágica para aparecer por el balcón de la habitación, Jen.

—¡Chicos! —terció Leslie antes de que los dos empezaran una de sus

típicas discusiones—. Decidme que esto está pasando de verdad. ¿Qué hago ahora?

—¡Cenar con él! —exclamaron los dos al unísono.

—Esto no era lo que se suponía que tenía que pasar. Creo que no estoy preparada para ello.

—Leslie Marie Prescott —la amonestó Jenny—: te has pasado años soñando con este momento. Vas a tranquilizarte, buscar algo bonito que ponerte y disfrutar de la noche.

¿Me has oído? Y después vas a llamarme para contármelo todo.

— *Contárnoslo* todo —matizó Bruno—. He preparado margaritas.

—Una cantidad ingente de margaritas que nos vamos a beber durante el *brunch* mientras tú cenas con el hombre de tu vida.

—Rhys no es…

—¡Pásalo bien y llámanos luego! ¡Te queremos!

Sus amigos estaban locos, pero Leslie no sabía qué haría sin ellos. Después de colgar, se lanzó directa a su maleta para decidir qué ponerse. Cuando preparó el equipaje en Los Ángeles lo hizo pensando en la comodidad, ante todo. No se imaginaba que, en cuestión de veinticuatro horas, iba a perder el trabajo y la iban a contratar como actriz protagonista en una superproducción. Ni que decir tiene que cenar con Rhys Hudson quedaba fuera de toda ecuación. Y, sin embargo, ahí estaba ella, preparándose para encontrarse a solas con él. ¿Cuántas chicas en el mundo querrían estar en su pellejo?

Durante años, ella misma deseó innumerables veces ocupar el lugar en el que ahora estaba. La Leslie de catorce años que vivía en su interior saltaba de alegría, dibujando en el aire corazoncitos con sus iniciales y las de Rhys entrelazadas.

A pesar de los nervios que sentía, se prometió a sí misma que disfrutaría de la noche, por ella y por la adolescente que un día fue. Y, ¿quién sabía?, a lo mejor conseguía hacerse amiga de Rhys Hudson quince años después de su penosa declaración de amor.

La noche prometía.

Solo esperaba no volver a desmayarse.

8

8 – HOTEL GRANDE BRETAGNE – NOCHE.

LESLIE, ante la inminente cena con Rhys, no deja de juguetear con los dedos mientras decide si llamar o no a su puerta.

Se repite una y otra vez que aquello no es una cita.

Los pasillos del hotel estaban completamente en silencio cuando Leslie los atravesó en dirección a la habitación de Rhys. Las palmas de las manos le sudaban y el guion de la película que sostenía amenazaba con escurrírsele de entre los dedos. Estaba nerviosa.

Solo en sus sueños más locos, en sus fantasías más secretas, se imaginó cenando con Rhys Hudson y compartiendo confidencias. *«¿A quién tratas de engañar?»,* le preguntó una molesta vocecita en el interior de su cabeza. Rhys y ella no iban a compartir confidencias, y aquello tampoco era una cita; tan solo se trataba de una reunión de trabajo, y él intentaba ser amable dentro de su carácter frío y distante. Sabía que no debía darle tantas vueltas, pero, ¡maldita sea!, no podía evitar estar como un flan. Tenía que obligarse a calmarse si no quería volver a perder el conocimiento delante de Rhys.

Armándose de valor, respiró hondo y alzó la mano para llamar a la puerta con los nudillos. No se escuchaba ni un solo ruido desde el interior, y Leslie supuso que o bien el hotel invertía una generosa suma de dinero en instalar puertas de seguridad o bien Rhys debía de estar esperándola en el restaurante de la planta baja. Ya podía haberla avisado del cambio de plan. Estaba a punto de marcharse cuando la puerta se abrió, para dar paso a un Rhys mojado y prácticamente desnudo después de haberse dado una ducha.

—Esto…

El actor iba tan solo con una toalla blanca anudada a la cintura y otra más colgándole del cuello. Un reguero de gotitas de agua recorría su torso en un camino descendente que se perdía en la perfecta uve que formaban sus caderas, y Leslie se fijó en la medallita de oro que descansaba sobre sus pectorales. La última vez que vio a Rhys con tan poca ropa fue durante el campeonato de natación del condado, justo cuando él cumplió la mayoría de edad, pero a pesar de que ya por aquel entonces su cuerpo era digno de admiración, el del hombre que tenía frente a sí cortaba la respiración. ¡Que los dioses del Olimpo la ampararan!

—Perdona, yo… —Rhys parecía abochornado, y Leslie observó que trataba se cubrirse un poco con la toalla que llevaba al cuello—. Pensé que tardarías más en venir.

Cuando Rhys la miró, Leslie se sintió un poquito avergonzada. Rhys estaba acostumbrado a lidiar con grandes actrices de Hollywood mucho más altas, guapas y elegantes que ella. Tal vez confiaba en verla con un bonito vestido, con un escote sugerente o con algo ajustado. En cambio, Leslie había optado por unos pantalones cortos de cintura alta que dejaban al descubierto sus piernas no demasiado largas y una blusa sin mangas de un ligero tono amarillo. Tampoco se había maquillado más allá de un poco de colorete y un ligero toque de brillo en los labios. Iba sencilla y cómoda, pero no pensó que su aspecto pudiera molestar a Rhys.

—Si quieres, puedo volver a mi habitación y cambiarme. No sabía si tú…

—No —se apresuró a interrumpirla Rhys—. Estás perfecta así. Por favor, pasa mientras termino de vestirme.

Leslie se obligó a forzar una sonrisa, aceptando la invitación de Rhys. Se preguntó si debajo de la toalla llevaría puesta la ropa interior o si iría completamente desnudo.

¡Deja de pensar en eso!, se reprendió a sí misma.

—Ponte cómoda. Estaré contigo enseguida.

Leslie lo vio perderse tras la pared que separaba el dormitorio de la salita principal. La habitación de Rhys era mucho más grande y lujosa que la suya, pero es que él era la verdadera estrella de cine, y no ella. Leslie se entretuvo en recorrer la estancia, pero no encontró nada que no perteneciera al mobiliario del hotel. Todo estaba en principio en el lugar que le correspondía, y no había ni rastro de ningún objeto personal de Rhys.

Debía de ser raro vivir fuera de casa la mayor parte del tiempo, viajar alrededor del mundo entre rodajes y promociones y dormir en una cama extraña casi cada noche.

Desde que empezó a trabajar para Barbara, Leslie apenas tenía tiempo para regresar a la casa de sus padres en Maryland, pero siempre intentaba hacer una escapada cada vez que podía. Sin embargo, en Berlin se rumoreaba que Rhys no había vuelto al hogar familiar desde que se había marchado a la universidad, y de eso habían pasado ya

casi quince años. Leslie pensó que era una lástima que el condado hubiera perdido a su ciudadano más ilustre.

Al pasar junto al aparador del minibar, Leslie se quedó congelada cuando vio reflejada en el espejo la espalda desnuda de Rhys mientras él se secaba el pelo con la toalla. El espejo estaba colocado de forma que era posible atisbar partes del dormitorio que se veían desprotegidas por el tabique que lo separaba de la salita. Sabía que estaba mal, que no debía estar mirando, pero… ¡Rhys Hudson estaba desnudo a pocos metros de ella! Casi desnudo. Al bajar la vista por su columna, los ojos de Leslie se toparon con los

bóxers negros que cubrían sus partes más íntimas, y, en honor a la verdad, Leslie debía decir que su trasero parecía mucho más firme y apetecible que unos años atrás bajo el minúsculo bañador que solía llevar durante las competiciones de natación. *Porque ahora es un hombre,* se dijo. Un hombre tremendamente atractivo, por el que estuvo absolutamente colada y con el que tendría que trabajar durante las próximas semanas.

Por el amor de Dios. ¡Es solo un hombre guapo! No pierdas la cabeza, Leslie, se dijo, obligándose a apartar la mirada. Si Rhys no volvía pronto, iba a terminar loca.

No tardó en reunirse con ella, como si él le hubiese leído el pensamiento, y Leslie dio la gracias en silencio por haber conservado algo de su buen juicio en su ausencia.

—Siento haberte hecho esperar. ¿Has traído el guion?

La sonrisa que empezaba a curvar los labios de Leslie se desvaneció.

—Eeeh… Sí, claro. Pero creía que íbamos a cenar primero.

—Podemos hacer las dos cosas a la vez —comentó él, despreocupado.

Llamaron a la puerta antes de que Leslie tuviera ocasión de replicar. Ella se puso a un lado mientras veía cómo un hombre uniformado entraba en la habitación empujando un carrito cargado de platos y fuentes tapados con cubreplatos metalizados. ¿Aquello era el servicio de habitaciones? Rhys pidió al botones que llevara el carrito a la terraza y se aseguró de darle una propina antes de que el muchacho volviera a irse.

—¿Has hecho que nos traigan la comida? —preguntó atónita.

—Hace años que no voy a un restaurante —respondió él sin mirarla. Estaba colocando los platos sobre una mesa ya preparada en el exterior—. Confío en que no te importe, pero créeme, es mejor así.

—¿Por qué?

Rhys se incorporó entonces para clavar la vista en ella. La brisa fresca de la noche movía sus cabellos todavía húmedos tras la ducha y los hacía oscilar sobre sus ojos claros.

—Porque si nos ven en público, mañana apareceremos en las portadas de las revistas de medio mundo —le explicó él—. Y a menos que quieras que te pongan la etiqueta de

«Nueva conquista de Rhys Hudson», es mejor que estemos aquí, donde nadie pueda vernos.

—Querrás decir donde los *paparazzi* no puedan vernos.

—¿Qué diferencia hay? Soy una persona privada, señorita Prescott. No me gusta que se metan en mi vida.

Menudo corte, pensó Leslie. En el instituto Rhys siempre fue un chico reservado, pero no lo recordaba tan desagradable. Apenas habían cruzado un puñado de palabras desde su reencuentro y él era ya así de brusco con ella. Podía ser que le hubiera regalado un teléfono nuevo, que fuera más rico y famoso que ella, pero eso no le daba derecho a tratarla de ese modo. Ya había sufrido ese trato de parte de Barbara, y no estaba dispuesta a volver a dejarse pisotear.

—A estas alturas creo que puedes utilizar mi nombre —le contestó ella, molesta. Al pasar por su lado, se aseguró de golpearle el brazo con el hombro—. Porque imagino que te lo sabes, ¿verdad?

Oyó cómo Rhys resoplaba mientras ella curioseaba el contenido de los platos que él había pedido. No es que hubieran empezado con muy buen pie, pero por muy guapo que fuera Rhys y por muy colgada que estuviera de él en el instituto, estaba cansada, y lo único que necesitaba era una mano amiga, no un puño que la aplastara.

—Tienes razón, Leslie. Te pido disculpas por ser tan…

—¿… capullo? Mira, estoy tan sorprendida como tú de que esto haya pasado, pero si vamos a tener que trabajar juntos, es mejor que tratemos de soportarnos el uno al otro.

Si quieres que me vaya, solo tienes que decirlo.

Él se la quedó mirando tanto tiempo que a Leslie se le antojó una eternidad. El rostro de Rhys no daba indicios de ser capaz de demostrar ningún tipo de emoción que no fuera… solemnidad, si es que se le consideraba a eso una emoción. Apenas sonreía y siempre estaba serio, como en aquel momento. Era un hombre intimidante, reconoció Leslie, y conseguía ponerla nerviosa, pero sabía que no podía dejarse amedrentar por él.

En el pasado era incapaz de decir dos palabras seguidas sin tartamudear, y podía ser que ahora una parte de ella se sintiera del mismo modo; sin embargo, debían aclarar las cosas antes de que comenzara el rodaje.

—No quiero que te vayas —dijo él al fin, y su entrecejo pareció relajarse ligeramente—.

Y, sinceramente, prefiero que me insultes a que te desmayes.

Leslie notó cómo las mejillas y las puntas de las orejas se le ponían rojas de la vergüenza.

—Perdona, yo… Espera, ¿eso ha sido una broma? ¿Acabas de gastar una broma?

Rhys se humedeció los labios en lo que a Leslie le resultó un intento por ocultar un amago de sonrisa. Iba a resultar que el tipo tenía sentido del humor después de todo; solo tenía que rascar un poquito más hondo y tal vez encontrase algo de piel debajo de esa dura coraza que llevaba desde hacía años.

—¿Y si enterramos el hacha de guerra y empezamos de nuevo?

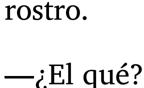
Ella lo miró vacilante, con una ceja levantada.

—¿Es una trampa?

Él volvió a apretar los labios para que no viera su diversión.

—Nada de trampas, te doy mi palabra. ¿Tienes hambre? No sabía muy bien qué te gusta, así que he pedido un poco de todo. Carne, pescado, comida vegana… La última vez que te vi solo comías verdura, así que he decidido ir por lo seguro. ¿Sigues siéndolo?

Ella contempló la variedad de platos con la confusión pintada en el


rostro.

—¿El qué?

—Vegana.

—¿Estás de coña? Yo nunca he sido… ¡Oh, mierda!

Acababa de recordar a qué se refería Rhys. Durante la última semana de instituto, antes de que Rhys se graduase, ella y Nora habían estado siguiendo una estúpida dieta basada en los colores de los alimentos. El más fácil de seguir fue el color marrón, puesto que se pusieron ciegas a chocolate y galletas; los peores fueron el naranja, el verde y el amarillo, de modo que su alimentación se basó principalmente en frutas y verduras.

Rhys debió de verlas en uno de esos días, de ahí su suposición de que no comía nada que no fuera de origen vegetal.

—No soy vegana —murmuró al cabo de unos segundos—. Ni tampoco vegetariana ni

«frutariana», ni sigo ningún tipo de dieta. En realidad, como de todo.

Rhys se la quedó mirando con un brillo travieso en los ojos, y Leslie se dio cuenta entonces de lo mal que había sonado su última frase. ¿Por qué no podía pensar las cosas antes de abrir su bocaza?

—¡No quería decir eso! Por Dios… Me refiero a que no soy una tiquismiquis. La verdad es que cada vez que viajo me gusta probar cosas nuevas de cada sitio y…

—Por el amor de Dios, Leslie —la interrumpió Rhys—. Deja de intentar arreglarlo y sentémonos a comer de una vez.

Al mirarlo, Leslie no pudo averiguar si Rhys estaba molesto por su incontrolable verborrea o si en realidad se encontraba al borde de la risa. La máscara invisible que llevaba en el rostro no reflejaba emoción alguna ni le daba ninguna pista. De lo único de lo que estaba segura era de que, cuando se puso las manos en la cara, las mejillas le ardían. No entendía lo que le estaba pasando; por un lado, se sentía nerviosa e insegura delante de Rhys, pero cuando abría la boca y le hablaba, se transformaba en alguien completamente distinto, se olvidaba de sus temores y de la vergüenza y perdía la sensatez y el sentido común. Se le soltaba la lengua y no tenía filtro, y eso era algo que jamás pensó que pudiera sucederle delante de Rhys.

Al menos las vistas compensaban lo tensa que era la situación. La habitación de Rhys estaba un piso por encima del de ella, pero el paisaje desde su terraza no tenía nada que ver con lo que ella contemplaba desde su pequeña ventana. A lo lejos, iluminada por decenas de focos, se apreciaba la impresionante Acrópolis, la antigua ciudad griega.

Para Leslie, era como admirar el Olimpo de los dioses.

—Es precioso, ¿verdad?

Rhys la miró mientras apartaba los cubreplatos, y el aroma de los alimentos consiguió que a Leslie se le hiciera la boca agua.

—Sería aún más increíble si pudieran verse las estrellas —suspiró con cierto anhelo—.

Tal vez tengamos más suerte en nuestro próximo destino.

Para sorpresa de Leslie, sobre la mesa no halló rastro de ningún plato típico de la gastronomía griega. Había ensaladas, carnes a la parrilla, pescados, pastas y un suculento surtido de postres tras los que a Leslie se le fueron los ojos. Estaba hambrienta, de modo que decidió no decir nada al respecto, aunque esperaba tener la oportunidad de probar algunas exquisiteces del país antes de volver a Los Ángeles.

Rhys la dejó elegir primero y ella no tuvo reparo en llenarse el plato de todo aquello que llamaba su atención. Podía ser que él estuviera acostumbrado a rodearse de actrices que apenas comían por temor a engordar, pero ella no era una actriz de verdad y, además, estaba muerta de hambre. Que pensara lo que quisiera: no entraba en sus planes acostarse esa noche con el estómago vacío. Sin embargo, Rhys no dijo nada al respecto, y ella habría jurado que lo vio asentir al mismo tiempo que parecía esconder una sonrisa.

—Bueno, ¿qué tal has estado todo este tiempo? La última vez que te vi creo que fue en el lago Sunset en vuestra fiesta de graduación.

Leslie omitió la parte en la que ella no debía estar allí. Era tradición que los recién graduados se reunieran una última vez al atardecer en uno de los lagos más populares de los alrededores de Berlin, aunque a Leslie todavía le faltaban unos cuantos años para ser una chica de último curso, de modo que Nora y ella hicieron una escapada con sus bicicletas para espiar a los chicos mayores y descubrir qué hacían antes de que todos se marcharan a la universidad una vez que finalizara el verano. A Leslie le partía el corazón la idea de no volver a

ver a Rhys durante los cuatro largos años que estuviera estudiando en Standford, tan lejos de ella, por ese motivo no podía permitirse desperdiciar ni un solo momento que pudiera aprovechar para estar cerca de él.

Sin embargo, Rhys permaneció en silencio mientras comía. Ni siquiera la miraba, y Leslie temió haber metido la pata una vez más. ¿Acaso solo la había invitado porque no quería cenar solo? ¿Pretendía que estuvieran en silencio hasta que ella se marchara?

Nunca había conocido a un hombre tan complejo y raro como Rhys Hudson.

Estaba a punto de decirle que se iba cuando él por fin levantó la cabeza de su plato y clavó los ojos en ella.

—¿Y si nos centramos en el guion? —le preguntó él, y Leslie se sintió aún más contrariada—. ¿Tienes alguna pregunta?

Leslie parpadeó, algo confusa. Sin decir abiertamente nada, Rhys acababa de dejarle muy claro que no le apetecía hablar del pasado y que estaban allí solo y exclusivamente por el trabajo. *Menudo cretino,* pensó Leslie. Compartían una historia desde su adolescencia, y él la trataba como si fuese una desconocida.

Carraspeando para aclararse la garganta y darse un poco de tiempo para desenredar la maraña de pensamientos que se arremolinaban en su cabeza, Leslie optó por imitarlo, centrando su atención en el plato de pasta en lugar de mirarlo.

—En realidad, todavía no he tenido tiempo para leerlo detenidamente. Hasta hace dos días era la chica para todo de Barbara, así que me he centrado en aprender todo cuanto pudiera sobre la vida de Elizabeth Taylor. No tenía ni idea de que esto pudiera pasarme a mí.

Rhys asintió, como si comprendiera las razones por las que Leslie aún no había podido ponerse al día con el texto. Por el rabillo del ojo, ella le vio toquetearse el cuello de la camiseta gris que llevaba hasta dar con la fina cadenita dorada que colgaba de su cuello.

La manera en que él hacía deslizar los eslabones por su piel la embelesó de tal modo que el tenedor se le quedó a medio camino de la boca.

—¿Y a qué conclusión has llegado después de todo ese trabajo de investigación?

Ella se removió en el asiento, inquieta. Ahora él pretendía que tuvieran una conversación sobre un tema seguro que no atañera la vida personal de ninguno de los dos, que no hiciera referencia a su pasado en común ni a nada que pudiera demostrar que Rhys Hudson era en el fondo humano. La imagen del ídolo adolescente que Leslie tenía de él se iba desvaneciendo cada vez más, acercándola a la realidad de la persona que era Rhys, y la verdad era que no estaba segura de que le gustase del todo lo que iba descubriendo acerca de su amor de juventud.

Así pues, decidió seguirle la corriente. A fin de cuentas, los dos se encontraban allí por trabajo, y ella estaba demasiado cansada como para discutir.

—Creo que ella vivió como quiso —se pronunció Leslie al fin—. Aunque no me cabe duda de que tuvo que ser una mujer tremendamente complicada.

—¿En qué sentido? —se interesó Rhys, apoyando los codos en la mesa mientras entrelazaba los dedos y se acariciaba con ellos los labios.

Por unos segundos, Leslie se dejó cautivar por aquel sutil gesto. Rhys tenía una boca perfecta, y ella estaba segura de que sería suave y gentil en los besos. *«Muy pronto lo sabrás»,* murmuró una vocecita en el interior de su cabeza, y ella se apresuró a apartar esos pensamientos de su mente.

—Al leer varias de sus biografías, todas ellas coinciden en que era una mujer con un gran carácter y muy muy caprichosa. Nació ya siendo guapa y en una familia acomodada. Estaba acostumbrada a tenerlo todo incluso mientras el mundo estaba en guerra. Por no hablar de su madre…

—Ah, sí. La señora Sara Taylor era… peculiar.

—¡Vivía a través de su hija! —exclamó Leslie, gesticulando con las manos, todavía sujetando los cubiertos—. Fue una actriz frustrada, así que se aseguró de que Elizabeth tuviera todo lo que ella no pudo conseguir en el cine.

—¿Piensas que por eso siempre se casaba con hombres mayores?

Leslie se tomó unos segundos para responder.

—Quizá. No pudo disfrutar de su infancia como las otras niñas de su edad. Buscaba en los hombres seguridad, protección, formar una

familia…

—Y joyas —agregó Rhys.

Leslie sonrió.

—Carísimas joyas. Vaya, Rhys, ¿es eso lo que tú estás haciendo? —preguntó, coqueta—.

¿Tratas de ganarte mi corazón comprándome cosas caras?

A Rhys, perplejo como estaba ante su inesperado flirteo, se le pusieron los ojos como platos.

—Si te refieres al iPhone, solo era un gesto de buena voluntad —murmuró, mesándose el cabello y despeinándose—. Es decir, que no pretendía que pensaras que yo… Que tú y yo… Joder, Leslie, ¡solo es un teléfono!

Era la primera vez que veía a Rhys Hudson tan nervioso, y todo por un simple comentario suyo. Estaba tomándole el pelo, pero al parecer el actor carecía de sentido del humor. Leslie no pudo evitar estallar en carcajadas delante de él.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó él, malhumorado.

—Tú —respondió ella entre risas—. Era solo una broma. Intentaba romper un poco el hielo entre nosotros. ¿Ha funcionado?

Rhys gruñó. ¡Gruñó! Debía de estar acostumbrado a llevar siempre las riendas en cada situación, y, sin embargo, ahora todo escapaba a su control. No estaba previsto que fuera ella la que interpretara el papel de su coprotagonista, y aquello lo enfurecía a la vez que lo ponía de los nervios.

—¿Qué me dices de Mike? —continuó ella para darle un poco de tregua—. ¿Crees que era él el hombre adecuado para ella?

Rhys volvió a deslizar el dedo alrededor de sus labios hasta el mentón y, de nuevo, Leslie notó mariposas en el estómago.

—No sé si fue el hombre apropiado para ella —musitó—. Ella tenía veinticuatro años cuando se casaron y él le doblaba la edad. ¿Cómo puede tener éxito una relación así?

—No elegimos de quién nos enamoramos.

—Pues yo opino que sí —replicó él—. Una vez que pierdes el control sobre tus emociones lo haces del todo y para siempre. Y entonces estás perdido. Uno siempre puede elegir cómo sentirse.

Leslie lo miró con el ceño fruncido. ¿Cómo podía ser tan… frío? ¿Acaso nunca se había enamorado? ¿Habría abierto su corazón alguna vez a alguien? Ella sabía mejor que nadie los riesgos que conllevaba enamorarse, e incluso era capaz de contar los pedazos en los que se había roto su corazón tiempo atrás, pero pensó que, si volviera atrás, haría exactamente lo mismo que en el pasado, aun sabiendo que perdería otra vez.

—No estoy de acuerdo. A veces las cosas pasan sin más. Si no lo crees, mírame a mí.

Apuesto a que no contabas con volver a verme —le sonrió—. Y, sin embargo, no puedes controlarlo ni controlarme a mí. Probablemente no contabas con tener que lidiar con todo esto, pero así es la vida.

Él la miró con una mueca que fruncía su «besable» boca. Leslie advirtió que se moría por darle una respuesta mordaz, pero al interpretar su gesto se dio cuenta de que no sabía qué decir. Había dejado a Rhys Hudson sin palabras. Ni ella era Elizabeth Taylor ni él la reencarnación de Mike Todd. Iban a tener que aprender a hacer suyas sus personalidades, sin olvidar quiénes eran y para qué estaban allí.

—¿Hay algo más que quieras comentar?

Ella ladeó la cabeza y lo contempló en silencio. Se notaba que Rhys estaba incómodo y que, a pesar de ser uno de los hombres más famosos del mundo, no debía de tener mucha experiencia en las relaciones sociales. Leslie tampoco se sentía como ella misma; por un lado, seguía siendo la misma cría de catorce años completamente colada por el capitán del equipo de natación, pero, por otro, el hombre en que Rhys se había transformado la intimidaba y desconcertaba a partes iguales. No sabía qué esperar de él, de qué humor se encontraba, si se alegraba de verla o si, por el contrario, no veía el momento de que sus caminos volvieran a separarse. Se dijo que solo el tiempo decidiría

qué sería de su relación, si se convertirían en amigos o terminarían siendo una de esas parejas cinematográficas que se hacen la vida imposible durante el rodaje de la película.

—Ahora que lo dices, la verdad es que hay algo que me preocupa.

Mientras hablaba, Rhys colocó una copia del guion sobre la mesa, asintiendo a cada palabra que ella decía.

—Como te he comentado antes, no he tenido tiempo de leerlo entero, pero… —Leslie se mordió el labio inferior, cada vez más nerviosa—. ¿Hay alguna escena de cama?

Esta vez Rhys levantó la vista y clavó los ojos en ella. Su rostro permanecía muy serio, y la miraba como si le hubieran salido tres cabezas, como la hidra contra la que luchó Hércules.

—Que si hay sexo, vamos.

Él permaneció en silencio durante tanto rato que Leslie pensó que no iba a contestarle, Lo vio echarse hacia atrás contra el respaldo de la silla al tiempo que cruzaba los brazos a la altura del pecho, lo que acentuó los marcados bíceps bajo la tela de la camiseta.

—Te había entendido a la primera, Leslie. Solo estaba pensando.

—¿En qué?

Por primera vez en toda la noche, Leslie lo vio sonreír abiertamente. *Ahí va la quinta sonrisa,* se dijo. Y su corazón saltó de alegría sin que ella supiera muy bien por qué.

—¿Te asusta acostarte conmigo, Leslie?

En aquel preciso momento, bajo el cielo nocturno de Atenas, Leslie tuvo la sensación de que la mandíbula se le desencajaba tanto que tocaba la mesa, como si se tratase de un dibujo animado. Estaba jugando con ella y, al parecer, le resultaba de lo más divertido.

A su cabeza acudieron imágenes de los dos juntos bajo las sábanas revueltas de una cama, con las piernas entrelazadas y los cuerpos desnudos. Si hubiera sido posible ruborizarse más, sus mejillas habrían estado a punto de entrar en combustión.

Él volvió a echarse hacia delante, apoyó las manos sobre la mesa y acercó el rostro al de ella.

—Era una broma —murmuró—. Deberías haberte visto la cara.

—Ja, ja. Muy gracioso. Mira cómo me río.

—No pienso disculparme —la avisó él—. A fin de cuentas, tú me llevas la delantera en lo que a declaraciones se refiere.

Abochornada, Leslie se ocultó el rostro entre las manos, pero lo miró a través de los dedos entreabiertos. Los dos estaban pensando en el momento en que, de manera accidental, ella anunció por megafonía su deseo de casarse con Rhys durante el campeonato de natación.

—No fue mi intención que todo el instituto escuchara mi conversación con Nora.

—Por supuesto que no, claro… —Él volvió a sonreír de medio lado y el corazón de Leslie se aceleró—. Volviendo al tema del sexo…

—¡Oh, por favor!

—Lo digo en serio, calma. Hay un par de escenas íntimas, pero Miles no es de esos que graban hasta que los personajes alcanzan el orgasmo. De todas maneras, podemos solicitar un coordinador de intimidad, si te sientes más cómoda.

Leslie no podía más que asentir, nerviosa. Conocía la figura del coordinador de intimidad gracias a anteriores trabajos de Barbara; se trataba de un profesional que hacía de intermediario entre los actores, el director y los productores durante el rodaje de las tomas más sensibles y vulnerables para el reparto, además de ocuparse de la protección de actores y actrices en el ámbito físico, en el emocional y en el psicológico.

Y, por supuesto, el coordinador se aseguraba de que no hubiera contacto genital en los momentos de desnudez. Leslie estaba a punto de marearse.

—Leslie —la llamó él, colocando los dedos en su barbilla—. Mírame a mí. Respira hondo. No vayas a desmayarte.

Su voz, tan grave y profunda y a la vez tan serena, le estaba proporcionando la tranquilidad que necesitaba. Tenía que lidiar con demasiadas cosas en muy poco tiempo y se sentía del todo abrumada.

—Sé que asusta, pero te prometo que podrás hacerlo.

Ella lo miró como un cervatillo asustado.

—¿De veras lo crees?

Él asintió.

—Te lo prometo.

Los dos se sonrieron, como si por fin comenzaran a bajar las defensas y empezaran a ser un verdadero equipo. Después de tantos años era increíble que la vida los hubiera hecho volver a coincidir, ¡y de qué manera!

—Vamos a hacer esto juntos —continuó Rhys—. Y te doy mi palabra de que será inolvidable.

9

9 – INT. SUITE ROYAL *DEL HOTEL GRANDE BRETAGNE – DÍA.*

RECREACIÓN de una de las famosas peleas entre Elizabeth Taylor y Mike Todd en la suite *de su hotel. Leslie intenta estar a la altura de su nueva profesión, a pesar de que Rhys se mantiene distante con ella.*

—¡No tenías ningún derecho a decidir por mí! —chilló Leslie, caracterizada como Elizabeth Taylor—. ¿Por qué? ¡¿Por qué lo hiciste?!

Frente a ella, un casi irreconocible Rhys daba vida al productor Mike Todd, que estalló con igual ferocidad a sus gritos.

—¡Porque te quiero, maldita sea!

Cuando Rhys la sujetó por los brazos y la zarandeó un par de veces, las lágrimas ya corrían por las mejillas de Leslie.

Se encontraban rodando una de las escenas más desgarradoras de todas las que conformaban el guion de la película. En ella, Elizabeth se disponía a cambiarse de ropa para salir a cenar con su marido cuando se detiene a contemplar en el espejo su cuerpo desnudo. Sus manos acuden a su bajo vientre, a la zona en la que todavía permanecía muy visible la cicatriz de la cesárea que le habían practicado seis meses atrás, cuando alumbró a su hija Liza. Aquel fue su tercer parto por cesárea, y el doctor manifestó a Mike que la vida de su esposa podía correr peligro en el caso de que tuviera más hijos, pues todos nacerían del mismo modo. Así que era el momento de decidir si la sometían a una ligadura de trompas. Con Elizabeth inconsciente por la anestesia, fue Mike quien tomó la decisión por ella; cuando la actriz despertó y descubrió que no podría tener más hijos, estalló en cólera contra su marido. Su sueño siempre había sido ser madre de una familia numerosa y dedicarse a su esposo e hijos en cuerpo y alma. Saber a los veintiséis años que no volvería a quedarse embarazada le rompió el corazón. Aquella situación abrió una grieta en el matrimonio de Mike y Elizabeth, y, a pesar de que finalmente

llegó a perdonar a su marido debido al profundo amor que sentía por él, la tristeza y la depresión la acompañaban cada día. Como en aquel momento. Lejos de su hogar y de sus hijos que la esperaban en Beverly Hills, el dolor se hacía más profundo y los rencores que se había guardado muy dentro salían a la superficie de manera irremediable.

Leslie no era madre, pero quería serlo en el futuro. No podía imaginar el desconsuelo que debió de sentir Elizabeth en lo más profundo de su alma, aunque sí era capaz de

empatizar con su pena. Nadie, ni siquiera un marido enamorado, era quién para decidir sobre el cuerpo de una mujer, ni siquiera cuando la vida de esta podría correr peligro en el futuro. La decisión correspondía única y exclusivamente a Elizabeth, y, sin embargo, otros le quitaron ese derecho. Leslie era consciente de que vivieron en otra época, en un tiempo mucho más conservador y restrictivo para las mujeres, pero, aun así, no era justo para Elizabeth.

Todo el equipo sabía que esa escena se convertiría en una de las más polémicas de la película; no obstante, se hacía necesaria para comprender mejor la historia de la pareja, el amor que sintieron y los altibajos por los que tuvieron que pasar hasta su trágico final.

Todavía entre los brazos de él, Leslie se aferró a las solapas de su chaqueta y se inclinó hasta apoyar la mejilla en el pecho de Rhys. El actor lucía un traje oscuro con rayas blancas, a la moda de la década de los 50, varias tallas más grandes de lo debido. Mike Todd era un tipo corpulento, y a pesar de que Rhys lo superaba bastante en altura, no lo hacía en peso. Los rasgos del productor eran toscos y curtidos por la edad, por lo que Rhys había necesitado ayuda del equipo de caracterización y varias horas de trabajo para que le colocaran diversas prótesis de látex en el rostro hasta conseguir el parecido con Mike. Al principio a Leslie le costó hacerse a la idea de que la persona que tenía frente a ella era el mismo chico por el que estaba colada en el instituto, pero luego se metió tanto en el papel que ambos habían acabado mimetizados con sus personajes.

—Maldito seas tú —murmuró ella; su voz se oía ahogada contra la chaqueta de él—.

Maldito tú por decidir por mí. Maldito por robarme los hijos que no te daré. Maldito, maldito…

Con cada palabra, Leslie golpeaba el pecho de Rhys una y otra vez, perdiendo fuerza en cada nueva acometida. La rabia y el arrebato de

ira estaban dejando paso al dolor, a la amargura y también a la nostalgia de aquello que no sabía que no podrían tener.

—Puedo vivir sin ellos —musitó él, con los labios pegados a los cortos cabellos de la peluca oscura de Leslie—. Pero no puedo vivir sin ti. ¿No lo entiendes, nena? No hay nada más importante que tú para mí. Llámame egoísta si quieres. Soy capaz de soportarlo todo sabiendo que te tengo a mi lado.

Leslie se apartó lo suficiente para mirarlo. Tan solo la intensa mirada azul le recordaba que era Rhys el hombre que la abrazaba. Ella notaba los ojos irritados por el uso de las lentillas y las lágrimas derramadas. Sentía tan suyo el dolor de la diva de Hollywood que no necesitó que le aplicaran lágrimas artificiales durante el rodaje de la escena. Era

un milagro que recordase sus frases; estaba segura de que habría cometido algún fallo que otro, pero Miles, el director, había decidido continuar filmando. Eso debía de ser señal de que las cosas estaban saliendo tal y como él quería.

—Oh, Mike… Abrázame. Abrázame y no me sueltes hasta estar segura de que me quieres.

Él la estrechó con fuerza contra su pecho, besándola en la cabeza y acariciándole la espalda con las puntas de los dedos.

—Prométeme que nunca me abandonarás. Que siempre estaremos juntos.

Apartándola con suavidad, los dedos de Rhys le recogieron las lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Ni siquiera el mismo Dios podría separarnos —sentenció él en voz baja—. ¿Crees que podría permitirlo?

—Y… ¡corten! —gritó la voz de Miles Fletcher lo suficientemente alto para que el equipo entero comenzara a moverse por todas partes—. Habéis estado magníficos.

¡Inmejorables!

Leslie estaba aturdida cuando se separó de Rhys, y él debió de advertirlo, pues la sostuvo unos segundos después de haber terminado de filmar por temor a que volviera a desmayarse. Supo que Rhys la notaba temblar bajo los dedos, y, en honor a la verdad, que él debía de sentir algo similar. Acababan de rodar una escena muy intensa, al

fin y al cabo.

Cuando Miles se acercó hasta ellos, lo hizo con los brazos extendidos. Se le veía pletórico.

—Leslie, querida. Has estado brillante, sublime. —El director tomó a Leslie de las manos y se las besó con devoción—. Sabía que no me equivocaba contigo. ¡Qué espectáculo, querida! ¿No te parece, Rhys?

Él permanecía en silencio, contemplando a la menuda mujer que se secaba las lágrimas a su lado.

—Ha sido un privilegio rodar esta escena contigo —se limitó a decir en su habitual tono impersonal—. Enhorabuena, Leslie.

Leslie sintió que se ruborizaba. Salvo por la peluca y las lentillas violáceas, Leslie no llevaba más caracterización que el propio maquillaje, incluido el seductor lunar que la Taylor tenía en la mejilla derecha. La única prenda que cubría su menudo cuerpo era el albornoz blanco con el emblema del hotel. La sencilla prenda no hacía sino resaltar la fragilidad que Elizabeth, en la piel de Leslie, debió de sentir en aquel momento, convirtiendo a la diva en humana. Leslie estaba exhausta tras la explosión de emociones que habían nacido de lo más profundo de su ser, pero también se sentía orgullosa del trabajo realizado.

—Bien, no perdamos el tiempo con más cháchara —manifestó Miles al tiempo que daba una sonora palmada—. Id a prepararos, chicos. Me gustaría aprovechar lo que queda de luz natural para rodar la reconciliación. ¡Moveos, muchachos! ¡Recoged todo este lío!

La salita principal de la *suite* estaba hecha un desastre. En un arrebato de ira, Leslie, en el papel de Elizabeth, había arrojado al suelo varios objetos, todos ellos del material de *attrezzo,* hasta hacerlos añicos. En el contrato que la productora había firmado con la dirección del hotel, acordaron que cualquier daño que sufrieran las habitaciones a causa del rodaje sería costeado íntegramente por el equipo de la película, de modo que todo el mundo se movía con extremo cuidado por la estancia. Ahora, los ayudantes de dirección se afanaban en recoger los restos de un jarrón que ella había lanzado contra la cabeza de Rhys; por suerte, el cine había obrado su magia, y para evitar que ninguno de los actores sufriera ningún percance, la supuesta pieza de cerámica estaba hecha en realidad de caramelo.

Antes de que Leslie pudiera plantearle a Rhys la posibilidad de ensayar la siguiente secuencia, el actor ya se había dado media vuelta

y se disponía a irse sin tan siquiera felicitarla también por su actuación. Desde que cenaron en su habitación unas noches atrás no habían vuelto a coincidir más que durante el rodaje de las escenas que compartían. Era como si Rhys estuviera rehuyéndola, como si no tuviera más interés en pasar tiempo con ella que tan solo frente a las cámaras. Unas noches atrás, ella creyó atisbar por momentos al verdadero Rhys, ese que era capaz de bromear y sonreír en su presencia. Sin embargo, ahora se comportaba como si fueran unos completos desconocidos; no ensayaban juntos, no se veían durante los descansos y ni siquiera habían vuelto a hablar de Mike y Elizabeth. Eran simples compañeros de trabajo, pero Leslie tenía la sensación de que Rhys se avergonzaba de ella y que no quería que los viesen juntos en público.

Miles había dejado bien claro que no quería que el atardecer se les echase encima antes de rodar la siguiente escena. En ella, Liz y su marido aparecían acurrucados bajo las sábanas revueltas de la cama, conversando acerca del futuro, haciendo planes que

nunca llegarían a cumplir cuando la tragedia los azotara poco tiempo después. A Leslie le preocupaba rodar aquel momento en particular, no por el diálogo en sí, sino por la desnudez y la cercanía de sus cuerpos. Miles la había tranquilizado cuando ella le preguntó acerca de las escenas de sexo; el director no tenía interés en mostrar la vida sexual del matrimonio, pero sí su apasionada y compleja relación, así como el amor que los unió desde el principio. Sin embargo, era su cuerpo el que iba a estar en esa cama enredado al de Rhys. ¿Y si volvía a perder el conocimiento?

Mientras se preparaba con el equipo de maquillaje, pensó en si debía solicitar el asesoramiento del coordinador de intimidad, que era una mujer. A fin de cuentas, no se trataba más que de una conversación del matrimonio después de hacer el amor y ninguno de los dos estaría del todo desnudo; ella iría con unas braguitas y un sujetador de tipo corsé con un corte bonito, pero de un color tan neutro que hacía palidecer su piel, y Rhys no tendría puesta más que su ropa interior. Ella lo había visto en multitud de veces con un bañador diminuto durante las competiciones de natación, sin embargo, nunca se había abrazado a su cuerpo de hombre con tan poca ropa. Tenía que concentrarse en sus frases si no quería ponerse histérica antes de empezar a rodar. A fin de cuentas, Rhys no se estaba comportando de un modo demasiado amigable con ella; lo mejor sería desprenderse del enamoramiento adolescente que sintió por él cuando no era más que una niña y tratarlo con la misma indiferencia con la que él la trataba a ella.

Si tan solo fuera tan fácil…

—Mataría por un café ahora mismo —murmuró la peluquera mientras le atusaba los cortos mechones de la peluca, de manera que pareciera que acababa de revolcarse en la cama con su marido—. Estoy que me caigo de sueño.

—Si me dices dónde buscarlos, yo podría…

A su lado, la chica rompió a reír al tiempo que le daba un cálido apretón en el hombro.

—Leslie, ahora eres tú la estrella —le recordó la joven—. No es tu trabajo ir a buscar cafés a todo el mundo. Basta con que te relajes y nos lleves a todos a lo más alto con tu actuación.

A través del espejo, Leslie le sonrió. A menudo olvidaba que ya no trabajaba para Barbara y que no tenía por qué complacer los deseos de todo el mundo, olvidándose de los propios. Estaba acostumbrada a estar en un segundo plano, sin ni siquiera ser protagonista de su propia vida, y a ella le bastaba con eso. Había personas que estaban destinadas a destacar, pero Leslie no era una de ellas. Estaba bastante satisfecha con su

vida, y nunca pedía más de lo que creía que se merecía. El hecho de que fuera la protagonista de un proyecto cinematográfico iba más allá de lo que jamás pudo soñar.

—¿Lista? —le preguntó la peluquera una vez que hubo terminado con su labor.

Ella inspiró hondo, miró su reflejo en el espejo y sonrió.

Cuando regresó a la habitación, Rhys ya estaba allí, recibiendo las últimas indicaciones del director. Al igual que ella, se había puesto un albornoz que le iba un poco pequeño.

La mitad de sus piernas velludas estaba al descubierto, y Leslie se fijó en el movimiento inquieto de los dedos de los pies desnudos sobre el suelo enmoquetado. Por el modo en que se aferraba al cuello del albornoz se podía deducir que el actor tenía frío, pero… ¿y si en realidad estaba tan nervioso como ella? A fin de cuentas, fue Leslie quien se le declaró en el instituto. Era un poco raro meterse en la cama con él después de haber afirmado delante de todo el mundo que un día se casarían.

—Ah, ya estás aquí —celebró Miles al verla entrar en el set—. Bien, Leslie. ¿Estás preparada?

Ella asintió, atacada.

—Sí, señor.

—¡Estupendo! Rhys, quítate la ropa y entra en la cama. Leslie, tú ve detrás.

—¡¿Qué?!

No se había dado cuenta de que acababa de gritar hasta que todos se giraron para mirarla. ¿Qué quería decir Miles con eso de que se quitara la ropa? El aire volvió a entrar en sus pulmones cuando Rhys se quitó el albornoz y se quedó solamente con los bóxers negros.

Gracias a Dios, pensó Leslie. *No podría lidiar con un Rhys completamente desnudo*.

El chico que le asignaron como asistente la ayudó a quitarse la bata mientras que un par de miembros de maquillaje y peluquería le realizaban los últimos retoques. No quería mirar hacia la cama; no estaba preparada para ver a Rhys tumbado sobre las sábanas, esperándola. A pesar de tener puesta aún la ropa interior, Leslie se sentía del todo expuesta, por lo que cuando Miles dio la orden de que fuera con Rhys, ella prácticamente saltó sobre el colchón, y con ello le golpeó el costado con la rodilla.

—¡Ay! —se quejó él, llevándose la mano a la zona dolorida.

—Perdona. ¿Te he hecho daño?

Él gruñó como respuesta; después extendió el brazo para que ella pudiera tumbarse a su lado.

—Joder —siseó Rhys entre dientes cuando ella se acomodó contra él y apoyó la cabeza en su torso—. Tienes las manos heladas.

—Perdona —se disculpó de nuevo, sintiéndose estúpida cuando levantó los ojos hacia él y descubrió su mirada censuradora por continuar disculpándose—. Perdona.

Rhys puso los ojos en blanco y decidió dejarlo correr.

—Chicos, vamos a haceros unas cuantas fotografías antes de empezar —anunció Miles Fletcher—. Ya sabéis que la promoción es casi tan

importante como el rodaje. Leslie, coloca la mano sobre el pecho de Rhys. Así, sí. Separa un poco más los dedos, queremos que se vea el pezón masculino. ¡Perfecto!

Leslie iba poniéndose cada vez más nerviosa a medida que acataba las indicaciones de Miles. Al mover la mano, rozó sin querer la morena tetilla y escuchó a Rhys contener el aliento. Ella apretó los labios para evitar sonreír. Al parecer, era humano después de todo. Rhys tenía la piel caliente, y le sorprendió encontrar en sus duros músculos una almohada tan cómoda. Sin embargo, ya no tuvo control sobre su cuerpo cuando los dedos de Rhys comenzaron a acariciarle la espalda desnuda.

—Relájate, ¿quieres? —murmuró él, mirándola a los ojos mientras les tomaban fotografías—. No hay por qué estar tan nerviosa.

—No lo estoy.

Él la miró con una ceja arqueada.

—Tienes el pecho pegado a mi costado —le contestó él, muy cerca de su oído—. Siento tu corazón acelerado.

Ella ahogó un jadeo al oírlo. Era muy consciente de cada una de las partes del cuerpo de él, del modo en que sus piernas desnudas se entrelazaban con las de ella, de cómo la acariciaba desde el hombro hasta el brazo y de lo rápido que le latía el corazón. Pero no

se imaginaba que Rhys pudiera apreciar su pulso apresurado. Leslie debía de ser para él como un libro abierto, y eso era un problema, pues podía usarlo en su contra.

—Apuesto a que nos has imaginado así en el pasado montones de veces.

La voz susurrada de él le puso de gallina la piel y consiguió que se le marcaran los pezones bajo las copas del sujetador. Solo le faltaba que él también los notara.

Mortificada, tuvo que esconder la cara en el hueco que quedaba entre el hombro y el cuello de Rhys y se sorprendió jadeando como una colegiala. No sabía si él le estaba tomando el pelo o simplemente lo hacía por fastidiarla; fuera como fuere, había conseguido ambas cosas. Pero Leslie no era ninguna mentirosa, y, en honor a la verdad, debía admitir que sí, que se había imaginado haciendo el amor con él incontables veces, sobre todo durante su adolescencia cuando era todo

hormonas revueltas. Que él se lo recordara no hacía más que acrecentar su bochorno y, tenía que reconocerlo, también su excitación. El cuerpo de Rhys era perfecto para el pecado. Proporcionado de pies a cabeza, trabajado en aquellas zonas más apetecibles, con una incipiente tableta de chocolate que se encogía ligeramente cada vez que Leslie le pasaba los dedos por encima. Sin embargo, él no mostraba signo alguno de que su contacto lo estuviera torturando. Seguro que para Rhys era algo normal y que tenerla a su lado no suponía más que un fastidio. A fin de cuentas, estaba acostumbrado a compartir escenas íntimas con grandes actrices, mucho más sexis y atractivas que ella. Lo curioso era que nunca nadie lo había relacionado con ninguna actriz. En realidad, no se le conocía pareja alguna.

Cuando Rhys Hudson aterrizó en el panorama cinematográfico se convirtió desde el primer momento en el foco de atención de la prensa, especialmente en el de la rosa.

Todo el mundo quería saber si estaba soltero, quiénes habían sido las mujeres de su vida, si su corazón estaba ocupado… Los *paparazzi* lo seguían adondequiera que fuese; en las entrevistas, los periodistas trataban de sonsacarle algún tipo de información sobre su vida amorosa y, sin embargo, él mantenía la callada por respuesta. Era un hombre tan hermético, tan cerrado en sí mismo que no consentía que nadie se inmiscuyera en su vida. A no ser que…

Una idea cruzó por la mente de Leslie y permaneció allí incluso cuando Miles ordenó que comenzaran a rodar. A pesar de que dijo e hizo lo que le habían indicado que hiciera, la cabeza de Leslie era incapaz de dejar de pensar en aquello que le inquietaba.

Ni siquiera pudo recrearse en la increíble sensación de sentir los labios de Rhys besándole la piel del cuello cuando Mike, su personaje, se puso cariñoso con ella y empezó su galanteo para ganarse un segundo asalto sobre las sábanas. Había una cosa a

la que no paraba de darle vueltas, y necesitaba una respuesta si quería ser capaz de mantener una relación con Rhys en lo que quedaba de rodaje.

Cuando el director dio por buena la última toma, el equipo de filmación se dispuso a recoger el set hasta el siguiente día. Todo el mundo parecía tener prisa por finalizar la larga jornada de trabajo para relajarse. Miles, una vez más, los felicitó por su actuación y por la química que transmitían en pantalla. Estaba seguro, les dijo, de que serían la sensación de la temporada en cuanto estrenasen su capítulo. A menudo Leslie olvidaba que, a pesar de estar trabajando en un formato cinematográfico, el proyecto final era una serie de siete capítulos, uno por cada marido de Liz Taylor. Sin embargo, la duración de cada uno de esos capítulos equivalía a la de una película completa.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le espetó Rhys, moviéndose sobre el colchón.

Leslie todavía permanecía tumbada a su lado, con una pierna por encima de la cadera de él y el brazo rodeándole la cintura. Estaba tan abstraída que ni siquiera se había dado cuenta de que Rhys esperaba a que ella se levantara para que pudiera hacerlo él.

—Nada —contestó ella, sentándose en la cama.

Él la imitó; al incorporarse, los músculos de los abdominales se tensaron, lo que provocó que la mirada de Leslie le recorriera el torso desnudo.

—Y un cuerno. Estabas ausente.

—He dicho todas mis frases y Miles nos ha felicitado. ¿Qué más quieres?

—Que te entregues al cien por cien —replicó Rhys, molesto—. Te he mordido tras la oreja para provocarte. Creía que te pondrías tan nerviosa que volverías a desmayarte, pero veo que ni siquiera lo has notado.

Nerviosa, Leslie se llevó la mano a la zona que él acababa de mencionar y la notó ligeramente húmeda a causa de las atenciones recibidas por parte de Rhys. Se odió un poquito por haberse perdido uno de los momentos más memorables de su vida, aunque en ese momento no podía pararse a pensar en ello. Necesitaba saber la verdad antes de volverse loca.

—¿Qué te pasa? —repitió él.

Ella suspiró y se cubrió el pecho con la sábana que sujetaba entre los dedos.

—Quiero hacerte una pregunta, y necesito que me prometas que no te vas a enfadar.

A su lado, Rhys resopló. En lugar de contestarle, se levantó de la cama y se puso el albornoz que su ayudante le tendía. Había demasiado bullicio a su alrededor como para mantener una conversación seria, de modo que Leslie lo imitó y lo siguió por el pasillo que conducía al balcón en busca de un poco de privacidad. En el exterior, el cielo nocturno cubría toda la ciudad y, a lo lejos, la grandiosa Acrópolis iluminada otorgaba cierto romanticismo a la estampa.

—¿De qué se trata? —le preguntó él, apoyando una mano en la pared, por encima de la cabeza de Leslie.

Ella se arrebujó en su albornoz y reculó un par de pasos hasta que su espalda chocó contra el frío cristal de la puerta de la terraza.

—Primero necesito que me prometas que no te vas a enfadar.

—Leslie…

—De acuerdo. —Suspiró, bajó la cabeza y se concentró en el frío de las baldosas bajo sus pies desnudos—. Es que a veces me desconciertas y no sé si es culpa mía o…

—¿O qué, Leslie?

—Antes, cuando estábamos en la cama, he notado que estabas… incómodo.

Él se tensó y la miró serio. Estaban tan cerca que cuando el viento movía los cabellos de ella quedaban enganchados en la incipiente barba de él.

—No estaba incómodo. ¿Por qué lo preguntas?

Ella contuvo el aliento antes de responder. *Es ahora o nunca,* se dijo.

—Rhys, ¿eres…? —Tragó saliva y se obligó a respirar hondo cuando el mareo amenazó con apoderarse de ella—. ¿Eres gay?

En el instante en que las palabras salieron de su boca, Leslie pudo ver cómo Rhys abría los ojos con desmesura a la vez que fruncía el ceño. Era como si acabaran de golpearlo en el estómago y le hubieran robado el aire de los pulmones. Parecía realmente ofendido y, lo que era peor, colérico.

—¿Qué te hace pensar que soy gay? ¿De dónde te sacas semejante idea?

—No pasa nada si lo eres. Es solo que…

—¡Por supuesto que no pasaría nada! —le aseguró él, fuera de sí—. Pero resulta que no lo soy, Leslie. ¿A qué demonios viene esto?

—No lo sé —se defendió ella, cada vez más nerviosa. Su cercanía hacía que a Leslie le resultara difícil respirar—. Antes, en la cama, te he rozado varias veces sin querer por debajo de las sábanas y ni siquiera me has mirado. Eres tan… frío… Y yo estaba tan nerviosa que pensaba que tú te sentirías igual que yo.

—¿De verdad tienes tan poca experiencia con los hombres? Confundes frialdad con autocontrol, Leslie. Y te recuerdo que había media docena de cámaras grabándonos.

Ella no paraba de mover las manos; sentía las mejillas a punto de arder y quería salir corriendo. Se sentía atrapada por el cuerpo de Rhys y por su ardiente e intensa mirada.

—Nadie te ha visto con una mujer en todos estos años —se defendió ella a media voz—.

Yo solo… —suspiró una vez más, encogiéndose de hombros—. Solo quería saber…

Leslie vio cómo su pecho se expandía al respirar hondo mientras que

sus brazos caían lánguidos a ambos lados de su cuerpo. No sabía si estaba enfadado o si había acabado por agotar su paciencia. Tal vez incluso pidiera a Miles que la sustituyera por incompatibilidad de caracteres. Si eso pasaba, la culpa era del todo suya por no saber mantener la boca cerrada.

Para su sorpresa, Rhys le sujetó el rostro con ambas manos, acariciándole las mejillas con los pulgares al tiempo que la miraba intensamente a los ojos. Antes de que pudiera decir nada más, los labios de Rhys se apoderaron con fuerza de los suyos, en un beso intenso y firme que le robó el aliento e hizo que le temblaran las mejillas.

Leslie no podía pensar ni tampoco moverse; tan solo acertó a aferrarse a la espalda de él mientras que Rhys le rodeaba la cintura con un brazo y la pegaba a su cuerpo. A pesar de la gruesa tela de sus albornoces, Leslie notó la ferocidad de su contacto y percibió las caderas de él contra su vientre. La lengua de Rhys se abrió paso en el interior de su boca hasta arrancarle a Leslie un gemido gutural que salió de lo más profundo de su garganta. No se trataba de un ensayo, ni tampoco se encontraban rodando bajo las órdenes de Miles. Aquello estaba sucediendo de verdad. Rhys Hudson la estaba besando y, además, ponía todo su empeño en ello.

Justo cuando Leslie estaba a punto de dejarse llevar, Rhys la soltó de improviso, y tuvo que sujetarla al ver que ella se tambaleaba.

—¿Responde esto a tu pregunta?

Leslie tan solo pudo parpadear. Estaba mareada y jadeante y sentía el cuerpo en llamas.

Si él hubiera querido, estaba segura de que habría hecho cuanto él le pidiera. ¡Malditos fueran Rhys Hudson, sus besos y su increíble boca!

Humedeciéndose los labios, asintió débilmente. Era todo cuanto se veía capaz de hacer por el momento.

—Bien.

Dicho lo cual, Rhys regresó a la habitación, mientras Leslie se quedaba en la terraza sola y confundida.

¿Qué demonios iba a hacer ahora?

10 – EXT. CUBIERTA DEL BUQUE BLUE STAR – DÍA.

LESLIE, apoyada en la baranda del ferry que los lleva a la isla de Mykonos, está a punto de vomitar sobre las aguas del Mar Egeo.

Nunca antes en su vida había viajado en un barco, y después de esa experiencia Leslie dudaba de que jamás volviese a subirse a uno. El sol del mediodía brillaba con fuerza sobre su cabeza, en mitad del cielo sin una sola nube que cubría el mar Egeo. A su alrededor solo se veía la inmensidad azul, sin que se atisbara siquiera una pequeña porción de tierra, y Leslie creía estar a dos balanceos de echar hasta la primera papilla.

Cuando todo el equipo embarcó en el ferry que los conduciría desde el puerto de El Pireo, en Atenas, hasta la isla de Mykonos para continuar con el viaje, Leslie se sentía emocionada. La idea de recorrer una parte de las islas griegas y experimentar la sensación de flotar sobre el mar le ilusionaba como a una niña pequeña. Cuando era más joven, soñaba con realizar un crucero con su madre por aguas del Mediterráneo.

Sus padres tenían varios amigos en Maryland que habían ido de vacaciones por Europa, y algunos de ellos contaban maravillas sobre su viaje en barco. Bordear Italia, fondear en Santorini y desembarcar en míticos lugares era algo que siempre había tenido pendiente en su lista de tareas por hacer antes de morir. Sin embargo, ahora comprendía que su estómago no estaba hecho para navegar.

Se pasó el rato tan distraída recorriendo los largos pasillos del ferry que no se percató de que el barco comenzaba a moverse. No se trataba de un trasatlántico, pero el buque era lo suficientemente grande como para albergar a más de mil pasajeros y disponía de cafetería, sala de juegos, restaurante y hasta camarotes. A Leslie le recordó a una pequeña ciudad flotante, y quedó maravillada por lo inusual de la experiencia. No todos los días una chica de un pueblecito de Maryland viajaba en barco por las islas griegas. Se sentía como Christina Onassis, aunque ella seguro que utilizaba el exclusivo yate de su padre para desplazarse de un lado a otro.

No obstante, a medida que el ferry avanzaba mar adentro, el malestar de Leslie aumentó a su vez, tiñendo su piel de una palidez casi cenicienta. Todo le daba vueltas alrededor, y ya no identificaba qué se movía con el vaivén de la nave y qué era causa de su indisposición. Milos, su joven ayudante, le aconsejó que saliera a cubierta para que la brisa marina la hiciera sentir mejor.

—Cuantos menos objetos y ruido tenga alrededor, mejor —le aseguró él—. ¿Necesita que la acompañe, señorita Prescott?

Leslie negó con la cabeza. Bastante mal lo estaba pasando como para tener que preocuparse por perder el conocimiento una vez más y dar el espectáculo delante de todos. A pesar de que había insistido multitud de veces en que la llamara por su nombre de pila, Milos era demasiado respetuoso como para permitirse tutearla. El chico se tomaba muy en serio su trabajo y sabía cuál era su lugar. Leslie se sentía mal por él, pues nunca necesitaba nada ni le exigía ninguna excentricidad a Milos. Comprendía que el joven tan solo estaba haciendo su trabajo, pero Leslie no veía cómo podía hacer para ayudarlo. Parecerse a Barbara quedaba totalmente descartado: jamás se rebajaría a comportarse como la víbora albina.

Al recordar el apodo que su amiga le había puesto a su antigua jefa, Leslie probó a llamar a Jenny por teléfono desde la cubierta del barco. Sin embargo, no tuvo suerte. No había ni rastro de cobertura en aquel punto del mar Egeo, de modo que tuvo que renunciar a la posibilidad de que alguien la entretuviera. Desde que había hablado con Jenny y Bruno aquella noche antes de que apareciera Rhys para invitarla a cenar en su habitación, no había vuelto a saber de sus amigos, y no por falta de empeño. Desde entonces, cada día intentaba ponerse en contacto con ellos, pero sin éxito. Daba la sensación de que la estaban rehuyendo, algo improbable, puesto que no existía sobre la faz de la tierra dos personas más cotillas que Bruno y Jenny, y Leslie sabía que ambos se morían por conocer cómo había ido su noche con Rhys. Además, ella necesitaba desahogarse con sus amigos. Todavía no había sido capaz de procesar el beso que Rhys le había dado un par de noches atrás.

Después de rodar la última escena con ellos dos en la cama, Miles les había dado un día libre para que pudieran disfrutar del encanto de Atenas, y Leslie no tuvo ocasión de volver a ver a Rhys hasta esa mañana, cuando se reencontraron en la recepción del hotel antes de marcharse en dirección al puerto. Se limitó a darle los buenos días antes de ponerse las gafas de sol y subir a la furgoneta negra que los esperaba; tras eso, había vuelto a perderlo en el interior del barco. Leslie tenía la impresión de que la estaba evitando. Ella necesitaba respuestas. Si pensaba demasiado en ese beso, su indisposición no hacía más que incrementar varios niveles. ¿Con qué motivo la habría besado? ¿Y por qué Leslie tenía la sensación de que él lo había disfrutado? No era ni mucho menos su primer beso, pero Leslie así lo sentía. Tantos años soñando con aquel chico, que ahora era un hombre, que le costaba creer que aquello hubiese sucedido finalmente.

Ni en sus sueños más locos había imaginado que algún día viviría algo similar.

Al pensar en Rhys, en sus manos apretándola contra su cuerpo y su boca exigente pidiéndole más, acariciando su interior con la lengua, el estómago de Leslie se rebeló como protesta, aunque no estaba muy segura de si era más bien a causa del vaivén agitado del barco surcando las aguas del mar. Un sudor frío le recorrió la espalda, hasta empaparle el pelo y hacerla palidecer.

Definitivamente, iba a vomitar.

—Eh, eh… —Leslie notó cómo unos fuertes brazos la sujetaban con firmeza de la cintura—. Te tengo. Ven, vamos a sentarnos.

Sus pies se arrastraron sobre el húmedo suelo mientras se dejaba conducir hasta el banco más cercano. Le costaba enfocar la vista, y lo único para lo que le quedaban fuerzas era para tragar saliva una y otra vez. Rhys la acomodó contra su costado, rodeándole los hombros con un brazo de forma protectora. Escuchó el ruido del plástico de un paquetito al abrirse, pero Leslie no se veía capaz de abrir los ojos.

—Cómete esto.

Ella arrugó el entrecejo y negó con la cabeza.

—Vamos, abre la boca —insistió él—. Hará que te sientas mejor.

—¿Qué es?

—Chocolate. —Al ver que Leslie continuaba rechazando el dulce, Rhys probó a acercárselo a los labios para tentarla—. Recuerdo una vez, hace bastante tiempo, en la que fuiste tú quien me ofreció una chocolatina en la trastienda de mi padrastro. Nunca te lo dije, pero aquello fue lo mejor que me había pasado desde que mi madre y yo nos habíamos mudado a Estados Unidos.

Leslie abrió los ojos lentamente justo para ver cómo Rhys se quitaba las gafas de sol de estilo aviador que llevaba para poder mirarla. El corazón parecía haberle dado el relevo a su estómago, hasta entonces revuelto, y comenzó a latirle desbocado. Escuchar a Rhys mencionar aquel primer encuentro que tuvieron siendo niños la llenaba de una tonta ilusión. Además, la estaba tratando con tanto cariño que su mera voz susurrada bastaba para hacerla sentir mejor.

—Lo recuerdas —murmuró ella, incapaz de apartar su mirada de la de

él.

Él asintió una única vez.

—Nunca dije que te hubiera olvidado. Abre la boca, por favor.

Despacio, Leslie se obligó a separar los labios para permitir que él le pusiera un trocito de chocolate entre los dientes. La cremosidad del dulce inundó sus sentidos, y, por primera vez desde que había puesto un pie en el ferry, se relajó lo suficiente como para volver a respirar por la nariz. Con un sonoro suspiro, Leslie se apoyó sobre el cuerpo de Rhys, que todavía la mantenía sujeta contra él.

—No creía que te acordaras. Apenas éramos unos críos.

Ella lo sintió reír contra su pelo.

—Siento haberme comportado como un troglodita. Creo que entonces ni siquiera hablamos.

—Pero me sonreíste. —Leslie se incorporó para contemplar mejor su atractivo rostro.

Rhys se entretuvo jugueteando con un mechón de su corta melena entre los dedos. Ese día iba con una camisa vaquera con varios botones abiertos que mostraban una porción de su torso, apenas sin vello. Leslie podía apreciar la cadena que colgaba de su cuello, y sintió deseos de extender la mano para acariciar la piel sedosa y caliente de su pecho. El aire mecía sus cabellos dorados por el sol y los ojos le brillaban reflejando el color celeste del cielo sobre las aguas del mar.

—¿Te encuentras mejor?

Humedeciéndose los labios para paladear la deliciosa chocolatina, Leslie dijo que sí con la cabeza y se fijó en la mirada de Rhys clavada en su boca, trazando el camino húmedo que dejaba la punta de su lengua sobre la tierna carne.

La piel le ardía y no a consecuencia del todavía cálido sol otoñal que incidía directo sobre el Egeo. La proximidad del cuerpo de Rhys, la intensidad con que la observaba, su extraño comportamiento —cercano a veces, distante la mayoría del tiempo—, todo ello la contrariaba. Era inútil negar la atracción que sentía hacia Rhys; sin embargo, Leslie se preguntaba qué parte de esa atracción era cierta y qué provenía tan solo de un amor de juventud que ni siquiera fue correspondido.

—Leslie, sobre lo que pasó la otra noche quería decirte que yo…

—Me confundes —lo interrumpió ella, permitiéndose ser sincera por primera vez en su presencia. Sintiendo que el malestar iba remitiendo, se apartó de Rhys e interpuso algo

de distancia entre ambos—. Ya no sé qué forma parte del pasado, qué es real y qué no.

Ni siquiera sé si he hecho bien aceptando el papel. Rhys, tú necesitas a alguien que esté a tu altura, y yo solo atraigo problemas a tu alrededor.

Él extendió el brazo y le sujetó la barbilla para que ella no pudiera interrumpir el contacto visual.

—Eso no es verdad. Lo estás haciendo bien, Leslie. —Le sonrió—. Sobre todo, cuando no pierdes el conocimiento.

Ella le apartó la mano, molesta.

—Hablo en serio, Rhys.

—Y yo también.

—Es que no sé cómo comportarme contigo —se desahogó ella, con los brazos colgando sin fuerzas a ambos lados de su cuerpo. Estaba cansada de andar con pies de plomo en lo que a Rhys se refería. Ya era hora de que pusieran las cartas sobre la mesa—. Te muestras cercano conmigo cuando estamos solos, pero después eres frío y distante como el hielo. Es como tener que lidiar con el doctor Jekyll y el señor Hyde al mismo tiempo. Resulta de lo más agotador.

Él soltó un gruñido y resopló, lo que provocó que los mechones que le caían sobre los ojos se movieran, rebeldes.

—Es por mi mal genio galés —se justificó él—. Sé que no es una excusa. Se supone que soy un adulto capaz de controlar sus emociones, pero cuando estoy contigo, yo…

—Tú ¿qué?

—Me desconciertas. Cuando la luz incide así sobre tus ojos, parecen del color del caramelo.

Ella levantó las cejas en un gesto que a todas luces reflejaba sorpresa. Rhys debía de estar tomándole el pelo, pues era imposible que un

hombre tan famoso, importante e influyente se viera intimidado por una chica como ella, una absoluta doña nadie.

—¿Yo te desconcierto? —cuestionó, incrédula—. ¿Y se puede saber de qué manera? ¡Por Dios! Si hasta tartamudeo cuando intento darte los buenos días…

—¡Pues precisamente por eso! —explotó Rhys.

Ambos miraron a su alrededor, pero, salvo por las gaviotas curiosas que los sobrevolaban, nadie pareció reparar en su acalorado intercambio de palabras. Leslie se preguntó si tal vez Rhys se había aproximado a ella porque ningún miembro del equipo se hallaba lo suficientemente cerca como para que pudieran verlos juntos detrás de las cámaras. Por lo visto, Rhys solo acudía a ella cuando estaban a solas.

—Cuando me miras, tengo la sensación de volver a ser el crío inexperto que todavía trabaja en la gasolinera del pueblo para evitar tener que hacerlo en la ferretería de su padrastro —le explicó Rhys en voz baja—. La mayoría de la gente con la que me relaciono me trata como si fuera una especie de dios en el olimpo de las estrellas. Todos creen que, si me agasajan lo suficiente, podrán conseguir algo de mí. Pero tú no. —La miró directamente a los ojos—. Contigo vuelvo a ser solo Rhys y… —suspiró— me siento inseguro.

Ella se quedó sin habla. Nunca lo había visto bajo ese prisma, pero tenía todo el sentido del mundo. Detrás de todo ser humano siempre existe una infinidad de sombras que empañan hasta el momento de felicidad más sincero, ella lo sabía bien. Durante la época más oscura de su vida, Leslie ni siquiera encontraba fuerzas para levantarse de la cama a pesar de saber que fuera lucía un sol brillante que le ofrecía promesas de un futuro mejor. Con el tiempo y la ayuda de su familia y amigos, consiguió salir adelante. Sin embargo, Rhys estaba solo en un mundo en el que todo era falso. No imaginó que Rhys pudiera sentirse de ese modo, mucho menos que ella fuese la causante de esa sensación.

Respirando hondo, se armó de valor para extender una mano y acunar en ella la mejilla de Rhys. La incipiente barba le hacía cosquillas en la palma, y cuando él se giró para mirarla, Leslie percibió el mismo nerviosismo que ella experimentaba ante él desde que no era más que una chiquilla.

—Lo comprendo —murmuró ella, sonriéndole para transmitirle

confianza—. Me he pasado años sintiéndome del mismo modo. Desde que nos cruzábamos por los pasillos del instituto y tú me ignorabas.

Al escucharla, él no pudo más que reír.

—¿En serio?

Leslie asintió, recolocándose a su lado en el incómodo banco.

—Ya lo creo que sí. Y lo peor era cuando me mirabas. ¡Dios mío! Casi me daba un infarto en esos momentos.

La carcajada de Rhys resonó por toda la cubierta, y Leslie notó que su corazón se saltaba varios latidos para después reanudar su marcha con renovada intensidad. Era la primera vez que lo escuchaba reír de verdad, que lo veía tan distendido . *Este es el verdadero Rhys,* pensó Leslie, y se preguntó cuánto tiempo haría desde que había mostrado a alguien su verdadero ser.

—¿Y qué me dices de cuando te me declaraste delante de todo el pabellón de natación?

—¡Oh, por favor! —Leslie se llevó las manos a la cara en un gesto de lo más teatral. Su única intención era conseguir que Rhys siguiera sonriendo—. El momento más bochornoso de toda mi existencia.

—Creía que ese era cuando perdiste el conocimiento durante el estreno de *Romeo y Julieta,* justo después de que te besara.

—El segundo momento más bochornoso de toda mi vida. Al menos, ahí no fui consciente de lo que pasaba a mi alrededor.

Era agradable bromear con Rhys como si fueran dos antiguos amigos. Él se tronchaba de risa y ella notaba un cosquilleo agradable en el estómago al saberlo tan feliz y relajado. *Ojalá siempre hubiera sido así,* se dijo. Tal vez, en un mundo diferente, habrían sido lo suficientemente buenos el uno para el otro.

—Gracias —musitó él un poco después—. No sabía cuánto necesitaba esto.

Ella ladeó la cabeza y lo contempló con una ceja arqueada.

—¿El qué?

—Volver a sentirme normal.

Aquello derritió el corazón de Leslie. ¿Cuánto tiempo habría estado conteniéndose?

¿Desde cuándo se sentía así de solo? Rhys siempre había sido un chico solitario y distante; incluso a pesar de que fue el chico más popular del instituto y de que siempre lo rodeaban decenas de personas, él nunca mostraba cercanía con ninguno de ellos.

Leslie quería descubrir todos sus secretos, llegar hasta el fondo de su ser y comprender sus más profundos anhelos. Quería conocerlo. Quería ser su amiga y, tal vez después…

«¡Nada de eso!», le reprendió la molesta vocecita en el interior de su cabeza. Debía

controlarse si no quería salir mal parada. Era consciente de que a lo máximo que podía aspirar con Rhys era a su amistad y de que su momento ya había pasado.

Antes de que pudiera pensar qué decirle, el móvil de Rhys comenzó a vibrar, terminando así con el íntimo momento que habían compartido. Cuando él sacó el teléfono del bolsillo de sus pantalones y comprobó la pantalla, Leslie fue testigo de cómo le cambiaba el rictus, pasando a uno mucho más serio. *Se ha vuelto a poner la máscara,* pensó. *Si solo pudiera verse a sí mismo como yo lo hago, puede que algún día consiga ser del todo feliz.*

—Tengo que contestar. —Ella asintió, intentando que no se le notara la desilusión.

Quería que Rhys se quedara con ella—. ¿Seguro que te encuentras mejor?

Leslie le sonrió. Se preocupaba por ella, y con eso le bastaba.

—Estoy bien —le aseguró—. Vamos, vete.

Leslie observó cómo se alejaba su ancha espalda de nadador y lo echó de menos de inmediato. Sin embargo, él no fue muy lejos antes de girarse hacia ella.

—¿Te veré más tarde?

Ella se irguió, ladeó la cabeza y arrugó la nariz.

—Siempre que quieras.

Su respuesta pareció llenar de esperanza y buen humor a Rhys, y ella vio cómo su pecho se liberaba del aire que había contenido mientras aguardaba a que ella le contestara. Tal vez aquella conversación supusiera el inicio de algo bonito y pudieran acercarse de un modo en que no lo hicieron cuando eran más jóvenes. No habían hablado del beso, pero Leslie tampoco se arrepentía de ello. Si Rhys la besó, había sido claramente por un simple calentón. Más le valía no empezar a hacerse ilusiones con él otra vez.

Cuando el ferry atracó en el Puerto Nuevo de Mykonos era casi mediodía y el lugar bullía de ajetreo. Los turistas se arremolinaban por doquier, impidiendo el desembarco de los pasajeros. El equipo tuvo dificultades a la hora de bajar del barco, y cuando los grandes baúles que contenían las cámaras lograron descender por la larga rampa, todos tuvieron que echar una mano para evitar que las ruedas se atascaran en el suelo de piedra. A esa hora del día, la isla se encontraba en su cénit de actividad, pero a pesar de ello, Leslie quedó cautivada por lo pintoresco del lugar. Mirara por donde mirase no

veía más que casitas encaladas con los techos y las ventanas de un precioso color azul que se extendían hasta donde le alcanzaba la vista.

Mientras esperaban a los coches que los llevarían al hotel, Leslie se sorprendió al ver una pequeña capilla ortodoxa de cúpula azul situada al borde del mar, justo junto al muelle y a las lonjas donde los pescadores locales vendían su género fresco. Estaba tan absorta por el encanto de la localidad que casi tropezó con un enorme cabo con los que ataban los barcos para mantenerlos a flote cuando escuchó el ruidoso graznido de un enorme pelícano que se paseaba junto a la iglesia.

—¡Es Petros! —oyó que gritaba uno de los turistas que estaban a su alrededor—. El famoso pelícano de la isla. Algunos dicen que el Petros original murió hace años.

Resultaba increíble el modo en que los lugareños se preocupaban por mantener el encanto de Mykonos para atraer la atención del público. La gente tiende a olvidar que los lugares a los que viajan pertenecen a sus habitantes, no a los visitantes. Leslie era de la opinión de que nunca se conoce del todo un sitio hasta que no se vive en él durante un período considerable de tiempo, y la verdad era que a ella no le habría importado instalarse en Mykonos de forma indefinida. Se prometió que, en cuanto llegase al hotel, lo dejaría todo para perderse entre sus calles estrechas y empinadas y que se aplicaría en descubrir tantos secretos como fuera posible en las pocas horas de libertad de

las que disponía. No estarían en la isla más de un par de días antes de regresar a Estados Unidos para reanudar el rodaje en el plató, pero ella pensaba aprovecharlos.

Una hilera de furgonetas negras hizo sonar el claxon una tras una para abrirse paso entre el gentío congregado en la zona del puerto, y Leslie lamentó tener que marcharse.

De camino a la zona sur de la isla, se maravilló con el encanto local y contempló cómo era la verdadera vida de la población de Mykonos. «Tranquilidad» y «sencillez» fueron las palabras que acudieron a su mente, justo lo contrario a lo que ella estaba acostumbrada a tener en Los Ángeles. Si se lo proponía, era capaz de imaginarse viviendo allí durante los últimos años de su vida; una especie de retiro espiritual para escapar del ajetreo de la ciudad y la monotonía de la rutina.

Las carreteras eran angostas y empinadas a medida que subían por la colina y estaban flanqueadas por unos muretes de piedra a ambos lados del camino. Cuando alcanzaron el punto más alto, Leslie sacó cuanto pudo la cabeza por la ventana para observar la belleza del paisaje que Mykonos le ofrecía. Veía el puerto, las características casas a veces dispuestas sin ningún tipo de orden ni concierto en el terreno, e incluso los históricos molinos de viento situados en un promontorio de tierra junto al mar. La

hermosa estampa cortaba la respiración. Grecia tenía algo que cautivaba, y la serenidad que transmitían sus islas te atrapaba al instante.

Según la informó Milos, su ayudante, el hotel en el que se alojaban en esa ocasión, el Casa Grande, se hallaba a tan solo cinco minutos de la playa de Platis Gialos y era uno de los rincones más exclusivos y solicitados de todo Mykonos. El singular alojamiento destacaba por su sencillez, sin perder la elegancia. En comparación con el hotel de Atenas, este era mucho más pequeño y acogedor, y otorgaba la oportunidad de experimentar una auténtica inmersión en las costumbres y modo de vida griegos. A Leslie le encantaron las sillas colgantes de jardín dispuestas junto al edificio principal que albergaba la recepción. Los parterres de flores estaban bien cuidados a pesar de la época del año en la que estaban, y de ellos brotaban pequeños esquejes que prometían una profusión de colores durante la siguiente primavera. Al doblar la esquina, se topó con una hilera de modestos edificios en los que se encontraban las habitaciones. La suya tenía vistas a la piscina, y si se ponía de puntillas, era capaz de ver a los turistas tostándose en la playa bajo el sol.

Era impensable que se quedara encerrada en el dormitorio ensayando sus frases en lugar de estar recorriendo la isla.

—Voy a salir un rato, Milos —informó a su ayudante mientras este hacía malabares con su maleta al tiempo que ojeaba la agenda del día en su teléfono—. Prométeme que no desharás mi equipaje.

—Pero señorita Prescott, yo podría…

Leslie levantó un dedo a modo de advertencia.

—Tu trabajo es ayudarme con la película, no hacerme de esclavo. Sal por ahí y pásatelo bien. Te doy mi palabra de que no llegaré tarde.

Le gustaba imaginarse a sí misma como Tess McGill, el personaje de Melanie Griffith en la película *Armas de mujer,* cuando, al final, descubre que le han dado un puesto importante y no solo no tendrá que ser nunca más la secretaria de alguien, sino que ahora ella tiene la suya propia, a la que trata como a una igual. Ella no quería ser como Barbara Williams; Milos era un buen chico recién salido de la universidad que estaba intentando hacerse un hueco en el mundo del cine: no sería ella quien le pusiera la zancadilla y, desde luego, no lo utilizaría como había hecho Barbara con ella durante dos largos años.

Mientras bajaba la empinada pendiente hasta la playa, Leslie decidió descalzarse para sentirse en comunión con el lugar. A pesar de que la temporada alta del verano ya había pasado, todavía había algunos turistas que disfrutaban de las cálidas temperaturas, tostándose al sol como si fueran arenques a la parrilla. Algunos de ellos mostraban enormes manchas rojizas por todo el cuerpo; al verlos, Leslie hizo una mueca de dolor.

Desde luego no los envidiaba cuando volvieran a sus hoteles para darse una ducha.

La zona de Platis Gialos era más una estrecha cala que una playa. Apenas tenía unos metros de arena entre las casas a pie de costa y el mar. Sus aguas eran las más transparentes que Leslie hubiese contemplado nunca. Diferentes a las del Caribe, pero con tanto o más encanto que estas últimas. Cuando sus pies entraron en contacto con el agua, Leslie encogió los dedos por la impresión; no estaba helada, pero tampoco muy cálida, y ella sonrió, encantada. El viento, el murmullo de las aguas al mecerse, los gritos de las gentes en un idioma que no entendía… Todo la hacía sentirse viva, por primera vez orgullosa de quién era y hasta dónde había llegado.

Perdió la noción del tiempo a medida que recorría las pintorescas calles de Mykonos. Se emocionó al visitar la zona de Little Venice, con sus balcones colgantes sobre el mar y el estilo de los edificios que recordaban a los de la ciudad italiana, y jugó con los gatitos callejeros con los que se encontraba en cada rincón. Una de las ventajas de no ser una actriz de verdad era que nadie la reconocía, por lo que cuando una pareja de británicos, al verla sola, se ofreció a llevarla al otro lado de la isla para que pudiera continuar explorando el lugar, Leslie no dudó en aceptar. Quería ver lo máximo posible de Mykonos antes de que se hiciera de noche. La estrechez de sus calles le fascinaba; era como viajar a otro mundo, como adentrarse en un cuento. Se dijo que viajar era una de las experiencias más reveladoras e increíbles del hombre y deseó que cada persona tuviera la posibilidad, al menos una vez en la vida, de descubrir nuevos mundos.

Cerca del puerto, Leslie se compró una enorme pamela blanca con la que posar en las fotografías que le hacían sus nuevos amigos. Deseó que Jenny y Bruno estuvieran allí con ella para reírse con las excentricidades que a buen seguro cometerían los dos.

El sol estaba a punto de ponerse en el horizonte y, cuando quiso darse cuenta, Leslie se vio sola y perdida en la zona norte de la isla. Los turistas empezaban a ocupar las mesas de las terrazas y restaurantes a su alrededor, y entonces Leslie reparó en que no probaba bocado desde la chocolatina que Rhys le había dado cuando todavía estaban en el ferry. El estómago amenazaba con comenzar a rugirle como un león hambriento de un momento a otro. Decidió que era hora de volver al hotel, aunque el enjambre de estrechas y sinuosas callejuelas no la ayudaban a ubicarse.

Sin embargo, las vistas que tenía delante cortaban la respiración. Junto al restaurante Kastro's, pegado al puerto, había un pequeño callejón que daba directamente al mar.

Las aguas se mecían con lentitud y la fresca brisa del atardecer hacía oscilar la falda de su ligero vestido y amenazaba con llevarse su sombrero. Para evitarlo, Leslie se puso una mano en la cabeza, llenando de aire sus pulmones mientras pensaba que aquel era su lugar favorito del mundo entero.

Estaba en paz consigo misma. Todo era tranquilidad y serenidad. Los latidos de su corazón se volvieron lentos y pausados y su respiración se acompasó a su estado de ánimo.

Hasta que escuchó una voz profunda y masculina a sus espaldas.

—Parece perdida, señorita Taylor.

Al girarse, su corazón bombeó sangre en sus venas a un ritmo acelerado cuando se encontró con unos ojos azules que competían con el color del mar.

Rhys estaba ahí, a pocos metros de ella. Y le estaba sonriendo.

11

11 – EXT. CALLEJÓN DEL RESTAURANTE KASTRO'S – ATARDECER.

LESLIE Y RHYS recorren la isla como dos turistas, siguiendo los pasos de Elizabeth Taylor y recordando momentos del pasado que los van acercando cada vez más.

Por increíble que pareciera, Leslie encontró a Rhys más guapo que nunca. Iba vestido con unos pantalones *cargo* y una camisa blanca muy fina, de estilo ibicenco, sobre la que llevaba una chaqueta *bomber* de color oscuro. El cabello dorado se mecía con el viento sobre su frente. Leslie sintió de inmediato que la piel se le ponía de gallina y no a consecuencia de la fresca brisa otoñal. Desde que habían estado en el ferry esa misma mañana, Leslie había perdido la cuenta de las sonrisas que Rhys le había dedicado. Se comportaba de un modo totalmente diferente al que ella estaba acostumbrada. En su juventud, Rhys nunca fue un chico demasiado sociable; se comportaba de un modo reservado incluso con sus amigos y era frecuente verlo en solitario. Ahora, Leslie seguía pensando que era un alma taciturna, pero de algún modo, cuando estaba con ella, dejaba salir a la superficie su ser más íntimo, aquel que clamaba por compañía y cariño.

Una agradable sensación de calidez se instaló en el pecho de Leslie. No pretendía cambiarlo, aunque se alegraba de ser la causante de que Rhys estuviera abriéndose un poquito al mundo.

Sin perder el contacto visual, Leslie se aproximó a él, todavía sujetándose la pamela con la mano.

—¿No se supone que debería ser la señora Todd?

Rhys se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y bajó la cabeza. El corazón de Leslie se saltó un latido al verlo sonreír todavía más. Le encantaba el hoyito que se le formaba en la mejilla derecha cuando estaba de buen humor.

— *Touché*.

—¿Puedo saber cómo has dado conmigo? —inquirió ella. Tan solo unos pocos centímetros separaban su pecho del torso de Rhys; por primera vez en su vida, Leslie se sentía valiente, atrevida y poderosa —. ¿Es que ahora me estás siguiendo?

—Esta es una isla pequeña, Leslie. Lo difícil es perderse.

Ella arqueó una ceja, escéptica. Se sentía un poco idiota, pues hasta hacía pocos minutos ella se había despistado lo suficiente como para no recordar cómo volver al hotel por sus propios medios.

—Milos me ha dicho que te habías escapado para recorrer la isla —acabó explicándole él—. Y después no ha sido complicado seguirte el rastro. Todo el mundo habla de la americana simpática con una pamela extravagante. ¿De dónde la has sacado?

Leslie se apartó un poco cuando Rhys tocó con los dedos su sombrero. Ella frunció el entrecejo cuando él se carcajeó al reparar en su gesto protector.

—No te rías —lo reprendió Leslie, dándole un golpecito en el brazo—. ¿A que me queda bien? Cuando lo he visto en la tienda he pensado que me daría un aire muy del Hollywood de los cincuenta, ¿no crees?

Rhys era incapaz de dejar de reír ante las poses que Leslie iba poniendo.

—Lo que creo es que pareces un champiñón gigante.

Leslie se detuvo en mitad de un giro y le lanzó una mirada airada. Rhys fue testigo del momento exacto en el que ella explotó.

—¡¿Cómo puedes…?! ¡Eres un…!

—¿Un qué?

Ella infló los carrillos tanto que las mejillas le dolieron por la tensión. Después, soltó el aire de golpe como si fuera un globo pinchado.

—Si supiera hablar griego, te insultaría en ese idioma.

Él se carcajeó.

—Pues me alegro de que no lo sepas entonces. Anda, os invito a tu pamela y a ti a cenar. ¿Tienes hambre?

—Estoy famélica.

Era un milagro que no hubiera vuelto a desmayarse. De algún modo, Leslie no sabía cómo, el nerviosismo que siempre experimentaba cuando Rhys estaba cerca se había convertido en entusiasmo, y el hecho de que él hubiera cambiado con respecto a ella le

confería cierta seguridad que nunca antes había sentido en su presencia. Ahora, a su lado, estaba mucho más serena y reconocía en sí una versión más confiada y decidida de ella misma.

Rhys la ayudó a bajar unos escalones empinados que los condujeron de nuevo hacia la zona del puerto. Cuando sus dedos se tocaron, ella sintió una descarga eléctrica, y tuvo que apartarse unos segundos antes de volver a sujetar su mano. Si Rhys lo notó, no mostró señal alguna.

El atardecer de Mykonos era uno de los más bonitos que Leslie había visto nunca, pero el inminente anochecer traía un viento fresco que anunciaba que el invierno no tardaría demasiado en llegar para llevarse consigo la horda de turistas que abarrotaban sus calles desde la primavera.

—¿Tienes frío? —Cuando ella asintió, con una sonrisita de disculpa pintada en sus labios, Rhys se apresuró a quitarse la *bomber* para colocarla sobre sus hombros—. No podemos permitir que la estrella de nuestra película enferme.

La chaqueta todavía guardaba su calor corporal cuando Rhys se la puso, por lo que Leslie se arrebujó en ella mientras que una placentera sensación se instalaba en su estómago. La prenda olía a limpio, a su loción para después del afeitado y a él. Era como si volviera a estar en el instituto y Rhys le hubiera dado su chaqueta de capitán del equipo de natación. Todo el mundo sabe que cuando eres adolescente y el chico que te gusta te presta su cazadora, es una forma de hacer oficial que estáis juntos. Al reparar en ese pensamiento, las mariposas que hasta entonces Leslie había guardado en su tripa se expandieron por todo su cuerpo.

Sus dedos se rozaban mientras caminaban en silencio por el puerto. Lo único que se oía era el ruido de las olas al romper en la playa y el trajín de los restaurantes atestados de comensales. Leslie pensó que debería sentirse incómoda, pero lo cierto era que la mera compañía de Rhys resultaba suficiente para hacerla sentir en paz. Cuando ella le preguntó cómo había llegado hasta la parte norte de la isla, Rhys le

sonrió y le señaló una modesta *scooter* que había alquilado desde la recepción del hotel.

—¿Vamos a ir montados en eso?

Para demostrarlo, Rhys se subió a la moto y la puso en marcha.

—Seguro que a Elizabeth Taylor no le daría miedo.

—¡Yo no tengo miedo!

Para demostrárselo, Leslie se quitó el enorme sombrero, que dejó sobre un buzón cercano, y tras aceptar el casco que Rhys le tendía, se lo puso con un gesto decidido.

Después se sujetó la vaporosa falda de su vestido y se montó tras Rhys. Habría jurado que lo oyó reír tras la pantalla de su casco, pero estaba tan preocupada por dónde debía colocar las manos que decidió dejarlo correr.

—Hace dos días estuvimos juntos en la cama —murmuró, mirándola por encima del hombro—. Creo que, a estas alturas, puedes tocarme, Leslie.

Antes de que ella pudiera replicar, Rhys le cogió las manos e hizo que le rodeara el cuerpo con los brazos.

Mientras recorrían las serpenteantes carreteras de la isla, Leslie tuvo que resistirse para no abrazarlo y apoyar la mejilla contra su espalda para aspirar su olor y sentir su calor.

Aquello era la vida real, no una película, y tampoco podía considerarse que fueran amigos, así que toda muestra de cariño estaba de más. Pero es que resultaba tan tentador…

Cuando bordearon la costa, el aroma del salitre del mar inundó sus fosas nasales. Las aguas refulgían bajo la luz de la luna, y parecía que en ellas hubieran vertido toneladas de diamantes que brillaban solo para sus ojos. La estampa era tan bonita que invitaba a soñar; Leslie incluso pensó que su vida se estaba desarrollando como si fuera la protagonista de su propia película romántica. Todo era tan irreal que le daba la sensación de que no le estaba sucediendo a ella y que simplemente se trataba de otra ilusión más. Pero la verdad era que Rhys estaba ahí; podía sentirlo, tocarlo, olerlo…

Tantos años fantaseando con él y ahora lo que una vez quiso siendo

niña se estaba convirtiendo en realidad.

Rhys detuvo la moto pocos minutos después, cerca de la playa Agios Ioannis. A pesar de que a esa hora la mayoría de los turistas se encontraban de fiesta o disfrutando de los deliciosos manjares griegos, la zona estaba relativamente tranquila, y Leslie se preguntó qué se traería Rhys entre manos.

—¿Adónde vamos? —lo interrogó cuando empezaron a descender por un caminito de escaleras hasta la costa.

Como iba unos pasos por delante de ella, Leslie no pudo verlo sonreír.

—Has dicho que tenías hambre.

—Sí, pero eso no responde a mi pregunta. ¡Vaya!

Frente a sus ojos se hallaba un restaurante en cuyo letrero, iluminado por luces blancas, rezaba el nombre de «HIPPIE FISH». El local, de planta cuadrangular, estaba dividido en varios niveles: el edificio central servía de barra y chiringuito y, a aquellas horas de la noche, se veía atestado de jóvenes tomando copas, mientras que la parte que discurría hacia la playa era la destinada al espacio de relax de los clientes que hacía las veces de *chill out* con hamacas para tomar el sol o para disfrutar de unos cócteles viendo la luna brillar sobre las aguas del mar.

Una camarera los condujo hasta una zona con una enorme pérgola blanca que ofrecía cierta intimidad a los comensales. Estaba iluminada con centenares de lucecitas enredadas a los postes y al techo que conferían a las mesas un aspecto muy íntimo y romántico. Desde allí podían ver la playa y el inmenso cielo nocturno sobre Mykonos.

—Este sitio es precioso —comentó Leslie, maravillada ante cuanto veía—. ¿Cómo lo has descubierto?

Rhys tomó asiento frente a ella, apoyó los codos sobre la mesa y después la barbilla sobre las manos.

—Era uno de los lugares preferidos de Elizabeth Taylor cuando visitó la isla por segunda vez con…

—… su cuarto marido, Eddie Fisher —terminó Leslie por él, sin perder la sonrisa—.

¿No te resulta increíble que se casara con el mejor amigo de su marido

poco después de que Mike muriera?

Él pareció pensárselo durante unos segundos. La Taylor estuvo casada con Mike Todd trece meses, hasta que él murió en un trágico accidente de avión. En su boda, celebrada en Acapulco, el cantante Eddie Fisher ejerció como padrino del novio y su esposa, la actriz Debbie Reynolds, como madrina de la novia. Pero cuando la tragedia asoló a Elizabeth, esta se refugió en Eddie para superar la pérdida de Todd, lo que los llevó a ambos a entablar un escandaloso romance que terminó en boda poco tiempo después.

—Me he pasado los últimos meses de mi vida leyendo tanto sobre ella que siento como si la conociera mejor que nadie y, al mismo tiempo, no tuviera ni la más remota idea de quién era Elizabeth en realidad —se pronunció Rhys al cabo de un momento—. Pero lo que de verdad pienso es que era una persona tremendamente necesitada de amor y de atención.

—Por eso no cejó en intentar dar con él mientras pudo.

Rhys asintió, mostrándose de acuerdo con ella. Era casi irreal que los dos se hubieran vuelto a encontrar tantos años después para dar vida a una mítica pareja de Hollywood cuyo amor terminó demasiado pronto y en horribles circunstancias. Rhys nunca prestó demasiada atención a Leslie, aunque sabía quién era ella. ¿Cómo no hacerlo? El pueblo entero conocía a la chica que se le había declarado; nunca fue un secreto para nadie que bebía los vientos por él, a pesar de que Rhys nunca hizo ni dijo nada que pudiera llevarla a creer que estaba interesado en ella. Leslie sabía que todos en el pueblo opinaban de ella que era una chica lista, un poco extravagante, pero con un corazón de oro. También sabía que lo último que Rhys quería era causarle daño con ese hosco carácter galés suyo. Y eso era algo que no había cambiado con el paso del tiempo.

Por sugerencia de la camarera, acabaron pidiendo platos típicos griegos, y su mesa no tardó en llenarse de exquisiteces variadas: musaka con arroz blanco especiado, *souvlaki* de pollo con verduras y salsa *tzaziki* hecha con yogur, zumo de limón y eneldo y unas deliciosas *dolmadakias,* unos paquetitos de hojas de parra rellenos. Además de los postres tradicionales, como las famosas *baklavas* y los *bougatsa,* unos deliciosos pastelitos hechos con pasta *filo* y rellenos de crema.

—Creo que hemos pedido demasiado —murmuró Leslie, llevándose las manos a las mejillas al ver tanta comida.

—Me subestimas, Prescott. —Rhys se concentró en mojar un palito de pan tostado en la salsa de yogur—. Yo nunca dejo nada en el plato.

Y lo dijo mordiendo el *snack* mientras clavaba la mirada en Leslie, como si se estuviera refiriendo a ella y a su intención de devorarla. Las mejillas de Leslie se tiñeron de rojo rápidamente y un calor abrasador, que se concentró en su entrepierna, se apoderó de su cuerpo. Las fantasías de ellos dos retozando sobre una cama que ella había pasado años acumulando en su memoria se volvieron muy nítidas de repente, y Leslie tuvo que apretar los muslos bajo la mesa.

—Brindemos por nosotros —propuso Rhys, tratando de contener una sonrisa.

Todavía sofocada, Leslie le vio servir una bebida transparente en dos vasitos cortos con un poco de hielo. A los pocos segundos, el líquido se tornó blanquecino, y Leslie tuvo la sospecha de que aquello no le iba a gustar.

—Se llama *ouzo* —le explicó Rhys—. Por nosotros.

Leslie aceptó el vaso que le tendía.

—Y por Elizabeth y Mike, dondequiera que estén.

Los dos vaciaron la copa de un solo trago y, de inmediato, Leslie sintió un amargo escozor en la garganta.

—Arde… —farfulló entre jadeos.

Rhys estalló en una serie de fuertes carcajadas que hicieron que se echara hacia atrás contra el respaldo de la silla. Al ver que Leslie se lanzaba a abrir la botella de agua, se la quitó de la mano antes de que pudiera dar un solo sorbo.

—Come algo, anda. Hazme caso, te prometo que se te pasará.

Hablaron sobre el rodaje y las escenas que quedaban por filmar, sobre la película y las posibilidades de que triunfara entre la crítica, pero, sobre todo, hablaron de Elizabeth y de Mike. Su historia de amor fue pasional, turbulenta, intensa y breve. Se conocieron cuando Elizabeth todavía estaba casada con Michael Wilding, el padre de sus dos primeros hijos, y, desde entonces, lo suyo fue puro magnetismo. Mike era un hombre hecho a sí mismo que había ascendido a lo más alto partiendo de la nada; ideó un nuevo formato cinematográfico que revolucionó el séptimo arte, y era tan rico que podía permitirse

excentricidades como enviarle a Elizabeth un ramo de doscientas rosas y un anillo con una carísima perla negra. A Elizabeth le encantaban las joyas, pero todavía le gustaban más las atenciones que le profesaban sus amantes.

—No me parezco a ella —comentó Leslie entre bocado y bocado—. Ella era toda una estrella y le gustaban las cosas caras y la ostentación. Yo soy una chica sencilla de un pueblo de Maryland que solo quiere cumplir sus sueños.

Rhys la miraba atento, con un brillo especial en su mirada dirigido solo a ella. Ella lo veía tal y como era.

—¿Y cuáles son esos sueños?

Ella abrió los brazos a ambos lados y giró la cabeza hacia el cielo.

—¡Escribir! —exclamó, sonriente—. Quiero escribir buenas historias y que después productores con criterio se interesen por ellas para que actores como tú las interpretéis en la pantalla.

Rhys le devolvió la sonrisa.

—¡Vaya! Fíjate en todas esas estrellas. Por irónico que parezca, no se ven estrellas así en Los Ángeles.

Rhys siguió la dirección que marcaba su dedo hacia el cielo nocturno. La ubicación de la isla, unida a la escasa iluminación artificial que los rodeaba, hacía posible que se apreciaran los astros en el cielo como si este fuera un manto azul oscuro salpicado de diamantes.

Rhys se levantó de su silla y puso su servilleta a un lado para tomar asiento junto a Leslie.

—Esa de ahí es Orión —le explicó él, sujetando su mano en la de él y entrelazando sus dedos para señalar un punto exacto en el cielo—. Es una de las constelaciones más famosas, aunque también se la conoce como «el Cazador», en honor a Orión. ¿Y ves ese puntito de ahí? Esa es Sirio, la estrella más brillante de todas. Muchos la consideran como el «Ojo del Cielo» o la «Estrella Perro». No deja de ser curioso que esté ahí, justo junto a Orión, como su perro guardián.

Leslie permanecía callada mientras lo escuchaba. Sentía el calor que irradiaba de su cuerpo calentándole la espalda, la caricia de sus dedos en los suyos y su voz casi susurrada en su oído. Desde fuera debían de dar la imagen de una pareja enamorada, y es que el momento no

podía ser más íntimo. Su corazón latía acelerado dentro de su pecho, y cuando se giró para mirarlo, vio el entusiasmo reflejado en los ojos de Rhys. Se dio cuenta entonces de cuánto le interesaba el tema del que estaba hablando.

—¿Cómo sabes todo eso? —se atrevió a preguntar, apenas en un susurro.

Cuando Rhys se giró hacia ella sus labios casi se rozaron. Estaban tan cerca que podían respirar el aliento del otro.

—Cuando no puedo respirar, cuando siento que todo es demasiado, yo simplemente miro arriba.

Ella lo miró con interés. Nunca imaginó que Rhys cargara con una losa tan pesada sobre sus espaldas. Para algunos actores, la fama, la presión mediática e incluso el propio trabajo se convertían a veces en su peor enemigo. No podía ponerse en su lugar, pero sí comprendía sus temores e incluso el hecho de que se sintiera solo. No debía de ser fácil ser el foco de atención de todo el mundo sin olvidar quién eres en realidad.

—Si alguna vez quieres encontrarme en Los Ángeles, búscame en el observatorio —

murmuró él, apoyando su frente en la de ella—. Siempre voy allí para mirar las estrellas.

Leslie tuvo que tragar saliva varias veces, presa de los nervios. No era capaz más que de ver, oír, sentir y casi saborear a Rhys. Se preguntó si él iría a besarla. El momento era completamente diferente a cuando la besó por primera vez, unos días atrás. Entonces él estaba molesto por haber dudado ella de su sexualidad; ahora, en cambio, parecía ansioso por unir de nuevo sus labios a los de ella. A su alrededor, el hilo musical del restaurante se volvió íntimo bajo los sones de *Don't You Remember,* de Adele, y Leslie pensó que no podían haber elegido una canción que reflejara mejor su historia en común. Algunas parejas abandonaron sus mesas para bailar agarrados mientras el mar se mecía con suavidad tras ellos. Leslie pensó que le resultaría muy fácil volver a enamorarse de Rhys si seguían comportándose así.

—Baila conmigo.

Ella parpadeó un par de veces, confundida. Durante años fantaseó con la idea de que Rhys la llevara al baile de graduación del instituto, pero con el tiempo se convenció de que aquello no era más que el sueño de

una chiquilla. Ahora Rhys la estaba conduciendo hacia la improvisada pista, y cuando la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho, ella tembló de placer. Se sintió un poco tonta cuando unas repentinas lágrimas acudieron a sus ojos, por lo que ocultó el rostro en la camisa de él y su nariz rozó la piel expuesta de su torso. Ella lo oyó sisear entre dientes justo antes de apoyar la mejilla en su cabeza, justo cuando Adele suplicaba a su amado que la recordara.

—Me gusta esta canción.

Leslie escuchó la voz de él vibrando bajo su pecho, y aquello fue suficiente para hacerla estremecer de nuevo.

—Es muy…

—… nosotros —musitó Rhys.

Ella se mordió los labios de anticipación. ¿Sería verdad que estaban coqueteando?

La canción terminó y dio paso a una nueva con un ritmo completamente diferente, mucho más animado. Las parejas a su alrededor se separaron; algunas volvieron a sus asientos y otras continuaron bailando al compás de la música. Sin embargo, Leslie y Rhys no se movieron, sino que continuaron meciéndose abrazados en mitad de la gente.

Para serenarse, Leslie intentó concentrarse en la letra, pero estaba en griego y le resultaba del todo imposible comprender ni una sola palabra.

— *Agapimú* —murmuró Leslie, levantando la cabeza para volver a mirarlo—. La cantante lo repite una y otra vez. ¿Qué crees que significará?

Rhys alzó una mano y le recogió los mechones de su corto cabello tras la oreja izquierda. Era tan alto que tuvo que inclinarse para que su nariz pudiera acariciar la de ella. Después la miró a los ojos, acariciándole ambas mejillas con las puntas de los dedos.

—«Amor mío» —le dijo, solemne—. En griego significa «amor mío».

12

12 – EXT. HABITACIÓN HOTEL LESLIE – NOCHE.

RHYS acompaña a Leslie al hotel, pero no quiere despedirse. Una parte de él le pide a gritos que se quede a su lado.

«Quiero besarte».

Cuando Rhys le dijo esas palabras, Leslie creyó estar a punto de desmayarse. La cabeza le daba vueltas y las piernas apenas la sostenían. De no haber sido por los fuertes brazos de Rhys, que la agarraban con firmeza mientras la abrazaba, Leslie se habría desplomado en el suelo. Estaba viviendo un momento mágico y, aun así, no era capaz de asimilar que le estuviera pasando a ella. Tanto tiempo soñando con aquello y ahora, por fin, se hacía realidad.

La noche no podía ser más perfecta; después de cenar y compartir confidencias, pasaron largo rato bailando en el restaurante, descubriendo nuevas canciones, hasta que el encargado les pidió amablemente que se marcharan. Era bien entrada la madrugada, pero Leslie no tenía sueño, todo lo contrario; estaba bien despierta. Cuando Rhys detuvo la moto frente a las puertas del hotel, insistió en acompañarla a su habitación. La de él quedaba en el otro extremo del recinto, pero rehusaba dejarla todavía. Ninguno de los dos dijo una sola palabra a medida que caminaban hasta su destino, aunque permitieron que fueran sus manos las que en silencio decidieran entrelazar sus dedos. A su alrededor, todo el mundo dormía, salvo el abnegado recepcionista que les aseguró que devolverían el ciclomotor a la empresa de alquiler por la mañana. La noche era fría, y, sin embargo, ninguno de los dos parecía acusar las bajas temperaturas. Todo lo que podían sentir era el fuerte latir de sus corazones y la cercana presencia de sus cuerpos, que clamaban a gritos fundirse el uno en el otro.

Cuando Leslie se giró para darle las buenas noches, él la sorprendió abrazándola contra su pecho, estrechándola con tanta fuerza que le cortó la respiración. Y entonces le susurró:

—Quiero besarte.

Ella levantó la cabeza para encontrarse con esos dos pozos azules que brillaban igual que las estrellas. La miraba con tanta intensidad, con tanta pasión contenida que consiguió que la piel se le pusiera de gallina.

—Me gustó mucho besarte —continuó él, trazando el perfil de su mandíbula con la punta de los dedos.

Leslie no pudo más que cerrar los ojos. Las manos le temblaban, por lo

que tuvo que aferrarse a su camisa en un suspiro entrecortado.

—Rhys, no sé si esto es una buena idea. Tú y yo venimos de mundos diferentes.

—Te equivocas —la corrigió él, alzándole el mentón para que pudiera verlo—. Venimos exactamente del mismo lugar. Me haces sentir tan real, Leslie… No quiero volver a cometer el mismo error contigo.

La piel de Leslie estaba hipersensibilizada por su contacto, y cuando él frotó su mejilla contra la suya, la ligera barba que la cubría y su voz susurrada la excitaron tanto que no fue capaz de contener el jadeo que escapó de su garganta. Rhys la desconcertaba; había veces en que él la ignoraba, comportándose como si ella de verdad no existiese, y, sin embargo, cuando llegaba la noche, se transformaba en un hombre diferente, atento e incluso cariñoso. Parecía que Rhys solo se sentía a salvo, más él mismo, cuando no había ojos curiosos a su alrededor. Estaba insegura, pero no podía evitar la atracción que sentía hacia él. Ya no se trataba solamente del recuerdo de un cuelgue de juventud: el Rhys adulto le gustaba de verdad. Era un hombre complejo, y tan guapo que solo con mirarlo le bastaba para ruborizarse y con un magnetismo tan potente que Leslie era incapaz de no verse atrapada por él. Hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre, y el hecho de que se estuviera planteando acostarse con Rhys —¡con él, nada menos! —

la ponía doblemente nerviosa.

Con el corazón tan acelerado que casi le dolía dentro del pecho, se humedeció los labios antes de hablar.

—No quiero despertar por la mañana y arrepentirme de esto.

Él negó con la cabeza, su frente todavía descansando contra la de ella.

—Te prometo que no te arrepentirás. Este soy yo, Leslie. No he estado más seguro de algo en toda mi vida.

Leslie inspiró hondo al tiempo que se separaba unos pasos de él. Necesitaba tomar un poco de distancia para pensar. A la luz de la luna, con el pelo revuelto por la fresca brisa y su intensa mirada, que la abrasaba en cada rincón de su cuerpo, Leslie se mordió el labio inferior y decidió no pensar. A fin de cuentas, era adulta y podía hacer cuanto quisiera cuando quisiera.

Se oyó a sí misma jadear cuando extendió una mano para entrelazar

los dedos con los de Rhys e invitarlo a entrar en su habitación. Juntos subieron en silencio el tramo de escaleras hasta la puerta de su coqueto bungaló de paredes encaladas; a su alrededor solo se oía el silbido del viento y sus respiraciones apresuradas.

El dormitorio estaba en penumbra cuando entraron. Tras ella, Leslie oyó cómo él cerraba la puerta con un puntapié antes de abrazarla por la espalda. Rhys le recogió la corta melena tras la oreja derecha y la instó a inclinar la cabeza para poder tener libre acceso a su cuello. Cuando sus labios besaron su piel recién expuesta y la punta de su lengua la rozó, Leslie soltó un ronco jadeo que nació de lo más profundo de su garganta. Le costaba creer que aquello estuviera sucediendo por fin después de tantos años. Había tenido incontables fantasías eróticas con Rhys en su adolescencia, pero jamás imaginó que se harían realidad. La mera idea de pensar en lo que estaba por venir bastaba para incrementar todavía más su excitación.

Los dientes de Rhys juguetearon con el pulso desbocado en su cuello al tiempo que le deslizaba la chaqueta por los brazos hasta dejarla caer al suelo. Resuelto, entrelazó las manos con las de ella y las extendió hacia arriba para que ella pudiera sujetarse a su nuca mientras él la acariciaba a placer. Con dedos hábiles, desató el lazo que abrochaba el escote de su vestido a la altura del pecho, exponiendo así la piel de los sensibles senos.

—Ni te imaginas las vistas que tengo desde aquí —susurró él a su oído, mordiéndole el lóbulo de la oreja al tiempo que sus grandes manos aferraban sus pechos.

Leslie jadeó, agitada por sus caricias. Se sentía tan menuda a su lado y Rhys era tan grande que le daba la impresión de que podría romperse debajo de él y, sin embargo, no quería que él parara. Girando la cabeza, buscó sus labios, sedienta de él. Ese beso resultó muy diferente al primero. Rhys estaba hambriento de ella, pero parecía estar decidido a tomarse su tiempo para saborearla. Se apoderó de su boca de una forma voraz, como si en su interior estuviese todo cuanto él necesitaba para sobrevivir. La besaba lenta, pero intensamente, con su lengua enredándose a la de ella, exigiendo y entregando tanto que Leslie empezó a temer quedarse sin respiración.

El viento que se colaba por la ventana entreabierta y que mecía las blancas cortinas enfrió la ardiente piel de Leslie cuando Rhys le bajó el vestido por los brazos hasta dejarlo caer al suelo. Un incómodo pensamiento cruzó por su mente, como un chispazo que la sacó durante unos segundos de la vorágine de pasión en la que estaba

sumida.

Probablemente Rhys estuviera acostumbrado a acostarse con supermodelos y actrices de cuerpos esbeltos y esculturales; ella, en cambio, medía poco más de metro y medio,

tenía las piernas cortas y unos pechos pequeños. ¿Y si no resultaba suficiente para él?

Sin embargo, Rhys se las ingenió para encontrar las palabras adecuadas que ella tanto necesitaba escuchar.

—Eres perfecta… —lo oyó jadear a su espalda, recorriéndole el hombro con la lengua y el vientre con los dedos.

A pesar de la excitación, Leslie se las arregló para sonreír.

—Qué original —siseó entre dientes cuando él trazó el contorno de sus braguitas, acercándose a su entrepierna—. ¿No es eso lo que todos los hombres dicen cuando están a punto de tener sexo?

Él la mordió suavemente y ella soltó una carcajada entrecortada por varios jadeos cuando Rhys la levantó en un ágil movimiento para conducirla hasta la cama.

—Siempre he creído que eres perfecta —le aseguró él, colocándosele encima.

—¿Incluso cuando era invisible para ti?

Manteniéndose erguido sobre sus brazos en tensión, Rhys ladeó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Nunca fuiste invisible para mí. —Cuando Leslie arqueó las cejas, escéptica, él se obligó a explicarse—. En el instituto sí que te veía.

—¿Pero…?

Rhys se incorporó unos segundos para sacarse por la cabeza la camisa sin desabrochar.

—No era justo para una chica tan inteligente e increíble como tú tener que lidiar con un hosco galés lleno de traumas. Por eso me mantuve alejado de ti todo ese tiempo. Yo no era bueno para ti, Leslie.

Extendiendo los brazos, Leslie le acarició los trabajados pectorales, jugueteando con sus masculinos pezones entre los dedos.

—¿Y lo eres ahora?

Como respuesta, Rhys volvió a cubrirla con su cuerpo y se apoderó con ansias de su boca.

Las manos de Rhys se movían por todas partes: le acariciaba los pechos alzados por encima de las copas del sujetador, pasaban por sus costados hasta alcanzar su ropa interior y la provocaban hasta conseguir que la humedad creciera entre sus piernas. Sus cuerpos se restregaban el uno contra el otro, pero Leslie necesitaba más. Quería sentirlo más cerca. Como si él le leyese el pensamiento, la alzó lo suficiente como para tener acceso al broche a su espalda para deshacerse del sujetador. Leslie tenía los pezones sensibles, y cuando él se inclinó para lamérselos, un potente gemido escapó de entre sus labios.

—No vayas a desmayarte —le pidió él, mirándola mientras mordisqueaba las endurecidas cimas.

Ella se arqueó debajo de él, disfrutando de sus atenciones.

—Si sigues así, no podré evitarlo…

Leslie estaba tan excitada que no duraría mucho antes de correrse. Se sentía nerviosa, alterada y ansiosa.

Con dedos temblorosos, Leslie comenzó a desabrocharle los pantalones, y cuando sus nudillos rozaron la tensa bragueta, escuchó a Rhys sisear entre dientes.

—Perdona —se disculpó ella, de repente tímida.

Él le besó la comisura de la boca al tiempo que sonreía.

—No me has hecho daño, cariño —le aseguró, jugueteando con un pezón entre sus dedos—. No estés nerviosa, ¿de acuerdo? Te prometo que tendré cuidado.

La estaba tratando como a una virgen, y Leslie no tenía muy claro si aquello la ofendía o le ablandaba el corazón. No tenía miedo, pero sí que estaba un pelín atacada. Hacía mucho tiempo que no se acostaba con un hombre, y que fuera precisamente Rhys el primero con quien volviera a hacer el amor le daba un poquito de ansiedad. Esperaba no estar tan desentrenada como para no hacerlo disfrutar.

Armándose de valor, introdujo una mano bajo la ropa interior de Rhys

para acariciar su duro miembro mientras lo miraba a los ojos para averiguar si a él le gustaba. No contaba con ser ella la impresionada cuando sus dedos tantearon la firme longitud.

—Dios mío.

Rhys, muerto de risa, ocultó su rostro en el hueco del cuello de ella al ver el asombro que reflejaban sus ojos.

Su más de metro noventa de estatura debería de haberle dado a Leslie una pista de que el tamaño del miembro de Rhys estaba proporcionado al resto de su cuerpo. Parecía un cliché: el guapísimo actor de Hollywood que está tan bien dotado que sorprende a sus amantes. Pero a veces los clichés resultan más reales de lo que la gente se imagina.

—Seré cuidadoso —le aseguró él—. Si pudiste declararte a mí delante de todo el instituto, ¿no crees que podrás con esto?

Leslie se mordió el labio, avergonzada y ansiosa a partes iguales.

Antes de que ella pudiera quitarle del todo los pantalones, Rhys la detuvo para sacar su cartera y extraer del interior un pequeño cuadradito plateado. Leslie lo sondeó con la mirada; no tenía derecho a juzgar el pasado de Rhys, pero el hecho de que llevara un preservativo en la cartera significaba que el actor se había visto en esa necesidad más de una vez en ocasiones anteriores. Aunque admitía que se alegraba de que él estuviera preparado. No era de esa clase de personas despreocupadas que lo hacían sin condón.

El resto de la ropa cayó al suelo desperdigada mientras ellos se comían a besos. Habían acumulado años de atraso, y no querían perder más tiempo. Leslie introdujo una mano entre sus cuerpos para alcanzar de nuevo el miembro duro de Rhys, que descansaba sobre su vientre. Ella lo acarició primero con cuidado, mirándolo a los ojos para descifrar cada uno de sus gestos. Quería que él disfrutara tanto como lo estaba haciendo ella. Sus dedos se deslizaron por la sedosa longitud, moviéndose más deprisa con cada gemido que él derramaba sobre sus labios.

—Más fuerte… —le pidió Rhys entre jadeos.

Leslie obedeció gustosa, apretándole la potente erección allí donde aprendió que a él le gustaba. La yema de su dedo índice le rodeó la húmeda punta y ella sonrió al verlo tensarse de placer. Las caderas de Rhys se mecían al compás de sus caricias, cada vez más rápido a

medida que aumentaba su excitación. Sujetándose sobre uno de sus brazos, Rhys la imitó y utilizó sus dedos para acariciarla entre las piernas. Ansiando su contacto, Leslie abrió los muslos cuanto pudo para darle cobijo entre ellos, apoyando la cabeza contra la almohada cuando él encontró el hinchado capuchón de su sexo y se entretuvo en rozarlo una y otra vez.

—Déjame complacerte…

Rhys derramó su aliento sobre sus labios antes de comenzar a prodigarle un camino de besos descendente desde la barbilla, pasando por su cuello hasta lamerle los henchidos pezones. El espejo de cuerpo entero que se situaba de pie junto a la cama devolvió a Leslie la estampa que estaba teniendo lugar en la cama. Su cuerpo se mostraba curvado como un arco tensado mientras la cabeza de Rhys bajaba por su estómago. Su prieto trasero se contraía con cada acometida de su pelvis, una y otra vez. La imagen bastó para encender la llama del deseo en Leslie. Para ella no existía el mundo más allá de las paredes de aquella habitación, y no quería sentir nada más que no fuera a Rhys en su interior.

—Espera…

Leslie detuvo sus avances, sujetando el rostro de Rhys entre las manos para volver a besarlo en los labios. Estaba segura de que se correría si le permitía darle placer con la boca, pero quería hacerlo con él encajado en el interior de su cuerpo.

Al mirarla a los ojos, entre gemidos, Rhys pareció entender su muda súplica.

Poniéndose de rodillas sobre la cama, entre sus piernas abiertas, se tomó su tiempo para abrir el preservativo y deslizarlo lentamente por su larga erección. Mientras tanto, ella lo contemplaba expectante. Su pecho subía y bajaba con rapidez con cada jadeo a la espera de que él estuviera listo para ella.

Sin decir una sola palabra, Rhys volvió a ponerse sobre su cuerpo, se llenó las manos con los muslos de Leslie y se los colocó con firmeza en las caderas para que ella se aferrara a él. La besó con la boca abierta, mirándola a los ojos mientras entrelazaba sus manos con las de ella y las subía por encima de su cabeza. Los dos gimieron al unísono cuando Rhys finalmente la penetró. Leslie ahogó un gritito cuando lo sintió llenándola poco a poco, adentrándose en su estrecha cavidad hasta el fondo. Hacía tanto tiempo que sentía un ligero escozor en su

sexo, pero ni loca le habría pedido que parara.

Con cada embestida, Rhys emitía un ronco ruidito que la derretía. Sentía su cuerpo pegado al de ella, su torso frotándose con sus sensibles pezones y la medallita que él llevaba al cuello descansando entre sus pechos. La sensación de sentirse poseída era deliciosa, su miembro acariciándola por dentro era sublime. Estaba en el cielo, y no quería bajar.

Rhys gruñó entre dientes cuando ella le clavó las uñas en la espalda, antes de deslizar las manos hacia abajo para acariciarle el trasero e imprimir velocidad a sus envites, hasta conseguir que los pequeños pechos de Leslie se mecieran al compás de las embestidas. Estaban cerca del orgasmo.

Aferrándose a su menudo cuerpo, la alzó entre los brazos de manera que quedó sentado sobre la cama con ella encima. En aquella posición, le cedía todo el control a Leslie. Ella lo miraba desde arriba, acariciándole el rostro, lamiéndole la boca y dejándose guiar mientras lo cabalgaba. La nueva postura le permitía llegar más hondo, estar más cerca de ella, del paraíso.

—Juntos… —jadeó él sobre su boca.

Aquello fue lo único que necesitó Leslie para permitir que el potente orgasmo arrasara su cuerpo. Fuertes oleadas de placer la inundaron desde dentro en una serie de espasmos que la hicieron convulsionar alrededor de Rhys. Él también sucumbió a su propio placer, derramándose en su interior hasta que las violentas sacudidas cesaron y ambos cayeron desmadejados sobre la cama, completamente agotados y satisfechos.

Rhys necesitó unos minutos para reunir las fuerzas para salir de su interior y retirar el preservativo. Ella lo contempló moverse por la habitación en penumbra y se acurrucó bajo las sábanas. Notaba los miembros lánguidos, la mente en calma y el corazón a punto de estallar. Hacer el amor con Rhys había superado todas sus expectativas, aunque, claro, estas no eran más que las de una cría de apenas quince años. Se sentía feliz y en paz, por primera vez en mucho tiempo. Temía lo que pudiera suceder cuando amaneciese, pero decidió vivir el presente.

Cuando Rhys volvió del baño lo vio acercarse a la ventana con la intención de cerrarla.

Estaba tan guapo desnudo a la luz de la luna que casi se le olvidó lo

que iba a decir.

—Déjala abierta —le pidió.

Él la miró con interés. Era bien entrada la madrugada y el viento continuaba soplando y moviendo las cortinas.

—Hace frío fuera.

—Mejor. —Leslie le sonrió y apartó las sábanas a un lado, invitándolo a reunirse con ella—. Así me acurruco contra ti y me das calorcito.

Rhys se rio al escucharla y acudió a su encuentro sin hacerse de rogar. Nada más entrar en la cama, Leslie se abrazó a su costado y apoyó la cabeza en su pecho. Él, por su parte, colocó el brazo libre bajo la cabeza, la llevó contra sí un poco más y empezó a acariciarle el brazo desnudo.

Permanecieron en silencio un rato, con las respiraciones acompasadas.

—Mierda.

Él la miró, preocupado.

—¿Qué pasa?

Leslie le puso una mano en el torso y se inclinó para mirarlo con su corta melena revuelta enmarcándole el rostro.

—Acabo de acostarme con Rhys Hudson.

Lo que Leslie no supo fue que así, sin más, la cálida y agradable sensación que Rhys sentía en el pecho se convirtió en hielo, congelándole el corazón.

Sus peores temores se estaban cumpliendo. Había vuelto a pasar. La estrella de cine volvía a superar al hombre que pedía a gritos ser amado.

Leslie no era diferente al resto de mujeres con las que se había acostado, y aquello lo partió en dos.

13

13 – INT. HABITACIÓN HOTEL LESLIE - NOCHE

LESLIE Y RHYS, acurrucados sobre la cama después de hacer el amor por

primera vez, comparten confidencias. Rhys se muestra preocupado, pues siente que Leslie lo ha utilizado.

—¿Qué?

Rhys la miró con la preocupación pintada en el rostro. Se había quedado blanco, aunque Leslie no pudiera verlo a causa de la oscuridad que reinaba en la habitación. No quería creer que Leslie se hubiera acostado con él solo por vivir la experiencia de tener sexo con un actor famoso. De repente, se sintió expuesto, utilizado como un mero objeto que colocar como trofeo en una vitrina.

—¡Acabo de acostarme con Rhys Hudson! —repitió ella, entusiasmada—. ¡Acabo de acostarme con el capitán del equipo de natación! ¿Crees que es muy tarde para hacer que lo escriban en el anuario?

Al escuchar eso último, Rhys sintió cómo de inmediato la vida volvía a su cuerpo y sus pulmones se llenaban de nuevo de aire. Por un momento creyó que Leslie se había aprovechado de él, que todo había resultado ser una farsa para conseguir llevárselo a la cama. Ahora, al ver que simplemente le estaba tomando el pelo, no pudo más que reír con ella.

—No creo que eso se considere un gran logro.

—¿Estás de broma? —Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco. Se entretuvo jugueteando con la medallita que descansaba sobre su torso—. He esperado desde los catorce años a que llegara este momento. Me merezco un momento para fangirlear.

A su lado, Rhys estalló en carcajadas.

—¿Y no consideras que eras un poco precoz a esa edad?

Leslie negó con la cabeza, sujetándose la sábana a la altura del pecho.

—¿Con un tío como tú cerca? Tuviste suerte de que fuera una chica tímida, porque, de lo contrario, no te hubiera dejado escapar.

Divertido, Rhys tiró de ella para que descansara otra vez sobre él. Lo que Leslie no sabía era que Rhys había descubierto que cuando estaba junto a ella, la presión que sentía en el corazón y que siempre lo acompañaba se relajaba de manera considerable. Con ella no tenía que fingir ser alguien que en realidad no era y no tenía que preocuparse por lo que pudiera pensar de él. Era un alivio ser tan solo Rhys, el chico desarraigado con traumas e inseguridades al que le gustaba

bromear a pesar de que no tuviera con quién.

El que pedía a gritos ser amado, aunque nadie lo escuchase. Al que le daba pánico acercarse a la gente. Con Leslie todo era distinto; ella hacía que todo fuese más fácil, conseguía que volviese a sentirse como el adolescente despreocupado que nunca fue, y descubrió que era divertido experimentarlo por primera vez.

—De modo que no me habrías dejado escapatoria, ¿eh? Y dime: ¿qué hubiera hecho una chica como tú conmigo?

Al intuir sus intenciones, Leslie se protegió usando uno de los almohadones como escudo.

—Ni se te ocurra hacerlo, Rhys. ¡No! ¡Para, para!

Rhys estaba juguetón, y a Leslie le encantaba verlo así. Apartando las sábanas a un lado, él se puso encima de ella, mostrando su gloriosa desnudez, y comenzó a provocarla haciéndole cosquillas y pedorretas en los costados.

—¡Que voy a hacerme pis encima!

Leslie se removía sin parar sobre la cama para tratar de zafarse de las manos de Rhys.

Era algo incontrolable. No podía parar de reír y de retorcerse, y Rhys no parecía dispuesto a darse por vencido sin conseguir antes una victoria. Cuando le mordisqueó las costillas, Leslie creyó que se moriría de la risa antes de que él se detuviera.

—Vaya, vaya… ¿Pero qué tenemos aquí?

Incorporándose lo suficiente como para encender la lamparilla, Rhys le sujetó el cuerpo como si de una muñeca se tratara y la puso de lado para descubrir el tatuaje que Leslie tenía en el costado derecho, justo donde terminaba el borde del sujetador. Él trazó el contorno de la tinta con los dedos, esforzándose por descifrar las letras manuscritas.

—¿Qué dice?

Leslie contuvo la respiración justo antes de soltar el aire poco a poco.

—«Ten valor y sé amable» —susurró Leslie, apenas en un hilo de voz.

Él no la perdía de vista, atento a cualquier reacción por su parte. Tumbada de lado, comprobó que Rhys solo llegaba a verle el perfil del

rostro; una sombra de pesar se había apoderado de sus ojos. Él la besó en el hombro con afecto.

—¿Tiene algún significado en particular?

Ella tardó un largo minuto en contestar. Permanecía con la cabeza apoyada en la almohada, aferrada a ella mientras los recuerdos parecían agolparse en el interior de su mente.

—Me lo hice durante la etapa más oscura de mi vida —se limitó a contestar.

Rhys esperó pacientemente a que dijera algo más, pero Leslie no tenía ganas de hablar más del asunto, así que pareció dejarlo correr. Ya tendrían tiempo de ponerse al día y contarse qué había sido de sus vidas durante todo el tiempo que habían estado separados. Rhys se apresuró a cambiar de tema.

—Conque *agapimú,* ¿eh?

Al escucharlo, Leslie se giró para mirarlo, y sintió el rubor naciendo en sus mejillas.

—Es una palabra muy bonita —acertó a decir, acurrucándose de nuevo a su lado—.

¿Cómo sabías cuál era su significado?

—Da la casualidad de que mi asistente también es griega, y a menudo la escucho hablar con su novio por teléfono —le explicó Rhys, acariciándole el pelo—. Utiliza esa palabra muchas veces, así que se puede decir que sentí curiosidad.

—Amor mío…

Él la besó en la cabeza, ocultando una sonrisa taimada en su pelo. Unas horas atrás, cuando él le tradujo parte de la letra de la canción que bailaban, lo hizo con toda la intención de que diera la sensación de que se le estaba declarando. Ahora Leslie estaba haciendo exactamente lo mismo. Fuera lo que fuera lo que sentían el uno por el otro, aún debían esperar para ponerle un nombre.

—Podríamos elegirla como nuestra canción.

Leslie se apoyó en su pecho para mirarlo con las cejas levantadas, sorprendida.

—¿Qué?

—Solo digo que…

—Te he oído —lo interrumpió ella—. Es solo que… has dicho «nuestra».

Rhys extendió un brazo para acunarle la mejilla en la palma de su mano al tiempo que le recorría los labios con el pulgar y el rostro con la mirada, con tanta ternura que Leslie se derritió bajo su contacto.

—Se necesitan dos personas para convertir algo en plural —bromeó él —. No me gustan las etiquetas, Leslie; todo lo que sé es que me gusta estar a tu lado y que no quiero dejar de experimentar lo que siento estando contigo. ¿Te basta por ahora?

Ella le mordisqueó el dedo, juguetona, y asintió.

—Por ahora. Y a pesar de que me encanta tu sugerencia, tengo que decirte que ya tenemos una canción.

—¿Y yo sin enterarme?

—Hace unos años escuché una canción de Adele que me recordó a ti. A nosotros. ¿Has escuchado *When We Were Young*? Es preciosa; habla de un chico popular, guapo, carismático, de éxito, que deslumbra a todo el mundo. Un chico de película. —Le sonrió—. Y la chica le pide un momento para estar a su lado y recordar cómo eran cuando eran jóvenes y estaban juntos.

Rhys trazó el contorno de su boca con un dedo; parecía estar embebeciéndose de su rostro. Le dejó salir de la cama lo justo para que ella sacara el móvil de su bolso y pudiera reproducir la canción. Juntos la escucharon en silencio, con la frente pegada a la del otro, las piernas entrelazadas y respirando el aliento que escapaba de sus bocas.

Ninguno de los dos quería que la noche acabase, por lo que contemplaban con recelo cómo transcurrían los minutos en el reloj.

—Es preciosa —convino Rhys, abrazándola con fuerza—. Gracias por enseñármela.

Ella lo besó en el pectoral y se acurrucó más a su lado.

—Siempre hay una canción para cada momento. Nosotros mismos

somos canciones. —

Alzó el mentón y lo miró—. ¿Quieres saber qué canción soy yo?

Cuando Rhys asintió, un nuevo rubor teñía de rojo las mejillas de Leslie.

— *Matilda,* de Harry Styles.

Él frunció el ceño y torció el gesto, mostrándose en claro desacuerdo.

—Me niego a creer que seas una canción tan triste. No te pega nada.

—¿Ah, no? Entonces, según tú, ¿qué canción va contigo?

Rhys se llevó una mano al mentón mientras pensaba.

— *Bridge over Troubled Water,* de Simon and Garfunkel —sentenció Rhys, muy serio—.

Porque me haces sentir en calma y menos solo cuando la oscuridad amenaza con abalanzarse sobre mí.

De improviso, Leslie se lanzó sobre él y lo besó con ardor en los labios. Tenía lágrimas en los ojos que se negaba a derramar. No quería sentirse triste esa noche, pero necesitaba demostrarle a Rhys cuánto significaban para ella sus palabras.

—¿Y esto? —preguntó él, confundido.

—¿No te ha dicho nadie nunca que eres muy dulce?

Divertido, Rhys se encogió de hombros.

—Tengo mis momentos. ¿Y yo qué canción soy? No me lo digas. Me pega *Only the Lonely,* de Roy Orbison.

Al escucharlo, Leslie estalló en carcajadas. La verdad era que la canción le iba como anillo al dedo debido a su carácter frío y su personalidad de ermitaño, pero no era esa la que tenía en mente para él.

— *Man of the World,* de Marc Cohn —murmuró Leslie—. Cuenta la historia de un hombre solitario, encerrado en un palacio de oro, que hace tiempo que dejó de sentirse vivo. —Leslie no se perdía ni una sola reacción de Rhys, y cuando lo vio tragar saliva con dificultad, supo que había tocado un punto sensible—. Entonces conoce a una

chica, y el hombre le suplica que le enseñe a renacer, que lo ayude a aprender cómo hacerla suya, porque ha estado dormido demasiado tiempo y necesita volver a la vida.

Rhys tiró de ella de forma brusca hasta que cayó sobre su torso y pudo abrazarla muy fuerte. Lo que Leslie no sabía era que así era exactamente como se sentía él: encerrado en una jaula, comportándose como un autómata y olvidándose realmente de quién era.

Era como si solo al reencontrarse con Leslie se hubiera dado cuenta de cuánto tiempo llevaba encerrado en su caparazón. Como si solo con ella fuera capaz de regresar al mundo de los mortales.

—Gracias —murmuró él contra su cuello.

—Y si este momento fuera una canción —continuó Leslie, acomodándose contra su costado—, sería *One Night Only,* de Jennifer Hudson.

Él le sonrió y le robó un beso apasionado antes de que Leslie se entretuviera en toquetear su teléfono móvil.

—Pues espero que tengamos más de una noche para estar juntos.

Escucharon en silencio cada una de las canciones que habían compartido, creando su particular lista de reproducción que tanto decía de ambos. Leslie tenía un don para interpretar las letras y que pareciera que habían sido escritas para ellos. Si las ponían en orden, podían recrear su historia y solo ellos sabrían su significado.

Descansar en brazos del otro era reparador. Él le acariciaba la espalda desnuda arriba y abajo, una y otra vez, mientras que Leslie jugueteaba en su pecho con la medallita que pendía de la cadena que colgaba de su cuello.

—¿Siempre la has llevado contigo? —preguntó ella, adormilada—. No recuerdo habértela visto en el instituto.

Bajo su contacto, Leslie sintió que Rhys se tensaba y que contenía la respiración.

—Me la quitaba durante las competiciones —le explicó él—. Pero después sí. Ha estado conmigo desde que tengo memoria.

—Debe de ser muy importante para ti entonces.

Leslie era consciente de que lo estaba presionando un poquito, pero aquella era la única manera que había encontrado de que Rhys se abriera a ella. Si hubiera sido por él, nunca le habría contado nada ni habría compartido con ella aspectos de su pasado. Ella era como un libro abierto para él, y, en cambio, Rhys se comportaba como si fuera una cámara acorazada de máxima seguridad. Si forzarlo a expresarse era la única manera de

conseguir que hablara, Leslie estaba más que dispuesta a ejercer de poli malo; al menos hasta que él aprendiera a confiar del todo en ella.

Continuó acariciándole el pecho, deslizándole los dedos por sus morenos pezones para tranquilizarlo. Lo escuchó suspirar, y entonces supo que lo tenía justo donde quería.

—Es san David, patrón de Gales. Perteneció a mi padre, y es uno de los pocos recuerdos que me quedan de él.

Leslie se incorporó en un codo para mirarlo. Rhys tenía la expresión seria, y apretaba la mandíbula con tanta fuerza que Leslie pensó que terminaría por hacerse daño.

—¿«Perteneció»?

Él tragó saliva y asintió.

—Era pescador en Llangrannog, el pueblo donde vivíamos —le explicó, apenas con un hilo de voz. Leslie estaba segura de que jamás podría pronunciar palabras en galés como él acababa de hacer—. Su barco zozobró cuando yo tenía seis años.

—Oh, Rhys… Cuánto lo siento.

Y lo decía de verdad. A pesar de que Rhys y su madre se mudaron a Berlin cuando él apenas comenzaba a ser un adolescente, la verdad era que poco se sabía de la historia de su familia. El pueblo dio por sentado que la nueva señora Carpenter era viuda o que al menos estaba divorciada; sin embargo, Gales estaba lo suficientemente lejos de Estados Unidos como para que la gente se tomara la molestia de investigar más a fondo sobre el pasado de la esposa del ferretero y su único hijo.

Leslie lo abrazó con fuerza, besándolo en cada zona de su piel que tenía al alcance.

—Fue hace mucho tiempo.

—Si algo he aprendido en esta vida es que no hay plazos cuando se trata del amor o del duelo. A veces, la persona que quieres se va, pero el amor permanece contigo. No importa cuánto nos esforcemos por dejarlo atrás.

Él la miró a los ojos y pareció que era como si la viera por primera vez. Atrás quedaba el haber sido tan estúpido en el pasado como para ignorar su presencia y olvidarse de ella.

Como decía todo el que la conocía, Leslie representaba todo lo que estaba bien en el mundo: inteligente, honesta, divertida y tan bonita por fuera como lo era por dentro.

Sin embargo, Leslie sentía que algo en el interior de Rhys, una especie de palanca de freno, le impedía entregarse del todo a ella.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia?

Ella le sonrió e hizo frotar su nariz con la de él.

—Siempre lo he sido. ¿ahora te das cuenta? Eras tan huraño en el instituto que hasta daba miedo acercarse a ti.

Él le apretó el trasero desnudo con la mano abierta y la llevó más hacia sí.

—Y, aun así, estabas completamente colada por mí.

Leslie se inclinó sobre él, aplastando sus pechos contra su duro torso, hasta que sus rostros quedaron a milímetros de distancia.

—Completamente colada por ti, sí. ¿Sabes? Por las noches es el único momento en el que te vuelves humano y eres más cercano. ¿Será el efecto de la luna?

—Más bien creo que es el efecto que *tú* ejerces sobre mí.

Para demostrárselo, Rhys le cogió una mano y, tras besarle los nudillos, la condujo directamente hasta su entrepierna para que pudiera apreciar la dureza de su creciente erección. Los ojos de Leslie brillaron con deseo y el miembro de él dio una sacudida de anticipación al recibir las atenciones de sus dedos curiosos.

—¿Otra vez?

—Si piensas que he tenido suficiente con tenerte una sola vez, es que no me he esforzado como debería por hacértelo entender.

Entre risas, Leslie se subió a horcajadas sobre él sin dejar de acariciarlo.

—Así que supongo que ahora te toca demostrármelo otra vez, ¿no?

El gemido de puro gozo que él lanzó mientras ella le daba placer con las manos bastó para encender la lujuria en su interior.

—Si insistes…

Leslie soltó una carcajada que terminó convertida en jadeo cuando la boca de Rhys atrapó la suya. Definitivamente, se dijo, no necesitaba dormir para recobrar energía.

Rhys era todo lo que ella necesitaba.

14

14 – INT. APARTAMENTO DE LESLIE EN LOS ÁNGELES – DÍA.

LESLIE deshace su equipaje mientras Jenny la interroga sobre el rodaje y su relación con Rhys. Tienen mucho de qué hablar.

Haber regresado a Los Ángeles estaba siendo tan duro como escalar el Everest. No era que Leslie tuviera experiencia escalando montañas, pero siempre se imaginó que la vida que llevaban los alpinistas debía de ser de las más arduas conocidas por el hombre. Ella se cansaba con solo correr detrás del autobús, así que la idea de subir en vertical por un monte escarpado y arriesgarse a morir enterrada en nieve —o peor aún, sirviendo de almuerzo a sus compañeros— le entusiasmaba tanto como meterse a monja. La vida monacal tampoco estaba hecha para ella, y mucho menos después de los dos días de lujuria y desenfreno sexual que había pasado con Rhys en Mykonos.

Cada vez que recordaba las noches sin dormir, los besos y caricias, los gemidos de él, la forma que tenía de hacerla enloquecer, sentía un cosquilleo en la espina dorsal que se expandía por todo su cuerpo hasta concentrarse en su entrepierna. Se había vuelto adicta a Rhys Hudson, y no le avergonzaba admitirlo. Cuando caía el sol y terminaban el rodaje, Rhys se convertía en alguien totalmente distinto. El actor serio, metódico y frío dejaba paso a un hombre dulce, atento y encantador. Era tierno con ella, la escuchaba y le daba consejos. Pero cuando sus cuerpos se unían y él se adentraba en ella, se creaba una conexión tan especial entre los dos que solo de pensarlo la emocionaba. No habían hablado en serio sobre la incipiente relación que estaba naciendo entre ambos, aunque Leslie no albergaba

dudas de que Rhys iba en serio con ella. Al menos eso era lo que no paraba de repetirse desde que se habían subido al avión el día anterior.

Decidieron de mutuo acuerdo ocupar asientos separados para no levantar sospechas y evitar que comenzaran a circular rumores sobre ellos entre el equipo. Durante el rodaje de las escenas que faltaban por filmar en Grecia se comportaron con normalidad, como si Rhys no se hubiera pasado la noche con la cabeza metida entre sus piernas haciéndola gemir hasta alcanzar el orgasmo. Él seguía mostrándose tan esquivo como siempre cada vez que tenían a otras personas alrededor; sin embargo, cuando estaban a solas se transformaba en alguien completamente diferente. Leslie encontró en él a un amigo que la escuchaba con atención, a un confidente con quien compartir sus miedos y sus sueños, y también a un amante increíble que la hacía aullar de placer. Su conexión iba más allá de lo físico, y eso, en gran medida, era lo que más preocupaba a Leslie. No

quería ilusionarse con Rhys para que, una vez finalizada la película, él volviese a desaparecer de su vida. Ya le había perdido la pista una vez, aunque el desengaño adolescente que experimentó en el pasado no podría compararse con el dolor que sentiría al perderlo ahora que lo había tenido.

Estaba adelantándose a los acontecimientos, y lo sabía, pero no podía evitar darle vueltas al tema. Una molesta jaqueca amenazaba con instalarse en su cabeza, y el *jet lag* tampoco la ayudaba a sentirse mejor. Necesitaba meterse en su cama y robarle unas cuantas horas de sueño al día, pero sabía que Jenny no iba a darse por vencida hasta sacarle hasta el último detalle de su lío con Rhys. Llevaba menos de dos horas en su piso después de varias semanas, y su amiga no había tardado ni cinco minutos en llamar a su puerta. Se suponía que iba a ayudarla a deshacer el equipaje; sin embargo, Jenny no tardó en lanzarle una incesante batería de preguntas morbosas a las que ella todavía no había contestado.

La aguda voz de Jenny imitando el sonido de un megáfono la sacó de la vorágine de pensamientos que se arremolinaban en su mente.

—Tierra llamando a Leslie. —Para conseguir que su amiga le prestara atención, Jenny cogió una camiseta arrugada y se la tiró a la cabeza —. ¡Que te estoy hablando!

Leslie apartó a un lado la prenda hecha un gurruño y se atusó los cortos cabellos.

—Perdona. Estaba pensando.

Jenny caminó a gatas sobre la cama y la miró con ojos traviesos.

—¿En el dios griego del sexo con el que te has estado revolcando en una isla paradisíaca?

Esta vez fue Leslie quien le arrojó un cojín a la cara. Jenny lo tiró al suelo, muerta de risa.

—No fue así como pasó.

—Entonces ¿cómo? ¡Tía! Se supone que soy tu mejor amiga y no me cuentas nada.

Vaciando el contenido de la maleta sobre la cama, sin que le importara sepultar a su amiga bajo todos los trastos que guardaba en ella, Leslie se las ingenió para fingir que no la había oído.

—¡Les! ¿Cómo pasó? ¿Se te declaró bajo la luz de la luna? ¿Te dijo en «galesiano» que te quería? ¿O te la metió sin más?

—¡Jenny! —Leslie no sabía si reír o llorar. *«Si no puedes combatir al enemigo, únete a él»,* le dijo una vocecita en su cabeza. De modo que acabó por tumbarse en la cama boca arriba al lado de Jenny—. Primero: ese idioma no existe. ¿Por qué a todas mis amigas os cuesta tanto entender que Rhys nació en Gales? —preguntó, en referencia a Nora, que una vez tuvo una equivocación similar—. Y, en segundo lugar: nadie se declaró a nadie.

Simplemente… surgió, sin más.

No era una mojigata, pero sí le daba cierto reparo contarle a Jenny sus relaciones con Rhys. Lo conocía lo suficiente como para saber que la fama lo había convertido en un hombre reservado, y estaba segura de que a él no le gustaría que ella fuese aireando aspectos íntimos de los dos. Una cosa era confesarle a su amiga sus progresos con Rhys y otra muy diferente, responder a la pregunta que estaba segura de que Jenny le haría.

—¿Cómo la tiene? —le soltó sin más, retorciéndose la larguísima coleta entre los dedos.

Leslie estalló en carcajadas.

—No pienso contestar a eso —se rio—. Por cierto, ¿dónde está Bruno?

Creí que lo habías llamado.

El rostro de Jenny se tornó lívido y perdió todo rastro de diversión. Se incorporó sobre la cama y la miró con el ceño fruncido y un dedo alzado.

—Aquí no se habla de Bruno. ¿Entendido?

—¿Todavía seguís enfadados? No terminaste de contarme qué pasó entre vosotros.

—¡Nada! —se apresuró a gritar Jenny, poniéndose en pie y caminando de un lado a otro por la habitación—. No pasó absolutamente nada. ¿Por qué tendría que haber pasado algo?

Leslie arrugó el entrecejo mientras la contemplaba. Jenny y Bruno siempre se estaban lanzando pullas el uno al otro, pero nunca llegaba la sangre al río, tal vez porque Leslie siempre hacía de mediadora. Ahora, en cambio, era como si algo gordo hubiera sucedido entre ellos.

—¿Me lo vas a contar o voy a tener que sacártelo a la fuerza?

El timbre sonó antes de Jenny pudiera contestar, por lo que el rostro de la chica se llenó de alivio.

—¡Salvada por la campana! —exclamó, encaminándose hacia la puerta.

—Pues ojalá sea Bruno y así no puedas seguir dándome largas.

Sin embargo, no era Bruno quien estaba al otro lado, sino Rhys. El mismísimo Rhys Hudson del que habían estado hablando hasta hacía tan solo un minuto. Jenny, al verlo, se quedó muda, petrificada, clavada en el sitio.

—¿Te encuentras bien?

Cuando Rhys dio un paso adelante y extendió una mano para tocarle el brazo, Jenny saltó hacia atrás, despertando bruscamente del trance en el que se había sumido por unos segundos.

—Les… ¡Leslie! —consiguió gritar después de algunos intentos fallidos —. Tie-tienes visita.

—¿Qué clase de visita? —preguntó Leslie, encaminándose hacia la puerta—. Que yo sepa, hoy no espero a nad… Eres tú…

Cuando Leslie vio a Rhys en la entrada de su piso, el corazón le dio un salto en el pecho.

Se estaba quitando las gafas de sol de estilo aviador y la gorra de béisbol que llevaba, por lo que sus cabellos dorados se mecieron con la brisa que provocaba la ventisca Santa Ana a esas alturas del otoño. Se mostraba tímido, como si no supiera qué hacer ni qué decir. A Leslie le recordó a un adolescente que visitaba la casa de su novia por primera vez, solo que Rhys era ya un hombre hecho y derecho, y, que ella supiera, no eran una pareja.

Frente a ella, Rhys le dedicó una sonrisa de medio lado. Se le notaba incómodo, y Leslie se dio cuenta de que Jenny seguía contemplándolo embelesada.

—Rhys, te presento a Jenny. Jenny, este es…

—El puto Rhys Hudson, por supuesto.

Leslie le lanzó a Rhys una mirada de disculpa, pero, lejos de encontrar su característica expresión hosca pintada en el rostro, vio un brillo de diversión reflejado en sus ojos mientras estrechaba la mano de su amiga.

—Encantado de conocerte, Jenny. ¿Seguro que te encuentras bien?

La chica tan solo asentía una y otra vez, como un autómata. A fin de cuentas, no todos los días le abres la puerta a una estrella de Hollywood; era completamente normal que Jenny se hubiera quedado sin palabras.

Al comprobar que Jenny era incapaz de moverse por sí misma, Leslie la instó a hacerse a un lado para que Rhys pudiera pasar al interior de su minúsculo apartamento. Su amiga lo recorrió de pies a cabeza y luego vuelta a empezar, como si no creyera que fuese él en carne y hueso.

—Y yo que creía que mi disfraz funcionaba… —murmuró Rhys.

Leslie notó cierta melancolía en sus palabras. Percibió que Rhys no estaba bien y que necesitaba que ella estuviera a su lado para volver a sentirse él mismo.

—Escucha, Jen: ¿por qué no subes a tu piso y te das una larga ducha? —le propuso Leslie mientras la empujaba hacia fuera—. Prometo ir a verte más tarde, ¿de acuerdo?

Jenny volvió a asentir. Leslie estaba a punto de deshacerse de ella cuando su amiga descubrió que había recuperado la voz; entonces, Jenny puso un pie en la puerta para evitar que Leslie la cerrara.

—Ten sexo con él por mí al menos una vez, ¿quieres? ¡Encantada de conocerte, Rhys!

Una vez que se quedaron a solas, Leslie se giró hacia Rhys y lo miró con un gesto de disculpa.

—Lo siento. Jenny no tiene filtro y es una gran fan tuya, así que…

—No te preocupes. Estoy acostumbrado —la tranquilizó él. Dejó la gorra y las gafas en el pequeño perchero de la entrada y después se acercó hasta ella para acariciarle los brazos y rozarle levemente los labios con los suyos—. Hola.

Leslie echó la cabeza hacia atrás y sonrió. Rhys era tan alto y ella tan bajita que cada vez que se besaban acababa con dolor de cuello.

—Hola.

Se besaron como si llevasen días sin verse en lugar de pocas horas. La lengua de Rhys se movía con lujuria en el interior de su boca y ella se derretía bajo su contacto. No se

trataba solo de algo meramente físico: el consuelo, la serenidad y el afecto que necesitaban solo podían hallarlos el uno en los brazos del otro.

Las mejillas de Leslie ardían cuando se separaron, , y ella tuvo que aferrarse a las solapas de la cazadora de Rhys, con la frente pegada a su pecho, hasta que se serenó lo suficiente como para recuperar el control de su cuerpo.

—Pensé que no te vería hasta que regresáramos al plató en un par de días.

—No podía esperar tanto.

Él la besó en la coronilla y después ella lo condujo al salón, que también hacía las veces de cocina y desde el que podía verse la única habitación del apartamento y el baño.

Leslie se sintió un poco avergonzada por el ridículo tamaño de su piso. Rhys debía de estar acostumbrado a grandes lujos, a la ostentación de

las enormes mansiones en las que vivían las estrellas de cine. Si no se hubiera pasado dos los últimos años ahorrando hasta el último centavo para costearse sus estudios de cine, Leslie tal vez habría podido permitirse alquilar un sitio un poco menos pequeño y más céntrico, pero ella era una chica práctica que no necesitaba grandiosidades para vivir.

—Ya sé que no es gran cosa, pero…

—Es estupendo —la interrumpió él, volviendo a besarla antes de quitarse la chaqueta—

. Si hubieras estado en mi piso de estudiante en la universidad, te habrías horrorizado.

Este sitio es acogedor. Y está limpio.

A pesar de que él le guiñó un ojo, Leslie no estaba segura acerca de si Rhys hablaba en serio o si por el contrario le estaba tomando el pelo. Fuera como fuere, era la primera vez que él hacía una referencia a su pasado de manera espontánea. No tenía ni idea de que Rhys hubiera asistido a clases en la universidad. Cuando se marchó de Berlin, ella le perdió la pista hasta que un buen día se lo encontró dando entrevistas en la tele promocionando sus películas. Era todo un misterio, y Leslie quería saberlo todo sobre él.

—Conque la universidad, ¿eh? —tanteó, tomando asiento a su lado en el sofá.

Él se acomodó entre los cojines y la llevó hacia sí para que descansara sobre su pecho.

En cuanto su oreja entró en contacto con su pectoral, Leslie le sintió soltar todo el aire que contenía en los pulmones, como si al fin se relajara por primera vez desde que habían vuelto a Los Ángeles.

—Asistí un semestre a la universidad de Chicago —le explicó él, acariciándole el cuello con las yemas de los dedos—. Aunque pronto me di cuenta de que aquello no estaba hecho para mí.

—¿Qué pasó? ¿Decidiste probar suerte en el mundo del espectáculo y te salió bien?

Ella notó su risa nacer en el interior de su pecho antes de que él soltara una carcajada.

—Más bien al revés. Fue la suerte la que dio conmigo. Y todo gracias a ti.

Leslie lo interrogó con la mirada y él suspiró, resignado. Leslie no se contentaría hasta que él le contase toda la historia, aunque sabía que a Rhys no le gustaba hablar de su vida pasada y que lo único que contaba para él era el presente. Del pasado se podía huir, y el futuro podía cambiar en función de las decisiones que uno tomase. Pero Leslie sentía que, si Rhys no se sinceraba con ella, tal vez nunca lo hiciera con nadie más.

—Durante mi breve estancia en Chicago me apunté a clases de teatro. Más que nada, por matar el aburrimiento, ya sabes… Estudiar leyes no era lo mío, y pensé que, como había participado en la obra del instituto gracias a ti —la miró con intención y un brillo travieso en los ojos—, a lo mejor no estaba tan mal jugar a eso de convertirme en otra persona.

»Poco después, mi colega Will me propuso unirme con él a una agencia de modelos para sacar un poco de pasta. Los dos éramos jóvenes, y nos gustaba salir de fiesta los fines de semana o hacernos alguna escapada al sur de vez en cuando. Además, Will quería impresionar a su chica, y, cuando tienes veinte años, la única manera de conseguirlo es teniendo dinero. Al principio no nos llegaban muchos trabajos; hacíamos de figurantes en alguna campaña publicitaria o nos pedían que saliéramos en unos cuantos anuncios, aunque sin abrir el pico. En la tele, si hablas, te pagan más, y nosotros éramos unos pringados recién salidos del cascarón. Pero entonces la agencia cambió de dueño, y todo lo que vino después pasó tan rápido que apenas tuve tiempo para pensar.

»Al nuevo jefe le parecí, ya sabes, atractivo o algo así. Me dijo que tenía exactamente lo que las mujeres buscaban en los hombres. Era lo suficientemente guapo para que las chicas se imaginaran yéndose a la cama conmigo, pero no tanto como para que me compararan con, según sus palabras, «un *stripper* barato». Así que me propusieron hacer un par de reportajes fotográficos para algunas marcas conocidas y, a raíz de ese momento, se me presentó la posibilidad de realizar una prueba de cámara para el episodio piloto de una nueva serie y… me cogieron. El resto ya lo sabes.

Leslie lo escuchaba con atención, embelesada por todo cuanto acababa de descubrir.

Ella acariciaba el pecho de Rhys sobre la camiseta una y otra vez,

deteniéndose de vez en cuando para juguetear con la medallita que se encontraba debajo de la tela.

—¿Y qué pasó con Will? ¿También empezó a trabajar delante de las cámaras?

Leslie lo sintió tensarse bajo su cuerpo y contener la respiración durante un instante.

—Estuvo conmigo hasta el final.

Ella detectó un cambió en su voz; se volvió más ronca, y apenas parecía capaz de emitir más de un susurro. Había algo más, algo de lo que Rhys no quería hablar. Su peculiar elección de palabras la intrigaba, pero tampoco quería presionarlo más de lo debido.

Después, Rhys le levantó la barbilla con los dedos y la besó con fuerza.

—¿Satisfecha?

Leslie se mordió el labio, coqueta. Rhys la complacía de más de una forma, pero en aquel momento solo era capaz de pensar en sus cuerpos desnudos retozando sobre la cama mientras hacían el amor.

—Creo que te va a hacer falta algo más que compartir tus secretos conmigo para satisfacerme, Hudson.

—¿Ah, sí?

Ella asintió, colocándose a horcajadas en su regazo. Dejó un reguero de besos por la piel expuesta de su cuello para luego sujetar el lóbulo de su oreja entre los dientes.

—Conque un *stripper,* ¿eh?

Rhys echó la cabeza hacia atrás, riéndose a carcajadas.

—De todo lo que te he contado… ¿eso es lo único con lo que te has quedado? Ahora verás.

Levantándose de golpe del sofá, Rhys la alzó en volandas y caminó con ella en brazos la escasa distancia que los separaba del dormitorio, todo ello sin parar de besarla con voracidad.

—Joder —masculló al ver la cama repleta de ropa—. Supongo que tendremos que olvidarnos.

—De eso nada.

Leslie le apretó las caderas con las piernas para llevarlo más hacia sí. Cuando le introdujo la lengua en la boca, Rhys gimió de placer. Leslie estaba tan excitada como él cuando llevó una mano hasta el sexo de ella y comenzó a acariciárselo por encima de la ropa.

—No me hagas esperar… —jadeó ella, mordisqueándole el labio inferior.

La camiseta de él voló por los aires cuando Leslie se la sacó con apremio por la cabeza.

Ella ahogó un gemido cuando su espalda chocó contra la pared. Rhys la tenía acorralada con su cuerpo, completamente a su merced. Nunca habían tenido tanta prisa por acostarse, pero ahora la urgencia del deseo era tan intensa que ninguno de los dos era capaz de mantener las manos quietas. Todo lo que tuvieran que hablar podía aguardar; ahora lo único que importaba era satisfacer aquella necesidad tan primaria que los urgía a fundir sus cuerpos y derretirse en brazos del otro.

El resto de la ropa desapareció entre besos, gemidos e incursiones de sus dedos dentro de la ropa interior. A medida que Rhys la masturbaba, Leslie se acercaba un poco más a la cima, casi a punto de perder la consciencia.

—Quédate conmigo… —jadeó él en su boca. Rhys se mostraba muy excitado, y cuando Leslie apretó su erección entre los dedos, gruñó de placer—. No te desmayes, Les…

Ruborizada como nunca, ella se sujetó de su cuello para mantenerse erguida. No era capaz de controlar el vaivén de sus caderas, y sabía que, si Rhys no la penetraba pronto, no tardaría en correrse sobre su mano.

—Condón… —consiguió murmurar apenas en un hilo de voz.

Rhys se apartó de ella lo suficiente como para recuperar sus pantalones y hacerse con el preservativo. Leslie lo contempló, atenta; estaba ansiosa por sentirlo. Él no tardó en volver a alzarla contra la pared; apartándole el pelo de la cara, la sujetó de la nuca y la miró fijamente a los ojos mientras se introducía en ella de una profunda estocada. Ella boqueó como un pez a causa de la impresión, notando cómo las embestidas de Rhys se volvían cada vez más rápidas y seguidas. Eran puro fuego, y no les importaba quemarse. Se besaron

con intensidad, enredando sus lenguas a la vez que ella le clavaba

las cortas uñas en la espalda y él introducía una mano entre sus cuerpos para acariciar aquel botón hinchado que clamaba sus atenciones.

El orgasmo fue tan brutal, tan repentino que Leslie explotó en una sucesión de gritos y espasmos. No ejercía control sobre su cuerpo, que se mecía contra el de Rhys como si tuviera vida propia. Él la miró a los ojos como si pudiera devorarla con la mirada cuando sucumbió a su propio clímax. Leslie le acarició la nuca para calmarlo, deslizando la mano lentamente hasta sus nalgas apretadas mientras todavía se derramaba en su interior.

—Joder…

Ella le sonrió y lo besó en la nariz.

Cuando se calmaron lo suficiente, Rhys abandonó la calidez de su cuerpo para deshacerse del condón. Se le veía agotado, pero también feliz.

—Necesito descansar un minuto.

Leslie rompió a reír a carcajadas cuando él volvió a tomarla en brazos y la tumbó en el suelo, con él encima. Ella le rodeó el cuerpo con brazos y piernas y lo apretó contra sí.

—¿Será siempre así?

Él levantó la cabeza para mirarla. Había tanto amor en sus ojos a medida que contemplaba su rostro que Leslie sintió que se le derretía el corazón.

—Siempre —murmuró, solemne.

Y la besó con todo el amor que Leslie notaba que era capaz de dar y que todavía no se atrevía a decir con palabras.

—No logro entender cómo puedes sobrevivir con la nevera vacía y los armarios llenos de comida caducada.

Rhys caminaba descalzo por su apartamento con un bote de galletitas saladas pasado de fecha en la mano. Leslie adivinó que debía de empezar a estar criando moho a juzgar por la expresión de asco que veía en el rostro de Rhys.

Se habían pasado el día entero retozando en la cama una vez que apartaron el montón de ropa que la cubría. Sus cuerpos se entendían a la perfección, sin necesidad de

palabras. Rhys encajaba en su interior como si lo hubieran creado especialmente para ella, y Leslie no deseaba probar a otros para saber, para tener la certeza, de que Rhys era la pieza que le faltaba en su resquebrajado corazón y que llevaba años buscando. Leslie no era una de esas chicas que se sentían incompletas si no tenían una pareja; para ella, lo único que importaba consistía en el amor y el cariño de su familia y amigos y en sentirse realizada consigo misma. El amor romántico era un añadido a la ecuación, pero, si no lograba encontrarlo, no se iba a considerar una solterona desdichada. Sin embargo, con Rhys a su lado podía imaginar un futuro feliz con el que volver a ilusionarse.

Después de engatusarlo para que la ayudara a recoger los restos de su equipaje, el estómago de ambos rugió en protesta a la intensa actividad física a la que sometieron a sus cuerpos durante largas horas, de modo que Rhys se comprometió a cocinar para ella mientras Leslie preparaba un improvisado pícnic en la coqueta terraza de su apartamento. Estaba colocando un montón de cojines sobre el suelo cuando lo vio aparecer con el bote en la mano, quejándose de su falta de provisiones.

—En mi defensa he de decir que acabo de volver de viaje.

Rhys la miró con una ceja arqueada. Estaba tan guapo despeinado y con el torso al descubierto que a Leslie se le olvidó qué iba a decir. A pesar de que trató de sonar convincente, estaba claro que Rhys no la creía.

—Está bien. No suelo cocinar mucho, y paso tanto tiempo fuera de casa que casi nunca voy a la compra.

—Pues me muero de hambre —declaró Rhys, dejándose caer sobre los cojines—. Y esto es una guarrada. ¿Es que nunca haces limpieza de armarios? ¡Ay!

Leslie había utilizado uno de los almohadones para arrojárselo a la cabeza. Él rompió a reír como un niño y ella recordó entonces cómo unas semanas atrás estuvo en ese mismo lugar con Jenny y Bruno sin tener ni idea de que poco después su vida cambiaría de forma radical.

—¿Pedimos algo de comer?

Él se mostró de acuerdo, y mientras seleccionaba el restaurante en el móvil, Leslie aprovechó para encender la guirnalda de lucecitas que adornaba la baranda del balcón para crear un ambiente más romántico.

—¿Qué te apetece?

Ambos compartieron una mirada cómplice y dijeron a la vez:

—¡Comida griega!

Tras realizar el pedido, Rhys se colocó a su espalda para abrazarla y los dos permanecieron unos minutos en silencio contemplando el cielo nocturno.

—No se ve ni una estrella —se lamentó Leslie.

Él apoyó la barbilla en su cabeza, entreteniéndose en admirar cómo sus manos jugaban a entrelazarse.

—Es irónico, ¿no crees?

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—¿El qué?

—Que en la ciudad de las estrellas el cielo esté completamente raso.

Leslie lo besó en la barbilla, le dio un toquecito en la nariz y le sonrió.

—Eso es porque tú las eclipsas a todas.

Rhys se inclinó sobre ella y la besó con tanto ímpetu que Leslie tuvo que agarrarse a su cuello.

—Si sigues así, no cenaremos…

Rhys la besó una vez más antes de soltarla. Su erección era más que evidente bajo la bragueta de sus pantalones, pero Leslie tenía razón, y él estaba hambriento. A pesar de lo mucho que la deseaba, su estómago no pensaba dejar de rugir hasta que fuera el primero en quedar satisfecho.

—He leído alguno de tus guiones —comentó él una vez que Leslie volvió a acomodarse sobre su pecho. La única prenda que cubría su cuerpo era su camiseta, y Rhys la encontraba irresistible vistiendo su ropa. Aprovechó para acariciarle con lánguidas caricias los muslos

desnudos y se felicitó a sí mismo al ver que la piel se le ponía de gallina.

Al escucharlo, Leslie volvió a incorporarse. Se sentó a su lado y lo miró con los ojos abiertos como platos. Antes de que se marcharan de Mykonos, ella le había hablado acerca de sus sueños de convertirse en guionista de cine y de sus planes para ingresar en una buena escuela para formarse. Rhys no dudó en animarla, y cuando Leslie le planteó la posibilidad de que leyera alguna de sus historias, él se mostró encantado de ayudarla. Pero entre el rodaje y la incipiente relación que estaba surgiendo entre los dos, Leslie había olvidado que le envió al correo electrónico varios de sus proyectos.

—¿Y?

Leslie estaba nerviosa, y sabía que Rhys podía notarlo.

—Creo que son geniales, en serio. De hecho, pienso que deberías hacer algo para proteger tu trabajo de los carroñeros que hay en este mundillo. Tienes mucho talento, de verdad. No me cabe duda de que serás una de las mejores guionistas de este país.

Los hombros de Leslie se hundieron al escuchar su discurso. No era tonta, y sabía que las palabras de Rhys escondían algo más de lo que decían.

—No te han gustado —murmuró, bajando la mirada.

—Claro que me han gustado. Yo no he dicho lo contrario.

—¿Pero? —Leslie lo interrogó con una ceja arqueada—. Sé que hay un pero. Vamos, suéltalo.

Rhys suspiró. Aunque Leslie era una escritora prometedora, hacía falta mucho más que tener talento. Tienes que destacar, ser diferente al resto, si quieres que te tomen en serio.

—Escribes historias interesantes con giros inesperados —le explicó, y luego se sintió culpable cuando dijo—: Pero no tienen alma.

—Alma…

—Quiero decir que creas historias que piensas que gustarán a los directores o que interesarán al público. No escribes aquello que te llena a ti. —Rhys la cogió de las manos y le besó los nudillos antes de continuar—. Leslie, eres increíble. Si me admites un consejo, céntrate

en aquello que te sale del corazón y llegarás lejos. Yo creo en ti, cariño.

Leslie se mordió el labio, luchando por contener las lágrimas que se agolpaban tras sus ojos. Su ego de futura guionista se sentía un poquito herido, aunque sabía que la intención de Rhys no era lastimarla. En el fondo le agradecía su sinceridad; sin embargo, el cariño con el que le hablaba y el amor que destilaban sus palabras era lo que de verdad la habían emocionado.

—No llores —le pidió él, acariciándole la mejilla.

Ella negó con la cabeza y le sonrió para hacerle saber que todo estaba bien. Cuando Rhys volvió a abrazarla ella se sintió segura y protegida, como si nada malo pudiera pasarle nunca más.

—Gracias —murmuró contra su pecho—. Aunque sospecho que no te has tomado la molestia de venir hasta aquí solo para poner verdes mis guiones, ¿verdad?

Él se apartó un poco para mirarla con el ceño fruncido.

—Yo no he hecho eso —protestó. Pero enseguida claudicó—: Está bien. Lo cierto es que necesitaba verte —suspiró—. Cada vez me siento menos yo, Leslie. Me he encontrado con media docena de fotógrafos solo al salir de casa. Ni siquiera puedo ir a por un maldito café sin que haya alguien siguiéndome. Mi trabajo es actuar y promocionar mis películas, maldita sea. No consiste en ser un mono de feria ni en exponer mi vida privada. Yo no quiero eso. No soy así.

Al verlo tan alterado, Leslie sintió compasión por él. Ya en el instituto, Rhys era un chico solitario y reservado que apenas hablaba con los demás. Ahora, en cambio, era un actor reconocido cuya fama lo estaba aplastando. Su pecho subía y bajaba deprisa bajo su respiración acelerada. Estaba agobiado, la popularidad y la presión de Hollywood lo abrumaban y ella quería ayudarlo. No podía ponerse en su lugar e imaginar lo que tenía que ser sentirse el foco de atención del mundo, pero sí era capaz de comprenderlo.

Ella quería darle el consuelo que él necesitaba, hacerle saber que, si él quería, estaba dispuesta a convertirse en su lugar seguro. Ella nunca lo traicionaría. Si Rhys se lo permitía, Leslie incluso le entregaría su corazón. De repente, un pensamiento cruzó por su mente, y aunque tal vez él la rechazase, tenía que intentar darle una vía de escape para que pudiera volver a sentirse como un hombre normal.

—Tengo una idea —le dijo, acunándole las mejillas—. Sé que es algo prematuro, y no tienes por qué aceptar si no te apetece. —Leslie se sentó en su regazo y lo besó antes de seguir hablando—. ¿Querrías pasar Acción de Gracias con mi familia y conmigo?

Rhys parpadeó. Leslie lo había pillado desprevenido. Leslie pensó que, por un lado, no había nada más normal que celebrar un día tan señalado en compañía de la familia, pero por otro… No estaba segura de si a Rhys le resultaba buena idea presentarse en Berlin después de tantos años. La idea parecía entusiasmarle y ponerle nervioso a partes iguales.

—No sé, Les… No he vuelto a Berlin desde que me marché a la universidad, y volver así, de repente, no sé si es lo más adecuado.

Su confesión sorprendió a Leslie, que, sin embargo, se las apañó para ocultarlo. No quería presionarlo, aunque no podía negar que no le hiciera ilusión tener a Rhys a su lado, junto a sus seres queridos, en una fiesta tan importante. Y si, además, lograba que él se reuniera con su familia, se daba por doblemente satisfecha. Había heridas que necesitaban sanar, aunque él no fuera consciente de ello.

—No tienes por qué venir —le aseguró ella—. Solo prométeme que lo pensarás, ¿de acuerdo?

Rhys asintió antes de besarla en los labios. Leslie sabía que en el interior de Rhys todavía habitaban demonios que amenazaban en las sombras.

El timbre de la puerta sonó. Leslie, aún sentada encima de él, le dio una palmadita en la mejilla y se puso en pie.

—Esa debe de ser nuestra comida. Ya voy yo, tranquilo.

Rhys la siguió con la mirada. Lo que Leslie no podía saber era que él se preguntaba qué haría cuando la perdiera, cuando su romance finalizase. En la vida de Rhys nada era duradero, y, aunque le pesase, sabía que su historia con Leslie no duraría para siempre.

Se dijo que todo lo que podía hacer era disfrutar de su compañía y de los momentos que pudiera robarle al destino. Su intención no era hacerle daño, pero era consciente de que ese instante llegaría tarde o temprano. Cada vez que la miraba notaba como si un puñal se le clavase en el corazón y alguien lo retorciese. Estaba empezando a enamorarse de ella, de su sencillez, de su forma de ser, de su risa y de sus arranques de mal genio.

Resultaba muy fácil quererla y a la vez era aterrador. Lo único seguro y constante que existía en su vida era la soledad, y hasta entonces no se había planteado abandonarla.

Mientras tanto, pasase lo que pasase al día siguiente, decidió olvidarse de todo y concentrarse en Leslie y en todo lo que ella le hacía sentir.

—Oye, Rhys —lo llamó Leslie, que caminaba hacia él cargada con las bolsas de la cena—. ¿Te quedas a dormir esta noche?

Me quedaría para siempre, fue lo que en realidad pensó Rhys. Sin embargo, no se lo dijo.

—Tengo que presentarme en un sitio por la mañana. Pero sí, me quedo contigo.

15

15 – INT. SET DE RODAJE EN ALGÚN LUGAR DE LOS ÁNGELES – DÍA.

LESLIE se prepara para interpretar una de las escenas más difíciles de la película. Sabe que tiene que conectar con su yo del pasado, aunque se arriesgue a que el corazón vuelva a rompérsele.

Tras semanas de duro trabajo y de jornadas interminables, el rodaje de la película estaba a punto de llegar a su fin. Una profusión de emociones contradictorias se arremolinaban en el interior de Leslie: por un lado, le aliviaba saber que casi habían acabado la cinta y que, según palabras de Miles, el director, el resultado era más que satisfactorio. Se terminaron los madrugones, las largas sesiones de maquillaje y peluquería para parecerse lo máximo posible a Elizabeth Taylor y que aburrían sobremanera a Leslie.

No habría más noches despierta hasta bien entrada la madrugada para repetir alguna escena en concreto que se les atascaba. Pero, por otra parte, no volvería a ver al equipo, ni se metería en el papel de la diva de Hollywood a la que había aprendido a apreciar como si de una vieja amiga se tratase, ni tampoco tendría la excusa para toparse con Rhys cada día. Leslie se preguntaba qué pasaría con su relación ahora que el rodaje se terminaba. Conocía historias de otros actores que se habían enamorado durante las filmaciones, pero cuyo romance, una vez finalizado el trabajo, se terminó tan pronto como comenzó. No quería que ellos fueran de esa clase de parejas. Rhys y ella estaban bien, se comprendían y se hacían reír, y el sexo entre los dos era increíble. Aun así, Leslie temía que el actor diese carpetazo a su

relación tan pronto como Miles gritase

«¡Corten!». Hacía un par de noches, en su apartamento, le dio la impresión de que él estuvo a punto de decirle que la quería, aunque finalmente se contuvo. No estaban juntos solo por compasión o por el pasado que compartían; Rhys la atraía de verdad, le gustaba su forma de ser, hosca pero tierna cuando se rascaba un poco en la superficie.

Veía la tristeza reflejada en sus ojos cada vez que la miraba, y también la necesidad de que alguien se preocupara por conocer al hombre que se escondía detrás del actor.

Leslie tenía la impresión de que Rhys llevaba mucho tiempo sintiéndose solo, prácticamente desde que era un crío, y, si se paraba a pensar, ella tampoco se había abierto al mundo desde que la vida se le truncó varios años atrás.

Era hora de que los dos afrontaran la verdad de lo que estaba surgiendo entre ellos y fueran lo suficientemente valientes como para admitir sus sentimientos y apostaran por su relación. Leslie se prometió a sí misma que, una vez finalizara el rodaje, hablaría con Rhys y le confesaría su amor por él. Estaba segura de que no se trataba de un capricho pasajero, de un cuelgue momentáneo debido a que una estrella del cine como él se fijara

en ella. Lo quería de verdad, probablemente nunca hubiera dejado de quererlo, y estaba dispuesta a luchar por su relación.

Los estudios de la productora se encontraban próximos a los de la Paramount, por lo que cada vez que el coche que la llevaba al plató recorría la larga avenida, Leslie se sentía un poquito más cerca de Elizabeth, como si, de alguna manera, pudiera ponerse en sus zapatos. Elizabeth también hizo el mismo camino incontables veces durante los numerosos rodajes que realizó en Los Ángeles. Habría tenido un chófer propio, la habrían agasajado nada más poner un pie en el trabajo, habría tenido un vestuario creado en exclusiva para ella que después se habría asegurado de poder quedárselo una vez finalizada la película. Durante las semanas que la joven había pasado interpretándola, Leslie aprendió que la Taylor hizo cuanto quiso para alcanzar sus objetivos y que nunca tuvo miedo a la hora de enfrentarse a hombres poderosos o de hacer pública su afición por las joyas o el deseo que sentía por hombres poderosos. En cierto modo, Leslie la envidiaba, a pesar de que las dos no podían ser más diferentes: Leslie era incapaz de pisotear a nadie a cambio de conseguir sus metas, no sabía mentir, prefería la sencillez al lujo y una

vida en el anonimato a la fama y solamente había amado a un hombre en toda su vida. Bueno, a dos si contaba a Rhys. El encaprichamiento adolescente que un día sintió por él llegó a convertirse en un incipiente amor que prometía durar para siempre si él lo permitía.

—Ya estamos, señorita Prescott —le anunció el conductor una vez detuvo el coche a las puertas del estudio.

Un solícito conserje apareció presuroso para abrirle la puerta del vehículo, y Leslie le agradeció el gesto con una sonrisa. Aquella mañana estaba nerviosa, más que de costumbre, pues sabía lo que le esperaba una vez que traspasase las puertas del set. Se había preparado mentalmente para ello, pero, aun así, no podía evitar que le temblaran las manos y que un molesto sudor frío le recorriese la espina dorsal. Le dolía la cabeza y ni siquiera era mediodía. Rehusó tomar ningún medicamento porque sabía que no se encontraría mejor hasta que terminase con lo que tenía que hacer. A pesar de que casi estaban en noviembre, hacía un calor casi veraniego. Leslie hubiera agradecido algo de brisa fresca que aliviase su malestar. Sabía que no sería un día fácil para ella; no obstante, era consciente de que no podía eludir su responsabilidad. Le había dado su palabra a Miles de que terminaría esa película, y pensaba cumplir con lo pactado.

El estudio bullía de actividad cuando Leslie puso un pie en el plató. La gente se movía de un lado a otro cargando cosas, desde focos de iluminación hasta enormes centros de flores. Se notaba en el ambiente que faltaba poco para terminar el proyecto, e incluso los tramoyistas se afanaban más de la cuenta en el desmontaje de los decorados con el fin

de dejarlo todo preparado para la siguiente película. En Hollywood el tiempo valía oro y las demoras significaban dinero, por lo que nadie podía permitirse retrasarse en sus funciones.

En el set de maquillaje y peluquería, las chicas estaban más activas de lo habitual.

Mientras le colocaban la peluca y la maquillaban de forma sutil, Leslie las oyó cuchichear acerca de Rhys.

—He oído que es bastante desagradable en las distancias cortas —murmuró una de ellas mientras le ahuecaba los falsos mechones oscuros con la punta de un peine.

—Pues yo creo que es solo una fachada —replicó la maquilladora, que en ese momento le estaba dibujando a Leslie el lunar en la mejilla

derecha—. El tío no puede ser tan antisocial con esa cara. ¿Os habéis fijado en el hoyito que se le forma cuando sonríe?

—Dirás más bien a cuando su personaje sonríe. Yo solo lo he escuchado gruñir cuando me toca colocarle la prótesis de la nariz y el maquillaje.

—Al menos tienes que reconocer que Rhys Hudson está bueno. El otro día pasé por el box de vestuario y casi lo veo en bolas. ¿Tú qué opinas, Leslie? Vamos, cuéntanos algún cotilleo. ¿Cómo es Rhys en las distancias cortas?

Como si la hubieran sacado de un trance, Leslie parpadeó varias veces y miró a las chicas a través del espejo. Había permanecido en un segundo plano durante el tiempo que duró la conversación. Tenía el guion en el regazo, y, aunque intentó repasar sus frases una y otra vez, su cabeza se negaba a cooperar. Sentada en la silla, no era capaz de dejar de mover las piernas, por lo que agradecía la distracción de las mujeres.

—Rhys es un encanto, en serio —les aseguró, con una sonrisa—. Muy profesional, y un actor estupendo.

Ambas chicas suspiraron; Leslie era consciente de que despertaba envidias entre mujeres y entre algunos hombres debido a su cercanía con Rhys. A pesar de que él se guardaba mucho de interactuar con ella detrás de las cámaras para evitar despertar rumores acerca de su relación, lo cierto era que, como su coprotagonista, podía mirar, tocar y besar a Rhys tanto como lo requiriera el guion. No todo el mundo tenía la oportunidad de conocer a Rhys a fondo; ese era un privilegio que solo unos pocos elegidos lograban conseguir.

En ese momento, como si lo hubieran invocado, Rhys apareció en la sala, ya caracterizado como Mike Todd. Llevaba la prótesis de la nariz que le hacía diez años

mayor, el pelo engominado peinado hacia un lado y un traje oscuro de tres piezas. Ella, en cambio, vestía un ligero camisón con una batita a juego casi transparente, típica de la época.

Aquel día se esperaba que rodasen la última vez que Elizabeth vio a su marido con vida. La noche del 22 de marzo de 1958 estaba previsto que Mike y Elizabeth viajaran a Nueva York para que él recibiera el premio a mejor *showman* del año que otorgaba el Friars Club en el hotel Waldorf Astoria. Sin embargo, poco después de que ella iniciara el rodaje de *La gata sobre el tejado de zinc,* cayó enferma a causa de un

fuerte resfriado que la obligó a guardar cama, por lo que no pudo acompañar a Mike en aquella ocasión. El productor había organizado el viaje en su avión privado, *Liz,* un bimotor de seis plazas que la propia Elizabeth se había encargado de decorar, con un dormitorio completo dentro en el que predominaba el color violeta en referencia a sus ojos. Como no le apetecía volar solo, Mike intentó engatusar a alguno de sus amigos, como Kirk Douglas o el propio Eddie Fisher para que fueran con él; sin embargo, las condiciones meteorológicas no parecían ser las más propicias para un vuelo en avioneta, por lo que todos sus colegas, salvo el escritor Art Cohn, rehusaron viajar con él. Elizabeth le rogó a su marido que no se marchase. Las tormentas eran cada vez más fuertes y el viento racheado no hacía pensar que el temporal fuese a amainar. Mike le aseguró que estaría bien, que nada malo le pasaría. Elizabeth se quedó sola, enferma y preocupada en casa, rezando para que su esposo volviera a su lado. Pero el productor nunca llegó a su destino. Pocas horas después de despegar, su avión se estrelló entre dos montañas en Nuevo México; habían pasado trece meses después de haberle dado el «Sí, quiero» a la actriz en una romántica boda en Acapulco. Elizabeth Taylor enviudó a los veintiséis años. Sola, con un bebé de ocho meses y completamente devastada, lo único que pudo recuperar de los restos del accidente fue la alianza de oro de su marido. Al enterarse de la trágica noticia, Elizabeth creyó enloquecer.

—¿Estás preparada? —le preguntó Rhys.

Se mostraba más serio que de costumbre y es que, de alguna manera, todo el equipo era consciente de la trágica escena que debían rodar y el mimo y cuidado que tenían que poner en cada plano. A fin de cuentas, estaban narrando la vida de dos personas reales que habían existido hasta no hacía mucho tiempo y, con toda probabilidad, sus familiares acabarían viendo la película. Tenían que esforzarse por hacer justicia a la aclamada diva de Hollywood y a la mujer de carne y hueso que había detrás de la actriz.

Leslie clavó la mirada en el rostro de Rhys y asintió. Cuanto antes empezaran a rodar, antes terminarían.

Cuando entraron juntos en el set de grabación, el silencio se hizo entre el equipo. Era como si todo el mundo se hubiera puesto de luto, como si realmente lamentaran la muerte del productor y sintieran la honda pena de la actriz por la pérdida de su marido.

Incluso Miles estaba más comedido. En lugar de sus habituales gritos y órdenes, el director se limitaba a pedir a sus ayudantes que

reajustaran las cámaras y cambiaran los planos antes de comenzar.

—Muy bien, chicos —musitó Miles al tiempo que los rodeaba a ambos con los brazos—.

¿Listos para la gran escena?

Después de que los dos le aseguraran que no necesitaban ningún ensayo previo, Leslie se tumbó en la cama que se suponía que había sido del matrimonio. Liz estaba enferma, por lo que Mike se despidió de ella en el dormitorio de su residencia de Beverly Hills.

Rhys se acercó hasta ella, arrodillándose en el suelo antes de sujetarle una mano y llevársela a los labios. No hizo falta que pronunciara una sola palabra para transmitirle confianza y seguridad. *«Puedes hacerlo»,* parecía que le decían sus ojos. Leslie apretó los labios e inspiró hondo.

—Y… ¡acción!

El corazón de Leslie dio una voltereta en el interior de su pecho cuando reconoció el momento exacto en el que Rhys dejó de ser él mismo para meterse en la piel del productor de cine. Él le sonrió justo antes de besarle los nudillos de forma reverencial.

—Te lo ruego, Mike —farfulló Leslie, con voz compungida al borde de las lágrimas—.

No subas a ese avión. Quédate aquí conmigo.

Rhys extendió una mano para acariciarle los mechones de pelo que caían sobre su frente, mirándola con tanto amor que Leslie casi no podía respirar.

—No va a pasarme nada, nena —le aseguró él—. El piloto dice que es seguro viajar.

Además, mira —sacándose la cartera del bolsillo interno de la chaqueta, Rhys extrajo una fotografía de estudio de Elizabeth—. ¿Ves? Vienes conmigo allá donde voy.

Mientras la preciosa Liz esté conmigo, puedo considerarme un tipo afortunado.

Apartando las sábanas de su regazo, Leslie salió de la cama y se arrodilló junto a Rhys.

Le sujetó las manos con fuerza, como si la mismísima Elizabeth Taylor

se hubiera apoderado de su cuerpo y supiera lo que iba a suceder si permitía que su marido volara esa noche. Apenas si tenía voz para continuar con sus líneas; todo lo que podía sentir eran la pena y el desconsuelo por una mujer que estaba a punto de perder al que

entonces era el amor de su vida. Leslie una vez estuvo en el lugar de Elizabeth, por lo que conocía de primera mano el dolor que causa la pérdida de un ser tan querido. ¿Y si aquello les sucedía también a Rhys y a ella? ¿Valía la pena volver a arriesgarse? Se imaginó a Rhys subiendo a un avión y no regresando jamás a su lado. ¿Qué sería de ella entonces? No se creía capaz de volver a soportar un tormento tan grande que la hiciera sumirse de nuevo en una profunda depresión de la que no querría salir mientras le quedase una brizna de aliento en su cuerpo. Los recuerdos del pasado eran demasiados intensos como para apartarlos de su mente, y la semejanza de la escena con su experiencia vital hacían muy difícil que ella pudiera concentrarse en el diálogo.

—Por favor. Por favor… —sollozó, aferrándose al cuerpo de Rhys. Las lágrimas corrían por sus mejillas como si de dos manantiales se tratase —. Yo… Yo… No te vayas. No, no…, John. ¡No!

—¡Corten! —gritó la voz de Miles desde el otro extremo del set—. Vamos a tomarnos cinco minutos, chicos. Leslie, muchacha, ¿te encuentras bien?

Aturdida, Leslie parpadeó varias veces para tratar de ubicarse. A través de sus húmedas pestañas podía ver al equipo moverse de un lado a otro para dejar el decorado tal y como estaba antes de que empezaran a grabar. Su pecho subía y bajaba deprisa a causa de su respiración acelerada, y ni siquiera se había dado cuenta de que sujetaba con fuerza las solapas de la chaqueta de Rhys hasta que él le apartó las manos.

Miles y Rhys la contemplaban con preocupación. Le estaban hablando, pero ella no los escuchaba. Veía sus bocas moverse, sin embargo, ella tan solo escuchaba aquellas frases que llevaban seis años ancladas en sus recuerdos: *«Sigues siendo mi mejor amiga, Les. No importa lo que la vida nos depare; siempre seremos amigos. Pero espero que me guardes algo de cena para cuando vuelva a casa. Nos vemos en unas horas».*

En unas horas…, pensó Leslie. Entonces no tenía ni idea de que aquella sería la última vez que sus ojos vieran al chico más tierno que había conocido nunca.

—John…

Aquel nombre, apenas susurrado, fue lo único que Leslie acertó a decir antes de salir corriendo del plató en dirección a su camerino.

Creía haberlo superado. Se había convencido de que debía continuar con su vida, que tenía que rehacerla y cumplir sus sueños, que eso era lo que John hubiera querido.

Tenía un alma tan pura, un corazón tan bondadoso que no hubiera deseado para ella

más que felicidad, incluso cuando él ya no estuviera a su lado. Pero, a veces, la pena era tan intensa que era incapaz de contenerla. Cuando sucedía, Leslie se permitía llorar a placer, recordando viejos momentos y lamentándose por todo lo que nunca podría ser antes de recomponerse nuevamente y ser la Leslie de siempre. John fue su mejor amigo, su pareja durante un corto período de tiempo. Su amistad con John fue tan estrecha que estaba segura de que tal vez confundieron sus sentimientos con amor, pero eso no significaba que la pena por su pérdida doliera menos. John era joven, era su amigo y la entendía mejor que nadie. Hacerse a la idea de que no volvería a verlo nunca más fue una de las cosas más duras que Leslie había tenido que hacer en su vida. Rodar la escena de la despedida de Elizabeth y Mike había sido demasiado para ella. A pesar de que la actriz no sabía que aquella sería la última vez que vería a su marido, al menos tuvo la oportunidad de despedirse de él, cosa que Leslie no pudo hacer. Esa era la peor parte de su duelo: no haber tenido la ocasión de decir adiós.

La puerta de su camerino se abrió despacio para permitirle el paso a Rhys. Se le veía visiblemente aturdido, y Leslie se dio cuenta de que se había quitado la prótesis de la nariz y el maquillaje. Ella suspiró aliviada, pues no se veía capaz de volver a meterse en la piel del matrimonio. Simplemente no le quedaban fuerzas.

—¿Puedo pasar?

Solo cuando ella asintió, Rhys entró y caminó despacio hasta ella. Leslie permanecía sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las rodillas flexionadas. Rhys la imitó, situándose frente a ella, pero sin tocarla.

—¿Te apetece hablar de lo que ha pasado?

Leslie notó que la pena le sobrevenía de nuevo. Hizo un puchero y negó con la cabeza solo para asentir instantes después.

—Cariño, no voy a presionarte —le aseguró él—. Solo quiero que sepas que estoy aquí cada vez que me necesites.

Leslie pensó que Rhys no debería ser tan tierno con ella, y menos después del lío que acababa de organizar. La calidez de su voz y la preocupación de su mirada le llegaban directos a su corazón roto y comenzaban a unir una a una las piezas hasta recomponerlo. Él era todo cuanto Leslie necesitaba, pero le daba pavor perderlo a él también.

—Lo sé —musitó ella, extendiendo una mano hacia Rhys. Cuando él se la sujetó entre las suyas, se la llevó a los labios y la besó con devoción—. Siento el follón que he armado, pero es que yo… —Dio un nuevo hipido. Se puso la mano libre en el pecho para tratar de serenarse—. Demasiados recuerdos en mi cabeza. Demasiado doloroso.

—Shhh… Lo sé —Rhys reprodujo sus palabras, dedicándole una sonrisa para tranquilizarla—. ¿Quieres contarme quién es John?

Su nombre, pronunciado de labios de Rhys, amenazó con volver a quebrar su maltrecho corazón. Leslie nunca hablaba de él. Hacía tiempo que había decidido mantenerlo solo para sí misma, conservándolo vivo en un lugar seguro de su memoria. Sin embargo, por alguna extraña razón, no le parecía mal compartir aquellos recuerdos con Rhys. Sabía que él no los desmerecería y que tampoco la juzgaría. A pesar de lo que muchos pudieran pensar, Rhys Hudson era una persona empática, con una bondad tan grande que lo convertía en un ser humano extraordinario.

Respiró hondo y se humedeció los labios agrietados, armándose de valor antes de hablar.

—Tú también lo conoces —murmuró; se notaba la garganta seca y la voz más ronca de lo normal a causa del llanto—. John Miller, ¿te acuerdas de él?

Rhys trató de hacer memoria. El nombre le sonaba, y estaba seguro de que en algún rincón de su mente guardaba la información que necesitaba sobre ese nombre. Leslie fue testigo del momento exacto en que él lo reconoció.

—¿El capitán del equipo de *lacrosse*? —Cuando Leslie asintió, Rhys se llevó una mano a la cabeza, sorprendido—. No había vuelto a pensar en él desde que me llamó capullo en los ensayos de *Romeo y Julieta*.

A pesar de las lágrimas, Leslie se vio capaz de sonreír. Los buenos

momentos, incluso los más estúpidos, eran los que conservaba con más cariño y los que le sanaban el alma rota.

—John se me declaró poco después de que tú te graduaras —le explicó, intentando contener la pena—. Era buen chico. Inteligente, responsable, guapo… Era mi amigo.

Congeniamos muy bien y yo sentí que por fin había alguien que me entendía, que no me juzgaba. —Leslie se encogió de hombros al tiempo que se limpiaba la nariz con el dorso de la mano, como una niña—. A veces creo que confundimos nuestros

sentimientos y simplemente nos dejamos llevar. Estar con él era fácil. No había sobresaltos en mi vida, pero…

—Pero te rompió el corazón.

Leslie se apresuró a negar con la cabeza.

—Todo lo contrario. Mi relación con John se basaba más en la amistad que en la pasión.

Estábamos cómodos el uno junto al otro, e imagino que, si no hubiera… Si él no hubiera… —. Tuvo que detenerse unos momentos para calmarse. Recordar a John, a su amigo, dolería siempre—. Puede que hubiéramos terminado casados.

Comprobando que las piernas volvían a ser capaces de sostenerla, Leslie se puso en pie y caminó hacia el tocador de su camerino. Rhys la siguió y se fijó en que ella sacaba su móvil de uno de los cajones y que deslizaba los dedos sobre la pantalla hasta dar con lo que estaba buscando. Cuando le tendió el teléfono, vio una foto de Leslie unos años atrás junto a John. Ya no era el muchacho que Rhys recordaba; John se había transformado en un hombre alto y musculoso, con la misma sonrisa sincera e inocente que tenía en el instituto. Al contemplar la fotografía más detenidamente, Rhys reparó en el anillo de compromiso que lucía Leslie en su dedo anular izquierdo.

Leslie lo miró con atención, preguntándose qué estaría pasándole por la cabeza en aquel momento. Era probable que Rhys estuviera imaginándola con John en la cama, o tal vez estuviera juzgándola por mantener una relación con un hombre por el que sentía más cariño que pasión. Para ella, Rhys siempre había sido el amor de su vida, de su pasado, su presente y puede que ahora también de su futuro. Ella siempre querría a John, y deseaba con todas sus fuerzas que su amigo siguiera a su lado. A pesar de que aquello pudiera suponer que ella

nunca se hubiera reencontrado con Rhys. Esa idea la atormentaba, pues no estaba dispuesta a renunciar a él.

—Vivimos juntos en Washington un tiempo mientras estuve allí estudiando Literatura inglesa. Él fue paciente conmigo, y nunca me presionó para que le diera más de aquello para lo que estaba preparada. En mi cabeza, en mi corazón, siempre fuiste tú, Rhys. —

Leslie suspiró. Alzó los ojos y miró a Rhys, que permanecía con el rostro serio y la mandíbula apretada—. Supongo que no fui justa con John, pero él me conocía. Sabía cómo era y cómo me sentía. Con él nunca tuve que esconder nada.

»Poco tiempo después de que me graduara, John se quedó en el pueblo como asistente del entrenador de *lacrosse* del instituto. Tenía un don, ¿sabes? Entendía a los críos y siempre lograba sacar lo mejor de ellos. Llevó a los chicos a los campeonatos estatales, y

se estaban preparando para la competición nacional cuando… —Se detuvo. Sentía que volvía a faltarle el aire, y necesitó unos segundos antes de continuar.

—No tienes por qué contármelo si no estás preparada.

Leslie asintió. Rhys tenía una expresión de preocupación pintada en el rostro. Le dolía verla sufrir, pero esa era una herida que siempre permanecería abierta y que él no podía sanar.

—Volvía a casa desde Filadelfia. John tenía un contacto en el equipo de los Wings de Filadelfia y quería sorprender a los chicos con una visita al estadio. —El rostro de Leslie se crispó de dolor a medida que iba relatando los fatídicos hechos—. Su coche se salió de la carretera cerca de New Castle y se estrelló contra un árbol. —La voz se le quebró al llegar a esa parte. Tuvo que cerrar los ojos y respirar hondo para poder continuar—.

Cuando me llamaron para darme la noticia no podía creérmelo. Había hablado con él un par de horas antes y me aseguró que llegaría a casa a tiempo para la cena.

Lágrimas silenciosas corrían por las mejillas de Leslie y ella no hacía nada por evitarlas.

Todavía podía escuchar la voz de John diciéndole que la quería, su risa escandalosa y sus tontas bromas. Lo echaba de menos, y nunca sería capaz de olvidarlo.

—Leslie… —Rhys la abrazó, besándole la cabeza—. No sigas más. Te entiendo. Yo…

—Derrame cerebral —masculló, limpiándose los ojos con el dorso de la mano—. Los médicos dijeron que no sufrió, que fue algo repentino. Tenía veintitrés años. Me tenía a mí. Tenía toda la vida por delante.

—Dios…

Rhys le acunó las mejillas y la besó una y otra vez por todo el rostro, notando el sabor salado de sus lágrimas en los labios. Leslie sentía todo el amor que Rhys estaba poniendo en aquel abrazo. Era como si a él se le partiera el corazón solo con pensar en la pesadilla que debió de vivir con la muerte de John. Entre sus brazos ella se sentía en paz, segura. Rhys conseguía que el dolor desapareciera de su pecho, y sanaba su alma herida.

—No quiero que sientas pena por mí, yo… —suspiró, acongojada—. Solo quería que supieras mi historia.

Él la apartó de sí lo justo para poder mirarla a la cara. Necesitaba que entendiera cada palabra que iba a decirle.

—Eres la mujer más valiente que he conocido nunca —le aseguró—. Y, lo creas o no, te comprendo mejor de lo que imaginas.

Ella arqueó una ceja, como si no lograra entenderlo. Hasta donde ella sabía, su madre y su padrastro seguían viviendo felices en Berlin. ¿Se referiría tal vez a su padre? Rhys le había confesado que el hombre murió mientras faenaba en el mar siendo él un niño.

¿Tal vez una antigua novia?

—¿Recuerdas a mi amigo Will? —Él suspiró después de que ella dijera que sí con la cabeza—. Un loco con una pistola entró en la gasolinera en la que Will estaba repostando para volver a casa —le contó—. Creímos que sobreviviría, pero la hemorragia era demasiado grande.

—Oh, Rhys…

Se abrazaron tan fuerte que el dolor en sus costillas palió en cierto modo el pesar de sus corazones destrozados.

—Hoy me he dado cuenta de que no soportaría que algo así volviera a pasarme —le confesó Leslie, alzando la cabeza para mirarlo—. Me duele la idea de perderte, Rhys.

Él apretó los dientes, intentando contener el nudo de emociones que se había instalado en su garganta. Como actor, estaba acostumbrado a controlar sus emociones, y había pasado tanto tiempo aislándose del mundo real que se había convertido en un maestro disfrazando sus sentimientos. La muerte de Mike fue la gota que colmó el vaso, la prueba que necesitaba para comprobar que no debía albergar afecto hacia otras personas. Cada vez que había querido a alguien, cada vez que se había sentido arraigado a amigos y familiares, todo en cuanto creía le había sido arrebatado. Por eso siempre estaba solo. La soledad era algo que nadie nunca podría quitarle.

—Nada dura para siempre —le dijo él—. Ni tampoco existe la certeza de que mañana vayamos a estar aquí, como ahora. Amar es un arma de doble filo, y yo no sé cómo manejarla.

Despacio, Leslie entrelazó sus dedos con los de él, le besó los nudillos y después llevó sus manos unidas a su pecho para que él notara sus latidos.

—A veces, en la vida, la persona que quieres se va, pero el amor permanece contigo.

Él le sonrió tímidamente y se inclinó hasta que su frente descansó sobre la de ella.

—Supongo que todos estamos un poco rotos por dentro.

Leslie se mostró de acuerdo; después, se alzó sobre las puntas de sus pies desnudos y le ofreció a Rhys sus labios. Él la besó despacio, como si así pudiera grabar en los suyos la forma de su boca. Leslie pensó que aquello era mucho más que ternura. Lo que había entre ellos, sin lugar a dudas, era amor.

—Sé que tu forma de protegerte es aislándote del mundo, pero, por favor, no me apartes de tu lado.

Él se agachó para rodearle la cintura y levantarla en brazos, como si no pesara más que una pluma, hasta que sus ojos quedaron a la misma altura.

—Aunque quisiera hacerlo, no podría. ¿Qué has hecho conmigo, Leslie Prescott?

Ella sonrió por primera vez desde que había abierto los ojos por la mañana.

—Yo podría hacerte la misma pregunta, Rhys Hudson. Siento decirte que estamos condenados.

—¿Condenados?

—Condenados a entendernos.

Leslie estuvo a punto de decir «querernos», pero ¿qué diferencia había?

16

16 – EXT. CALLE PRINCIPAL DE BERLIN, MARYLAND – DÍA.

RHYS, de pie en mitad de la calle, no puede creerse que se haya dejado arrastrar hasta el lugar en el que creció. Los recuerdos se agolpan en su mente, y no se siente del todo cómodo al respecto.

En Berlin nunca pasaba nada. Bueno, casi nunca pasaba nada. La pequeña localidad de Maryland había vivido dos acontecimientos destacables en los veinte últimos años: el primero fue cuando el director Garry Marshall eligió el lugar para rodar su exitosa película *Novia a la fuga,* y el segundo hito, del que todo el mundo se enorgullecía, era ser el pueblo en el que creció el oscarizado actor Rhys Hudson. En honor a ambos hechos colocaron dos placas en la plaza principal que daban fe de ellos. Plantado frente a la galería comercial de Main Street, Rhys pensó en lo irónico que resultaba el hecho de que Julia Roberts interpretara en la cinta el papel de una ferretera cuando en realidad era su padrastro el dueño de la ferretería local, a pesar de que el equipo de rodaje transformó una tienda de antigüedades como lugar de trabajo del personaje de Julia en lugar de alquilarle el establecimiento a Rick. Según le había contado Leslie, Berlin todavía recibía la visita de turistas interesados en recorrer los escenarios de la película.

Rhys se asombró al comprobar que nada había cambiado desde que se había marchado tantos años atrás. El restaurante Reyne's seguía exactamente igual que la última vez que estuvo allí junto a sus amigos del instituto, incluso el viejo cartel era el mismo; la tienda de ropa infantil y juvenil de la señora Norris todavía seguía abierta, y, al parecer, la mujer seguía regentando su negocio con el mismo trato amable que Rhys recordaba cuando su madre lo llevaba para comprarle las camisas de los domingos. Hasta el Hotel Atlantic estaba igual a como Rhys lo recordaba, con su enorme fachada de ladrillo rojo y los cuidados balcones de madera pintados de blanco, algo tan típico del período victoriano estadounidense. La mayoría de los

edificios de Berlin mantenían la arquitectura original de aquella época y de principios del siglo XX; sus pintorescas calles atraían a los turistas y mantenían viva la ilusión de estar en otra era. Rhys tenía la sensación de haber viajado a través del tiempo. Tan pronto era capaz de imaginarse vestido como un aristócrata americano de hacía dos siglos como podía verse a sí mismo siendo un crío correteando por las calles del centro. Era casi rocambolesco, pero, de alguna manera, tenía su encanto volver después de tanto tiempo y a pesar de sus reticencias iniciales.

—¿Impresionado?

Desde que el chófer del coche de alquiler que habían contratado en el aeropuerto los había conducido al pueblo, Leslie no se había separado de su lado. Le sujetaba la mano y de vez en cuando le daba algún que otro apretón para hacerle saber que todo estaba bien, que él estaba bien. En silencio, Rhys le agradecía que se preocupara por él. Quince años eran muchos para alguien que no sentía arraigo por el lugar en el que había crecido, y aunque a lo largo de los años se había encontrado con su madre y su padrastro en varios puntos del país, él nunca había regresado a casa. La sensación era parecida a hallarse justo en el borde de un precipicio a punto de caer.

Rhys tragó saliva mientras sus ojos recorrían cada ladrillo de cada edificio, cada escaparate, cada rostro que se cruzaba en su camino.

—Siento como si acabara de bajarme del DeLorean.

—¡Eh, tío! ¡Qué buena la referencia!

A su lado, Bruno le dio una palmadita en la espalda felicitándolo por su ingenio.

Cuando finalmente accedió a acompañar a Leslie de vuelta a Maryland, su chica le confesó que tendrían compañía. Por lo visto, Bruno y Jenny llevaban años pasando Acción de Gracias con la familia Prescott, y en esa ocasión no existía un cambio de planes posible, ni siquiera porque Rhys se hubiera unido al viaje. Le habría gustado aprovechar las largas horas de vuelo de costa a costa para estar con Leslie, abrazarla y besarla y, tal vez, hablar sobre el futuro de su relación. Tenía claro que quería estar con ella, pero le daba un pánico atroz la certeza de que cualquier día, en cualquier momento, podría perderla. Sin embargo, ni siquiera tuvo ocasión de dar un par de cabezadas en el avión, puesto que Jenny se había pasado todo el viaje charlando sin parar. Quería saberlo todo acerca de su trabajo y del

mundo del cine, qué era falso y qué no, cómo se preparaba para las escenas de acción, si disfrutaba haciendo películas. Pero, sobre todo, lo que Jenny quería era que le consiguiera un puesto de trabajo en el equipo de maquillaje y peluquería de su próximo proyecto.

—Soy buena, en serio —insistía ella mientras sobrevolaban Colorado —. Díselo, Les. La mejor esteticista de Los Ángeles. Mi familia tiene un salón en belleza en Koreatown, ¿lo sabías?

—Vale ya, Jen —le pidió Leslie, acomodando la cabeza sobre el hombro de Rhys—. Deja de agobiarlo, ¿quieres? Y cierra el pico para que podamos dormir un poco.

Rhys pensó que nunca había querido más a Leslie que en ese momento, y en silencio agradeció que ella tuviera la idea de comprar los billetes de un vuelo nocturno. Era más fácil hacer callar a Jenny cuando todo el pasaje dormía.

Como contrapunto estaba Bruno. El chico apenas había abierto el pico desde que se habían bajado del avión. A Rhys le daba la impresión de que él y Jenny no se caían del todo bien, a juzgar por cómo se evitaban. Cada vez que se rozaban por accidente era como si una corriente eléctrica les hubiera dado un chispazo. Leslie también se había dado cuenta, y a pesar de que intentó indagar con sus amigos para averiguar la razón de su aparente malestar, ninguno de los dos dio su brazo a torcer. Conociendo a Leslie, Rhys sabía que no se daría por vencida hasta descubrir qué había pasado entre aquella extraña pareja.

—¿Seguro que estás bien?

Rhys bajó la mirada para encontrarse con los ojos de color caramelo de Leslie clavados en él. Asintió y le sonrió para tranquilizarla. Resultaba… raro estar de vuelta en un lugar que nunca consideró un verdadero hogar, pero que, de alguna extraña manera, era donde estaban sus raíces.

A pesar de que nadie parecía particularmente interesado en ellos, Rhys llevaba puestas una gorra de béisbol y sus inseparables gafas de sol de estilo aviador. Esas prendas se convertían en sus mejores aliadas cada vez que quería pasar desapercibido, aunque no siempre funcionaba como a él le habría gustado. El frío que anunciaba la llegada del invierno se hacía notar en esa parte del país, por lo que Rhys se alegró de haberse puesto una chaqueta sobre el resto de la ropa. En California casi nunca bajaban de los veinte grados en aquella época

del año, por lo que era un cambio agradable para variar.

A medida que avanzaban por las calles del pueblo, Rhys se percató de que muchas de las casas todavía mantenían la decoración de Halloween, y supuso que las calabazas, fantasmas y demás adornos terroríficos no tardarían en ser sustituidos por coronas navideñas, enormes figuras hinchables de Santa Claus y un sinfín de guirnaldas de luces de colores. Ya no se acordaba de cuándo había sido la última vez que celebró la navidad; casi siempre estaba solo en su apartamento de Los Ángeles o en una fiesta de alguna celebridad cuando caía la bola de Times Square, en Nueva York, anunciando el año nuevo. Rhys no había festejado ninguna fecha señalada desde que se había ido de casa. Will siempre lo obligaba a unirse a su familia en las ocasiones especiales porque no quería que se quedara solo. Con la muerte de Will, Rhys no solo había perdido a su mejor amigo, sino también su contacto con el mundo real, al hombre que lo mantenía con los pies en la tierra, al único que era capaz de sacar al exterior su faceta más

humana. A su lado, Leslie rompió a reír por algún comentario de sus amigos, lo que lo trajo de nuevo al presente. Sus carcajadas le hicieron pensar en que, gracias a ella, se sentía vivo nuevamente después de mucho tiempo. Aquello le asustaba, pero no podía negar que no le ilusionase la idea de que fuera Leslie quien hubiera conseguido hacerle recordar que había cosas por las que merecía la pena seguir luchando.

—Es aquí —anunció Leslie poco tiempo después.

Rhys había olvidado que los padres de Leslie vivían no muy lejos del centro del pueblo.

Una casa blanca de dos plantas, enormes ventanas y tejado oscuro a dos aguas se alzaba frente a ellos. En las escaleritas que conducían hasta el porche todavía se encontraban los juegos de calabazas y calderos que habían servido para engalanar la fachada semanas atrás. En los postes se entremezclaban las guirnaldas de hojas otoñales con los fantasmas fluorescentes, y en la puerta una corona con un pavo les daba la bienvenida.

—¡Joder! —exclamó Bruno justo cuando Jenny llamó al timbre—. ¿Qué coño es eso?

Junto a la bonita mecedora antigua situada entre dos ventanales, se veía la figura de un espantapájaros decapitado que sujetaba su cabeza

bajo un brazo y al que le habían pintado unas facciones cadavéricas y desencajadas. El muñeco no podía ser más desagradable a la vista, y Rhys dio gracias a que todavía no hubiera anochecido. Era un hombre adulto, pero estaba seguro de que se habría llevado un buen susto si se hubiera tropezado con semejante figura en la oscuridad.

A su lado, Leslie lanzó un suspiro resignado.

—Lorraine —se limitó a decir.

Lorraine era la hermana pequeña de Leslie. Rhys apenas la recordaba, pues la pequeña de los Prescott fue una inesperada sorpresa para la familia doce años después de que Leslie naciera. Cuando Rhys se marchó del pueblo, Lorraine apenas contaba tres años de edad; ahora, quince años después, Rhys no tenía ni idea de qué esperar de la joven.

La puerta se abrió antes de que ninguno pudiera preguntar nada. Al otro lado, los padres de Leslie parecían realmente felices de verlos a todos a juzgar por la cantidad de besos y abrazos que repartieron.

—¡Cariño! —exclamó la madre de Leslie, estrechando con fuerza a su hija—. Por fin estáis en casa. ¿Dónde os habíais metido? Casi envío a tu padre a buscaros mientras terminaba de preparar la cena.

—Perdona el retraso, mamá. Hemos hecho una parada en el pueblo antes de venir.

—Pues llegáis justo a tiempo. No os quedéis ahí. Vamos, pasad.

El recibidor de los Prescott olía a colada recién hecha, a cena cocinándose en el horno y a hogar. Algo que Rhys había pasado mucho tiempo sin experimentar.

—Mamá, papá, este es Rhys.

A su lado, la madre de Leslie soltó una risita mientras su marido extendía un brazo para estrecharle la mano. Era una mujer menuda con el rostro en forma de corazón enmarcado por una media melena de color dorado. Rhys no creía haber hablado nunca con la señora Prescott, pero sí recordaba la amabilidad con que trataba a todo el mundo en el pueblo. Como maestra de la escuela primaria de Berlin, era una de las personas más queridas por todos, y cuando ella se acercó hasta él y lo abrazó como si lo conociera toda la vida, Rhys sintió toda la bondad que había en ella.

—Cariño, sabemos quién es —comentó la mujer, dándole unas

cariñosas palmaditas en la espalda—. Me alegra que te hayas unido a nosotros, Rhys.

—Gracias por invitarme, señora Prescott. Yo… Vaya, creo que debería haber traído algo a cambio.

—Tonterías —desechó ella con un gesto de la mano—. Siéntete como en tu casa. Y

llámame Annie, por favor. La señora Prescott es mi suegra.

Todos rompieron a reír ante el comentario de Annie Prescott, incluido su marido. El señor Prescott era un hombre alto y fornido que debía de encontrarse en la mitad de los cincuenta. Tenía el pelo canoso y las facciones de un hombre serio que en nada hacían presagiar su carácter bromista.

—A mí llámame señor Prescott.

—¡Papá! —protestó Leslie, muerta de vergüenza.

—Era una broma. Frank Prescott, para servirte, Rhys. Bienvenido a esta loca familia.

Las mejillas de Leslie se colorearon de rojo cuando Rhys la miró. Cuando lo invitó a pasar Acción de Gracias con su familia, Leslie le aseguró que no les había contado nada acerca de su relación. Tan solo se limitó a decirles que, como antiguo vecino del pueblo y actual compañero de trabajo, no le parecía bien que estuviese solo en un día como

aquel. Rhys no estaba acostumbrado a tener unos padres tan comprensivos e intuitivos como los de Leslie, pero se apostaba un brazo a que no les importaba nada que él fuera un actor famoso y se estuviera acostando con su hija.

—¿Dónde está Lorraine?

Como si la hubieran convocado, una figura vestida completamente de negro y enormes zapatones del mismo color descendió por las escaleras hasta el recibidor. Rhys no tenía claro si se trataba de la hermana de Leslie o de Miércoles Adams. La adolescente tenía el rostro extremadamente pálido enmarcado por un flequillo que caía en cortinilla sobre sus ojos también pintados de negro. La única nota de color la ponían sus labios pintados de un intenso rojo.

—Lorraine, cariño. Saluda a tu hermana y a sus amigos —la instó su madre.

La joven puso los ojos en blanco al verlos y no se molestó en mover ni un solo músculo.

—Hola —se limitó a decir con una voz tan ronca que a todos les recordó a una grabación de ultratumba—. Paso de unirme a vuestro comité de bienvenida. ¿Cuándo cenamos?

Rhys no lograba entender cómo unos padres como los señores Prescott habían podido criar a dos hijas tan diferentes. Leslie estaba llena de vida, mientras que su hermana…

Bueno, no podía decirse que Lorraine fuese una fan de los del «más acá». Él también tuvo diecisiete años una vez y no recordaba haberse sentido tentado por el *look* gótico ni los rituales satánicos. Era un alma solitaria, sí, pero no un esbirro de Satán.

—Jovencita, ¿qué modales son esos? —la reprendió su padre—. Todavía faltan Nora y su familia y… ¡Vaya, aquí están!

Antes de que la obligaran a saludar a más gente, Lorraine puso pies en polvorosa y se perdió en dirección al salón familiar.

Leslie había avisado a Rhys de que, además de Jenny y Bruno, su familia solía celebrar Acción de Gracias con Nora, su antigua mejor amiga del instituto. Rhys se acordaba de ella porque eran inseparables en el instituto y estaba a su lado cuando Leslie se le declaró por megafonía en el pabellón de natación. La chica solía experimentar con su pelo y casi siempre iba en chándal. Ahora, la mujer que tenía delante llevaba el pelo oscuro cortado al estilo *pixie,* vestía vaqueros y una blusa verde botella y tenía en brazos a un crío de unos cuatro años al que todos saludaron de manera efusiva. Al parecer, el pequeño Max era como un nieto para los padres de Leslie, y lo llenaron de besos y

abrazos que al niño no parecieron gustarle demasiado. A su lado, una mujer rubia y de rostro amable saludaba a todo el mundo mientras cargaba en el pecho con un bebé en una mochilita. Rhys dedujo que se trataba de Susan, la mujer de Nora, con su hijita.

—¿Esa es Erin? —preguntó Leslie al borde de las lágrimas.

—La misma —confirmó Susan con una sonrisa—. Saluda a la tía Leslie.

Rhys vio cómo Leslie cogía a la bebé, que no debía de tener más de seis meses. La pequeña hizo un puchero antes de que Leslie la colocara contra su hombro y comenzara a danzar con ella en la abarrotada estancia. Algo se calentó en el interior del pecho de Rhys, y tuvo que apartar la mirada antes de que el corazón le explotara.

—Conque finalmente has venido, ¿eh, Hudson?

Nora se situó a su lado y le golpeó el brazo a modo de saludo. Rhys asintió y trató de sonreír.

—Debo decir que tienes mejor aspecto en el cine que en persona.

—¡Nora! —la regañó Leslie, que todavía mecía a la bebé—. No seas dura con él. Es mi invitado.

—Si supieras la cantidad de veces que Leslie fantaseó con presentarte a sus padres…

—¿Quieres dejar de avergonzarme? Se supone que eres mi amiga.

Nora se encogió de hombros y la señora Prescott aprovechó ese momento para interceder y enviarlos todos al comedor. Nora esperó a que la comitiva fuera avanzando para quedarse a solas con Rhys.

—Te lo advierto —lo señaló con el dedo—: si le haces daño eres hombre muerto.

Al contrario de lo que había pensado en un principio, Rhys se sintió como en casa. O, mejor dicho, como nunca se sintió en su casa. Aquel grupo tan peculiar parecía de lo más integrado y formaba de alguna manera una gran familia. La conversación era fluida y las bromas se sucedían unas a otras sin cesar. El padre de Leslie los entretuvo contando anécdotas de los anuncios que sus compañeros y él recibían para que los publicaran en el periódico local en el que trabajaban y Lorraine se pasó toda la cena interrogando a Rhys acerca de cómo trabajaban en Hollywood las películas de terror y si utilizaban sangre real en las escenas violentas. El único momento incómodo se produjo cuando Bruno le pidió a Jenny que le pasara la fuente de mazorcas de maíz y esta hizo como si no lo hubiera escuchado. El silencio se hizo en la mesa, por lo que todos pudieron oír a Bruno protestar.

—Estás siendo estúpida —masculló, y luego se incorporó y aceptó el plato que Susan le tendía—. Madura un poco, Park. Solo sucedió una

vez.

Jenny apretó tanto la servilleta de tela que la señora Prescott temió que la hiciera jirones.

Podía tolerar las manchas, aunque no contaba con los desgarros.

Sentado entre Lorraine y su hermana, Rhys se inclinó para hablarle a Leslie al oído.

—¿Qué les pasa a esos dos?

—No tengo ni idea, pero no te quepa duda de que pienso averiguarlo.

Cuando Annie los sorprendió a todos con una tarta de calabaza casera, su marido aprovechó la ocasión para ponerse en pie, copa en mano, para dar un discurso mientras su esposa servía el postre.

—Quería daros las gracias a todos por venir —comenzó, señalándolos a cada uno de ellos con su bebida y dedicándoles una sonrisa—. Sobre todo, a los que lo hacéis desde la otra punta del país. Me encantaría teneros más cerca, aunque uno no siempre tiene lo que desea.

—Algunos tienen incluso demasiado —murmuró Nora entre dientes mirando a Rhys, con lo que se ganó un puntapié de su esposa.

El señor Prescott se aclaró la garganta antes de seguir.

—Hoy estoy agradecido por mi familia, por mis maravillosas chicas y por los amigos que se nos han ido uniendo a lo largo de los años y que ahora forman parte de nuestra tribu. No importa la forma que tengan vuestros ojos, el idioma que habléis, a quién améis o a qué os dediquéis: quiero que sepáis que aquí siempre encontraréis vuestro refugio.

Fue en ese momento en el que Rhys se dio cuenta de lo que podría llegar a tener si dejaba atrás los miedos y se abría por completo a Leslie. El miedo todavía lo paralizaba, pero estaba cansado de vivir solo a medias. Quería una existencia completa y la quería a ella. Quería más días como aquel, mañanas de Navidad, pícnics el 4 de julio… Solo si creía en ello y se esforzaba lo suficiente, tendría la oportunidad de conseguirlo.

Tras la cena, el grupo se dividió para fregar los platos y recoger la mesa, salvo Nora y Frank, que se escabulleron al porche para fumarse un puro a escondidas. Rhys se quedó en el salón con Lorraine y con el

pequeño Max; la chica gótica se mostraba embebecida por lo que fuera que estuviera viendo en su teléfono móvil, mientras que el actor estaba tirado en la alfombra jugando a construir un castillo de bloques de madera con Max.

Leslie, que todavía cargaba con un par de bandejas sucias en ambas manos, estaba obnubilada contemplando la estampa.

—Se le dan bien los niños… —le comentó Susan al pasar por su lado.

La mujer mecía a la pequeña Erin, que se resistía a sucumbir al sueño.

Leslie le lanzó una mirada elocuente, negando con la cabeza.

—No estamos en ese punto.

—¿Y en qué punto estáis?

Esta vez fue el turno de preguntar de su madre. Ya le extrañaba a Leslie que hubiera tardado tanto en sacar a relucir su vena cotilla, aunque en cierto modo la entendía. El último chico que llevó a casa fue John, y por aquel entonces nadie en su familia pareció tomarse muy en serio su incipiente relación. Para los Prescott, John siempre sería el chico dulce que una vez fue amigo de su hija. El hecho de que ahora trajera a un actor famoso por el que estuvo absolutamente colada en el instituto eran razones suficientes para despertar la curiosidad de Annie.

Sintiéndose acorralada, Leslie tan solo acertó a suspirar.

—La verdad es que no hemos hablado de ello.

—Cariño, se nota a la legua que él te quiere. Solo necesita que le des un empujoncito y lo tendrás comiendo de la palma de tu mano.

—Mamá, Rhys no es de esos que…

Los potentes pulmones de Erin se hicieron notar cuando la pequeña comenzó a llorar en los brazos de su madre. El rostro de Susan reflejaba el cansancio y la desesperación de la maternidad. La bebé tenía el sueño inquieto, y a sus madres les costaba horrores calmarla.

—¿Puedo?

Las tres mujeres lanzaron a Rhys la misma mirada de sorpresa cuando él se ofreció a sostener a la niña en brazos. Parecía bastante seguro de lo que decía, pues no dudó en coger a Erin cuando Susan se la tendió.

Nada más recostarse sobre su torso, Rhys empezó a hablarle bajito al oído mientras caminaba de un lado a otro por la habitación.

—Por Dios, Leslie. Si no te casas con él, te juro que lo haré yo.

—Tú ya estás casada.

—Dejaré a Nora si consigo que Rhys duerma a Erin todas las noches. Es el hombre que susurraba a los bebés.

Una agradable sensación de calor se instaló en el pecho de Leslie al ver a Rhys con la pequeña en brazos. Era injusto ser tan guapo, tener tanto éxito y estar tan terriblemente sexy meciendo a un bebé en sus brazos. Todo lo que una vez quiso cuando era adolescente estaba ahora frente a sus ojos, al alcance de su mano. *«Es él»,* murmuró una vocecita en el interior de su cabeza. No quería escucharla, pero, al mismo tiempo, deseaba con todas sus fuerzas que fuera verdad.

Cuando Rhys volvió con Erin dormida en brazos y se la tendió a su madre, los tres pares de ojos se lo quedaron mirando con asombro.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó Susan en susurros.

—Fácil —respondió él, sonriente—. Le he hablado en galés. No hay nada como un idioma tan áspero para adormecer a un bebé.

—¿Por qué no salís a dar una vuelta? —propuso su madre, quitándole a Leslie los platos sucios de las manos—. Hace una noche preciosa, y seguro que a Rhys le gustaría recordar viejos tiempos.

A pesar de las protestas de Leslie, finalmente fue Rhys quien la convenció para que salieran. Estaba pasando una noche preciosa, pero daba la sensación de que se moría por pasar un poco de tiempo a solas con ella.

Tras despedirse de todo el mundo, se dirigieron hacia el exterior. Caminaron en silencio hasta llegar al centro, que estaba desierto salvo por algunas personas que, como ellos, habían decidido dar un paseo nocturno mientras sus familias terminaban de cenar. Las temperaturas habían descendido de manera considerable a esas horas, y cuando Leslie

se abrazó a sí misma para intentar mantener el calor en su cuerpo. Rhys se quitó la chaqueta y la puso sobre los hombros de Leslie. Ella le sonrió como agradecimiento.

Cuando pasaron cerca del parque Heron, Leslie se acercó más a él hasta que Rhys la rodeó con un brazo y la pegó a su costado.

—Hubo una vez, hace mucho tiempo, que te vi tumbado sobre el césped de ese parque contemplando las estrellas.

—Ah, ¿sí?

Leslie asintió, ajena a todo lo que no fueran sus recuerdos.

—Te observaba mucho cuando íbamos al instituto —le confesó—. Pero apuesto a que no te dabas cuenta.

Él la estrechó un poco más fuerte.

—En eso te equivocas. —Se detuvieron junto a las verjas de hierro y Leslie lo miró sin comprender—. Sabía que yo te gustaba. ¿Cómo no iba a saberlo? Cada vez que giraba una esquina, tú estabas ahí. Cuando volvía a casa, tú y Nora siempre estabais espiándome detrás de un árbol, además de los rumores, claro.

—Espera, espera… ¿Tú lo sabías?

Rhys se encogió de hombros y le sonrió.

—Las chicas no sabéis guardar secretos cuando os gusta un chico. Cuanto más os esforzáis por ocultarlo, más se os nota, créeme.

—¡Qué vergüenza!

Leslie se puso las manos en las mejillas, ruborizada. No llevaba la cuenta de las veces que se había acostado con Rhys, pero, aun así, todavía sentía cierto bochorno al recordar esa etapa de su vida.

—No seas dramática. —A Rhys todo aquello parecía resultarle de lo más divertido—.

Después de todo, fíjate hasta dónde hemos llegado.

—Yo soy Elizabeth Taylor y tú mi tercer marido.

Para su sorpresa, Rhys soltó una sonora carcajada. Era como si, poco a poco, el verdadero Rhys estuviera saliendo a la superficie, como si a él ya no le importara que los vieran juntos cuando la besó en mitad del pueblo de su infancia. Continuaron caminando por las pintorescas calles, y cuando cruzaron frente a las puertas del Island Creamery, la heladería de Berlin, Leslie soltó una risita.

—A los quince años me moría por que me trajeras aquí en una cita, como hacían los novios de mis amigas. Fantaseaba con que me cogieras de la mano y me compraras un helado para después besarme con sabor a fresa.

Rhys se detuvo y entrelazó sus dedos con los de ella tal y como Leslie acababa de narrar.

—Siento que el sitio esté cerrado y que sea alérgico a la fresa. Pero ¿te basta con esto?

Ella alzó la barbilla en una muda invitación a que volviera a besarla. Estaba siendo el momento más romántico de toda su vida, y no quería que terminase nunca. Por primera vez en mucho tiempo, Leslie volvía a ser feliz.

—Gracias por esta noche —susurró sobre sus labios.

Rhys se apartó lo suficiente para poder mirarla.

—¿Estás de broma? Soy yo quien debe darte las gracias. Tu familia es increíble, Les. Y

me han tratado…

Rhys guardó silencio unos segundos, como sin saber qué decir.

—¿Cómo?

Él suspiró.

—Como si fuera normal.

Leslie le dedicó una sonrisa radiante.

—Es que eres normal, tonto.

—Hablo en serio, Leslie. Ahí dentro he sido solo Rhys, a secas. Nadie me ha interrogado sobre mi trabajo ni se ha puesto a balbucir ni me han pedido una foto. ¿Sabes lo importante que es eso para mí?

Leslie alzó una mano y le acarició la mejilla cubierta de una ligera sombra de barba.

Rhys afeitado era tremendamente atractivo, pero el Rhys con barba de unos días era un cañón.

—Lo sé —murmuró, besándole el hoyito que se le formaba junto a la boca—. Me alegro de que hayas venido.

Rhys llenó de aire sus pulmones antes de hablar.

—No podría haberlo hecho con nadie más. Solo contigo.

17

17 – INT. PABELLÓN DE NATACIÓN DEL INSTITUTO PÚBLICO STEPHEN DECATUR – DÍA.

LESLIE, sentada en las gradas destinadas para el público, es incapaz de concentrarse en los entrenamientos del equipo de natación que están teniendo lugar. Su cabeza no deja de reproducir la conversación que ha tenido con Rhys esa mañana.

—Creo que deberías ir a ver a tus padres.

Leslie había pasado varias horas despierta dándole vueltas a esa idea cuando Rhys por fin abrió los ojos por la mañana. La casa todavía permanecía en silencio mientras todo el mundo dormía salvo ellos dos. Debido al número de invitados, los padres de Leslie acomodaron a Rhys en el sótano, una zona que normalmente utilizaba el señor Prescott cuando necesitaba concentrarse para escribir sus artículos para el periódico. Rhys agradeció en silencio que el lugar estuviera acondicionado como si de un *loft* se tratase, un espacio diáfano que contaba con paredes cubiertas de estanterías repletas de libros, un sofá cama y hasta una pequeña cocina. Los dormitorios de la planta principal los ocupaban la familia, además de Jenny y Bruno, que todavía seguían de morros sin que nadie supiera el motivo. Por ello, después de que regresaran de dar su paseo, Leslie se aseguró de que nadie le oía bajar las escaleras para pasar la noche con Rhys. Al principio, él se mostró reticente al verla meterse bajo las sábanas, pero cuando ella comenzó a besarle el cuello, finalmente claudicó y se entregó por completo a sus caricias. Nunca habían tenido tanto cuidado en hacer el amor como aquella noche; había algo excitante en la idea de hacerlo estando los padres de Leslie bajo el mismo techo. Sin embargo, ella no se arrepentía de haberse dejado llevar.

De lo que sí se sentía un poco culpable era por prácticamente haber empujado a Rhys a visitar a su familia. Sabía que él no consideraba al señor Carpenter, su padrastro, como a un padre, pero a Leslie no le parecía bien que estuviese en el pueblo y no se pasase a ver a su madre. Rhys no le había hablado mucho acerca de su familia, aunque Leslie intuía que no los veía demasiado. Se moría de ganas por saber

cómo había ido el encuentro, y no veía la hora de que Rhys apareciera.

Al principio, cuando le propuso ir a casa de su madre, Rhys se negó rotundamente. Se limitó a gruñir como un animal salvaje de las montañas de Gales e incluso trató de engatusarla con arrumacos para que acabase con el tema.

—Hablo en serio, Rhys —insistió ella, empujándolo en el brazo para obligarlo a que se pusiera boca arriba y así poder mirarlo a la cara—. Si yo fuera tu madre y …

—Por fortuna no lo eres.

Ella hizo caso omiso a sus intentos de seducirla y se sentó en la cama.

—Si yo fuera tu madre y descubriera que mi hijo ha vuelto a casa, me dolería mucho que no me lo dijeras.

Rhys resopló. Leslie sabía que no le apetecía lo más mínimo tener que volver al lugar que nunca sintió como su hogar, pero algo dentro de ella le decía que era lo correcto.

Vio el gesto de cansancio que reflejaba su rostro y casi rompió a reír cuando le vio llevarse una mano a la cabeza despeinada y resoplar con los ojos cerrados.

—Si voy, ¿qué me darás a cambio?

En ese momento Leslie supo que él claudicaría.

—Si vas —apoyando las palmas de las manos en su torso desnudo, se impulsó para sentarse a horcajadas sobre él—, le pediré a mi madre que te prepare una tarta de calabaza para que te la lleves a Los Ángeles. ¿Trato hecho?

Él hizo una mueca, como si estuviera sopesando su propuesta.

—Pensaba que me ofrecerías algo sexual, pero acepto.

—¿Seguro?

—Tú ganas. Iré a ver a Rick y a mi madre.

Sin embargo, habían pasado horas desde ese momento y Leslie seguía sin tener noticias de Rhys. Acordaron encontrarse para comer en el centro del pueblo, pero cuando el teléfono de Leslie vibró con un

mensaje de él avisándola de que no lo esperase, ella comenzó a impacientarse. Para matar el tiempo, y sobre todo para que los nervios no acabaran con ella, decidió dar un paseo por el pueblo. Los recuerdos la sorprendían casi en cada rincón, en cada parque o cafetería. Durante el tiempo que vivió en Berlin, Leslie fue feliz, incluso cuando Rhys se marchó a la universidad. No se arrepentía de las decisiones que la habían conducido hasta allí ni tampoco habría cambiado nada del pasado, ni siquiera su etapa más oscura cuando perdió a John y tuvo que escapar del pueblo para empezar de cero, siempre extrañando a su mejor amigo. Berlin estaba repleto de momentos alegres, pero también conservaba los más dolorosos.

Sin darse cuenta, sus pasos la condujeron a su antiguo instituto. A esa hora de la tarde casi no quedaban estudiantes con los que cruzarse en los pasillos una vez finalizadas las clases. Sonrió con nostalgia al pasar por la puerta del salón de actos donde solía ensayar las funciones con su grupo de teatro, aunque evitó salir al exterior. Evitó cruzarse con los chicos de *lacrosse* que entrenaban en el campo. En su imaginación, John seguía allí, entrenando a su equipo, pero era triste admitir que él ya no existía. Poco a poco, Leslie estaba aprendiendo a dejarlo marchar, a recordarlo con cariño. Rhys la estaba ayudando a superar la pena por la pérdida, pero era verdaderamente el amor que sentía por él lo que la estaba impulsando a abrirse de nuevo al mundo. Ahora que estaba a su lado, Leslie conocía por fin lo que era estar enamorada de verdad. Decidida, Leslie se encaminó hacia el pabellón de natación. Entre sus paredes había tenido lugar el momento más bochornoso de su existencia, a pesar de que ahora era capaz de recordarlo con cariño. Leslie contempló con nostalgia cómo los nadadores se gastaban bromas los unos a los otros y se empujaban hasta caer en la piscina. Seguían con aquellos bañadores diminutos que le encantaban cuando era una cría; sin embargo, qué diferente se sentía en la actualidad al observarlos… A pesar de que tenían cuerpos tonificados por el ejercicio, Leslie no los miraba con los mismos ojos, pero sí rememoraba la imagen de Rhys a los diecisiete años lanzándose al agua y sus suspiros cada vez que lo veía.

Por megafonía sonaba *Blank Space,* de Taylor Swift, para animar al equipo. Leslie sonrió con añoranza, y deseó que su historia con Rhys no acabase como la de la canción. Hacía rato que le había enviado un mensaje para decirle dónde se encontraba, aunque todavía no había recibido respuesta. Si tardaba mucho en aparecer, iba a empezar a preocuparse de verdad. ¿Y si habían discutido? ¿Y si el señor Carpenter se había vuelto loco y en ese mismo momento estaba asesinando a Rhys utilizando las herramientas de su ferretería?

Por Dios, esperaba que nada de eso hubiera sucedido.

Sus plegarias fueron escuchadas cuando vio a Rhys entrar por las puertas del pabellón.

Volvía a llevar su gorra de béisbol y las gafas de sol y caminaba con la cabeza gacha para evitar que lo reconocieran. Leslie no fue consciente de que se estaba mordiendo el labio inferior hasta que Rhys tomó asiento a su lado y le acarició la mejilla para impedir que se hiciera daño.

—Tienes cara de haber visto a un fantasma.

Ella arrugó el entrecejo y chascó la lengua. Después extendió una mano para quitarle las gafas de sol.

—Casi. ¿Tienes idea de la cantidad de cosas que se me han pasado por la cabeza al ver que no venías? He estado a punto de volverme loca.

Molesta, observó cómo Rhys se reía de ella.

—Si lo que te preocupaba era que mi padrastro y yo hubiéramos llegado a las manos, puedes estar tranquila. —Al escucharlo, Leslie suspiró—. La verdad es que ha sido todo bastante civilizado.

Leslie decidió darle algo de tiempo para procesar todo lo que había sucedido en casa de sus padres. Era consciente de que el señor Carpenter no era su padre biológico, aunque le costaba utilizar la palabra «padrastro» para referirse a él. A pesar de su elevada altura, de su aspecto fornido y su rostro de facciones poco amigables, resultaba que el ferretero de Berlin era un hombre amable que siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás. Por ese motivo Leslie no entendía la difícil relación que Rhys mantenía con su madre y su padrastro.

Permanecieron varios minutos en silencio observando a los muchachos de natación realizar sus entrenamientos. A Leslie le hubiera encantado estar en la cabeza de Rhys para saber qué estaba pensando en aquel preciso momento. ¿Lo asaltarían los recuerdos como a ella? ¿Se arrepentiría por haber pasado tanto tiempo fuera de casa? ¿Se estaría replanteando su relación con ella? La espera la estaba mortificando, pero tampoco quería presionar a Rhys.

—Son buenos —comentó él al fin, señalando la piscina con un gesto de la cabeza—. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que me puse el bañador para hacerme unos cuantos largos.

Leslie lo contempló mientras él se restregaba las manos una y otra vez. Parecía afligido, como si el reencuentro con su madre lo hubiera afectado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Tú eras el mejor —le aseguró ella, acariciándole la nuca bajo la gorra que llevaba—.

Todo el mundo te adoraba. Yo, la primera. Creo que a día de hoy podemos afirmar que fui la presidenta de tu club de fans por aquella época.

Leslie suspiró aliviada al ver que él giraba la cabeza para mirarla al tiempo que se reía.

Luego Rhys extendió un brazo y entrelazó los dedos con los de ella, dejando que sus manos descansaran sobre el regazo de Leslie.

—Te faltó poco para ser una acosadora.

—Yo nunca hubiera llegado tan lejos. —Cuando le guiñó un ojo, la carcajada que soltó Rhys resonó por todo el pabellón—. Aunque, si te soy sincera, no entiendo muy bien por qué nos tenías a todos tan deslumbrados. Casi nunca hablabas con nadie, ni siquiera con tus amigos. Y, cuando lo hacías, te limitabas a soltar unos cuantos gruñidos.

Leslie reparó en que Rhys hundía los hombros al escucharla. Pretendía mejorar su humor, no empeorarlo todavía más. Se sintió culpable por su elección de palabras, y se dispuso a arreglarlo con algún comentario ingenioso; sin embargo, Rhys se quitó la gorra y se giró para mirarla, como si fuera a hacerle una confesión.

—¿Quieres saber por qué apenas hablaba con nadie?

Leslie se humedeció los labios, nerviosa de repente. No quería que hubiera secretos entre los dos. Necesitaba saberlo todo sobre él, pero entendía que, debido a su pasado y a su trabajo, Rhys se hubiera transformado en una persona tremendamente reservada y recelosa de su intimidad.

Como Rhys seguía esperando una respuesta, ella se limitó a asentir.

—Era por el acento —le explicó él. Leslie tuvo la impresión de que la voz le temblaba ligeramente—. Cuando mi madre y yo nos mudamos a Estados Unidos después de que ella se casara con Rick, yo apenas tenía doce años. No te puedes imaginar el cambio tan enorme que

supuso para mí. Me había criado en un pueblucho de menos de mil habitantes, la mayoría de ellos eran hombres rudos que se echaban cada noche a la mar para sacar adelante a sus familias. Cuando nos instalamos en Berlin, tenía un acento tan cerrado que los chicos de mi edad empezaron a burlarse, así que decidí hablar lo imprescindible y dedicarme a estudiar vuestra forma de hablar para copiarla lo mejor posible. —Rhys desvió la mirada y sonrió de medio lado—. Supongo que fue ahí cuando comencé a convertirme en actor.

Leslie sentía compasión de él. No debió de ser fácil para Rhys cambiar de hogar a una edad tan complicada. Con la llegada de Rick Carpenter, toda su vida se puso patas arriba, y él era demasiado joven para impedir que su madre se enamorara de un americano y permitiera que se los llevara a los dos a otro país. Rhys se había hecho a sí mismo; sí, siempre tuvo el cariño y el apoyo de su madre, pero, en el fondo, se sentía solo, incomprendido, y eso hizo que se aislara del mundo que lo rodeaba.

—Y, con todo, todavía recuerdas tu idioma materno —le recordó Leslie, en referencia a la noche anterior, cuando calmó a la bebé de Susan y Nora—. Tengo que admitir que oírte hablar en galés con esa voz tan ronca fue de lo más sexy.

A su lado, Rhys sonrió mientras Leslie le acariciaba la espalda.

—Solo es una vieja canción que solíamos cantar cuando yo era un niño. No creo que sea capaz de mantener una conversación en galés hoy en día.

—Seguro que puedes intentarlo. —Leslie se inclinó hacia él para hablarle al oído—. Me encantaría oírlo cuando nos metamos en la cama.

Rhys no era tonto, y Leslie sabía que él se había dado cuenta de que lo único que ella pretendía era aligerar el peso que cargaba sobre los hombros desde aquella mañana. A pesar de eso, sonrió para sí, satisfecha, al notar cómo a Rhys se le ponía la piel de gallina, sobre todo cuando reparó en que la bragueta de sus vaqueros se tensaba bajo la promesa de una erección.

—¿Qué tal te ha ido?

Era inevitable que hablaran del reencuentro con su familia. Leslie era consciente de que a Rhys le resultaba difícil hablar de sentimientos. Él nunca había sido un hombre de muchas palabras, pero si quería seguir con ella —y Dios sabía cuánto lo deseaban ambos—, Rhys debía

comenzar a expresar sus emociones.

—Ha sido… —suspiró. Daba la impresión de que le costaba encontrar las palabras adecuadas—. Diría que casi sanador. Mi madre me ha abrazado nada más abrir la puerta y, de no ser por Rick, todavía estaríamos allí. Ambos habían oído que llevaba en Berlin un par de días.

—Desventajas de vivir en un pueblo.

Él chascó la lengua. Tenía la mirada perdida, como si de alguna manera se estuviera teletransportando a aquel momento, unas horas atrás.

—Han decidido darme espacio hasta que esté preparado para ir a verlos. Hemos hablado largo y tendido. Creo que ha sido la primera vez que les he dicho a la cara cuánto los odié por sacarme de mi hogar para traerme hasta aquí. No tenía ni idea de que ellos ya lo sabían. —Rhys la miró a la cara—. Lo sabían, Les. Todo este tiempo he mantenido las distancias con ellos, los culpaba por lo mal que lo pasé cuando me

trajeron hasta aquí. Me esforcé por apartarlos con mi indiferencia a pesar de que era consciente de que eso les hacía daño. Era mi forma de castigarlos, y ahora…

—Te sientes mal por ello.

Rhys agachó la cabeza y asintió varias veces. Leslie le vio tragar saliva, como si estuviera al borde de las lágrimas.

—Rick es un buen hombre —continuó él al cabo de unos segundos—. En el fondo siempre supe que era bueno para mi madre, pero no quería verlo. A mis ojos, siempre fue el ogro que nos arrancó de mi casa, de todo lo que una vez quise o fue importante para mí. Nos trajo aquí, a un lugar en el que los niños se reían de mí, donde yo no conocía a nadie ni tenía amigos. Ni siquiera me importaba que mi madre fuera feliz con él. Yo lo odiaba. Y la odiaba a ella por quererlo y olvidarse de mi padre.

—¿Se lo has contado a ellos?

Rhys volvió a asentir. Leslie podía percibir su nerviosismo, como si tuviera los sentimientos a flor de piel, algo que resultaba completamente nuevo para él. Parecía un niño indefenso que necesitaba con urgencia que lo abrazaran.

—¿Y?

—Me han contestado que esperaban el momento en que estuviese preparado para volver a casa —murmuró, en un hilo de voz—. Sin reproches, Les. Han permitido que me desahogara y me han comprendido. Después de tanto tiempo y del daño que les he causado con mi comportamiento, ellos simplemente se han quedado ahí, sonriéndome.

Y después, juntos, me han abrazado.

Leslie sentía el corazón acelerado por la emoción. Ver a un hombre adulto, tan alto e imponente como Rhys, al borde del llanto hacía que ella también tuviera ganas de llorar. Se alegraba por él. Rhys se merecía todo el amor del mundo, a pesar de que hubiera veces en que se comportara como el gigante egoísta del cuento de Oscar Wilde.

—No sabes cuánto me alegro por ti, Rhys. —Leslie lo estrechó entre sus brazos e hizo que él reposara la cabeza contra su pecho—. Supongo que esto supone un nuevo comienzo.

Ella sonrió cuando lo oyó sorber por la nariz.

—Nunca lo hubiera hecho de no ser por ti —le aseguró él, acariciándole ambas mejillas cuando se separaron—. Me das las fuerzas y el valor que me faltan cada día para salir adelante.

Leslie negó con la cabeza, sonriendo a la vez que luchaba por contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

—Tú ya tienes esa fuerza de la que hablas, solo que, de vez en cuando, necesitas que te den un empujoncito.

—Hace unos meses me resultaba impensable volver a conectar con mi familia. Dime:

¿qué estás haciendo conmigo?

Ella rompió a reír a carcajadas, y Rhys terminó por contagiarse de ellas.

—Cuidado, Hudson, o el mundo empezará a pensar que eres humano.

Él se mordió el labio inferior mientras sus ojos azules contemplaban su rostro con una expresión que no podía ser descrita de otra manera que no fuera puro y absoluto amor.

—Creo que estoy dispuesto a asumir el riesgo.

Se besaron ajenos al resto del público que los rodeaba. Rhys incluso se desentendió de su fama. Le daba igual que alguien lo reconociera y se acercara a él para pedirle una fotografía o un autógrafo. En aquel momento, lo único que le importaba era que Leslie no dejara de abrazarlo y que sus labios siguieran unidos tanto tiempo como les permitieran sus pulmones antes de tener que respirar de nuevo. Estaba comprendiendo el significado de la palabra «hogar», y, para Rhys, eso era Leslie. Ella era su casa.

Se separaron entre risas cuando el estómago de Leslie rugió entre ellos.

—Te invito a cenar.

—¡Acepto! —exclamó ella, poniéndose en pie y permitiendo que Rhys la ayudara a bajar por las gradas—. ¿Crees que debería haber aprovechado que estamos aquí para volver a declararte mi amor?

Al escucharla, Rhys no pudo evitar soltar una ruidosa carcajada que atrajo la mirada de los chicos del equipo de natación.

—Preferiría que lo hicieras en privado la próxima vez.

—¿Quién te ha dicho que habrá próxima vez?

De camino al exterior, se encontraron con varios carteles que anunciaban el baile de invierno, así como otros que informaban sobre una reunión de antiguos alumnos que tendría lugar en navidad en el gimnasio del instituto.

—A lo mejor deberíamos venir —propuso una inocente Leslie entrelazando sus manos—. Ya sabes, por los viejos tiempos. Sería una fantasía si me presentara cogida de tu brazo. ¿Te imaginas las caras de Sally y las demás exanimadoras si me vieran contigo? A lo mejor hasta nos nombraban rey y reina o algo así. ¿Qué me dices?

A su lado, Rhys gruñó, y Leslie tuvo que apretar los labios para no soltar una risita.

—Por encima de mi cadáver.

18

18 – EXT. JARDÍN TRASERO DE LA RESIDENCIA PRESCOTT – DÍA.

LESLIE trata de mediar entre Jenny y Bruno. Han pasado veinticuatro horas desde que Rhys se marchó, y ella ya lo echa de menos. Está convencida de que su relación durará para siempre.

Cuando, de manera imprevista, Rhys le dijo el día anterior que tenía que marcharse, Leslie se sintió un poquito decepcionada, pues esperaba que pasasen juntos unos días antes de regresar a Los Ángeles.

Berlin había obrado el milagro en Rhys. El actor parecía otra persona, mucho más amable y comunicativo de lo que nunca fue. Reía a menudo y no se mostraba incómodo cuando sus padres le preguntaban acerca del mundo del cine. La noche anterior incluso aceptaron la invitación a cenar de la madre de Rhys. Leslie estaba nerviosa, incluso más que el propio Rhys. Se sentía como una adolescente cuyo novio la lleva a su casa por primera vez para que conozca a su familia. Por fortuna para ella, los Carpenter la recibieron con los brazos abiertos y la velada se desarrolló entre anécdotas del pasado y promesas para volver a verse pronto.

Aquellos días estaban siendo un revulsivo para todos, en especial para Rhys. Leslie sabía que esa no era su realidad y que tendrían que lidiar con un sinfín de obstáculos cuando volvieran a California; sin embargo, se propuso disfrutar del resto de los días que todavía tenían por delante en su pueblo natal.

Por ese motivo se entristeció tanto cuando Rhys le comunicó que se marchaba. Estaban en la cama y apenas había amanecido. Todavía sentía el cuerpo caliente de Rhys pegado a su espalda desnuda y sus labios recorriéndole el cuerpo.

—¿Seguro que tienes que irte?

Jadeó cuando él le mordisqueó la piel del hombro a la vez que sus dedos jugueteaban con un pezón enhiesto.

—Nada me gustaría más que poder quedarme —le aseguró él, colocándosele encima por debajo de las sábanas—. Pero me temo que ha surgido algo en la ciudad que tengo que solucionar.

Por instinto, Leslie abrió las piernas para hacerle sitio entre ellas. Cuando notó que la incipiente erección de él descansaba en su pubis, lanzó un profundo gemido y se arqueó como respuesta.

—¿Y no podrías…, ya sabes…, retrasarlo unos días? —lo provocó ella, girando las caderas para acariciarse el sexo con la punta del duro miembro de él—. ¿Solo un poquito?

Alzado sobre sus brazos en tensión, Rhys contempló los hipnóticos movimientos de Leslie y cómo su erección crecía bajo la creciente humedad de ella.

—Si crees que es necesario…

Leslie coló una mano entre sus cuerpos, sujetó la caliente longitud entre los dedos y la condujo hasta su abertura, introduciéndosela despacio.

—Oh, ya lo creo que lo es.

Después de hacer el amor lenta y apasionadamente, Rhys tuvo que salir corriendo de la cama al escuchar el claxon del taxi que había pedido reclamándolo desde la puerta.

Leslie lo echó de menos desde el instante en que se marchó, pero se dijo que les haría bien pasar algún tiempo separados. Así el reencuentro sería más dulce cuando ella regresase a casa. Rhys le envió un mensaje varias horas después para decirle que había llegado a su apartamento sano y salvo. Aparte de eso, Leslie no volvió a tener noticias de él. Lo imaginó reunido con su agente, su representante y diversos miembros de diferentes productoras que intentaban engatusarlo para que protagonizase el próximo éxito de Hollywood. Rhys tenía un futuro brillante en el cine, y ella pensaba acompañarlo en cada paso del camino. Siempre que él quisiera, por supuesto.

Para matar el tiempo en su ausencia, decidió tomar cartas en el asunto en lo que a Jenny y Bruno se refería. Ya estaba bien de hacer como si no hubiera pasado nada. Era hora de actuar.

—¿Se puede saber qué pasa entre vosotros dos?

El sábado por la mañana había amanecido inusualmente soleado, a pesar de que el invierno amenazaba con aparecer de un momento a otro en aquel rincón de Maryland.

Por ese motivo, Leslie, Jenny y Bruno se encontraban en el jardín trasero arreglando los parterres de flores muertas y cortando el césped de los Prescott. Se habían dejado convencer por el padre de Leslie después de que este alegara que su espalda ya no era

la que solía ser, y dado que la familia los acogía amablemente cada año, ninguno pudo negarse.

Jenny y Leslie se encargaban de plantar los nuevos parterres que

florecerían en primavera, mientras que Bruno se paseaba de un lado a otro con la máquina cortacésped y unos enormes auriculares en las orejas para mitigar un poco el ruido. Los dos seguían comportándose del mismo modo: ignorándose como si fueran dos críos. Y

Leslie empezaba a estar cansada de su actitud. No pensaba pasarse el vuelo de vuelta a Los Ángeles sumida en un incómodo silencio solo porque sus amigos hubieran discutido por cualquier idiotez. Sin embargo, no contaba con que fueran a ser tan duros de roer, especialmente Jenny, que fingía no haberla escuchado.

—¡Jenny! —exclamó, molesta—. ¿Quieres no ignorarme más y contarme de una vez qué os ha pasado?

Su amiga continuó rascando la tierra con un rastrillo de manera enérgica, sin llegar a mirarla a la cara en ningún momento.

—Ya te he dicho que nada. ¿Por qué sigues insistiendo?

—Porque resulta de lo más incómodo estar en la misma habitación que dos personas que no se hablan. Y porque da la casualidad de que sois dos de mis mejores amigos, y me duele veros así. Jen, ¿ha hecho algo Bruno que te haya molestado.

La muchacha resopló mientras enterraba los dedos enguantados en el suelo. Algunos mechones oscuros se le habían escapado de las coletas con que se había recogido el cabello y le enmarcaban su rostro en forma de corazón. Jenny era una chica preciosa de rasgos elegantes y piel perfecta. Sí, a veces podía ser un poco excéntrica, pero tenía un corazón bondadoso que hacía que todo el mundo la quisiera. Leslie estaba preocupada por ella, y lo único que intentaba hacer era averiguar cómo podía ayudarla.

—No ha hecho nada, de verdad —masculló Jenny, concentrada en la tarea de retirar la maleza—. ¿Podemos dejar el tema, por favor?

—¿Ha vuelto a insultar a tu abuela?

—No.

—¿Olvidó compartir contigo la comida caducada de mi apartamento?

—¿Cuándo comparte Bruno la comida, aunque sea pasada de fecha?

Leslie chascó la lengua como respuesta. Todo el que lo conocía sabía que el chico de pelo rizado era como Joey Tribbiani, el personaje de

Matt LeBlanc en la serie *Friends:* Bruno simplemente no compartía su comida.

—¿Te ha hecho alguna jugarreta? ¿Ha enviado a alguien a que te corte el agua caliente?

Jenny la miró como si le faltase un tornillo.

—Estás empezando a cabrearme, Les…

—¡Es que no colaboras nada! ¿Se ha unido a una banda callejera? ¿Ha metido unos calzoncillos rojos en tu colada blanca? ¿Te cambió la alarma del despertador y llegaste tarde al trabajo?

—¡Leslie!

—¡¿Qué?! Jenny, te juro por Dios que, si no me cuentas que está pasando entre vosotros, voy a…

—Bruno y yo nos acostamos, ¿contenta?

Leslie se quedó boquiabierta y completamente paralizada. Arrodillada en el suelo, con las manos y la ropa llenas de tierra, ni siquiera se dio cuenta de que estaba apuntando a Jenny con unas tijeras de podar hasta que su amiga se las arrancó de un manotazo. De todas las cosas que imaginaba que podían haber pasado entre los dos, esa no era una de ellas. Al desviar la mirada hacia Bruno, comprobó que su amigo seguía con su tarea, ajeno a la conversación que estaba teniendo lugar entre ellas.

—¡¿Qué?! —Su voz sonaba una octava más alta, pero es que ni siquiera ejercía control alguno sobre sus cuerdas vocales—. ¡¿Te has acostado con Bruno?!

—¡Shhh! Habla más alto, ¿quieres? Creo que los vecinos no te han oído. Además, ha sido solo una vez.

—Perdona, es que…

En un abrir y cerrar de ojos, Jenny se puso en pie, se quitó los guantes y los lanzó al suelo antes de tirar del brazo de Leslie para arrastrarla al otro lado del arce con hojas del color del otoño. Leslie se dejó hacer, demasiado impresionada por la noticia como para resistirse.

—Tienes la cara blanca —le dijo Jenny al mirarla. Leslie se llevó las manos a las mejillas, olvidándose de que estaban llenas de tierra—.

Respira por la nariz y expulsa el aire por la boca.

Leslie hizo lo que le pedía, a pesar de que su mente iba a mil por hora pintando los posibles escenarios en los que había sucedido… el acto.

—Es por la impresión —se excusó—. No puedes lanzar una bomba así y pretender que no me afecte. ¡Te has acostado con Bruno! —gritó bajito.

Jenny puso los ojos en blanco y se quitó la visera que se había puesto esa mañana para protegerse del sol para pasarse la mano por la frente, en un gesto de cansancio y preocupación.

—No vuelvas a decirlo en voz alta.

Leslie la miró, contrariada.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que lo escucho se hace más real.

—Es que *fue* real. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Por qué? Y… ¿cuántas veces? ¡Ay!

Jenny le había dado un empujoncito en el hombro, consiguiendo que Leslie perdiera el equilibrio y se golpeara la espalda contra la corteza del árbol. Su lado morboso le pedía a gritos que satisficiera su curiosidad y que le lanzara a Jenny todas las preguntas que se moría por hacerle, pero, por otro lado, le parecía antinatural conocer los detalles más íntimos. A fin de cuentas, Jenny y Bruno eran para ella como cualquier otro miembro de su familia.

—Ha sido solo una vez —repitió Jenny, mortificada—. Y no va a volver a repetirse.

—Pero ¿por qué? Hace tiempo que pienso que Bruno y tú formaríais una pareja estupenda.

—Eso no va a pasar. —Jenny negó con la cabeza, lo que hizo que sus largas coletas oscilaran a su alrededor—. Por favor, ¿podemos hacer como si no te hubiera contado nada?

Leslie le lanzó una mirada que dejó a las claras que no tenía intención de permitirle escapatoria a su amiga. Leslie la conocía bien y sabía que Jenny necesitaba desahogarse con alguien.

Con un suspiró, claudicó.

—¿Recuerdas el día que nos llamaste para decirnos que te habían ofrecido el papel en la película? Cuando apareció Rhys en tu puerta y te invitó a cenar… —Esperó a que Leslie asintiese para asegurarse de que su amiga la seguía antes de continuar—. Bruno y yo estábamos en mi apartamento hablando por el manos libres.

—Habíais preparado un *brunch,* sí. Y yo os dije que era demasiado temprano para beber… ¡Oh, Dios mío! ¡Los margaritas!

—Exacto, ¡los margaritas tienen la culpa de que echara el mejor polvo de mi vida con mi mejor amigo!

Leslie la miró boquiabierta. Estaba tan emocionada que no pudo evitar dar saltitos como si fuera una adolescente.

—¿En serio ha sido el mejor polvo de tu vida?

Jenny hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Eso no viene al caso. Tengo un problemón gordo, Les, y no sé qué hacer.

—Yo lo veo bien claro —le aseguró Leslie—. Está claro que Bruno te gusta; al menos es obvio que el chico te pone. Y, créeme, si hubieras prestado un poquito de atención a lo largo de estos últimos años, te habrías dado cuenta de que él bebe los vientos por ti.

Jenny la miró como si su amiga estuviera loca de remate.

—Lo digo en serio —insistió—. No veo dónde está el problema. Tú le gustas. Él te gusta. ¡Liaos y ya está!

—No es tan sencillo. Bruno apenas me habla y…

—Porque tú tampoco le hablas a él —la interrumpió—. Escucha: ¿por qué no vas y le propones dar una vuelta? Los dos necesitáis aclarar la situación. Por vuestro bien, y, si de verdad me apreciáis, también por el mío.

Jenny se giró hasta que sus ojos encontraron a Bruno, que en aquel momento detenía la máquina cortacésped. Leslie vio cómo su amiga se llevaba una mano al pecho, como si su corazón acabase de dar un salto mortal en su interior, pues la mera idea de hablar con Bruno debía de hacerla estremecer de puros nervios. Sin embargo, ambas sabían que debía armarse de valor; a fin de cuentas…, ¿qué era lo que podía salir mal? En opinión de Leslie, era imposible que ambos

acabaran peor de lo que estaban en ese momento, así que Jenny debía ser valiente y dar el primer paso.

Estaban recogiendo las herramientas de jardinería cuando la oscura figura de Lorraine se acercó a ellas por la espalda. Cuando Leslie dio media vuelta y se topó con su hermana, gritó tan fuerte que a punto estuvo de utilizar las tijeras de podar como arma defensiva. Nunca se iba a acostumbrar a verla vestida completamente de negro, con esa tez tan pálida y los ojos pintados como los de un mapache.

—Por el amor de Dios, Lorraine. ¿Es que quieres matarnos?

Su hermana mantenía la vista clavada en el césped recién cortado, meciéndose incesantemente sobre sus talones. *Algo le preocupa,* pensó Leslie. Era raro que Lorraine se aproximara voluntariamente a la gente, y mucho más que lo hiciera para dialogar con los demás. Después del bombazo que acababa de soltarle Jenny, Leslie no se veía capaz de soportar que Lorraine le confesara que había matado a un conejito indefenso y que esperaba que ella lo enterrara en el jardín o que había cometido un acto satánico.

—¿Sí, Lorraine?

Su hermana se entretuvo en hacer un surco en la tierra con la punta de sus zapatos, pero no dijo nada. A su lado, Leslie vio que una impaciente Jenny tamborileaba con los dedos sobre sus muslos, como si así pudiera hacer hablar a Lorraine lo antes posible para que ella pudiera aclarar su asunto con Bruno. Decidió echarle una mano a su amiga y le insistió a su hermana una vez más.

—¿Tienes algo que decirnos?

Por fin, Lorraine levantó la cabeza. Cuando se aseguró de que tenía la atención de ambas mujeres, le tendió a su hermana su móvil desbloqueado antes de salir corriendo de vuelta a la casa.

—¡No mates al mensajero! —gritó hacia ellas—. Creo que tienes que saber quién es tu novio en realidad.

Cuando Leslie miró la pantalla y leyó el artículo que aparecía en ella, casi se le cayó el teléfono de las manos. Su rostro perdió todo rastro de color, la garganta se le secó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se trataba de una noticia de un popular portal de cotilleos que solía publicar novedades de artistas y famosos de Hollywood. Como usuaria y también como parte de sus funciones durante la etapa de su vida que trabajó para Barbara, Leslie también había consultado esa página

en multitud de ocasiones para mantenerse al día del panorama cinematográfico, aunque nunca creyó que una de sus publicaciones pudiera hacerle tanto daño.

El reportaje en cuestión se trataba de una primicia sobre la vida privada de Rhys e iba acompañado de varias fotografías. El titular, escrito con grandes letras mayúsculas, se le clavó como un puñal en el corazón:

«EL SECRETO MEJOR GUARDADO DE RHYS HUDSON: ¡ES PADRE DE GEMELOS!

El reconocido actor pasó una divertida jornada de juegos en el parque de atracciones en compañía de sus hijos».

En las imágenes, podía verse a Rhys cargando con dos chicos idénticos de unos seis años de edad, uno de ellos con un brazo en cabestrillo, junto a una mujer rubia que reía con ellos. Eran la viva estampa de una familia feliz y parecían tan cercanos, tan acostumbrados a estar juntos que Leslie creyó que iba a vomitar. De no haber sido por Jenny, que permanecía a su lado sujetándola, se habría caído de bruces al suelo.

—Seguro que tiene una explicación, Les. Vamos, respira. ¡Bruno!

Alertado por la voz de Jenny, que gritó tanto que incluso pudo escucharla a través de los auriculares que llevaba, y al ver que apenas era capaz de sostener en brazos a su amiga, Bruno corrió hasta ellas y las ayudó a sentarse a los pies del viejo arce.

—¿Qué pasa? ¿Quién ha muerto?

—Todavía nadie —le aseguró Jenny, tendiéndole el teléfono móvil—. Pero es cuestión de tiempo que encuentre a ese hijo de puta y le retuerza los huevos con mis propias manos.

Después de que Bruno terminara de leer el artículo y viera las fotografías, una repentina furia se apoderó de él y sus instintos asesinos salieron a flote.

—Malparido… —masculló, fuera de sí—. *Hijueput*… ¿Fue por eso por lo que se largó?

¿Porque ya había cumplido con su amante y tenía que volver con su familia perfecta?

—¡Bruno! —lo reprendió Jenny.

Sentada a los pies del árbol, Leslie se abrazó las piernas y apoyó la cabeza en sus rodillas. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que mojó la tela de sus pantalones. Era incapaz de asimilar todo lo que estaba pasando. Rhys jamás le había hablado de ningún niño —¡mucho menos de dos!— ni le había comentado nada al respecto de que existiera otra mujer en su vida. ¿Había estado engañándola todo ese tiempo? ¿Sería uno de esos actores que tienen líos con sus compañeras de película y que, una vez que finaliza el rodaje, vuelven a casa con sus esposas? La vida privada de Rhys era un misterio para el mundo, aunque ella creía que había llegado a conocerlo en los últimos meses. ¿Se estaría riendo de ella? ¿Estaría haciéndole pagar por el bochorno que le hizo pasar en su adolescencia? Le resultaba mezquino y cruel, nada típico de Rhys. Sin embargo, las fotografías parecían actuales, y Rhys llevaba la misma ropa con la que se había marchado de su casa hacía tan solo un día. Todo encajaba, a pesar de que su cabeza no paraba de dar vueltas a la posibilidad de que todo fuera un malentendido.

—Por eso nunca se dejaba ver conmigo a la luz del día —farfulló, apenas en un hilo de voz—. Cuando volvimos de Grecia, siempre nos veíamos en mi apartamento y después aquí, en Berlin, donde nadie esperaba encontrarlo.

Jenny y Bruno compartieron una mirada cómplice, olvidándose de sus rencillas por el bien de su amiga. Los dos se preocupaban por Leslie y odiaban verla sufrir. Todos se habían quedado deslumbrados por el carisma del actor, pero admitían que muy pocos sabían quién era él en realidad. Rhys se preocupó mucho de mantener el misterio en torno a él, y, a pesar de que había comenzado a abrirse a Leslie últimamente, nadie podía asegurarles que nada de lo que le hubiera contado fuera verdad. A fin de cuentas, el tipo era un buen actor.

—Debe de tener una explicación —decidió probar Jenny, que le pasaba varias veces las manos por la espalda para intentar serenarla. Leslie estaba tan nerviosa que incluso temblaba—. ¿Por qué no lo llamas? Así sales de dudas y yo me ahorro tener que ir a la cárcel por asesinato.

Con pulso incierto, Leslie se sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros y buscó el contacto de Rhys. Un sollozo salió de su garganta mientras se establecía la llamada, y dio gracias en silencio por que sus amigos estuvieran a su lado. *No puede ser cierto…,* se repetía a sí misma una y otra vez. *Por favor, que no sea verdad.*

Más lágrimas acudieron a sus ojos cuando no obtuvo respuesta.

—Tiene el teléfono apagado.

—¡Mierda! —maldijeron sus amigos a la vez.

La angustia que sentía era tal que le parecía estar viviendo dentro de una pesadilla. Las imágenes de Rhys jugando con los críos circulaban por todo internet y se convertían en virales en las redes sociales. Todo el mundo hablaba de la familia secreta de Rhys Hudson y de cómo había sido capaz de mantenerla oculta todo ese tiempo. Una de las fotografías resultaba especialmente dolorosa; en ella, Rhys le pasaba el brazo por los hombros a la misteriosa mujer mientras cada uno de los dos les daba la mano a los niños. Eran la viva estampa de la felicidad, algo que ella se había imaginado junto a Rhys y en lo que no formaba parte.

—Cariño, ¿qué podemos hacer?

Leslie negó con la cabeza, llorando en silencio. Ni siquiera era capaz de emitir un solo sonido. Lo que más le dolía era que la hubiera engañado. Se sentía traicionada por Rhys. Se había abierto a él, le había confesado todos sus secretos y le había abierto las puertas de su casa para que conociera a su familia. Había sido una ilusa por creer que él también estaba cambiando, que por fin se había deshecho de esa coraza de hierro bajo la que se protegía del mundo. Y resultaba que para él no era más que un pasatiempo con el que entretenerse.

Nada era verdad.

Todo era una mentira.

Leslie había sido tan ingenua como para lanzarse a una piscina en la que no había agua, y su corazón se rompía ahora en mil pedazos.

Pensaba que sería posible, que juntos podrían conseguirlo. Ahora todo a su alrededor se desmoronaba como si de un castillo de arena se tratase.

Pero una cosa tenía clara: no volvería a amar del modo en que había amado a Rhys.

19

19 – INT. ESCUELA DE CINE DE LOS ÁNGELES – DÍA.

LESLIE, cargada con un montón de papeles, se dispone a dar el paso más importante para su futuro desde que llegó a Los Ángeles. Sin embargo, el dolor por su ruptura con Rhys le resulta insoportable. Está pasando por los días más difíciles de su vida.

Siete días después de que el cerebro y el corazón de Leslie colapsaran en el jardín trasero de la casa de sus padres, ella sentía que nada había mejorado. Estaba cansada y no veía el momento de regresar a casa. Estaba física y mentalmente agotada; apenas conseguía pegar ojo por la noche, y durante el día, las imágenes de Rhys jugando con aquellos niños desconocidos la mortificaban hasta tal punto que la angustia no le dejaba respirar. Había pasado una semana desde que la prensa se había hecho eco de la supuesta paternidad de Rhys, y Leslie todavía no lograba asimilarlo. Se mostraba tan sincero cuando estaba con ella… Todo era real entre los dos, y, sin embargo, el actor tan solo estaba representando un papel más, tal vez el mejor de su carrera.

En los últimos días, Leslie había pasado por las cinco fases del duelo. Primero, la negación; esta fase acudió a ella mientras sus padres y sus amigos trataban de consolarla. No podía ser cierto; Rhys no le haría algo así. Los dos se querían, y seguro que existía alguna explicación para ese malentendido. Sin embargo, cuando comprobó que sus intentos para ponerse en contacto con él resultaron inútiles, Leslie entró en la fase de la ira. Odió a Rhys con todas sus fuerzas, lo maldijo en diversos idiomas gracias a las raíces coreanas y colombianas de Jenny y de Bruno, respectivamente, y deseó que el karma le devolviese todo el daño que le había hecho. Después, la negociación entró en juego; Leslie se pasó todo el vuelo de vuelta a California pensando en diferentes maneras de hacer entrar a Rhys en razón. *A lo mejor, si me muestro comprensiva, consigo que me cuente la verdad,* se decía a sí misma. Pero cuando aterrizó en el aeropuerto de Los Ángeles, Leslie descubrió que tenía una docena de mensajes de Rhys en el buzón de voz y otros tantos en la bandeja de entrada, y entonces entró en depresión. Qué injusta estaba siendo la vida con ella. No entendía por qué el destino se cebaba tanto con ella.

¿Qué mal había hecho para que le arrebataran a los dos únicos hombres a los que había amado en toda su vida, aunque de diferentes maneras? El amor tranquilo que tuvo por John no podía compararse a la pasión y al deseo que sentía por Rhys. Perderlo a él la destrozaría. Pero ahora Rhys quería ponerse en contacto con ella, aunque Leslie no se veía capaz de hacerle frente en ese momento. Se pasó los siguientes días encerrada en casa sin salir de la cama, lamiéndose las heridas y llorando por los pedazos de su

corazón roto. A pesar de ello, Rhys se mostraba decidido a que lo escuchara, por lo que una noche se plantó en su apartamento esperando a que ella le diera una oportunidad.

—Leslie, por favor. Déjame que te explique.

Al otro lado, Leslie permanecía sentada en el suelo, al tiempo que las lágrimas fluían con libertad por sus mejillas mientras Rhys golpeaba la puerta.

—No es lo que tú piensas. Les, por favor… Habla conmigo.

En honor a la verdad, Leslie debía admitir que Rhys sonaba verdaderamente arrepentido. Su voz compungida denotaba desconsuelo, pero ella sabía que no era más que fachada. Rhys era un hombre inteligente y sabía que la había perdido con sus mentiras y secretos. Si estaba afectado no era porque su historia hubiera llegado a su fin, sino porque lo habían cazado *in fraganti*.

—Cariño… —masculló una vez más—. Me iré si me lo pides, Les, pero, por favor, abre la puerta.

Rhys no se marchó hasta que Bruno y Jenny bajaron para echarlo de allí. Las lágrimas se convirtieron en llanto cuando Leslie oyó cómo Bruno lo amenazaba con llamar a la policía y vender a la prensa las fotografías que pensaba hacerle a Rhys para que todo el mundo supiera la clase de monstruo que era en realidad. Aquello pareció surtir efecto, y Rhys se marchó con la promesa de que no cejaría en su empeño hasta que Leslie accediera a verlo. Leslie se pasó la noche entera llorando abrazada a sus amigos y dándoles las gracias por quedarse a su lado.

A finales de semana, el desconsuelo disminuyó lo suficiente como para permitirle salir de la cama, y con él se dio al fin la fase de la aceptación. Su relación con Rhys estaba rota y no había forma de arreglarlo. Ella no quería volver a sufrir, y estaba decidida a no pasar otra vez por ello. Siendo Rhys quien era, no le quedaría más remedio que verlo aquí y allá en televisión, prensa e incluso en el cine, pero se dijo que algún día dejaría de doler. Solo necesitaba tiempo… y tal vez renovar el pasaporte para mudarse a otro país.

Con la película finalizada y sin un trabajo al que regresar, Leslie disponía de tiempo suficiente para pensar qué quería hacer con su vida a partir de ahora. Su cuenta bancaria nunca había tenido tantas cifras como en ese momento, de modo que decidió que lo mejor para ella sería pensar en sí misma. Con una idea en mente, decidió

deshacerse de sus miedos para luchar por fin por sus sueños.

La primera semana de diciembre, Leslie se encaminó hacia el centro de la ciudad cargada con su portfolio, unos formularios y el corazón cargado de ilusiones. Resultaba casi antinatural ver los escaparates de las tiendas y las fachadas de las casas engalanados con la decoración navideña cuando en el exterior se rozaban los veinticinco grados. Al bajarse del autobús en Sunset Boulevard, Leslie sonrió por primera vez cuando el sol incidió sobre su rostro, obligándola a entrecerrar los ojos.

Recordó entonces la letra de la mítica canción de los años 70 *It Never Rains in Southern California*. A fin de cuentas, nunca llovía en el sur de California.

El edificio que acogía la Escuela de Cine de los Ángeles se hallaba en el corazón de la ciudad. Algunas décadas atrás, el mismísimo Elvis Presley e incluso los Rolling Stones grabaron su música en alguno de sus numerosos estudios. Destacadas figuras del cine habían pasado por sus aulas, desde reconocidos directores de cine hasta galardonados compositores y guionistas. Ahora Leslie aspiraba a ser una de ellos. Sabía que el curso ya había comenzado, aunque esperaba que la aceptaran para el siguiente semestre.

Todo el mundo le decía que era buena, pero, sin embargo, ella no lo veía. Rhys también la apoyaba, a pesar de que él consideraba que a sus historias le faltaban alma. Era el momento de que Leslie apostara por ella misma, se formara y diera rienda suelta a su talento. Por ese motivo estaba allí, en el vestíbulo de la escuela, dispuesta a entregar su inscripción como alumna.

Después de más de una hora rellenando formularios, cumplimentando cada casilla, anexando documentos y peleando con el personal de secretaria para que aceptaran su solicitud, Leslie por fin pudo respirar de nuevo. Aquel tan solo era el primer paso de su nueva vida. Probaría suerte en otras escuelas e instituciones cinematográficas y quizá, en unas semanas, recibiera como regalo de navidad la carta de ingreso en alguna de ellas. Se veía con ánimo de emprender esa aventura, llena de ilusión y también de un poquito de miedo. Si sus planes salían como ella imaginaba, dentro de unos años podría estar escribiendo historias para algún director de cine que confiara lo suficientemente en ella como para llevarla a la gran pantalla.

Tan absorta estaba en sus propios pensamientos que no vio a la figura masculina con la que tropezó en el vestíbulo.

—¡Qué sorpresa verte aquí! —exclamó Miles Fletcher, estrechándola contra su oronda figura.

De entre todas las personas con las que Leslie podía haberse encontrado, el director no era una de ellas. El hombre parecía realmente contento de verla, y cuando ella le explicó que acababa de rellenar su solicitud de acceso, él se mostró encantado con la idea.

—Haces bien —le aseguró, caminando con ella hacia la zona de descanso habilitada para los alumnos—. Siempre he dicho que un actor debe aprovechar todos los recursos a su alcance. Sin embargo, tú tienes algo de lo que muchos carecen.

Encaramada a uno de los altos taburetes, Leslie se lo quedó mirando, intrigada.

—Talento, querida —le explicó Miles, sujetando sus manos—. Acabo de dar una conferencia sobre dirección de cine, y, créeme, si la mitad de los chicos que había en esa sala fueran como tú, aunque tan solo sea en una décima parte, el cine volvería a recuperar el esplendor de antes.

El rubor acudió a las mejillas de Leslie, a quien siempre le había costado aceptar los cumplidos sin más. Ella era una chica normal y corriente, no una estrella de Hollywood.

—Te lo agradezco, Miles. Pero me temo que mi incursión en el mundo de la actuación empezó y acabó con nuestra película. No estoy hecha para ponerme delante de las cámaras.

—¡No digas sandeces! Me he pasado las últimas semanas metido en una cabina del tamaño de una caja de zapatos montando la cinta, y te aseguro que estás absolutamente brillante. De hecho, estoy decidido a que volvamos a trabajar juntos.

A Leslie se le pusieron los ojos como platos. No sabía qué decir; se sentía honrada de que un profesional con la reputación de Miles Fletcher mostrara interés por ella; sin embargo, tenía la certeza de que su destino no era ese.

—Es muy amable por tu parte, pero yo…

—Eres mi musa, Leslie —aseveró con énfasis el director—. Tengo el papel perfecto para ti. Te mandaré el guion esta semana. ¿Tienes agente? —Antes de que Leslie pudiera decirle que ni en sus sueños más locos se había imaginado vivir una situación como aquella, Miles

continuó sin esperar su réplica—. No importa. Haré que te lo envíen de todas maneras. Prométeme que lo leerás y que pensarás en mi propuesta antes de rechazarla. ¿Crees que serás capaz de hacerlo, jovencita?

¿Qué podía responder? Una simplemente no podía decirle que no a un director como Miles Fletcher. Si quería formar parte del mundo del cine en el futuro, más le valía no empezar haciendo enemigos a la primera de cambio.

—De acuerdo —le aseguró—. Lo leeré con atención y te daré una respuesta.

El señor Fletcher se mostró conforme y, antes de marcharse, se aseguró de que Leslie aceptara su tarjeta para que se pusiera en contacto con él cuando considerase oportuno.

Quería comentar con ella el guion para así poder convencerla de que aceptara el papel protagonista de su próxima cinta. Leslie se preguntó qué haría Elizabet Taylor en su lugar. La diva de Hollywood fue conocida por tomar cuanto se le ofrecía, a veces incluso mucho más. Era una mujer ambiciosa y llena de vitalidad y energía que solía conducirse según sus pasiones y acostumbraba a exigir todo cuanto creía que merecía.

Leslie no era como Elizabeth, y quizá por eso la admiraba tanto.

Cuando Leslie llegó a su apartamento seguía sin aceptar que un director como Miles hubiese puesto su interés en ella. Pensaba que se había vuelto loco y que sobrevaloraba su talento, pero ¿quién era ella para llevarle la contraria? A pesar de que la actuación no entraba dentro de sus planes, reconocía que le ilusionaba que creyeran en ella, que vieran algo más allá de lo que mostraba al resto del mundo. Tenía que empezar a trabajar más en su autoestima si no quería que los gigantes de Hollywood se la merendaran.

Al subir las escaleras que conducían hasta su piso, Leslie se quedó paralizada al ver a Rhys apoyado en la barandilla que daba al patio interior. Se moría de ganas por correr hacia él y abrazarlo con todas sus fuerzas, pero sabía que no debía hacerlo. Solo tenerlo delante ya le resultaba en extremo doloroso. Lo echaba terriblemente de menos; sin embargo, ella tenía todo el derecho a estar enfadada con él, a no querer verlo. En los últimos días, ni siquiera quiso acceder a sus redes sociales por temor a lo que pudiera ver allí. ¿Habrían confirmado el matrimonio de Rhys? ¿Se sabrían ya los nombres de los niños y sus

edades? Solo con pensar en ello, Leslie sentía que volvía a rompérsele el corazón.

Cuando sus miradas se encontraron, Leslie reparó en la tensión que se apreciaba en su figura, como si cargara un enorme peso sobre los hombros. Bajo sus ojos claros se percibían dos sombras oscuras que le hacían tener un aspecto cansado, como si hubiese pasado días sin dormir bien. Sus mejillas estaban cubiertas por una barba de al menos tres días. Leslie se mordió el labio, nerviosa. Era injusto que Rhys estuviera más guapo que nunca cuando resultaba evidente que él también sufría. No quería verlo, aunque una parte de ella le decía que debía escuchar lo que Rhys tuviera que decirle. Estaba cansada de estar triste, de preguntarse qué había hecho mal esa vez. Necesitaba respuestas, y solo Rhys podía dárselas.

—Si me pides que me vaya, lo haré —le aseguró él, con la voz temblorosa—. Pero, por favor, no me lo pidas.

Leslie inspiró profundamente. Notaba el pulso acelerado, la garganta cerrada por la emoción y los ojos irritados a causa de las lágrimas que se esforzaba por no derramar.

—¿A qué has venido, Rhys?

Leslie se sorprendió de que su voz sonara tan serena. No era así como se sentía en absoluto. Si no se sentaba pronto, las piernas iban a dejar de sostenerla de un momento a otro.

Rhys dio un paso hacia ella y Leslie reculó otro tanto hacia atrás. Los dos se detuvieron, temerosos de cruzar las miradas.

—A explicarte… Yo… —Dio un suspiro y se apretó el tabique nasal con dos dedos, en un gesto derrotado—. ¿Podríamos entrar, por favor? No quiero que…

—Ya, lo entiendo —lo interrumpió Leslie, introduciendo la llave en la cerradura—. Lo último que queremos que alguien te vea conmigo a plena luz de día y te saque una fotografía.

A su espalda, Leslie lo oyó gruñir. Sabía que Rhys tenía una respuesta mordaz en la punta de la lengua, solo que debió de decidir guardársela para sí en lugar de empeorar todavía más las cosas entre ellos.

Una vez que estuvieron a salvo de miradas de curiosos, Leslie depositó sobre la mesa las carpetas con las que había estado cargando todo el

día y se giró para quedar frente a él, con los brazos cruzados a la altura del pecho, sin parar de recordarse que no debía ponerse a llorar.

—Tú dirás.

Rhys no sabía dónde colocar las manos. Tan pronto balanceaba los brazos a ambos lados de su cuerpo como se mesaba el pelo de forma compulsiva. Parecía como si le diese vergüenza mirarla directamente a los ojos. *Bien,* pensó Leslie. Se merecía sufrir por todo lo que le había hecho.

—Te mereces una disculpa, Les —empezó él, clavando la vista en su rostro por fin—.

No he hecho las cosas bien. No como tú te merecías. Pero si tan solo me dieras la oportunidad, yo…

—¿Oportunidad? —explotó Leslie, dando unos pasos hacia delante—. ¿De qué, Rhys?

¿De contar más mentiras? ¿De engatusarme como a una colegiala para después desaparecer sin más? Adelante, pues. Nada de lo que digas puede afectarme más.

—No es eso. Yo… Si me permitieras explicarme…

—¡Te he llamado cientos de veces! —lo acusó Leslie, las mejillas ruborizadas por el enfado—. Y tú ni siquiera me has escrito para decirme qué estaba pasando. ¿Sabes lo que es descubrir por la prensa que el hombre al que quieres está casado con otra y que además tiene hijos? Nunca hubiera pensado que fueras tan mezquino.

—Yo no…

—¡Felicidades, señor Hudson! Ha realizado usted su mejor actuación.

—¡Maldita sea, Leslie! —Rhys estalló, dando rienda suelta a su mal genio galés—.

¿Quieres callarte de una vez? Si dejas de hablar durante cinco minutos, te juro por Dios que te contaré todo lo que quieras saber. ¿Serás capaz de guardar silencio por una vez en tu vida?

Temblando por la furia y el nerviosismo, Leslie se mordisqueó el labio para no gritarle un insulto a la cara. Estaba segura de que, si se ponía

a chillar, Bruno y Jenny no tardarían en acudir en su ayuda para echar a Rhys de su apartamento, y Leslie necesitaba escucharlo, fuera lo que fuese lo que él tuviese que decir.

Respirando hondo, apoyó la espalda en la pared y claudicó.

—Te escucho.

Ella vio cómo sus hombros se hundían cuando respiró, aliviado. A juzgar por su expresión derrotada, Rhys no debía de albergar ninguna esperanza de recuperarla, pero ella se merecía su sinceridad, después de todo. Ambos lamentaban que él hubiera tardado tanto en confiar en ella.

—No te respondí al teléfono porque me pasé el día entero reunido con mi agente y mi publicista tratando de que eliminaran esas fotografías. —Esa última palabra la pronunció como si estuviera cargada de veneno—. Ningún menor debería salir en la prensa sin el consentimiento de sus padres.

Aquello le dolió a Leslie tanto como si le acabasen de clavar un puñal en el pecho. Rhys prácticamente acababa de confirmarle su paternidad.

—Entonces, tú…

Rhys alzó una mano para pedirle que no continuara. Después se sentó en el brazo del sofá, frotándose las manos hasta que reunió el valor de mirarla a los ojos.

—No es lo que te imaginas, Les —le explicó él, apenas en un hilo de voz—. No soy su padre. Jasper y Justin son hijos de Will.

Leslie necesitó unos instantes para procesar la información. ¿Estaba hablando del mismo Will que conoció en la universidad? ¿El Will que fue su ancla cuando la fama llegó a su vida? ¿El hombre que murió trágicamente en una gasolinera? Las piezas comenzaban a encajar en su lugar, y Leslie se sentía idiota por haber sacado conclusiones precipitadas en lugar de permitirle explicarse.

—Pe-pero… —tartamudeó, nerviosa—. ¿Y la mujer?

Al agitar la cabeza cuando asintió, los mechones de pelo dorado cayeron sobre los ojos hinchados de Rhys, y Leslie tuvo que resistir el impulso de apartárselo con los dedos.

—Es Cassie, la mujer de Will —murmuró, mirándola directamente—. Les, ¿de verdad creías que podría engañarte cuando es evidente que estoy loco por ti?

Ella negó un par de veces, confusa. Ya no podía contener más las lágrimas, por lo que las dejó correr libremente por sus mejillas. En el interior de su cabeza no paraba de repetirse que no había sido todo más que un malentendido, que Rhys nunca la había engañado y que todavía la quería.

—Yo no… No tenía ni idea, Rhys. Nunca los mencionaste. Nadie sabe nada de ti. Todas esas llamadas misteriosas… Y de repente aparecen esas fotografías en las que se te ve tan feliz…

—Es culpa mía por no habértelo contado antes.

—Sí. No. Quiero decir… —Leslie fue hacia él y se arrodilló a sus pies. Con manos temblorosas, alzó el mentón de Rhys y le acarició el pelo —. Deberías habérmelo dicho, pero yo también me precipité. Pensaba que era cierto, que me habías utilizado. Me sentía idiota por haberte creído y ahora es aún peor, porque te tengo delante y no sé cómo decirte que yo también lo siento.

Rhys suspiró, cansado. Se deshizo de las caricias de Leslie para entrelazar los dedos con los de ella y besarle los nudillos.

—Le prometí a Will que cuidaría de su familia si él algún día no estaba. Cassie me llamó la mañana que tuve que irme. Jasper se había caído en el parque y estaban en el hospital

—le aclaró—. En ese momento supe que tenía que estar junto a ellos.

—Dios mío, ¿se encuentra bien?

Rhys asintió, sonriendo tímidamente por primera vez en días.

—Tiene la cabeza tan dura como su padre. No fue más que un brazo roto. Pero me asusté, Les. Y después, cuando comprobé que no querías saber nada más de mí, me temí lo peor. Sé que no he hecho las cosas bien y que tal vez lo nuestro no tenga solución. Te merecías la verdad, y por eso he venido.

Ella lo miró. Su semblante reflejaba el cansancio acumulado durante la última semana.

Al miedo de que uno de los niños estuviese herido se le unían la

preocupación por haberla perdido a ella y el malestar con los medios de comunicación. Rhys era una persona en extremo celosa de su vida personal, pero tenía que entender que ella no pertenecía al mundo de las *celebrities* y que no estaba dispuesta a renunciar a su vida por una existencia en las sombras.

—Tenemos que hablar las cosas, Rhys. Esto no puede volver a pasar. Si queremos que lo nuestro funcione, los dos debemos poner de nuestra parte. Ningún secreto más, ¿de acuerdo?

Él la miró, esperanzado.

—¿Significa eso que me perdonas?

—Hablo en serio. No habrá más secretos.

—De acuerdo, te lo prometo.

Ella se sentó en su regazó, rodeándole el cuello con los brazos mientras Rhys colocaba los suyos alrededor de su cintura. Lo oyó suspirar, como si encontrase reconfortante sentir su cuerpo pegado al de él, como si ambos acabasen de regresar a casa después de un largo tiempo. Rhys era su hogar y ella era el suyo, ahora ambos lo comprendían, y no pensaban volver a arriesgarse a perderse.

—Y una cosa más —añadió Leslie antes de acceder a que sus labios la besaran—. No voy a volver a esconderme, Rhys.

Él la miró como si no terminase de comprender lo que quería decirle.

—Nunca te he pedido que lo hicieras.

—Quiero decir que estoy cansada de que solo nos veamos en mi apartamento cuando ya se ha puesto el sol. Si quieres estar conmigo, tendremos que hacer cosas normales.

De pareja.

—De pareja.

Leslie asintió, sonriente. Atrás quedaron las lágrimas. Una vez aclarado el malentendido, estaba dispuesta a luchar por su relación.

—¿Me estás dando un ultimátum?

—Tómatelo como quieras, pero no quiero una relación a medias. Si vamos a estar juntos, tenemos que ser una pareja normal. ¿Estás

dispuesto a hacer ese sacrificio?

Él apretó más el brazo que tenía alrededor de su cintura hasta que su nariz rozó la de Leslie. Lo que Leslie no sabía era que, al mirarla tan de cerca, Rhys sintió que el corazón le explotaba de felicidad. Había pasado una semana horrible pensando que nunca más volvería a tenerla a su lado; sin embargo, los astros en el cielo se habían alineado a su favor y habían cumplido su deseo. Se prometió que nunca más pondría en riesgo su relación con Leslie. La quería demasiado como para perderla.

—Por ti, Les, estoy dispuesto a lo que sea.

20

20 – EXT. OBSERVATORIO GRIFFITH DE LOS ÁNGELES – NOCHE.

LESLIE se prepara para su primera cita en la ciudad con Rhys. El actor mantiene el misterio y Leslie es incapaz de contener la emoción. Sabe que esa noche será mágica.

—Date prisa, Jenny. Vas a hacerme llegar tarde.

—No vas a llegar tarde —le aseguró su amiga—. Si te estás quietecita, terminaremos mucho antes.

¿Que se estuviera quieta? Jenny no tenía ni idea de lo que le estaba pidiendo. Ni siquiera en su fiesta de graduación Leslie estuvo tan nerviosa. Se había tomado dos infusiones para relajarse, y todavía era incapaz de dejar de mover las piernas de manera compulsiva.

Sentada en una silla en su dormitorio, intentaba por todos los medios no moverse mientras Jenny la maquillaba para su cita con Rhys. Leslie era consciente de que Rhys no era como los demás, que su popularidad siempre los acompañaría allá donde fuesen y que haciendo pública su relación se arriesgaban a convertirse en el objetivo de la prensa. No es que la idea de ser el centro de atención le entusiasmase, pero tampoco estaba dispuesta a vivir a medias con el temor constante de que los descubriesen. Eran una pareja, y como tal debían comportarse.

Sin embargo, Rhys se mostró del todo misterioso y apenas le dio detalles sobre lo que había previsto para los dos. Leslie ni siquiera sabía adónde irían o qué harían, y la incertidumbre estaba acabando con ella. Desde que era pequeñita, Leslie siempre había sentido la necesidad de tenerlo todo bajo control, por lo que el hecho de no

poder comprobar que todo estuviera listo para esa noche ponía a prueba su paciencia.

—Ni siquiera sé adónde me lleva —masculló. Mantenía los ojos cerrados mientras Jenny aplicaba sombra de ojos a sus párpados—. ¿Te ha dicho algo? Porque, si es así, más te vale contármelo todo.

Cuando le habló a Jenny de sus planes para esa noche, su amiga se ofreció para ayudarla a prepararse. Como empleada del salón de belleza de su familia, Jenny estaba acostumbrada a maquillar a sus clientas —la mayoría de ellas asiáticas—, arreglarles las largas melenas lisas y decorar sus uñas con delicadas manicuras. Leslie le agradeció que estuviera ahí para ella y anotó mentalmente hacer lo mismo con Jenny en lo que a

Bruno se refería. Sus amigos todavía mantenían las distancias y se evitaban siempre que podían. Era hora de que esos dos dieran un paso hacia delante y aceptaran sus sentimientos.

—No sé nada, ya te lo he dicho. Rhys tiene todo bajo control, aunque me sorprende que después de lo que le dijiste haya vuelto a preparar una cita nocturna. Estate quieta o me saldrá la raya torcida.

Leslie arrugó el gesto, inquieta.

—No uses *eyeliner*. No quiero parecer una *geisha*.

—Esas son japonesas, no coreanas —apuntó Jenny, comprobando que ambos ojos lucieran iguales—. ¿No le has pedido que os vierais en un parque e hicierais un pícnic o algo así?

—Estuve tentada. Pero luego pensé que una cita de verdad tiene que ser por la noche, a la luz de las velas…

—Por favor, no añadas «en un restaurante, con baile, arrumacos y una pedida de mano al final».

Leslie rompió a reír a carcajadas, con lo que se ganó la reprimenda de Jenny por haberse movido sin su permiso.

—¿Qué vas a ponerte?

Leslie suspiró mientras Jenny le aplicaba la base de maquillaje. Como desconocía el plan, había optado por elegir algo con lo que se sintiera cómoda, pero a la vez elegante y femenina.

—Uno de los vestidos que Barbara me hizo comprar cuando se empeñó en que la acompañara a todos esos eventos inútiles. El lencero de la falda rosa.

Era un vestido realmente precioso, con una amplia falda de raso y un corpiño de encaje negro que se cerraba bajo el pecho y dejaba a la vista una porción de la piel de su abdomen. Solo lo había llevado una vez, y cuando llegó la hora de quitárselo se comparó con Cenicienta cuando el reloj dio la medianoche: el hechizo se rompió y ella volvió a ser la criada de sus malvadas hermanastras. Esperaba que Rhys hubiera preparado algo para lo que su vestido no resultara inapropiado o, de lo contrario, estaría en serios apuros.

—Lista —anunció Jenny, brochas en mano—. ¿Estás segura de que no quieres que te haga nada en el pelo?

Leslie negó con la cabeza. No quería disfrazarse esa noche. En su primera cita oficial como novia de Rhys pensaba ser ella misma: así cumpliría las fantasías de la adolescente que fue una vez, además de sus sueños como mujer adulta. Su corta melena lucía completamente lisa y le acariciaba las mejillas cada vez que se movía. Así era ella, y así la quería Rhys.

Jenny estaba ayudándola a colocarse los altos zapatos de tacón cuando alguien llamó a la puerta. Emocionada y con los nervios a flor de piel, Leslie corrió a abrir a la pata coja; sin embargo, sus ilusiones se esfumaron en el aire al ver que no era Rhys quien estaba al otro lado, sino un hombre desconocido vestido con un traje oscuro y una gorra a juego.

—¿Señorita Prescott? —Solo cuando Leslie asintió, el hombre se quitó la gorra—. Me envía el señor Hudson a buscarla. ¿Está lista para que nos marchemos?

—Esto… —Boquiabierta, Leslie levantó un dedo y asintió—. Sí, deme un minuto.

Todavía con el zapato sin poner en la mano, Leslie cojeó hasta el dormitorio donde estaba Jenny. Su amiga tenía medio cuerpo por fuera de la ventana, y se golpeó la cabeza cuando regresó al interior.

A juzgar por la expresión de su rostro, debía de haber visto algo que la había dejado impresionada.

—No jodas.

—Rhys le ha pedido a un chófer que me recoja —anunció Leslie, totalmente impresionada.

—Nena, tu novio se ha marcado un Edward Lewis en *Pretty Woman* y te ha mandado una puñetera limusina. Solo que no veo a Rhys dentro.

—¡¿Qué?!

Las dos mujeres se asomaron para comprobar que Jenny tenía razón. A las puertas de su modesto edificio la estaba esperando una brillante limusina negra con las luces encendidas. ¡Rhys se había vuelto completamente loco!

—Si esto no es llamar la atención, entonces no sé qué lo es. —Jenny soltó un largo silbido, tan alucinada como Leslie—. Nena, mañana serás la comidilla del vecindario.

De eso no te quepa duda.

—¿Y qué hago ahora?

Cogiéndole el zapato de la mano, Jenny se arrodilló a su lado y la ayudó a calzarse.

—Podías no usarme como uno de los ratoncillos de voces agudas de Cenicienta e ir a buscar a tu hombre. Te lo has ganado.

Leslie la abrazó en agradecimiento y después se reunió con el conductor que la aguardaba en la puerta. Sabía que la vida real no era eso, que las mujeres no necesitan que un hombre les abra la puerta ni las trate como a una princesa, pero esa noche Rhys estaba consiguiendo que se sintiera importante, mimada, especial. Todo el mundo necesita que lo consientan de vez en cuando. Aquel era su momento, y pensaba disfrutarlo al máximo.

A medida que el coche avanzaba por las calles de Los Ángeles, Leslie iba poniéndose cada vez más nerviosa. Cuando dejaron atrás Hollywood Boulevard, Leslie respiró aliviada. Si Rhys estaba tan loco como para mandar una enorme limusina a buscarla, bien podría haber organizado una fiesta en mitad del Paseo de la Fama para dar a conocer su relación. Leslie no quería esconderse, pero tampoco deseaba ser el foco de atención. A pesar de que trató de sonsacarle información al chófer, el pobre hombre le comunicó que tenía órdenes de no revelar su destino, aunque le sugirió que tomara una copa de champán para calmar los nervios. Leslie nunca había viajado en limusina, ni siquiera cuando empezó a trabajar para Barbara. Hasta

ese momento, ella no tenía ni idea de lo espacioso que era el vehículo por dentro, con capacidad para dar cobijo a todo el equipo de natación del instituto, incluida la mascota. Rhys estaba superando sus expectativas, y a ella le encantaba.

Cuando la limusina enfiló una empinada colina, el atardecer comenzaba a caer sobre la ciudad de las estrellas. La carretera se volvió sinuosa una vez que atravesaron las verjas del parque Griffith hasta que avanzaron por la avenida que daba al teatro griego. Tal vez Rhys hubiera preparado un encuentro romántico en el interior del recinto para que recordaran el tiempo que pasaron en Grecia, donde todo era nuevo y ninguno esperaba demasiado del otro. Sin embargo, las ruedas continuaron avanzando, y el nerviosismo de Leslie era tal que no le permitía pensar con claridad. El enorme letrero de Hollywood estaba cada vez más cerca. ¿Y si…?

—Hemos llegado, señorita.

Estaba tan absorta en el remolino de ideas que cruzaban su mente que Leslie ni siquiera sabía dónde estaban cuando el coche se detuvo.

—¿Dónde…?

El chófer le abrió la puerta antes de que ella pudiera terminar la pregunta, y entonces lo vio.

De pie frente al altísimo obelisco que precedía al Observatorio Griffith estaba Rhys, vestido con un esmoquin negro con pajarita a juego y una rosa roja de tallo largo entre los dedos, y le estaba sonriendo solo a ella. Después de despedirse del chófer, Leslie se sujetó la falda del vestido para no tropezar y caminó hacia él a pesar de que las rodillas le temblaban como si estuvieran hechas de gelatina. El hoyito que se marcaba en la mejilla derecha de Rhys le indicaba que estaba feliz.

—¿Te has vuelto loco? —fue lo único que se le ocurrió decirle cuando llegó a su altura.

Él se inclinó para depositar un suave beso en sus labios, tan ligero que apenas fue una caricia. Sin embargo, Leslie se estremeció cuando le rozó la sien con la mejilla y le sintió aspirar su aroma.

—Esperaba un recibimiento más entusiasta, pero… —Volvió a besarla, esta vez en la sensible zona bajo la oreja—. Estás preciosa esta noche, Leslie.

Cuando Rhys se apartó para tenderle la rosa, los ojos de ambos

brillaban con deseo y anticipación.

—¡Te has vuelto completamente loco!

Su voz resonó en la silenciosa explanada y las carcajadas de ambos llenaron el ambiente. El observatorio Griffith estaba totalmente desierto salvo por ellos dos; los focos, estratégicamente colocados, iluminaban el edificio principal con sus tres características cúpulas oscuras y su fachada de un blanco inmaculado. A Leslie le recordaba a una escena digna de película, y ella era su absoluta protagonista.

Cuando Rhys entrelazó los dedos con los de ella, el corazón de Leslie se saltó un par de latidos y a punto estuvo de salírsele por la boca cuando recuperó su palpitar acelerado.

Sus manos encajaban como si hubieran sido diseñadas para estar juntas; Leslie sabía

que no era más que una tontería romanticona, pero aquella noche quería ser la chica cursi completamente hechizada por el hombre increíble que estaba a su lado.

—¿Cómo te las has apañado para que nos permitieran estar aquí?

—Tengo mis contactos —alardeó él, divertido—. ¿Te gusta?

Ella se detuvo y se giró para mirarlo.

—Me encanta. —A pesar de los tacones, Leslie tuvo que ponerse de puntillas para besarlo—. Gracias por esta noche.

Él sonrió humedeciéndose los labios, que ella le había manchado de carmín.

—No me lo agradezcas todavía. Solo acabamos de empezar. Además, hay algo que quiero decirt…

Sin embargo, ella no le dejó terminar. Era incapaz de contenerse al tenerlo tan cerca.

Rhys se había tomado todas esas molestias por ella porque la quería de verdad. No pudo resistirse y estampó sus labios contra los de Rhys en un beso intenso que les cortó a ambos la respiración. Para cuando se separaron, él parecía haber olvidado lo que iba a decirle.

Leslie llevaba más de dos años viviendo en los Ángeles y nunca había visitado el observatorio. El lugar, construido en la década de 1930, fue

un regalo que el coronel Griffith J. Griffith hizo a la ciudad con el fin de que construyeran un observatorio para que todos sus habitantes pudieran disfrutar del cielo nocturno y hacer que la astronomía fuera accesible a todo el mundo. En la actualidad, el observatorio era una de las atracciones culturales más importantes de Los Ángeles y ofrecía las mejores vistas del hogar de las estrellas y del océano Pacífico. Su interior resultaba sobrecogedor.

Cuando Rhys le mostró el planetario, situado en la cúpula central del edificio, Leslie se quedó sin palabras. Considerado como el mejor planetario del mundo, su cúpula de aluminio de más de setenta y cinco pies de altura ofrecía la posibilidad de admirar el firmamento gracias a su novedoso telescopio que permitía observar las estrellas del cielo.

—¿Podemos utilizarlo? —preguntó Leslie, señalando el inmenso periscopio.

Situándose a su espalda, Rhys la rodeó con sus brazos, apoyando la barbilla en su hombro.

—Está orientado para que puedas ver la luna, el resto de planetas del sistema solar y los objetos más brillantes de la Vía Láctea —murmuró Rhys en su oído; la piel de Leslie se puso de gallina bajo su voz aterciopelada—. ¿Sabías que la mayoría de la luz que vemos procede de estrellas que en realidad murieron hace varios años luz? Por eso, cuando miramos al cielo nocturno, lo que observamos en realidad es el pasado del cosmos.

Leslie se giró para mirarlo.

—¿Quieres decir que lo que de verdad vemos es el destino de las estrellas?

Apartándose un poco para contemplarla, Rhys le sonrió.

—Algo así, sí. Pero lo que yo veo cada vez que te miro es nuestro futuro.

Se besaron en el silencio de la noche solo con las luces del firmamento como testigo.

Después del tropiezo que había sufrido su relación hacía tan solo unas semanas, Rhys parecía dispuesto a no querer jugársela de nuevo. Se estaba esforzando por conseguir que lo suyo con Leslie funcionara, y ella era incapaz de negar ya que se había enamorado de él. Quizá una

parte de ella siempre lo había querido, pero lo que sentía ahora iba mucho más allá que un simple encaprichamiento juvenil. Amaba a Rhys, y no pensaba guardarse esos sentimientos para sí más tiempo. Era hora de que vivieran su historia libremente, sin miedos ni ataduras.

Pasaron largo rato recorriendo los pasillos y las numerosas salas del observatorio, descubriendo juntos los secretos del universo. Leslie se sorprendió al comprobar que Rhys era casi un experto en astrología. El actor sabía más acerca del cosmos que muchos estudiantes universitarios, y todo lo que había aprendido había sido de manera *amateur* leyendo libros y asistiendo a seminarios en su tiempo libre. Rhys era una caja de sorpresas para ella, y estaba segura de que nunca se aburriría a su lado.

De vuelta al jardín principal que daba acceso al edificio, Leslie pensó que la limusina estaría dispuesta para llevarlos a su siguiente destino; sin embargo, no era el coche lo que vieron, sino una bonita mesa redonda engalanada con un mantel blanco con una vajilla a juego y una solitaria vela encendida. Junto a ella, un camarero uniformado los esperaba para servirles la cena, que aguardaba en un carrito tapada por brillantes cubreplatos metálicos.

—¿Y esto?

Rhys le sonrió, tomando su mano para besarla en los nudillos.

—No es que no quiera cenar en un restaurante y que me vean en público contigo —se apresuró a decir—. Esto forma parte de la sorpresa.

Leslie arqueó una ceja, lanzándole una mirada escéptica.

—¿Qué sorpresa?

Rhys le apartó una silla para que tomara asiento.

—Si te lo dijera, ya no sería una sorpresa. —La besó en la cabeza antes de sentarse frente a ella—. Confía en mí, Les.

Ella chascó la lengua. ¿Qué otra cosa podía hacer? No estaba en su mano decidir lo que iba a suceder a continuación, y, aunque odiase no tener control sobre la situación, lo cierto era que estaba disfrutando de la noche y de la compañía de un Rhys en su faceta más íntima y romántica.

Después de que el camarero les sirviese los suculentos platos, consistentes en sopa de maíz picante, flores de calabaza rellenas de queso de cabra, salmón ahumado especiado con salsa de alcaparras y vino blanco, raviolis de langosta con salsa rosa —todo acompañado con los mejores vinos de California además de champán francés—, Rhys alzó su copa para proponer un brindis.

—¿Por qué brindamos? —preguntó ella, nerviosa. Se mordió el labio mientras daba botecitos en su silla. Todo olía tan bien que su estómago protestó de hambre. Estaba emocionada, y apenas podía quedarse quieta en la silla.

—Por ti. Siempre por ti.

—Por nosotros —lo corrigió ella—. Y… por mí. Esta mañana he recibido una llamada de la escuela de cine. ¡Me han aceptado para el próximo semestre!

—¿Lo dices en serio? ¡Enhorabuena! Sabía que lo conseguirías. Estoy muy orgulloso de ti.

Sus copas chocaron, y Leslie dio el primer sorbo a la bebida espumosa, sintiéndose más feliz que nunca.

—Gracias, pero me temo que Miles Fletcher ha tenido algo que ver en mi ingreso. Está empeñado en que debo aparecer en su nueva película.

Rhys sonrió mientras se terminaba su bebida.

—Todo el mundo tiene un padrino en el mundo del cine. Que Miles sea el tuyo es buena señal.

Ella lo miró con la cabeza ladeada.

—Tú no lo tuviste.

—Lo mío fue suerte —le aseguró él—. Tener una cara más o menos atractiva también me ayudó.

Ella soltó una ronca carcajada que casi hizo que se atragantara con la sopa.

—¿«Más o menos atractiva»?

Rhys gruñó como respuesta. Leslie sabía que le incomodaba hablar de su belleza. No era la primera vez que Rhys le confesaba que, para él, ser guapo siempre había sido una carga más que una bendición, aunque debía reconocer que su rostro era lo que le había abierto las puertas del cine, al menos al inicio.

—Elizabeth Taylor era preciosa y también estaba llena de talento —comentó Leslie, mirándolo a los ojos—. Te pareces a ella más que yo, Rhys. Es una lástima que no tengas un par de… ojos violetas.

La risotada de Rhys resonó por todo el terreno, reverberando en las montañas de la colina de Hollywood donde el letrero de una de las ciudades más famosas del mundo brillaba como una estrella más. Y Leslie se sentía como una de ellas, casi como si fuera Elizabeth Taylor. Cada vez que pensaba en ella experimentaba una extraña sensación, como si, en una vida pasada, hubiera conocido a la diva del cine. La admiraba, y le entristecía pensar en su trágica historia con Mike Todd.

Contemplando el rostro de Rhys, se le hacía muy difícil compararlo con el tercer marido de Elizabeth, pero le apetecía hablar de ellos. Jugueteando con la copa entre los dedos, preguntó:

—¿Crees que habrían seguido casados si Mike no hubiera muerto en aquel accidente aéreo?

Rhys permaneció pensativo durante unos segundos. Elizabeth siempre

había dicho que Mike Todd fue, junto a Richard Burton, uno de los dos amores de su vida. ¿Quién sabe

qué habría pasado si el productor de cine nunca se hubiese subido en ese avión? Tal vez entonces Elizabeth no sería el mito que es hoy en día, ni sería famosa por tener tantos maridos. Resultaba curioso lo caprichoso que podía llegar a ser el destino; Rhys, al igual que Richard Burton, era galés, y en el fondo de su corazón ella sabía que siempre estuvo destinado a ser uno de los amores de su vida. Si trabajaban juntos y no volvían a meter la pata, tal vez pudieran lograr que su amor durase para siempre.

—Mike Todd dijo una vez que él y Elizabeth se lo pasaban mejor peleándose que muchas parejas haciendo el amor —murmuró Rhys, mirándola a los ojos. Por fortuna, ese no era el caso de ellos—. Su matrimonio fue tempestuoso. En ocasiones, se amaban tanto como se odiaban. ¿Quién sabe qué hubiera pasado? Me gusta pensar que estaban hechos el uno para el otro, solo que la vida tenía otros planes para ellos.

—Es bonito y triste a la vez.

Cenaron entre risas, compartiendo anécdotas del pasado y esperanzas del futuro. Leslie le preguntó por Justin y Jasper, los hijos de Will, y Rhys le aseguró que se los presentaría en cuanto le quitaran la escayola a Jasper. Ella le habló del secreto de Bruno y Jenny y Rhys se apuntó al plan para hacer de casamentera entre esos dos. Charlaron de cine, de la cercana temporada de festivales y premios previos a los Óscar, y cuando Rhys le propuso que lo acompañara, ella se quedó sin habla.

—Pe-pero… habrá cámaras. —Rhys asintió, tratando de no reír al escucharla tartamudear—. ¿Y si te nominan?

—No tendré más remedio que acudir, ¿no te parece?

—¿Y si te dan algún premio?

—Pues entonces te lo dedicaré.

A ella se le pusieron los ojos como platos.

—¡No puedes hacer eso! ¡Qué vergüenza! Todo el mundo se preguntará qué hago allí.

Rhys, no sé nada de cine. No pertenezco a ese mundo.

Él parecía divertirse al verla tan nerviosa, y Leslie estuvo tentada de parecer ofendida, pero el hecho de que Rhys estuviera tan relajado con ella hizo que se olvidara del asunto. La miraba de un modo diferente, como si la encontrase adorablemente sexy, aunque en ocasiones pecara de ser demasiado humilde. Tal vez debería aprender a

verse a sí misma del modo en que Rhys lo hacía cuando le decía lo extraordinaria que era.

—Les, has visto más películas que nadie que yo conozca. Me apuesto un brazo a que sabrías adivinar la cinta con solo una frase.

—No sé yo…

Reclinándose en el respaldo de la silla, Rhys cruzó los brazos a la altura del pecho como si estuviera tomándose unos instantes para pensar en escenas míticas del cine.

—«En vano he luchado. No quiero hacerlo más. Mis sentimientos no pueden contenerse. Permítame usted que le manifieste cuán ardientemente la admiro y la amo».

Leslie puso los ojos en blanco.

—Esa es fácil. *Orgullo y prejuicio*.

—Premio para usted, señorita. Ahora esta: «Solo soy una chica, delante de un chico, pidiendo que la quieran».

Ella se llevó las manos al corazón al tiempo que sus labios se fruncían en un puchero.

— *Notting Hill*. Vamos, Hudson. Pónmelo un poquito más difícil.

—De acuerdo. A ver qué tal esta: «¿Nunca habéis conocido a una mujer que os inspire amarla hasta que todos vuestros sentidos se llenen de ella? Inhalándola, saboreándola, descubriendo en sus ojos a vuestros futuros hijos y comprendiendo que vuestro corazón por fin ha hallado un lugar».

Leslie arrugó el gesto, intentando pensar la película a la que pertenecía esa frase. Era una declaración de amor preciosa y ella debía conocerla, aunque no lograba identificar cuál era.

—No te la sabes —canturreó Rhys entre risas.

—Shhh… ¡Claro que me la sé! Dame un segundo.

—Tic, tac. Tic, tac…

Leslie le lanzó una mirada airada. Si jugaba, le gustaba ganar, pero se le estaba atascando la maldita película.

—¿Quieres que te la diga?

—¡No! —Medio segundo después, resopló, dándose por vencida—. Sí, por favor.

— *Don Juan de Marco;* el mejor amante del mundo.

Frustrada, Leslie arrojó la servilleta de tela sobre la mesa mientras Rhys se partía de risa.

—¡Debería haberlo sabido! Dime otra.

Sin parar de reír, Rhys le dijo que no con la cabeza.

—Me rindo. No quiero arriesgarme a que tu faceta competitiva estropee esta noche.

—Pero…

—Además —la interrumpió él—, ha llegado el momento de que descubras la sorpresa.

Rhys la ayudó a levantarse se la silla y la condujo después a la zona central del observatorio iluminado. Leslie no entendía nada. Se limitaron a quedarse allí parados y en silencio. Lo único que se escuchaba era el sonido de los grillos y de la fresca brisa nocturna.

—Rhys, ¿qué…?

De repente, una sombra apareció entre la oscuridad. Se trataba de una mujer rubia elegantemente vestida con un traje negro de dos piezas que llevaba un micrófono en la mano que usó para saludarlos. A Leslie su rostro le resultaba familiar, aunque le costaba ubicarla. Hasta que la mujer habló y, entonces, ella creyó morirse de vergüenza.

—¡Eh, yo te conozco! —exclamó la desconocida—. Eres la chica de los mejunjes verdes con la que me cruzaba todas las mañanas, ¿verdad? Me alegra comprobar que tu gusto en hombres es mejor que en bebidas.

Leslie deseó que la tierra se abriese bajo sus pies y se la tragase. La mismísima Adele estaba allí, delante de ella, y le acababa de decir que se acordaba de ella. Recordaba encontrársela a menudo cuando todavía trabajaba para Barbara y le llevaba los tés

matcha cada mañana. Era un honor que alguien como Adele la reconociese, a pesar de que se moría de vergüenza.

—Mi buen amigo Rhys me ha pedido que cante para vosotros esta noche —prosiguió la cantante, micrófono en mano—. Esta canción es para vosotros, chicos. Disfrutadla.

Leslie casi no podía moverse del sitio cuando Rhys la rodeó con sus brazos y la pegó a su cuerpo mientras los primeros acordes de *When We Were Young* comenzaron a sonar.

La piel se le puso de gallina y la emoción que sintió fue tal que amenazó con desbordarse a través de sus ojos.

—¿Cómo lo has hecho? —consiguió preguntar, apenas en un hilo de voz.

Rhys hizo un gesto con el hombro como para restarle importancia. Su mirada, de un azul tan profundo y claro que competía con el color de los zafiros más puros, la abrazaba allá por donde pasaba.

—La primera noche que pasamos juntos me dijiste que esta era nuestra canción. Pensé que sería una bonita manera de acabar la velada.

—Te acuerdas…

Sus pies se deslizaban por el suelo con elegancia mientras bailaban, y Leslie no podía menos que dejarse llevar por él.

—Recuerdo cada palabra que has pronunciado desde el momento en que volvimos a vernos. Todo es distinto ahora, Leslie. Ni siquiera yo soy el mismo. Y todo, absolutamente todo, te lo debo a ti.

La letra de la canción se clavaba en sus corazones como si de un puñal se tratara, uno que no causaba dolor, sino que removía sus sentimientos. *«'Cause you feel like home /*

You're like a dream come true». Y era cierto; ambos eran el hogar del otro, como un sueño hecho realidad.

Con la mejilla apoyada en el pecho de Rhys, Leslie escuchaba sus latidos como si formaran parte de la melodía. La noche había resultado ser la más mágica de su vida y no por el lujo, los vestidos de gala o los privilegios: lo que la hacía especial era el hombre que la abrazaba al bailar con ella. *«Es él»,* le decía con insistencia una vocecita en el interior de su cabeza. Leslie lo sabía; sabía que su destino estaba unido a él de forma irremediable y que, pasara lo que pasase, ninguno de los dos volvería a ser los mismos.

Colocando la mano en su pectoral izquierdo, Leslie alzó la cabeza para mirarlo.

—Rhys.

Sus ojos la encontraron y le sonrieron, igual que los de ella.

—*Agapimú.*

El pecho de Rhys se expandió al dar una profunda bocanada de aire. Ambos conocían el significado de esa palabra tan importante para ellos. Humedeciéndose los labios, ella le vio tragar saliva antes de que se inclinara para poder acariciarle la nariz con la suya.

—*Agapimú.*

21

21 – INT. APARTAMENTO DE RHYS EN LOS FELIZ - DÍA.

LESLIE, después del éxito de su cita, acude al apartamento de Rhys para su primera salida juntos a la luz del día. Sin embargo, los planes no salen como ella esperaba.

La vida era maravillosa. El cálido mes de diciembre en California le parecía más perfecto que nunca, y ni siquiera las fuertes rachas de viento del Santa Ana conseguían molestarla. Leslie estaba viviendo la mejor época de su vida, y nada ni nadie podía estropearla. Su pequeño y destartalado apartamento ahora le resultaba coqueto y acogedor, sus amigos eran los mejores del mundo y su futuro como guionista se planteaba prometedor. Tenía un novio que la quería y con el que pasaba todo el tiempo libre del que disponían, había conocido a Adele y a otras personalidades del panorama del espectáculo e incluso le ofrecían papeles en proyectos cinematográficos. Por fin, Leslie estaba siendo la protagonista de su propia historia y todo comenzaba a salirle bien. Si unos meses atrás alguien le hubiera dicho que acabaría teniendo una relación con Rhys Hudson y que él se enamoraría de

ella, Leslie se habría reído en su cara. En un universo paralelo tal vez fuera posible, pero no en el suyo. Ella llevaba una existencia simple y tranquila en la que no existía cabida para el romance, y menos con un hombre tan famoso como Rhys, al que conocía todo el mundo. Sin embargo, el tiempo le había enseñado que, a veces, los sueños también se cumplen.

Después de su cita de ensueño en el Observatorio Griffith, ella y Rhys trataron de pasar juntos casi todos los días. Las noches no eran lo suficientemente largas para amarse y los días trascurrían con ellos entre las sábanas. Por primera vez en mucho tiempo, Leslie era feliz, y le constaba que Rhys sentía lo mismo. Los dos habían aprendido a cerrar sus mutuas heridas y ahora miraban hacia delante con positividad e ilusión. Quería proponerle pasar la navidad en casa, con sus familias, hacer oficial su relación y compartir su alegría con sus seres queridos. Rhys estaba inmerso en los trabajos de preproducción de su próximo proyecto y era probable que tuviese que viajar a Nueva York para colaborar en la elección del resto del reparto, pero esperaba que pudieran disfrutar de unos días juntos. Todo el mundo afirmaba que volverían a nominarlo al óscar gracias a la impecable actuación que había realizado en su última película, y a Leslie no le extrañaba. Hacía unos días acudió a una de las numerosas salas de cine de la ciudad donde pasaban una sesión con la última cinta de Rhys y Leslie quedó impresionada. Caracterizado para parecer unos años mayor, Rhys interpretaba a un padre abnegado que luchaba por sacar a su hija adolescente de las garras de una peligrosa secta juvenil. El filme atrapaba al espectador desde el principio,

manteniéndolo en vilo hasta el final, pero era el trabajo de Rhys lo que eclipsaba todo lo demás. Estaba sublime, y Leslie se sentía orgullosa de él. En los últimos premios Satellite Awards, otorgados por periodistas especializados en cine de diferentes países, Rhys había estado nominado a mejor actor, aunque finalmente no consiguió la estatuilla. A pesar de ello, Leslie no tenía duda de que le lloverían los reconocimientos.

De camino al apartamento de Rhys, Leslie hizo planes para ellos dos. Con la llegada del año nuevo, ella tendría que permanecer en Los Ángeles para comenzar su formación en la escuela de cine, si bien trataría de escaparse a ver a su chico siempre que pudiese para aprovechar juntos sus días libres. No sería fácil, pero tampoco imposible. Juntos hallarían la manera de que su relación saliera adelante.

Rhys vivía en Los Feliz, en la zona alta de la ciudad, cerca de la

colina. La mayoría de los actores, cantantes y demás famosos residían en el centro en impresionantes mansiones. Sin embargo, Rhys había optado por la tranquilidad del pintoresco barrio residencial. Su apartamento se ubicaba en el corazón del distrito gastronómico de Los Ángeles, y era frecuente encontrarse con artistas, turistas perdidos en busca del Paseo de la Fama y grupos de hiphoperos que organizaban sus espectáculos callejeros casi en cada esquina. El edificio de Rhys no tenía más de tres plantas, pero contaba con servicio de gimnasio y piscina, lavandería y enormes balcones en los que relajarse con una copa de vino al finalizar el día. El apartamento del actor, además, tenía acceso a una azotea privada en la que Leslie habría vivido felizmente. Apenas había estado allí un par de veces. En el piso de Rhys cabían siete apartamentos como el de Leslie; era precioso, pero impersonal. Tenía los techos tan altos que cada vez que Leslie hablaba resonaba el eco entre sus paredes. La cocina y el salón contaban con muebles de diseño elegidos por la decoradora que trabajaba para él, y en el dormitorio apenas había objetos personales de Rhys. Lo único que él había escogido fue la enorme pantalla en la que solía ver, sobre todo, clásicos del cine.

Aquel día habían quedado para llevar a cabo un emocionante cometido: hacer la compra en el supermercado. Leslie estaba decidida a cambiar sus malos hábitos alimenticios ahora que pronto volvería a ser una estudiante, y si no quería intoxicar a nadie con el contenido actual de su nevera, más le valía tirarlo todo a la basura y llenar el frigorífico con alimentos frescos y saludables. Por ese motivo se propuso engatusar a Rhys para que la acompañara y, después, cargara con las bolsas hasta su apartamento sin ascensor.

—¿Eres consciente de la cantidad de *paparazzi* que hay siempre a la salida de los supermercados? Es como meternos en la boca del lobo nosotros solitos.

Leslie se encogió de hombros, como si ya hubiera pensado en esa posibilidad pero le diese absolutamente igual.

—Tarde o temprano tendrá que pasar —le respondió—. No tenemos por qué dar explicaciones, solo ser nosotros mismos.

Al final, Rhys terminó por claudicar. De modo que ahí estaba Leslie, llamando a su puerta sin poder dejar de sonreír. Cuando Rhys le abrió, a ella se le hizo la boca agua. El actor no llevaba más que una toalla alrededor de la cintura y todavía se le veían multitud de gotitas recorriéndole el torso desnudo después de la ducha que acababa de darse.

—Hola, cariño. No te esperaba tan pronto.

«Cariño», pensó Leslie mientras permitía que él le diera un beso como saludo. Todavía no se acostumbraba a que Rhys utilizara apelativos amorosos con ella ni a que se comportara de una forma tan tierna.

—Ya lo veo —señaló ella comiéndoselo con la mirada—. ¿Qué, Hudson, se te ha echado el tiempo encima?

Él le sonrió desde el salón mientras se dirigía al dormitorio.

—Te aburrirías de mí si no añadiera un poco de misterio de vez en cuando.

Ella puso los ojos en blanco y Rhys rompió a reír a carcajadas al verla.

—Créeme, ya eres lo bastante misterioso. Lo que necesitamos es normalidad a secas.

—Ponte cómoda. Tardo cinco minutos.

—Más te vale. Te cronometraré.

Mientras Rhys terminaba de vestirse, Leslie se paseó por la enorme estancia. Los suelos de madera daban una agradable sensación de calidez en contraste con el moderno mobiliario. Las butacas le resultaban bonitas pero incómodas, y las alfombras, de algún diseñador con dudoso gusto. Lo mejor del apartamento eran, en opinión de Leslie, los enormes ventanales que dejaban pasar la luz a raudales. En el hipotético caso de que Rhys le pidiera que se mudase con ella, lo primero que haría Leslie sería redecorarlo para convertirlo en un verdadero hogar. Vivir en Los Ángeles tenía sus ventajas: nunca hacía frío, las oportunidades laborales te encontraban sin necesidad de buscarlas y

siempre cabía la posibilidad de ver a algún famoso cada vez que bajabas la basura. Sin embargo, Leslie no creía que fuese el lugar adecuado para formar una familia. Era consciente de que se estaba precipitando; sin embargo, no podía evitar imaginarse a sí misma teniendo hijos con Rhys. La mera idea la llenaba de una súbita emoción y conseguía que le entraran ganas de llorar.

Leslie se sobresaltó cuando sonó el teléfono en el silencio reinante en el salón, pues no estaba acostumbrada a tener ningún terminal en su casa. Llevaba tanto tiempo viviendo solo con su móvil que casi había olvidado cómo era un aparato convencional.

—¿Puedes cogerlo tú, por favor? —le pidió Rhys desde su habitación —. Sea quien sea, di que no me interesa.

Entre risas, Leslie respondió la llamada. Al otro lado no se escuchaba más que una leve respiración.

—¿Diga? ¿Hay alguien ahí?

Estaba a punto de colgar cuando una voz femenina le llegó a través del auricular.

—¿Eres Leslie?

Contrariada, Leslie se sentó en el sofá. Desconocía la identidad de la mujer, pero, al parecer, esta sí sabía quién era Leslie.

—Eeeh… Sí. ¿Con quién hablo?

Al otro lado, escuchó a la mujer reírse.

—Seguro que estás pensando que lo tuyo con Rhys tiene futuro, ¿verdad? Pobre ilusa…

¿No te das cuenta de que solo eres un pasatiempo para él?

El rostro de Leslie perdió todo rastro de color, y empezó a marearse. No entendía por qué una completa extraña le estaba diciendo todo eso. No tenía ningún derecho a opinar sobre su relación con Rhys ni a tratarla de esa manera. A no ser que fuese una fan perturbada o alguien de su pasado que se sentía amenazada por su presencia. De repente, una idea cruzó, fugaz, por su mente.

No puede ser…

—¿Eres Cassie?

Más carcajadas; amargas risotadas que se clavaron como puñales en su corazón y le provocaron escozor en los ojos.

—Así que te ha hablado de mí… —le confirmó ella. Su voz sonaba altiva, como si estuviese por encima de ella—. Yo que tú me marcharía de ahí sin mirar atrás. Rhys ya tiene una familia, bonita. No te necesita. No te *necesitamos*.

La bilis subió por la garganta de Leslie, que sintió deseos de vomitar. Resultaba evidente que la estaba provocando, pero no pensaba darle el gusto de caer tan bajo.

—No es esa la impresión que me da cada vez que estamos juntos —se limitó a decir; las manos le temblaban, pero se dijo que debía mantenerse firme—. Mira, Cassie: no tengo intención de impedir que Rhys siga cuidando de ti y de los niños. Entiendo que sois importantes para él y que formáis parte de su vida.

—Tú no sabes nada —la acusó Cassie, cada vez más alterada—. Él volverá a mí.

Siempre vuelve. Tú solo eres una más. Y él me quiere, sé que me quiere. Su lugar está a nuestro lado.

Muda de asombro, Leslie no supo qué contestar. Esa mujer no estaba bien, y pagaba su dolor con Leslie. Se dijo a sí misma que aquello no podía ser cierto. Lo que había entre ella y Rhys era real, no existían más secretos entre ambos, ¿verdad?

—Escucha, Cassie. ¿Cassie?

La señal se había perdido al otro lado. Cassie había colgado.

Después de poner el teléfono en su sitio, Leslie se inclinó para esconder la cabeza entre las rodillas. Si no se calmaba pronto y controlaba sus respiraciones, era cuestión de tiempo que perdiera el conocimiento.

Así fue como la encontró Rhys cuando se reunió con ella en el salón. Al verla, corrió a su lado, lleno de preocupación.

—Mírame, Les —le pidió, palmeándole las mejillas—. Toma aire por la nariz. Así, muy bien. Ahora expúlsalo despacio. Poco a poco, bien.

Leslie trató de concentrarse en sus labios, que se movían al compás de su voz ronca y aterciopelada. Cuando dejó de tener la visión borrosa y logró enfocarlo correctamente, lo apartó hacia atrás de un manotazo.

—No me toques.

Rhys la miró sin comprender.

—¿Qué ha pasado? Leslie, por favor. Cuéntamelo.

Ella se pasó las manos por la cara para tratar de poner en orden sus pensamientos. El pulso le latía desbocado, y tenía la boca seca y los ojos irritados por las lágrimas.

—Acabo de tener una interesante conversación con Cassie.

Leslie fue testigo de cómo la expresión asustada del rostro de Rhys demudaba en otra de espanto, y entonces supo que todo lo que la mujer le había contado era cierto. El corazón se le rompió en mil pedazos y la pena se acumuló en su garganta, haciéndole emitir un jadeo de angustia.

—Es cierto, ¿verdad? Tenías un lío con ella.

Arrodillado a sus pies, Rhys se limitó a mirarla con la culpa pintada en sus facciones. Se había quedado paralizado. Estaba tan tenso que Leslie sintió el impulso de abrazarlo hasta que se relajara, pero sabía que debía mantenerse firme. Si él estaba pensando en negarlo todo, era hombre muerto. No podía seguir ocultándole la verdad por más tiempo, aunque les partiera a ambos el corazón. El dolor que sintió Leslie cuando Rhys asintió una única vez fue tan intenso que creyó que no lo soportaría y las lágrimas, silenciosas, comenzaron a recorrer sus mejillas.

—Me has mentido otra vez. Prometiste que no habría más secretos entre nosotros —lo acusó, poniéndose en pie.

Él hizo lo propio y trató de seguirla mientras caminaba de un lado a otro por el salón.

—Les, por favor. No te he engañado, cariño. Es solo que…

—¡No me llames así! Dijiste que no había nadie en tu vida, que estabas solo.

—Y lo estaba, te lo juro. Cassie y yo solo… ¡Mierda!

Leslie le vio llevarse las manos al pelo, todavía mojado tras la ducha, mesándose los cabellos hasta tener el aspecto de un demente.

—Cuando Will murió, Cassie y yo… —maldijo entre dientes, incapaz de mirarla—. Al principio el dolor era tan intenso que no sabíamos cómo saldríamos adelante sin él. Los gemelos acababan de cumplir un año y Cassie estaba sobrepasada. No sabía qué hacer.

Ella… Yo… —Suspiró, abatido—. Nos consolamos mutuamente durante un tiempo, y supongo que después no supimos cómo parar.

Leslie lo escuchó con atención. Era demasiado doloroso, demasiado difícil de asimilar, y ella quería creerlo; una vocecita en su interior le decía que todo cuanto Rhys le contaba no era más que la verdad. Sin embargo, su parte racional le pedía prudencia. No estaba dispuesta a

pasarse el resto de su vida dudando de Rhys y de cada mujer que se cruzaba en su camino.

—Rompí nuestra… —un carraspeo, como si las palabras se le atascasen en la garganta—

relación justo antes de volar hasta Grecia. Cuando tú y yo nos encontramos, mi historia con Cassie ya formaba parte del pasado.

—Pues no es así para ella —le aseguró Leslie, que sonó más calmada de lo que creía—.

Todavía alberga la esperanza de que volverás con ella cuando te canses de mí.

—Eso no pasará —le aseguró Rhys, poniéndose en pie. Cuando intentó acercarse a ella, Leslie retrocedió—. Lo que había entre Cassie y yo no era amor, era necesidad. Simple consuelo, Leslie. Como Elizabeth Taylor y Eddie Fisher después de que Mike se estrellara con su puto avión. Tú mejor que nadie deberías comprenderlo.

Sus palabras fueron como un dardo empapado en combustible que prendió la furia en su interior. No quería más excusas, solo la verdad. Y eso, entendió, era algo que Rhys sería incapaz de darle.

—¡Yo no soy Elizabeth Taylor, maldita sea! —explotó—. Deja de compararme con ella.

¡Y no pongas más excusas! No me importa que te hayas acostado con Cassie o con todas las malditas actrices con las que has trabajado. Lo que me duele de verdad es que no confíes lo suficiente en mí como para contármelo y que me haya tenido que enterar de esta forma.

—Si no te lo conté fue porque no quería perderte, ¿es que no lo entiendes? No es algo que pueda decir normalmente después de pedirte que me pases la sal en la cena. No estaba seguro de cómo reaccionarías, y me daba miedo que pudieras alejarte.

—¿Y crees que esta es una mejor manera de hacérmelo saber?

—¡Bien, vale! La he vuelto a cagar. Pero ahora ya sabes toda la verdad. ¿Qué más quieres?

Leslie suspiró, agotada. De repente, toda su rabia y su enfado la habían abandonado, y ya no le quedaban fuerzas para intentar dialogar con Rhys como los dos adultos que eran. Si no comprendía

cómo se sentía ella, no podía hacerlo cambiar.

—Sinceridad, Rhys. Eso es lo único que pido. Que seas simplemente tú mismo.

Él soltó una amarga risotada que se le clavó en el alma.

—Soy actor, Leslie. Ser yo mismo es un lujo que casi nunca puedo permitirme.

Algo hizo «crack» en el interior de su pecho. Se vio a sí misma en el futuro en una situación similar, discutiendo con Rhys a causa de su falta de honestidad, y comprendió que aquella relación estaba abocada al fracaso si insistían en ocultarse la verdad por temor a perderse.

—Entonces supongo que ya está todo dicho.

Cuando él vio cómo ella recogía su bolso y caminaba hasta la puerta, el pánico pareció apoderarse de él.

—¿Adónde vas? Venga, Les. No permitas que esto nos afecte más de lo debido. Te contaré todo lo que necesites saber, pero, por favor, quédate.

Leslie se giró para mirarlo. Se mostraba tan triste como ella, pero el maldito galés era tan orgulloso que no pensaba admitirlo.

—No puedo seguir así, Rhys. Estoy cansada de remar en una dirección mientras tú lo haces en la contraria. Necesito pensar y cuidar de mí misma, ¿lo entiendes?

Él la miró, horrorizado. Ninguno de los dos esperaba que un día que prometía ser perfecto acabase de esa manera.

—¿Me estás dejando?

Ella se mordió el labio inferior, que comenzaba a temblarle a causa del llanto, y, como pudo, se tragó las lágrimas antes de decir:

—Llámame cuando sepas realmente quién eres, Rhys. Solo te pido una cosa: olvídame si no lo consigues.

Y, sin más, cerró la puerta del apartamento. De sus sueños. De su futuro.

De su felicidad.

22 – INT. HABITACIÓN LESLIE - DÍA.

LESLIE, concentrada, se afana en ordenar las cajas de la decoración navideña que ha ido acumulando a lo largo de los años. Está a punto de poner en práctica sus dotes como casamentera.

En los últimos días, Leslie había descubierto que la vida sin Rhys era triste, solitaria y desoladora. Resultaba curioso porque, antes de reencontrarse con él, su existencia era así, solo que entonces tenía un trabajo con el que mantenerse ocupada. Ahora, en cambio, se pasaba todo el tiempo encerrada en su pequeño apartamento dejando pasar las horas hasta que llegase el momento de volar a casa por navidad.

Todavía no había reunido el valor para decirles a sus padres que su relación con Rhys estaba rota. Toda su familia esperaba verlos de nuevo en la cena de nochebuena, e incluso Nora los había invitado a abrir los regalos con sus hijos la mañana de navidad.

Leslie se sentía culpable, a pesar de que sabía que ella no había hecho nada malo. A menudo se preguntaba si estaba siendo injusta con Rhys; a fin de cuentas, él nunca le había sido infiel. Sin embargo, no podía evitar sentir como una traición la falta de confianza que él le tenía. Para Leslie, la sinceridad lo significaba todo. Ya había sufrido suficiente en el pasado como para arriesgarse a que le hicieran más daño. Si Rhys no accedía a ser él mismo con ella, a no guardarle secretos que pudieran herirla, entonces su historia nunca tendría un futuro. Debía pensar en sí misma, ponerse en primer lugar.

Con el tiempo, sus heridas sanarían, saldría adelante, se convertiría en una buena guionista y vería por fin cómo se cumplían sus sueños.

En cuanto al amor… Tenía veintinueve años, pero sentía que su momento ya había pasado. No se veía compartiendo la vida con nadie más. Hubo un tiempo en el que pensó que Rhys, el chico más popular del instituto, volvería a por ella y envejecerían juntos. Sin embargo, la realidad se impuso y convirtió a su mejor amigo, John, en su pareja, a pesar de que ambos sabían que difícilmente una amistad tan tierna como la suya podría acabar en el altar. El destino le arrebató a John demasiado pronto, al igual que ahora la estaba separando de Rhys. Pero con el actor todo era distinto. Cada vez que Leslie pensaba en lo que estaba por venir al lado de él, se imaginaba viajes, emoción, noches de estreno y confesiones bajo las estrellas y tal vez una íntima boda más adelante. No sabía si algún día se asentarían de forma

definitiva en algún lugar o si tendrían hijos; de lo que no le cabía duda era de que estarían juntos, pasara lo que pasase. ¡Qué equivocaba estaba!

Rhys ni siquiera se había puesto en contacto con ella desde que se marchó de su apartamento. Era un hombre complejo y orgulloso, y Leslie sabía que no iba a ser el primero en dar su brazo a torcer. Y tampoco ella pensaba ir en su busca. Ella no había hecho más que abrirle su corazón, contarle sus secretos más ocultos y compartir con él sus penas y esperanzas de futuro, y, en parte, Rhys también había correspondido. Sin embargo, seguía manteniendo su carácter hermético incluso cuando estaba con ella.

Rhys prefería hacer daño y mentir por omisión antes de que alguien se acercara lo suficiente como para poder herirlo a él. Si la quería, si de verdad la quería, tendría que ser él quien cambiase su actitud. Ella estaba dispuesta a empezar desde cero; no obstante, la pelota estaba en el tejado de Rhys, y quizá un poco de tiempo y de espacio no les fuese mal a ninguno de los dos.

Aunque aquello no significaba que la ruptura doliese menos. Si había una canción que definiese su situación a la perfección esa era *Only Love Can Hurt Like This,* de Paloma Faith. Solo el amor dolía de ese modo; se acostaba cada noche pensando en Rhys, echándolo de menos, soñaba con él y cada vez que sonaba el teléfono deseaba que fuera él. A menudo se engañaba a sí misma diciéndose que Rhys no había significado nada especial, que no le importaba lo que él estuviese haciendo ni si rehacía su vida sin ella, aunque no era más que eso, un puñado de mentiras que no conseguían paliar la herida abierta.

Para tratar de no pensar, Leslie se centró en su faceta de celestina. Quizá su relación con Rhys ya no tuviera arreglo, pero aquello no significaba que otras parejas tuviesen que correr la misma suerte. Estaba cansada de mediar entre Jenny y Bruno. Sus amigos habían estado turnándose para consolarla de modo que nunca coincidieran más de dos minutos en la misma habitación. Era ridículo, pues resultaba evidente para cualquiera que los conociese que los dos estaban hechos el uno para el otro. Jenny le aseguró que lo suyo con Bruno no fue más que un polvo de una noche y que empezar un noviazgo con él sería una locura. Su familia no vería con buenos ojos que una chica con ancestros coreanos centenarios se mezclase con un muchacho latino, y lo último que quería Jenny era causar una crisis cultural entre sus parientes. De modo que Leslie se puso manos a la obra y realizó un trabajo de investigación que le dio la clave para unir

a esos dos cabezotas que tenía por amigos.

Con la excusa de colocar la decoración navideña en su apartamento, Leslie los llamó a ambos para pedirles su ayuda. No les dijo que los había citado a los dos a la misma hora. Si quería que su plan saliera como tenía previsto, no podía dejar nada al azar.

Acababa de sacar de una caja las luces del árbol cuando Jenny entró en su piso.

—¿Se puede saber a qué viene tanta prisa por colocar los adornos de navidad? ¿No estabas deprimida? Además, creía que te marchabas con tu familia en un par de días.

Leslie le lanzó una mirada afilada mientras su amiga se tiraba a su lado en el sofá.

—Y me voy. Pero he pensado que añadir un poco de color me ayudaría a superar… ya sabes qué.

Jenny chascó la lengua, colocándose el espumillón plateado alrededor del cuello como si fuese una boa de plumas.

—Ese gilipollas no merece ni una sola de tus lágrimas. Confucio dijo: recuerda que los ojos están para ser delineados con el *eyeliner,* no para llorar por alguien que no merece la pena.

—Creía que Confucio era chino.

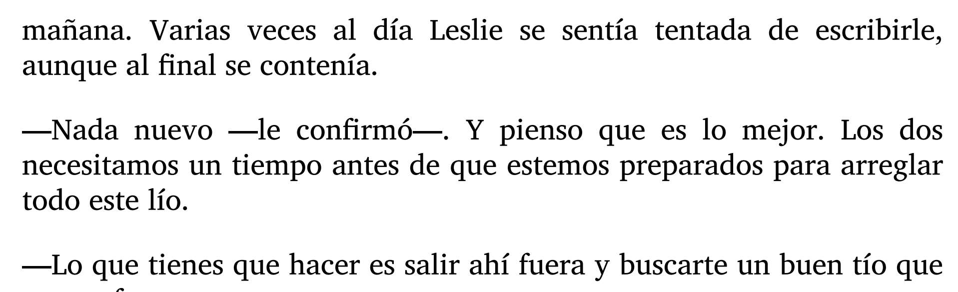
—¿Y qué más da? Todos somos hijos del mismo dios, o eso es lo que dicen.

Leslie no pudo hacer otra cosa que reír ante su comentario. Cada vez que la gente veía los ojos rasgados de su amiga, le adjudicaban automáticamente la etiqueta de «china»

sin molestarse en pensar en que en Asia hay más países. Jenny se lo tomaba con humor, pero comprendía que no a todo el mundo le hicieran gracia los prejuicios de la sociedad.

—¿Has sabido algo más de Capullo Hudson?

Leslie suspiró. Ni siquiera había recibido un solo mensaje de Rhys. Probablemente estuviese ocupado con la adaptación cinematográfica de una novela de fantasía en la que trabajaría próximamente, aunque eso no era excusa para que se hubiese olvidado de ella de la noche a la



mañana. Varias veces al día Leslie se sentía tentada de escribirle, aunque al final se contenía.

—Nada nuevo —le confirmó—. Y pienso que es lo mejor. Los dos necesitamos un tiempo antes de que estemos preparados para arreglar todo este lío.

—Lo que tienes que hacer es salir ahí fuera y buscarte un buen tío que no sea famoso.

—Vivimos en Los Ángeles, Jen. Prácticamente todo el mundo es famoso.

—Pretende serlo —matizó su amiga—. Son dos cosas muy distintas. Lo que quiero decir es que hay más peces en el mar, Les.

Leslie suspiró. Lo sabía; Jenny tenía razón, salvo por un pequeño detalle: ella no estaba preparada para conocer a nadie más.

—¿Y qué me dices de ti? —contraatacó—. ¿Ha habido algún progreso con *tu* pez?

Jenny puso los ojos en blanco, repantingada encima de los cojines sujetando un adorno del árbol de navidad de un par de patines entrelazados.

—Eso es historia. Y, además, no quiero hablar de ello.

—Pero si…

En ese momento, la puerta se abrió y Bruno entró en el salón. Cuando vio a las chicas en el sofá, se quedó clavado en el sitio.

—Yo… —tartamudeó—. Mejor me voy.

Al escucharlo, Jenny se puso en pie, arrojando el adorno hacia un lado.

—La que se va soy yo. Apártate de mi camino.

Deshaciéndose de las cajas que tenía encima, Leslie se apresuró a correr hacia la entrada para bloquearles el paso.

—De eso nada. De aquí no se mueve nadie hasta que habléis.

—Yo no tengo nada de qué hablar con ese.

—Ni yo contigo, terca clasista.

Jenny dio un paso al frente, airada.

—¿A quién llamas clasista, cobarde presumido?

—Yo no soy un presumido.

—¡Ni yo una clasista!

—Bueno, ¡ya basta! —Leslie se interpuso entre los dos antes de que se enzarzaran en una discusión que acabase con alguno herido—. Por Dios, sois peor que un par de críos.

¿Queréis sentaros? Hay algo que tengo que deciros.

A regañadientes, Bruno y Jenny accedieron, colocándose cada uno en un extremo del sofá, lo más lejos posible del otro. Solo cuando se aseguró de que no iban a empezar otra vez, Leslie le lanzó a su amigo la maraña de luces de navidad enredadas.

—¿Y esto para qué es?

—No vais a salir de aquí hasta que no desliéis ese montón de bombillas —les ordenó—.

Y os aseguro que tendréis que cooperar si queréis tener éxito.

—Yo no pienso participar en esto. Me largo.

Cuando Jenny hizo amago de levantarse, Leslie le dio un empujoncito en el hombro hasta que volvió a sentarse.

—Tú de aquí no te mueves —repitió—. Todavía no he terminado.

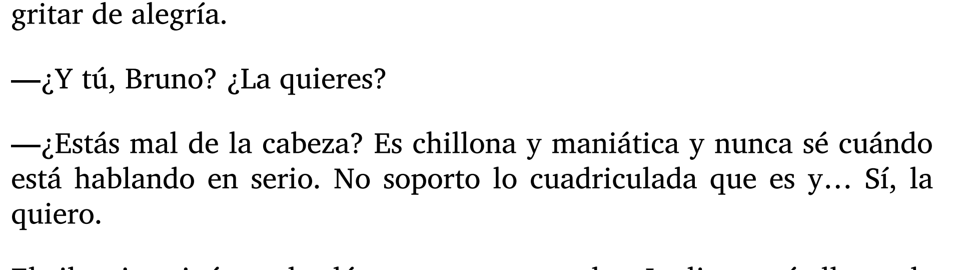
Leslie hizo caso omiso a las chispas de odio que le lanzaban los ojos de Jenny. Era por su propio bien, y algún día su amiga se lo agradecería.

—Vamos a ver: ¿tú lo quieres?

Jenny la miró horrorizada.

—¿Te has vuelto loca? Este tío es insufrible, de lo peor en el género masculino. Es desordenado, hace ruido al masticar, me pone de los nervios y… Sí.

El corazoncito de Leslie se emocionó tanto que casi estuvo a punto de



gritar de alegría.

—¿Y tú, Bruno? ¿La quieres?

—¿Estás mal de la cabeza? Es chillona y maniática y nunca sé cuándo está hablando en serio. No soporto lo cuadriculada que es y… Sí, la quiero.

El silencio reinó en el salón por unos segundos. Leslie quería llorar de felicidad por sus amigos, y cuando los vio mirarse a los ojos, estuvo tentada de sacar el móvil para hacerles una fotografía para el recuerdo.

—¿En serio me quieres?

Bruno giró el torso y se acercó hasta ella.

—Creía que era evidente.

—No lo es si no me hablas, capullo.

—Lo mismo te digo, idiota.

Temiendo que volvieran a empezar, Leslie intervino nuevamente.

—Chicos, os queréis. ¿No es eso suficiente para que estéis juntos?

Su amiga torció el gesto, a pesar de que Bruno acababa de entrelazar los dedos con los de ella.

—Mi familia no lo entendería. Aprecian a Bruno, pero solo porque saben que es mi amigo. Se supone que una coreana de una familia tradicional no se mezcla con un chico tan… diferente.

Leslie odiaba los prejuicios sobre la piel que todavía existían en pleno siglo XXI. Como colombiano que era, la tez de Bruno tenía el color tostado de quien pasa largos períodos bajo el sol, mientras que la de Jenny era tan blanca y sedosa como la leche. ¿Qué más daba si sus hijos eran más o menos oscuros, si tenían el pelo liso o los ojos rasgados?

¿No bastaba con que ambos fueran felices?

—En eso puedo ayudaros —los informó—. Veréis, he estado investigando un poco y resulta que hace unos cien años hubo un éxodo de un número considerable de coreanos que emigraron al Yucatán con la promesa de conseguir buenos puestos de trabajo en

diferentes labores agrícolas. Con el tiempo, los coreanos se expandieron por Hawái y muy posiblemente por otras zonas de Latinoamérica, como Colombia o Venezuela.

Sus dos amigos la miraron como si estuviera hablándoles en un idioma extraño,

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

—¿Es que no lo ves? ¡Bruno! ¿Y si tu familia también tiene raíces coreanas? Podemos contarles esa historia a tus padres, Jen. Estoy segura de que no pondrían ninguna objeción a vuestra relación.

Jenny se puso en pie y caminó hasta ella. Leslie sintió el temblor que la recorría cuando la tomó de la mano.

—¿Estás completamente segura?

Leslie le sonrió.

—Bastante segura. Lo he comprobado en Google.

—¡Oh, Les! —exclamó, abrazándola—. Gracias, ¡gracias!

Bruno se les unió en el abrazo, y en aquel momento Leslie supo que, sin ellos, ella probablemente dejaría que la pena la hundiera sin remedio. Les debía a sus amigos tanto que no creía que pasarse una noche sin dormir intentando buscar una solución a su problema fuera suficiente. Jenny y Bruno eran su familia, y se alegraba por ellos. Al menos su historia había encontrado un final feliz, no como la suya.

Cuando Jenny se lanzó a los brazos de Bruno y lo besó con ímpetu, Leslie sintió que le explotaba el corazón de alegría.

—Sois tan monos… Ahora creo que deberíais iros para hacer las paces como Dios manda.

Sus amigos se rieron con ella y le agradecieron una vez más su ayuda antes de marcharse.

La pena que acompañaba a Leslie desde hacía varios días disminuyó un poquito al saber que había ayudado a dos de sus personas favoritas a estar juntas. No conocía a una pareja que fuera más distinta que Bruno y Jenny, y, sin embargo, estaba segura de que lo suyo funcionaría y que compartirían una bonita y larga vida juntos.

Al menos algo salía bien a su alrededor. Ahora solo podía recoger el

caos que tenía formado a sus pies. Al mirar el lío de cables que eran las luces de su árbol, decidió tirarlas a la basura y comprar unas nuevas. A fin de cuentas, Jenny tenía razón: en pocos días volvería a casa por navidad, de modo que no tenía sentido decorar su apartamento.

Estaba a punto de empezar a meterlo todo de nuevo en las cajas cuando su teléfono móvil sonó y se fijó en que un número desconocido aparecía en la pantalla.

—¿Diga? —preguntó, con el deseo de que fuera Rhys.

Sin embargo, y para su decepción, no era el actor quien la llamaba.

—¿Leslie? Soy Debra Jones, la *manager* de Barbara Williams. ¿Te acuerdas de mí?

Leslie parpadeó, asombrada. Después de que Barbara la despidiera no pensó que volvería a hablar con esa mujer. Su llamada le sorprendía y también le intrigaba.

—Claro, Debra. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

La mujer se aclaró la garganta al otro lado.

—Di más bien qué puedo hacer yo por ti. Acabo de hablar con Miles Fletcher. Por lo visto, Barbara le ha hecho llegar el borrador de un guion para que lo valore como uno de sus futuros proyectos. Da la casualidad de que Miles también es uno de mis clientes, y la verdad es que el guion es muy bueno, Leslie. Tanto que no parece suyo. *Sé* que no es suyo. Y de algún sitio debe de haber salido. Lo has escrito tú, ¿verdad?

La sangre se le congeló en las venas y su rostro se tornó pálido. Recordó el viaje a Atenas, cuando Barbara le quitó su portfolio para tener algo con lo que entretenerse durante las horas que duraba el vuelo. Había olvidado por completo que Barbara se quedó con su trabajo. Las últimas palabras que le había dirigido la actriz resonaron con fuerza en su cabeza: *«Te juro que me las pagarás, Lily. De eso puedes estar segura».* Durante todos esos meses Barbara había estado planeando cuidadosamente su venganza, y ahora por fin había encontrado su punto débil.

—¿Sigues ahí, Leslie?

Se le había ido la voz, por lo que tuvo que esforzarse por hablar.

—Sigo aquí. Debra, vais a…

—Te llamaba para proponerte que nos viéramos. Hay un par de cosas de las que nos gustaría hablar contigo.

Ella tragó saliva con dificultad.

—¿Hablar sobre qué?

—De tu futuro, querida. Espero que estés preparada, porque las cosas van a ponerse bastante feas para ti.

23

23 – INT. SALÓN DE LA RESIDENCIA PRESCOTT – NOCHE.

LA FAMILIA PRESCOTT se prepara para celebrar la nochebuena todos juntos, mientras que Leslie no consigue contagiarse del espíritu navideño. Su futuro está a punto de desmoronarse.

Tumbada en el sofá del salón de sus padres, Leslie contemplaba las molduras del techo mientras escuchaba a Elvis cantar su particular villancico. La letra de *Blue Christmas* definía a la perfección cómo se sentía su corazón en ese momento. Esas, sin duda, estaban siendo las navidades más tristes de su vida, y ella era incapaz de no regodearse en su propia tristeza. No tenía trabajo, no tenía pareja y ahora, al parecer, tampoco tenía sueños. Todo a su alrededor se desmoronaba, y a ella ya no le quedaban apenas fuerzas para levantarse de la cama.

Le costó horrores subirse al avión para visitar a su familia. De no haber sido por Jenny y por Bruno, ella habría seguido tumbada en su cama dejando pasar los días hasta el momento de incorporarse a las clases el semestre siguiente. Le dolía el pecho por la angustia y la espalda por el peso de las preocupaciones que acarreaba desde hacía unas semanas. Una ruptura siempre es desoladora, pero una ruptura unida a una traición y una venganza resultaba desgarradora, como una herida supurante que nunca cicatrizaría. No tenía noticias de Rhys y ni siquiera sabía dónde estaba. Quería llamarlo para contarle la jugarreta de Barbara y cómo podría todo ello afectar a su carrera como futura guionista. Si la noticia llegaba a oídos de los responsables de la escuela, era probable incluso que le denegasen el acceso, y estarían en su pleno derecho. ¿Quién en su sano juicio querría contar con alguien problemático cerca?

Leslie era incapaz de dejar de pensar en la conversación que había mantenido con Debra y Miles el mismo día en que recibió la llamada

de la agente. Se reunieron en Hollywood Boulevard, cerca del Teatro Chino que había acogido la ceremonia de entrega de los premios Óscar en varias ocasiones. El restaurante en el que Debra la citó era uno de los más antiguos de Los Ángeles y fue, durante la época dorada de Hollywood, el punto de encuentro de productores, directores y actores del momento; en sus mesas se cerraron numerosos proyectos y se firmaron otros tantos contratos. El hecho de que se encontraran en un sitio tan emblemático para el cine intimidó un poco a Leslie, que se temía lo peor.

Cuando Leslie llegó al lugar, la *manager* y el director ya la estaban esperando en una de las mesas reservadas para la gente importante. Miles se mostraba realmente contento de

volver a verla, aunque no podía esconder del todo su preocupación. A juzgar por el gesto serio de Debra, la mujer también tenía sus reservas al respecto.

—Voy a ser muy clara contigo, Leslie —le explicó, colocando sus manos entrelazadas sobre la mesa. Leslie se preguntó cuántas pulseras podía llevar una mujer sin sufrir un esguince de muñeca—. Mi trabajo es representar a mis clientes y asegurarles el mejor contrato posible.

Leslie asintió, claro que lo entendía. Había coincidido con Debra en varias ocasiones, y a pesar de que Barbara era una bruja, comprendía que era ella quien pagaba los cheques que la *manager* recibía.

—Con esto quiero decir que mi prioridad siempre va a ser defenderlos de cualquier tipo de difamación para que salgan airosos de los líos en los que se meten.

A Leslie el alma se le cayó a los pies. Si había albergado alguna esperanza de que pudieran alcanzar algún tipo de acuerdo para solventar la situación, dicha esperanza se desmoronó nada más escuchar a Debra.

—Pero… —continuó la mujer—. Lo que voy a decir ahora no puede salir de esta mesa,

¿de acuerdo? No me gusta Barbara, y creo que ninguno de nosotros piensa que tenga madera de actriz. Estoy en este mundillo desde antes de que vosotras nacierais y lo conozco lo suficiente como para saber que no tiene más de uno o dos años antes de que Hollywood se olvide de ella. Entonces ni siquiera será capaz de pagar mis honorarios.

Por eso sé que no se merece llevarse el mérito por ese guion.

Leslie se quedó boquiabierta. Ni en sus sueños más locos imaginó que Debra se pusiera de su lado y no del de la actriz. Por fin sintió que podía volver a respirar un poco después de la tensión que se había apoderado de ella desde que había recibido la llamada de Debra, aunque intuía que había algo más detrás de su discurso.

—Cuando Miles me llamó para contarme su encuentro con Barbara supe que había gato encerrado —prosiguió Debra—. Por lo visto, Barbara ha estado acosando a Miles durante días.

El aludido decidió entonces intervenir.

—Al principio pensé que era una de esas *influencers* que quería un papel en una de mis películas —le aseguró el hombre, escandalizado —. Incluso consiguió burlar la seguridad del estudio y se coló en la sala de producción mientras montábamos nuestra película. Ni siquiera recuerdo qué historia me contó; solo sé que, antes de que me diera

cuenta, tenía el guion entre las manos. ¡Menuda historia, querida! ¿Por qué no mencionaste que tenías tanto talento?

Leslie se ruborizó. Se acordó entonces de las palabras de Rhys, cuando le dijo que sus historias eran buenas, aunque carecían de alma. Al parecer, Miles Fletcher no opinaba lo mismo, e incluso estaba interesado en una en concreto. Aquello suponía mucho para ella, y su ego se infló un poquito. Sin embargo, después recordó el motivo por el que estaban reunidos.

—Quiero ese guion —sentenció Miles, decidido—. Quiero dirigir esa película, Leslie.

Pero no quiero que sea bajo las condiciones de esa horrible muchacha. Por eso llamé a Debra inmediatamente. Debe de haber algo que podamos hacer para que vuelvas a recuperar algo que es tuyo.

—No se me ocurre cómo, Miles. Yo… Todo esto me supera. No creí que Barbara pudiera llegar a ser tan mezquina después de todo lo que he hecho por ella.

Frente a ella, Debra resopló. Sus largas uñas postizas chocaron con el cristal de su copa cuando dio un trago de su agua con gas.

—Es una actriz mediocre, Leslie. Preocúpate por los actores mediocres: son los peores.

La cuestión ahora es: ¿has escrito tú esa historia? ¿Te pertenece?

Nerviosa, Leslie retorció la servilleta de tela hasta que los finos hilos protestaron por la tensión a la que los sometía. Humedeciéndose los labios resecos, ella asintió.

—El guion es mío, sí. No recordaba que Barbara tenía mi portfolio hasta que me has llamado esta mañana.

—Entonces solo queda demostrar tu autoría. Nos llevará algunos meses, pero creo que podremos recuperarlo. —Al ver la cara de espanto que ponía Leslie, la mujer se alarmó—. Por favor, dime que habías registrado tus obras.

Los ojos de Leslie se irritaron a consecuencia de las lágrimas agolpadas tras ellos.

«Deberías hacer algo para proteger tu trabajo de los carroñeros que hay en este mundillo», le dijo Rhys una vez. En aquel momento no lo supo, aunque ahora se daba cuenta de lo ingenua que había sido por no proteger su trabajo. Iba por ahí ofreciéndoselo a todo aquel que quisiera leerlo sin pensar que cualquiera podía hacerlo pasar por suyo, ya que no poseía ningún documento que probara que ella era su autora intelectual. Se había expuesto sin saberlo. Era como salir de casa y dejar la puerta abierta a los ladrones. ¡Qué estúpida había sido!

A punto de romper a llorar, Leslie hundió los hombros y negó con la cabeza.

—En ese caso, lo único que podemos hacer por ti es recomendarte un buen equipo de abogados que te asesore, querida —se lamentó Debra, dándole unos golpecitos en las manos—. Nosotros tenemos las manos atadas.

Parecía que Debra verdaderamente lo sentía cuando se despidió de ella; sin embargo, la mujer se debía a sus clientes. Se había arriesgado por ella, por lo que consideraba una causa justa, pero era responsabilidad de Leslie velar por su propio trabajo, no por ella.

Por otro lado, Miles aprovechó para recordarle que su oferta para trabajar en su próximo largometraje seguía en pie.

—Intenta solucionarlo, ¿de acuerdo? —le hizo prometer mientras la estrechaba entre sus rechonchos brazos—. Y piénsate lo de la película. A veces, cuando una puerta se cierra, se abre una ventana.

A pesar de sus palabras de ánimo, se sentía como si estuviera presa en un calabozo sin puertas ni ventanas por las que poder huir. No existía

consuelo posible que pudiese frenar su desasosiego. Se había equivocado confiando en Barbara y ahora estaba metida en un lío del que no sabía escapar. Lo único que le apetecía hacer era quedarse en casa.

Todo lo que quería hacer era meterse debajo de las sábanas y no salir de allí hasta la siguiente glaciación.

En repetidas ocasiones se preguntaba qué haría Rhys en su lugar, qué consejos le daría él. Conociendo su mal temperamento galés, habría querido ir en busca de Barbara para amenazarla hasta que la actriz admitiese ante un juez que su única intención era la de hacerle daño. Lo echaba de menos y, en momentos como aquel, añoraba sus caricias, sus palabras de aliento y su consuelo.

Ya no tenía fuerzas para seguir escribiendo ni para luchar por cumplir sus sueños de convertirse en guionista. Ahora que había regresado a Berlin por navidad, Leslie se planteaba la posibilidad de volver al pueblo de manera definitiva. Quizá podría trabajar con su padre en el periódico local, hacerse cargo de las noticias del condado o escribir pequeños artículos de entretenimiento para los lectores. Los recuerdos de John y de su pasado con Rhys la perseguirían a cada momento hasta que se acostumbrase a convivir con ellos. Todo iría bien mientras evitase todo aquello que le trajese a la memoria la ilusión de un pasado que nunca volvería.

Sí, volvería a casa. A sus padres les alegraría la noticia, y estaba segura de que a Lorraine no le importaría tener que compartir el baño nuevamente con su hermana

siempre que no cambiase la decoración gótica que tanto le había costado conseguir.

Todo saldría bien. Solo tenía que olvidarse de los planes de futuro que había pasado años confeccionando. Si Maggie, el personaje de Julia Roberts en *Novia a la fuga,* logró sobrevivir en un pueblo pequeño como Berlin después de fugarse de tres bodas, ella también lo conseguiría.

—¿Se puede saber qué haces todavía ahí?

Oyó la aguda voz de Jenny desde el marco de la puerta, y Leslie ni siquiera se molestó en levantar la cabeza para mirarla. Al ver que no le hacía caso, su amiga cogió carrerilla y se dejó caer encima de ella, sobre su estómago.

—No puedo respirar, Jen —farfulló Leslie, apenas sin aire—. ¡Quítate de encima!

Las dos se incorporaron hasta quedar sentadas con la espalda apoyada en los mullidos cojines. Mientras recuperaban el aliento se les unió Bruno, tomando asiento entre las dos.

—¿Qué hacéis?

—¿A ti qué te parece? —preguntó su chica—. Intento traer de vuelta a la vida a una zombi que es sospechosamente igual a nuestra amiga.

Leslie los taladró con la mirada. No le apetecía andar de charla con esos dos. Lo único que quería era subir a su habitación y meterse en la cama.

—No tengo ganas de hablar ni necesito que me hagáis compañía.

—Mensaje recibido, nena. —Jenny se incorporó para levantarse, pero entonces le llegó un desagradable tufillo que la paralizó—. ¡Por Dios, Les! ¿Desde cuándo no te duchas?

La aludida se encogió de hombros. No le importaba su aspecto ni lo que pensaran los demás. No pensaba salir de casa en una larga temporada. Jenny y Bruno podían empaquetar las cosas de su apartamento y enviarlas a casa de sus padres.

—Tu madre pregunta por ti, Les —la informó Bruno—. ¿En serio no vas a pasar la nochebuena con nosotros?

—Yo solo quiero olvidarme de todo y dormir —lloriqueó Leslie, ocultando el rostro entre un montón de cojines.

Jenny y Bruno compartieron una mirada cómplice. Ambos sabían que debían tomar cartas en el asunto. Si no intervenían, Leslie corría el riesgo de sumirse en una depresión de la que le costaría un mundo salir. Era su obligación como mejores amigos hacerle ver lo valiente que era y que a veces, sobre todo cuando las cosas se ponían más feas, había que apretar los dientes y luchar con todas las fuerzas posibles para sobreponerse a los reveses de la vida.

—De eso nada. Bruno, cógela del otro brazo. Vamos a hacer que abandones el síndrome de Diógenes en el que estás empeñada en vivir desde hace días.

Su chico obedeció sin rechistar. Tirándole cada uno de un brazo,

consiguieron levantarla del sofá para conducirla a rastras hasta la escalera.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Por lo pronto, quitarte ese pestazo que llevas encima —anunció Bruno, cargando con casi todo su peso.

—Y después adecentarte un poco. Luego vas a bajar y a sonreír a todo el mundo.

—Pero…

—Sin peros, Leslie. No se celebra la navidad todos los días, y esta noche vas a olvidarte de todo y a pasarlo bien con tu familia.

Leslie hizo un puchero. Lo único que quería era seguir regodeándose en su miseria y lamentarse de su mala suerte.

—¿Por qué?

—Porque te queremos, Les. —Bruno asintió, reafirmando las palabras de su novia—. Y

porque vas a salir de esta. Nosotros te apoyamos. No estás sola, Leslie. Nos tienes a nosotros.

Ella asintió, recuperando parte de la seguridad que había perdido en las últimas semanas. Deseaba con todas sus fuerzas que Jenny tuviera razón. Había pasado días viviendo dentro de una pesadilla de la que no conseguía despertar. Desconocía lo que sería de ella sin Bruno y Jenny a su lado. Estaba en deuda con ellos y no sabía cómo podría pagarles en el futuro todo lo que estaban haciendo por ella.

Después de todo…, ¿qué sería de la vida sin amigos?

24

24 – INT. HABITACIÓN DE LESLIE – DÍA.

LESLIE, de vuelta en Los Ángeles, se centra en sus historias para mantenerse ocupada. Siente que ha perdido las fuerzas, que ya no le queda nada. La desesperación y la incertidumbre se ciernen sobre su cabeza y no sabe si será capaz de seguir adelante ahora que lo ha perdido todo.

Leslie no entendía qué hacía allí. Su intención de regresar a su casa en Berlin se había visto truncada cuando les contó la idea a sus padres y

estos se opusieron de forma tajante.

—No puedes volver, Leslie —le dijo muy serio su padre.

Cuando Leslie buscó el apoyo de su madre, esta se limitó a negar con la cabeza.

—Es por tu bien, cariño. Este siempre será tu hogar, pero no puedes esconderte aquí para siempre.

—Vuelve a Los Ángeles, hija. Y pelea hasta el final, ¿me has entendido? Tu madre y yo estamos muy orgullosos de ti.

Cada vez que recordaba la conversación con sus padres, a Leslie le entraban ganas de llorar. Se sentía como una incomprendida, sin un lugar seguro en el que refugiarse, sin un sueño por el que luchar.

Estaba completamente abatida. Se le había acabado la inspiración para escribir; sin embargo, trataba de hacerlo cada día, más por necesidad que porque creyera que sus historias pudieran llegar a ser guiones de cine reales. Sus dedos se movían por el teclado como si tuvieran vida propia, sin darse la oportunidad de pensar en las ideas que cruzaban por su mente. Simplemente escribía. Veía pasar las horas sentada en su cama, con el ordenador portátil sobre las piernas y sin tan siquiera acordarse de comer hasta que aparecía Jenny con un sándwich en la mano mientras la regañaba por haberse saltado el almuerzo una vez más.

—Si sigues así, enfermarás —le recordaba su amiga cada vez—. No puedes pasarte el resto de tu vida encerrada en este cuarto, Les.

—Y no lo haré. Pero, por ahora, solo necesito estar sola.

Leslie no mentía. Sus clases en la Escuela de Cine de Los Ángeles comenzaban en un par de semanas, y desde la administración de la escuela se habían puesto en contacto con ella para confirmar su ingreso. Al menos todavía le quedaba eso. Podría formarse durante todo el tiempo que durara el curso y, después, ya pensaría qué hacer con su vida. La idea de permanecer en la ciudad no le atraía en absoluto, aunque todavía era pronto para tomar una decisión.

Seguía a la espera de que el bufete de abogados que le habían recomendado Debra y Miles se pusiera en contacto con ella en referencia a su conflicto con Barbara. La actriz se reafirmaba en que ella había escrito el guion y Leslie no tenía forma alguna de demostrar lo contrario. El equipo jurídico le había advertido que sería muy difícil

demostrar que el guion era en realidad de su autoría. No existía ninguna prueba que diera valor a sus palabras. Barbara estaba vinculada con el mundo del cine, todo el mundo la creería a ella. Resultaba imposible que aquello saliese bien, y esa certeza era lo que la carcomía por dentro.

Tampoco tenía noticias de Rhys. Según lo último que había leído en redes sociales, el actor se encontraba en Budapest rodando la adaptación de un *best seller* de género fantástico y no volvería a Estados Unidos hasta un par de meses después. Leslie se moría por llamarlo y desahogarse con él. Estaba segura de que Rhys sabría dar con el modo de salir airoso de todo ese lío en el que se había metido ella solita. Pero no era ninguna niña para correr a esconderse bajo el ala de Rhys, y él tampoco era ya nada suyo para ayudarla. Se preguntó si todavía pensaría en ella, si sería su cara la última que apareciera en su mente antes de quedarse dormido, igual que le pasaba a ella.

Soñaba con Rhys todas las noches y se despertaba creyendo que él estaba a su lado.

Hasta que la cruda realidad la golpeaba al pasar la mano por su lado vacío de la cama.

Su corazón todavía latía por él, y esperaba con todas sus fuerzas que el de él hiciese lo mismo. Tal vez cuando regresara a Los Ángeles podrían sentarse a hablar y decidir el futuro de su relación.

Mientras tanto, Leslie escribía. Era una necesidad, un desahogo. Probablemente nadie llegase a leer sus historias, pero al menos ella sabía que existían. Sentía cada palabra que salía de sus dedos y empatizaba con los personajes y sus diálogos. Sabía que no era una Melissa Mathison o una Callie Khourie y que sus guiones nunca serían tan buenos como *E. T., el extraterreste* o *Thelma y Louise,* aunque Leslie se sentía orgullosa de sus historias, incluida aquella que intentaban robarle.

Estaba tratando de concentrarse en una escena particularmente delicada cuando Jenny irrumpió en su habitación como un elefante en una cacharrería.

—Enciende la televisión —le ordenó, lanzándole el mando a distancia —. ¡Ya!

Leslie lo atrapó al vuelo justo antes de que la golpease en la cabeza.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tú hazlo de una vez.

Cuando pulsó el botón y la pantalla se encendió, lo primero que Leslie vio fue a la actriz Rachel Weisz y a Brendan Fraser, su coestrella en la película *La momia,* tras un atril mirando directamente a cámara.

—Están a punto de anunciar los nominados a los Óscar de este año.

Leslie se incorporó de golpe, hizo a un lado su portátil y se sentó a los pies de la cama junto a Jenny. No sabía por qué estaba tan nerviosa; Rhys había sido nominado en la categoría de mejor actor en casi todos los certámenes de premios cinematográficos de la temporada, incluidos los Globos de Oro. La actuación de Rhys en su última película era magistral, y Leslie no dudaba de que se llevaría a casa un buen número de merecidas estatuillas. Pero los Óscar eran palabras mayores. Rhys ya tenía en su poder un hombrecillo dorado, sin embargo, un segundo premio lo consagraría como actor. Sería imparable, uno de los mejores de su generación, y Leslie se sentía tremendamente orgullosa de él.

—Estos son los nominados a mejor actor.

Leslie apretó la mano de su amiga mientras cambiaba la imagen para mostrar a los actores seleccionados. Sin darse cuenta, contenía la respiración hasta que el último nombre apareció en la pantalla.

—Y Rhys Hudson, por *El coraje de un padre*.

Para Leslie fue como escuchar las campanas del cielo.

—¡Bien! —exclamó Leslie, poniéndose en pie, llena de júbilo.

—El muy cabrón lo ha conseguido otra vez.

Ojalá estuviera con él para celebrarlo, pensó Leslie. Estaba tan emocionada que no pudo contener las lágrimas. Rhys se lo merecía. Llevaba la actuación en la sangre y el talento le salía por cada poro de su piel. *Si tan solo aprendiese unas cuantas habilidades sociales,*

sería casi el hombre perfecto, pensó . Tal vez el tiempo que habían pasado separados le estuviese enseñando cómo volver a ser humano. Rhys no sabía cómo manejar las emociones, ese era su talón de Aquiles y la razón por la que no estaban juntos a pesar de que ambos se querían. Leslie se preguntó si debía llamarlo o enviarle un mensaje

para darle la enhorabuena. *Que sepa que sigues ahí,* se dijo a sí misma.

—¿Qué narices haces?

Leslie desbloqueó su móvil para acceder a sus contactos.

—Creo que voy a felicitarlo. Es lo menos que… ¡Eh, devuélveme el teléfono!

Jenny le quitó el iPhone y a continuación se subió a la cama manteniendo el aparato en alto, lejos del alcance de Leslie.

—No puedes hacer eso —señaló Jenny, girando en redondo para esquivar los intentos de Leslie por recuperarlo—. Si das tú el primer paso, creerá que estás desquiciada y que harías cualquier cosa por recuperarlo.

—Solo pretendo decirle que me alegro por él. Vamos, Jen. Tampoco es para tanto.

—Y una mierda que no. Oh, espera. —El móvil comenzó a vibrar en la mano de su amiga—. Te están llamando. Pone «Bufete Garrick». ¿Quién demonios son?

—¡Trae aquí!

La felicidad y el orgullo que Leslie había sentido hasta hacía tan solo unos instantes demudó en temblor y nerviosismo. Si los abogados se ponían en contacto con ella, eso quería decir que el dilema de su guion y el consiguiente conflicto con Barbara habían alcanzado su fin. Solo confiaba en que fuesen la mitad de buenos de lo que le habían asegurado Debra y Miles y que hubieran llegado a un acuerdo en su nombre que no la llevase a juicio o, peor aún, a pagarle a Barbara una indemnización. Solo quería que aquella pesadilla acabara cuanto antes, pero estaba aterrada y sus dedos ni siquiera acertaban a aceptar la llamada.

—Por Dios, Les —la apremió Jenny—. Coge el teléfono de una vez. Me estoy poniendo histérica.

Cuando Leslie contestó, la voz le temblaba. Trató de mantenerse serena mientras el letrado le explicaba la situación al otro lado. Ella tan solo acertaba a asentir y a responder con monosílabos de vez en cuando. A su lado, Jenny se mordía las uñas,

impaciente por conocer las novedades del caso. Después de que

terminase la llamada, Leslie permaneció unos segundos sin moverse, ni tan siquiera parpadeaba. Solo reaccionó cuando Jenny la sujetó de los brazos para zarandearla un par de veces.

—¿Qué te ha dicho? Vamos, Les. Di algo.

Su amiga negó con la cabeza, humedeciéndose los labios mientras intentaba asimilar la conversación.

—Se ha acabado —murmuró por fin, apenas en un hilo de voz—. He recuperado el guion. Yo… Jen, he ganado. ¡He ganado!

Sorprendida, Jenny abrió sus pequeños ojos rasgados tanto como pudo.

—¿Qué? ¿Có-cómo?

—Al parecer, los becarios del bufete comprobaron los archivos de la oficina del derecho de autor de Estados Unidos.

—Pero si les dijiste que tú no lo habías registrado…

—Lo sé. Y, por lo visto, Barbara fue tan estúpida como yo y tampoco tuvo en cuenta ese detalle.

Jenny arrugó el ceño y la miró sin comprender.

—¿Entonces?

Leslie lanzó un profundo suspiro al aire. La cabeza le daba vueltas, por lo que tuvo que sentarse de nuevo en la cama.

—Mi historia estaba allí, Jen. Alguien la inscribió bajo mi nombre antes de que Barbara anunciase que era suya. ¿Puedes creértelo? Los abogados no se explican cómo un caso que daban por perdido ha acabado siendo tan fácil de solucionar.

—¿Hablas en serio? —Jenny se llevó las manos a la boca, emocionada por su amiga—.

¿Has recuperado tu guion?

La sonrisa que Leslie le dedicó era radiante.

—He recuperado mi guion, sí.

El grito de júbilo que Jenny lanzó debió de escucharse en todo el

edificio. Con las manos en alto, las dos amigas se pusieron a saltar sobre la cama.

—¡Dios bendiga a los becarios!

Leslie rompió a reír a carcajadas.

—¡Y a los amigos! En serio, Jenny. No sé qué haría sin vosotros.

Su amiga se detuvo, dejándose caer de golpe en el colchón.

—¿A qué te refieres? —preguntó, apenas sin aliento.

Leslie la imitó, sentándose a su lado.

—A que si tú y Bruno no hubieseis tomado la decisión por mí, ahora estaría bien jodida.

Gracias, Jen. De corazón.

—Leslie, Bruno y yo no hemos hecho nada. De hecho, los dos creíamos que ya te habías encargado de registrar tus obras. Nosotros no hemos sido.

Leslie la miró, contrariada. Si sus amigos no habían tenido nada que ver con la inscripción de sus obras en la oficina del derecho de autor, entonces no tenía ni idea de quién podía haberlo hecho. Ella era muy celosa de su trabajo y no solía permitir que nadie leyera sus guiones a menos que estuviera segura de que iban a ser totalmente sinceros a la hora de darles su opinión. No necesitaba que nadie le regalara los oídos diciéndole lo buena que era; quería honestidad en sus opiniones. Por ese motivo, solo un puñado de personas de su total confianza conocían el contenido de su portfolio.

—No lo entiendo —musitó Leslie, poniéndose una mano en la sien—. Solo vosotros habéis leído mis historias. Y mis padres, claro. Tal vez le haya mandado a Nora alguna de ellas. Pero estoy bastante segura de que nadie ha tenido nada que ver.

—¿Entonces?

Trató de hacer memoria. Salvando a Barbara, solo su familia y sus amigos más cercanos podían haberle hecho ese enorme favor sin saberlo. A no ser que…

—Ay, Dios mío…

Con el pulso latiéndole acelerado en las venas, Leslie se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro por la habitación con la mirada perdida. No podía ser verdad lo que estaba pensando. Era impensable que él se hubiese tomado la molestia de cuidar de su trabajo por ella. De lo contrario, se lo hubiera dicho, ¿no? Las manos le temblaban cuando se las llevó a la cabeza. Su corta melena estaba completamente despeinada, y de la pequeña coleta se escapaban la mayoría de sus cabellos.

—Me estás asustando, Les. ¿Qué pasa?

—Rhys. —Pronunció su nombre apenas en un susurro—. Ha sido Rhys.

—¿Qué? ¿Cómo estás tan segura?

—Porque él es la única persona que pensaría en algo así y porque lo insinuó en Grecia cuando dejé que lo leyera. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Todo este tiempo agobiándome por este asunto y resulta que él ya se había ocupado por mí.

Su amiga se acercó hasta ella y le rodeó los hombros en un reconfortante abrazo.

—¿No crees que, si hubiera sido él, te lo habría dicho? Puede que tal vez sea otro de los secretitos que tanto le gusta guardar para sí.

Leslie negó con la cabeza. Estaba segura de que Rhys querría habérselo contado en algún momento, pero pasaron tantas cosas entre ellos en las últimas semanas que él simplemente lo habría olvidado. Tenía que ponerse en contacto con él para darle las gracias por su generoso gesto. Con él no solo protegía su trabajo, sino que también la había salvado. El corazón de Leslie estaba desbordante de amor y gratitud hacia él.

—¿En qué estás pensando, Les?

Tras lanzar un profundo suspiro, Leslie finalmente sollozó.

—En que puede que haya perdido para siempre al amor de mi vida.

25

25 – EXT. TERRAZA APARTAMENTO DE LESLIE – NOCHE.

LESLIE, BRUNO Y JENNY preparan un improvisado bufé en el balcón. Se

celebran los Premios Óscar y Leslie está nerviosa como si le fuesen a dar un premio a ella. Todo lo que puede hacer es pensar en Rhys y desear que estuviera a su lado.

Enero transcurrió en un suspiro. Febrero fue un mes caótico en el que Leslie se vio inmersa en un torbellino de presentaciones, clases, seminarios y diversos proyectos que la dejaron agotada y apenas le permitieron prestar atención a los asuntos que todavía tenía pendientes de solucionar. Sin embargo, en un rincón de su mente, no paraba de pensar en Rhys. De no ser por él, ella todavía estaría inmersa en los problemas judiciales que le acarrearon la jugarreta de Barbara. Eso, unido a su propia irresponsabilidad por no haber registrado la autoría de sus obras para protegerlas, podía haber supuesto el fin de la carrera de Leslie como futura guionista. Le debía a Rhys no solo que acabara de salvarle el pellejo, sino que hubiera despertado su corazón dormido. Lo echaba de menos; lo echaba terriblemente de menos. Estaba dispuesta a dejar el pasado atrás, a luchar por su amor y a darle una segunda oportunidad si Rhys todavía la quería.

A pesar de sus esfuerzos, Leslie descubrió lo complicado que era intentar ponerse en contacto con un actor inmerso en pleno rodaje en un país extranjero. Recurrió a todos sus contactos para poder hablar con Rhys: pidió favores a Miles y a Debra, pero ninguno consiguió que el agente de Rhys recibiera el mensaje para que este le devolviera la llamada. Estaba en Hungría, por el amor de Dios, no en Marte. A no ser que Rhys estuviera evitándola. Era probable que no quisiera tener que ver nada más con ella, que se hubiera cansado de los dramas, las discusiones y hasta de los momentos más dulces. Para Leslie, todo lo que vivieron fue real, desde su desdén inicial en Grecia hasta los arrumacos en el estrecho balcón de su apartamento. Solo esperaba que una vez que el actor regresara a Estados Unidos, ella pudiera tener la ocasión de volver a verlo, aunque solo fuera para darle las gracias.

Marzo llegó a Los Ángeles trayendo consigo la promesa de una calurosa primavera y un montón de premios de cine y televisión bajo el brazo. Leslie estaba nerviosa, a pesar de que ella seguía siendo una aspirante a guionista convertida en una pseudoactriz que continuaba viviendo en el más absoluto anonimato. La noche anterior por fin había puesto punto y final a una historia de la que se sentía particularmente orgullosa y en la que había volcado su alma. Rhys le aconsejó una vez que escribiera solo sobre aquello en lo que creía, sobre lo que sentía su corazón. Por ese motivo había titulado su guion

Dreamland, y narraba el relato de la vida de un prodigioso y joven

actor que había perdido su voz y había sucumbido a la oscuridad mientras vagaba por el mundo para encontrarse a sí mismo y ser de nuevo capaz de recuperar sus alas perdidas. Era inútil negar que Rhys no había sido su inspiración para crear al personaje protagonista.

Aquella tarde, Leslie se acordaba de él más que nunca. Junto a Jenny y Bruno preparó un improvisado pícnic en su balcón consistente en patatas fritas, pepinillos, sándwiches ligeros y palomitas para picar durante las largas horas que tenían por delante. Era la noche grande del cine, en la que todo el mundo lucía sus mejores galas en la alfombra roja de los Óscar. Leslie apenas era capaz de contener los nervios, como si ella fuese una de las nominadas. No era nadie en el mundo de Hollywood, pero sabía lo importante que eran esos galardones. Rhys estaba a punto de acariciar el cielo de los actores más reconocidos del panorama cinematográfico y Leslie rezaba para que le otorgasen su segundo óscar. Se lo merecía; había trabajado muy duro, y no concebía la idea de que no se lo llevase.

—¡Les! —le gritó Jenny desde el balcón—. Deja lo que estés haciendo y ven aquí de una vez. Vas a perderte lo mejor.

Para Jenny, lo único que merecía la pena de la gala de los Óscar era el pase de modelos que actores y actrices realizaban previo al inicio de la ceremonia. A Leslie siempre le había parecido un momento forzado, de lo más superficial, en el que diferentes marcas de lujo hallaban un escaparate gratuito al mundo. Afortunadamente, durante los últimos años comenzaban a verse mujeres de todo tipo, de diferente constitución y distinto tono de piel y saliéndose de los cánones que la sociedad establecía como normales. Incluso los hombres se estaban volviendo más atrevidos a la hora de vestir.

Aquel cambio suponía un pasito hacia delante en dirección al progreso, a pesar de que seguía siendo uno de los eventos más esperados cada año.

Cuando salió a la terraza, sorteando la mesa que sus amigos habían colocado de manera estratégica para poder ver la televisión desde el exterior, Leslie se encontró a Jenny sentada en una silla con las piernas en alto y aferrada a un bol de palomitas del que daba buena cuenta.

—Fíjate qué pintas. Como si se hubiera echado el edredón por encima al levantarse.

¿Cómo puede la gente salir de casa con esas pintas?

Leslie no pudo más que romper a reír. Su amiga vivía intensamente la alfombra roja, y escucharla en vivo y en directo era mejor que leer los comentarios de Twitter.

—Hazme un sitio, anda. —Leslie tomó asiento en un puf libre y le robó un puñado de palomitas—. ¿Quiénes son?

Jenny se encogió de hombros, como si le diera igual la identidad de los famosos que desfilaban por la alfombra.

—No tengo ni la más remota idea. Todo esto es un circo, y me encanta.

Bruno acababa de llegar cargando con la humeante pizza que habían encargado un rato antes. Nada más ver a su chico, Jenny se abalanzó sobre él para coger una generosa porción.

—Si mostraras la mitad de entusiasmo por mí, tendríamos la relación perfecta.

Leslie le sonrió, rechazando el ofrecimiento de Bruno para que cogiera un trozo de pizza.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Bruno a Leslie, colocándose entre las dos chicas.

—Un poco —admitió Leslie, sintiendo que las manos le temblaban—. Ni siquiera sé si Rhys aparecerá. Miles me dijo que, hasta donde él había averiguado, Rhys seguía rodando en Budapest.

Su amigo, bendito fuera, le tendió la mano y le dio un reconfortante apretón.

—Estoy seguro de que todo se va a arreglar, Les. Rhys no me resulta un mal tipo, pero tiene un carácter endemoniado.

Los dos se rieron, a pesar de que Leslie notaba un ligero escozor en los ojos. No quería llorar, pero le resultaba muy difícil contener las emociones en una noche como aquella.

—¡Eh, mirad! —exclamó Jenny, que casi derramó el resto de las palomitas—. Ese es Julian Cole, ¿verdad? El actor inglés que antes era modelo. Va acompañado de su mujer, creo. ¿Cómo se llamaba?

—Miriam —aclaró Bruno—. Se conocieron en Londres, aunque ella es española.

Jenny se dejó caer contra el respaldo de la silla y emitió un sonoro suspiro.

—Qué bueno está. Aunque su hijo no se queda atrás.

Leslie apretó los labios para contener una sonrisa.

—He leído que el chico es un tanto problemático.

Su amiga hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—¿A quién le importa? Nunca superaré la historia de amor de esos dos. Ya podría Hollywood llevar su romance a la gran pantalla.

La siguiente hora transcurrió amenizada por los comentarios de Jenny de cada *look* que aparecía en la televisión. Con cada nuevo plano, Leslie se tensaba a la espera de que Rhys hubiera hecho acto de presencia en el evento; sin embargo, no había ni rastro de él. La gala estaba a punto de comenzar y los famosos rezagados posaban para los fotógrafos como si la totalidad del mundo estuviera atenta a cada uno de sus movimientos. Y, en cierto modo, así era.

Estaba sirviéndose un sándwich en una servilleta cuando el grito de Jenny casi hizo que se le saliera el corazón por la boca.

—¡Oh, joder! Al final sí que ha ido.

Al desviar la mirada, Leslie se quedó sin aliento al ver a Rhys caminando sobre la alfombra roja. Era uno de los últimos invitados en llegar, por lo que las prisas de los organizadores para que se colocara en los puntos señalados en la moqueta resultaban evidentes. Estaba guapísimo vestido completamente de negro. El pelo engominado no dejaba que ni un solo cabello escapara de su lugar, y una ligera sombra de barba le cubría las mejillas. Su semblante lucía tan serio como de costumbre, pero ella, que lo conocía bien, reconocía la incomodidad de sus facciones. Rhys no quería estar allí, pero formaba parte de su trabajo. Tenía que mostrarse, aunque no quisiera, y más en una noche como aquella. Rhys no había arriesgado con su indumentaria: esmoquin negro con pajarita a juego. No paraba de toquetearse los gemelos y de humedecerse los labios.

No veía el momento de escapar de allí cuanto antes, y Leslie deseaba ser ese alguien que lo rescatara.

—No debería ser tan atractivo —masculló Jenny—. ¡Maldito sea!

Leslie regresó a su sitio junto a sus amigos. Había perdido el apetito. Todo lo que podía hacer era pensar en Rhys.

—No digas eso. Se merece ganar esta noche.

A su lado, Jenny suspiró.

—Todavía sigues colada por él, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros. Era imposible olvidar un amor cuando vivía anclado en el corazón. El problema residía en cuando el sentimiento se acababa en una de las dos partes. El amor construye muchas cosas, pero destruye muchas más cuando no es correspondido.

La gala se le hizo eterna. El problema de esperar era que el nerviosismo iba incrementando a medida que se sucedían las horas. Leslie apenas escuchó los chistes de los presentadores, y tampoco prestó atención a los discursos de los alegres galardonados. A ella solo le interesaba una persona esa noche, y cada vez que la cámara lo enfocaba, su pulso se aceleraba. Pensó en escribirle un mensaje, salvo que no estaba segura de si Rhys llevaría encima el teléfono. Lo más probable era que regresase a casa en cuanto le fuera posible. No era una persona social, a pesar de que parte de su éxito se lo debía al público y a los periodistas.

Por fin, después de lo que a Leslie le pareció una eternidad, anunciaron a los nominados a mejor actor de ese año. Sin ser consciente de lo que hacía, Leslie apretó las manos de sus dos amigos, tan fuerte que Jenny se quejó entre dientes. Contuvo el aliento hasta que las actrices seleccionadas para anunciar al ganador abrieron el sobre y pronunciaron al fin un nombre.

—Rhys Hudson, por *El coraje de un padre*.

Todo el mundo aplaudió, la sala entera estalló en vítores para un actor que estaba haciendo historia. Rhys Hudson, un hombre que todavía no había alcanzado la mitad de la treintena, acababa de recibir su segundo óscar. Ni él mismo era consciente, pero, en aquel momento, su nombre pasaría para siempre a formar parte de la posteridad de Hollywood.

Con lágrimas en los ojos, Leslie lo vio levantarse de su silla, emocionado, y dirigirse hacia el escenario donde lo aguardaban para entregarle la preciada estatuilla.

Ya está, pensó.

Lo había conseguido. Era el rey del momento, la estrella que más brillaba en el firmamento hollywoodiense. Estaba tan orgullosa de él y tenía tantas ganas de abrazarlo y no soltarlo jamás…

Él es mi estrella, pensó. *Una estrella solo para mí.*

Deseó que Rhys supiera alguna vez cuánto significaba para ella, que los éxitos lo acompañaran allá donde estuviera, que fuera siempre tan feliz como en aquel momento.

A pesar de su apariencia fría, casi indiferente, Leslie sabía que Rhys estaba emocionado de verdad, y cuando lo escuchó resoplar tras el micrófono, deseó estar a su lado para cogerlo de la mano.

—Vaya… —Rhys suspiró mientras trataba de curvar sus labios en una sonrisa—. Esto sí que ha sido toda una sorpresa. Muchas gracias a la Academia por este reconocimiento.

A los productores, que nos han dado la oportunidad de contar una historia increíble, y al equipo completo de la película, porque sin ellos yo no estaría aquí esta noche. Este premio es tan vuestro como mío, chicos.

El público aplaudió sus palabras, a pesar de que su discurso no destacaba por su originalidad. Leslie era incapaz de dejar de mirarlo y de sonreír a la pantalla.

—Sé que no dispongo de mucho tiempo —continuó Rhys, acercándose al micrófono—.

Así que, si me lo permiten, me gustaría dedicarle este premio a una persona sin la que yo no estaría ahora subido en este escenario tratando de ser espontáneo. Todos sabemos que ese no es mi estilo. —Más risas por parte del público mientras que Leslie era incapaz de parpadear—. Leslie, esto es para ti, mi amor…

Un coro de exclamaciones resonó en todo el teatro Dolby, e incluso sus amigos contuvieron el aliento en cuanto Rhys pronunció esa última frase.

—Dios, Les…

Jenny le apretó la mano con fuerza, sin embargo, Leslie no sentía nada. El pulso le retumbaba con intensidad en los oídos, el corazón le latía desbocado. No se creía lo que estaba oyendo. Rhys no podía estar declarándosele, ¿verdad?

—Ella es, sin duda alguna, la mujer más extraordinaria que he conocido nunca —

continuó Rhys, mirando directamente a cámara—. Y yo no siempre he hecho las cosas bien, de modo que ahora me toca demostrar mi amor por ella.

»Es la mayor experta en cine del mundo, así que no puedo reproducir esas maravillosas declaraciones de película que nos han enamorado a todos, porque ella sabría que no son palabras mías. Podría decirte que solo que venido aquí esta noche porque cuando te das cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida con alguien, deseas que el resto de tu

vida empiece cuanto antes, pero no soy Billy Crystal ni tú eres Meg Ryan. Baby le dijo a Johnny una vez que tenía miedo de no volver a sentir en toda su vida lo que sentía estando con él. Yo nunca entendí el verdadero significado de esa frase hasta que te conocí a ti.

»Has puesto mi mundo del revés, Les. Me exasperas, me incitas, me pones a prueba constantemente, haces que afloren mis miedos e inseguridades con solo una mirada, como si estuviera desnudo frente a ti a cada instante. Has conseguido que me descubra a mí mismo y que me guste el cambio que has obrado en mí. —Rhys suspiró de nuevo justo cuando una suave melodía empezó a sonar, indicándole que su tiempo se agotaba—. Vuelve conmigo, cariño. Sigamos construyendo nuestra vida juntos. Hay un momento en *Annie Hall* que resume a la perfección lo que quiero decirte: «El amor es una palabra muy débil para describir lo que siento». Te estaré esperando donde brillan las estrellas. Gracias a todos por esta noche, y, por favor, no dejéis de ir al cine.

El público estalló en aplausos cuando Rhys se marchó del escenario. Algunos incluso se pusieron de pie para alabar su discurso. Para un hombre tan reservado y hermético como Rhys, lo que acababa de hacer no podía definirse sino como un acto de amor y valentía.

Leslie todavía seguía en *shock* cuando los presentadores anunciaron una pausa y en el televisor comenzó una sucesión de anuncios publicitarios. Ni siquiera Jenny o Bruno, tan impresionados como ella, se atrevieron a decir nada. Nadie se imaginaba que Rhys fuese a hacer un alegato como aquel, haciendo público al mundo su amor por ella.

Fue Bruno el primero en recuperarse de la sorpresa, y al ver cómo las dos continuaban mirando fijamente la pantalla casi sin parpadear, tuvo que zarandearlas para devolverlas a la realidad.

—¿Habéis escuchado lo mismo que yo?

—Joder, joder… —Jenny se puso de pie y tiró del brazo de su amiga —. Tía, tía… ¡Estaba hablando de ti!

Leslie era incapaz de hablar, ni siquiera de moverse. No salía de su asombro. Después de meses de preguntarse si Rhys seguía pensando en ella, si todavía la quería, ahora no solo le confirmaba su amor, sino que se lo confesaba delante del mundo entero. Todo el planeta sabría ahora que el corazón de Rhys estaba ocupado, la prensa se le echaría encima, habría *paparazzi* acechándolo en cada esquina, ansiosos por descubrir la identidad de la misteriosa mujer a la que había elegido para compartir su vida. Y lo

había hecho por ella. Rhys acababa de renunciar a su privacidad por ella. Estaba preparado para dejar de esconderse y empezar a sentir.

—Ha dicho que te estará esperando —apuntó Bruno—. ¿Qué vas a hacer, Les? ¿Vas a…?

«Te estaré esperando donde brillan las estrellas». Las palabras de Rhys resonaron en su cabeza.

—Tengo que irme —anunció Leslie de repente.

Bruno y Jenny se miraron como si se hubiese vuelto loca.

—¿Qué? Leslie, no te permitirán entrar en el teatro —le recordó Jenny, corriendo tras ella—. Ni siquiera sabes adónde ir. ¿Me estás escuchando? ¡Qué haces! No puedes irte en pijama.

Leslie se miró los pies desnudos y los gastados pantalones que solía usar para dormir.

Jenny tenía razón; no podía salir así a la calle, pero tampoco tenía tiempo que perder.

—¿Te pido un *Uber*? —se ofreció Bruno mientras ella se cambiaba. Leslie le agradeció en silencio que no le hiciera más preguntas.

—Sí, por favor.

—¿Qué destino pongo?

Abotonándose deprisa los vaqueros, Leslie se metió por la cabeza una blusa sin molestarse en desabotonarla.

—El Observatorio Griffith. Tengo que estar allí antes que Rhys.

Antes de que el coche se detuviera frente a las verjas de acceso al observatorio, Leslie ya había abierto la puerta para salir al exterior. El corazón le latía desbocado dentro del pecho y apenas podía respirar. Su mente iba tan rápido que un pensamiento se superponía sobre otro y apenas lograba enfocar la vista. *Tiene que estar aquí,* pensó. Se obligó a calmarse lo suficiente como para poder echar un vistazo a su alrededor.

El observatorio estaba iluminado por los numerosos focos estratégicamente colocados en los jardines y las cornisas de las cúpulas. Todo estaba en calma en aquel rincón de Los Ángeles. Las luces que alumbraban el cartel de Hollywood danzaban sobre las

enormes letras blancas en honor a la noche especial del cine. Con el pulso acelerado, Leslie se preguntó si Rhys habría conseguido llegar hasta allí, si cumpliría su promesa.

Le asustaba imaginar que no consiguiera escaparse de la fiesta a tiempo, que sus representantes le aconsejaran que no se dejara ver en público con ella, o peor aún, que lo hubiese reconsiderado y ahora se arrepintiese de haberle declarado su amor por televisión.

—Parece perdida, señorita Taylor.

Su corazón se detuvo. Aquellas eran las mismas palabras que pronunció Rhys cuando fue a buscarla la primera noche que pasaron juntos en la isla de Mykonos.

Leslie se llevó las manos al pecho para intentar serenar su pulso apresurado y se giró hacia él.

Allí estaba Rhys, de pie frente a ella. Tenía la chaqueta abierta, al igual que los primeros botones de la camisa blanca; la pajarita estaba deshecha, con los extremos cayéndole a ambos lados del pecho. La brisa nocturna mecía sus cabellos revueltos. Leslie sonrió para sí, pues le daba la impresión de que Rhys había acudido hasta el observatorio de la misma manera que ella: corriendo.

—Has venido —consiguió decir ella, mirándolo embelesada.

Rhys le sonrió de medio lado, mostrándole ese hoyito perfecto en su mejilla derecha que tanto le gustaba a Leslie.

—Te dije que te esperaría —murmuró él, clavando la mirada en sus

ojos castaños—. No sabía si estarías viendo la gala, pero tenía que arriesgarme.

—Por supuesto que la estaba viendo —le aseguró ella, dando un paso hacia él—. No podía perderme el momento en que recogías tu segundo óscar.

Leslie hizo un gesto con la cabeza, señalando la estatuilla que Rhys sostenía en la mano.

Él siguió la dirección de su mirada y su sonrisa se hizo más amplia.

—Me he marchado en cuanto he podido. Ni siquiera les ha dado tiempo a grabar mi nombre en él.

Rhys acortó la distancia que los separaba hasta que sus cuerpos casi se rozaron.

—Siento cada palabra que he pronunciado en el escenario, Les —confesó, sin romper el contacto visual—. Lamento haber tardado tanto en decírtelas y haberte hecho sufrir.

Tenías razón en todo, como siempre. No sabía quién era en realidad hasta que apareciste en mi vida para llevarte todas mis sombras. —Rhys inclinó la cabeza para apoyar su frente en la de ella—. Eres todo mi mundo, Leslie. ¿Crees que algún día podrás perdonarme?

Leslie guardó silencio unos segundos que a Rhys debieron de parecerle una eternidad.

Cuando alzó una mano para acariciarle la mejilla cubierta de barba, Leslie se dio cuenta de que él había estado conteniendo la respiración hasta que sus dedos lo tocaron.

—Te perdoné hace mucho tiempo —le aseguró ella en un susurro que acarició la piel de su rostro—. ¿Me perdonarás tú también?

Él la miró con una ceja arqueada.

—No tengo nada que perdonarte.

—Claro que sí. Fui demasiado dura contigo cuando Cassie…

Rhys colocó las yemas de sus dedos sobre los labios de Leslie.

—Tenías razón. Hablé con ella cuando regresé a Los Ángeles para aclarar nuestra situación y acabó confesándome que fue ella quien

llamó a la prensa aquel día. —El rostro de Leslie reflejó el asombro que le provocaron sus palabras—. Estaba convencida de que así conseguiría tenerme.

—Oh, Rhys. Yo…

Rhys le acunó la cara entre las manos y la besó en la nariz.

—No volverá a interponerse entre nosotros, te lo prometo. Justin y Jasper siempre formarán parte de mi vida, pero su madre deberá entender que no hay sitio para ella en mi corazón, porque ya no es mío, sino tuyo.

Leslie se puso de puntillas para ofrecerle sus labios abiertos. Necesitaba con urgencia que él volviera a besarla para sentirlo realmente suyo, para saber que él estaba ahí, sujetándola contra su cuerpo, y que no iba a desaparecer como si de un espejismo se tratase. Sin embargo, cuando sus bocas estaban a punto de fundirse, ella retrocedió.

—¿Ocurre algo?

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello y lo abrazó con fuerza.

—Gracias por tomarte la molestia de registrar mis guiones. Es una larga historia, aunque, si no lo hubieras hecho por mí, ahora mi situación sería mucho más complicada.

Leslie contuvo una sonrisita al ver el gesto de extrañeza con que Rhys la miró, como si no comprendiese a qué se refería.

—Te lo contaré más tarde —le prometió Leslie—. Eres un hombre muy considerado, Rhys.

—Iba a decírtelo la noche que estuvimos aquí —le aseguró—. Pero luego me besaste y me olvidé hasta de mi propio nombre. No pretendía que fuera otro secreto entre nosotros. Te doy mi palabra de que he aprendido la lección.

Leslie soltó una risita, sintiéndose feliz y en paz por primera vez en meses.

—No existe nada que no hiciera por ti, Les —murmuró Rhys, atrayéndola hacia sí—.

Podemos mudarnos a Grecia, si quieres. Comprar un hotel en ruinas

para que puedas cantar y bailar como Meryl Streep en *Mamma Mia* si eso te hace feliz.

La carcajada de Leslie resonó en todo el recinto del observatorio, y Rhys acabó contagiándose de ella.

—Quiero que nos quedemos. Quiero que sigas brillando y nos deslumbres a todos.

Quiero seguir escribiendo y que tú seas mi mejor crítico. Quiero quererte y que me quieras, Rhys.

—Siempre —declaró él, solemne—. Y para siempre.

— *Dreamland* —murmuró ella sobre su boca—. Ese es mi nuevo proyecto, mi sueño, y estoy decidida a que tú lo protagonices.

Rhys le sonrió. Rodeándole la cintura y sujetando aún su dorada estatuilla, la alzó en sus brazos hasta que sus rostros volvieron a estar a la misma altura.

—Tú eres mi sueño.

Leslie le acarició los labios con los suyos.

—Y tú el mío. Ahora y siempre.

Rhys la miró a los ojos, tan profundos, tan sinceros. Tan llenos de amor.

—Estoy loco por ti, Leslie. Creo que siempre te he querido, incluso cuando todavía no lo sabía.

Leslie se apretó a él y finalmente permitió que sus labios se unieran en un beso húmedo, profundo y eterno.

Un beso de película.

EPÍLOGO

EXT. VILLA (MYKONOS, GRECIA) – DÍA.

LESLIE contempla cómo se mecen las aguas del mar Egeo en una serena tarde de verano. Se pregunta qué habría sido de su vida si las cosas hubieran salido de un modo diferente.

CUATRO AÑOS DESPUÉS LA BRISA VERANIEGA DEL ATARDECER

MECÍA LOS CABELLOS CASTAÑOS DE LESLIE, QUE CADA VEZ LLEVABA MÁS LARGOS Y AHORA LE LLEGABAN HASTA LA MITAD DE LA ESPALDA. LA PIEL SE LE PUSO DE GALLINA ANTE EL CONTRASTE DE TEMPERATURAS; LA JORNADA HABÍA SIDO CÁLIDA EN ESE RINCÓN DEL EGEO, PERO POR LAS

NOCHES REFRESCABA TANTO QUE NORMALMENTE SIEMPRE TENÍA QUE PONERSE ALGO DE ABRIGO ENCIMA. A LO LEJOS, CON LAS ÚLTIMAS LUCES DEL DÍA, TODAVÍA PODÍA VER LA SILUETA DE LA ISLA DE DELOS, Y LESLIE SE PREGUNTÓ SI A ESA HORA, CUANDO TODO VOLVÍA A LA CALMA, LOS ESPÍRITUS DE LA ANTIGÜEDAD SALDRÍAN A LA SUPERFICIE PARA REVIVIR

HISTORIAS MILENARIAS. ERA CAPAZ DE IMAGINARSE AL DIOS APOLO VAGANDO ENTRE LAS RUINAS ANCESTRALES, LIRA EN MANO, EN BUSCA DE DAFNE, SU AMOR TRUNCADO POR EL CAPRICHO DE LOS DIOSES. DESPUÉS DE TODO, LESLIE

SEGUÍA SIENDO UNA ROMÁNTICA Y GRECIA TENÍA EL PODER DE HACER AFLORAR EN ELLA LOS RECUERDOS DEL PASADO.

Su vida había cambiado de manera considerable en los últimos años, y todo a causa de un malentendido y una diva de ojos violeta. Leslie se preguntaba a menudo qué hubiera hecho Elizabeth Taylor en su lugar. Tal vez habría tomado otras decisiones; seguro que la actriz nunca renunció a un proyecto o a alguno de sus sueños por motivos personales. Quienes la conocieron afirmaban que Liz era una mujer tremendamente familiar que estaba decidida a abandonar su carrera y su fama mundial para cuidar de su esposo y sus hijos; sin embargo, a pesar de los tumultuosos romances y matrimonios que tuvo, jamás dejó de ser quien era. Siempre había un proyecto que le entusiasmaba, un nuevo hombre al que amar, joyas que lucir y estrenos a los que acudir. A pesar de las serias adicciones que sufrió a lo largo de su vida, de lo que nunca se desentendió fue del cine, el éxito y la popularidad. Durante sus últimos años, Elizabeth incluso creó una fundación sin ánimo de lucro para concienciar y recaudar fondos contra el sida, después de perder algunas de sus famosas amistades a causa de esa enfermedad. De hecho, los productores del *biopic* en el que Leslie había trabajado, destinaron parte de los beneficios tras el estreno a los fondos de la fundación. La película, que en realidad era una serie dividida en ocho largos episodios, resultó un éxito, y la actuación de Leslie fue muy aplaudida. Sin embargo, Leslie colgó los hábitos de actriz tras su primera y única incursión en el mundo de la interpretación. Elizabeth Taylor se lo había dado todo, aunque ella no quería volver a situarse delante de las cámaras. Leslie la admiraba; fue

una mujer valiente a la que no le importaba lo que opinaran los demás, e incluso la sentía como una vieja amiga a la que podía recurrir en busca de consejo siempre que lo necesitase.

Su historia con Rhys no salió bien: salió mejor.

Después de que le dieran su segundo óscar, ambos se esforzaron por trabajar en su relación día a día, a pesar de que los rodajes de Rhys y las responsabilidades de ella en la escuela de cine a menudo los obligaran a pasar separados a veces incluso varias semanas. Cuando Leslie se graduó, Rhys fue el primer en aplaudir a su chica, y cada vez que nominaban a Rhys a un premio cinematográfico, ella siempre lo acompañaba.

Ya no tenían miedo a la prensa, y tampoco se ocultaban. De hecho, su relación creció de manera tan natural que pronto los *paparazzi* se cansaron de seguirlos adondequiera que fuesen. Juntos aprendieron a quitarse las corazas bajo las que habían pasado años protegiéndose: Leslie entendió que el amor no siempre tenía por qué doler y Rhys comprendió que ocultar secretos a la persona amada nunca traía nada bueno. Después de cuatro años juntos, formaban una de las parejas más queridas y consolidadas de Hollywood, aunque cuando estaban en casa, a solas, no eran más que dos personas que habían decidido pasar el resto de sus vidas juntos.

La personalidad emocional de Leslie contrastaba con la racional de Rhys, pero, de algún modo, conseguían que su relación funcionase dentro y fuera de la pantalla. Miles Fletcher seguían declarándose un enamorado del trabajo de Leslie; el director resultaba tan insistente que ella terminó claudicando y le permitió que llevara a la gran pantalla su guion más exigente. Después del verano, ella, Miles y Rhys se embarcarían en el rodaje de *Dreamland,* su primer proyecto como guionista en un largometraje. Si alguna vez existió el Olimpo, Leslie rezaba a todos los dioses para que aquel trabajo saliera bien.

Un año antes decidieron comprar un terreno en Mykonos, el lugar que vio nacer su amor. Las reformas de la casa tardaron una eternidad, pero como ambos residían en Los Ángeles, apenas sufrieron los contratiempos que sobrevienen con cualquier obra. La villa, de dos plantas, estaba situada al sur de la isla; contaba con cuatro habitaciones y otros tantos baños, además de un amplio salón que se abría al exterior, a un jardín extenso y bien cuidado desde el que se podía ver el mar. Aquel se había convertido en su refugio, el sitio al que regresaban cada vez que necesitaban reconectar.

Cuando apenas había ya luz en el cielo, Leslie se abrazó a sí misma para mantener a raya el frío que sentía. Era hora de volver al interior, pero había algo en el paisaje que le resultaba de lo más tranquilizador.

De repente, unos brazos cálidos la rodearon desde atrás. Leslie sonrió y se dejó caer sobre el cuerpo que sabía que siempre la sujetaría.

—Hace frío —murmuró Rhys en su oído. La barba de varios días que lucía le raspó la mejilla y le erizó el vello de la nuca—. ¿Por qué no pasas dentro?

—En un minuto. ¿A qué huele?

—Queso quemado. Te hemos preparado la cena.

Leslie se giró para mirarlo, con las cejas levantadas. La expresión divertida de Rhys reflejaba también cierto sentimiento de culpa.

—¿Tengo que preocuparme?

Rhys soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Hemos salvado la mayor parte, aunque…

Una vocecita aguda les llegó desde el interior. Después, una niña pequeña corrió hacia ellos, con los rizos oscuros meciéndose en el aire.

—¡Mami, mami! —exclamó, feliz—. Papá y yo tenemos una sorpresa. ¡Ven!

La pequeña Elizabeth, de tres años de edad, colocó sus manitas manchadas de harina en la falda de su madre, que se agachó para cogerla en brazos.

—Ah, ¿sí? Me pregunto qué será.

—Es un secreto. ¡Tienes que venir!

Leslie abrazó el cuerpecito de su hija y dio gracias a las estrellas del cielo por haberle otorgado el regalo de formar una familia junto a Rhys. Se había quedado embarazada poco tiempo después de que se reconciliaran la noche de los Óscar y, aunque al principio para ella fue una conmoción, después, al ver a Rhys coger a su hija en brazos por primera vez, supo que eso era exactamente lo que la vida tenía preparado para ella.

Le pusieron el nombre de Elizabeth en honor a la mujer que los había unido, y, como el destino se comportaba siempre de manera caprichosa, la niña vino al mundo con unos grandes ojos de un azul tan profundo que a veces casi parecían de color violeta. Un regalo de la diva de Hollywood desde el más allá.

—¿Por qué no te adelantas tú y compruebas que tu hermanita sigue dormida? —le sugirió su padre, cogiendo a la pequeña para dejarla en el suelo—. Pero recuerda no hacer ruido, ¿de acuerdo?

—¡Sí, papi!

Rhys rodeó los hombros de Leslie con un brazo y la atrajo hacia sí mientras ambos contemplaban cómo su primogénita volvía a la casa.

Leslie suspiró, apoyando la cabeza en su torso.

—Seguro que la despierta.

Sintió la risa de Rhys nacer en su pecho antes de que su chico rompiera a reír a carcajadas. Olympia, de seis meses, era un bebé deseado que hacía las delicias de sus padres y no tanto de su hermana mayor.

—¿Quién dijo que tener hijos era una tarea fácil?

Leslie levantó la cabeza para admirar su rostro a la luz del atardecer. Introdujo una mano en el interior de la camisa de lino que llevaba Rhys, a la altura de su corazón. Le encantaba acurrucarse con él y sentir que por fin había encontrado una razón por la que luchar cada día.

—¿Crees que nuestra historia es un cliché?

Rhys bajó la vista hacia ella y Leslie sintió la suave caricia de su mirada.

—En realidad creo que es un poco trágica.

Aquello horrorizó a Leslie.

—¿Qué? ¿Trágica?

—Y cómica. *La tragicomedia de Rhys y Leslie*.

Leslie arrugó la nariz, no del todo convencida.

—No suena muy comercial, ¿no?

Rhys se encogió de hombros.

—Pues mejor.

—¿Y eso por qué?

—Porque así no tendré que compartirla con nadie más. Solo contigo.

A juzgar por la expresión de reverencia con que Rhys la miraba, Leslie no tenía duda alguna de que la amaba. A ella, a la adolescente enamorada que fue un día y a la mujer en la que se convertiría en unos años.

—Tu sonrisa es mejor que contemplar todo un cielo estrellado —le susurró él.

Y entonces Leslie lo supo. Supo que allí, en ese preciso instante, junto a ella, era el lugar donde Rhys se convertía en humano, donde se transformaba en el hombre que siempre soñó ser. Y todo por ella. Para ellas.

—Solos tú y yo —susurró Leslie, alzándose sobre las puntas de sus pies desnudos para rozar sus labios con los de él—. *Agapimú.*

Él le acarició la nariz con la suya, como hacía todas las veces antes de besarla.

—Siempre.

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, te mereces aparecer en esta página. Después de tanto tiempo, es un lujo y un privilegio poder volver y colocar una nueva novela en tu estantería. A ti, que me has esperado, que sigues ahí de manera incondicional, que has dedicado tu tiempo para leerme: GRACIAS.

Gracias también a mi familia, porque siempre tienen una palabra de aliento y de apoyo.

No importa el camino que elija porque sé que nunca me soltarán de la mano.

Gracias a mis amigos, a los de siempre y a los nuevos, que me acompañáis cada día, aguantáis mis cambios de humor, secáis mis

lágrimas y dais alas a mis sueños.

Gracias a Ediciones Pàmies, al sello Phoebe, a su editora, a su CM y hasta al caballito de mar por permitirme volver, por abrirme las puertas de casa y por seguir creyendo en mí.

Y, por último, un GRACIAS eterno e infinito a mi madre. Porque siempre está ahí.